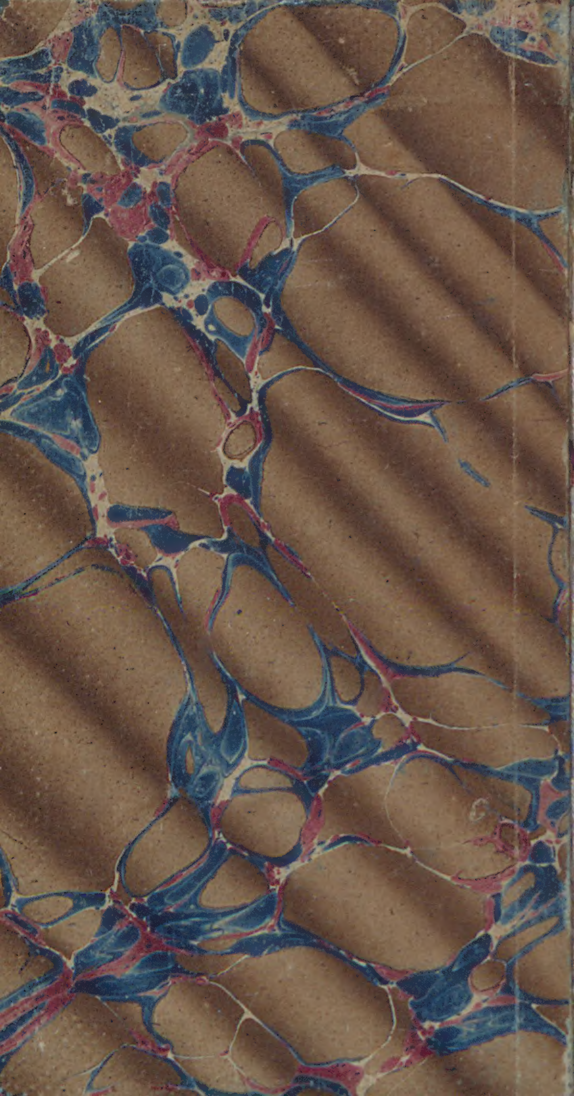
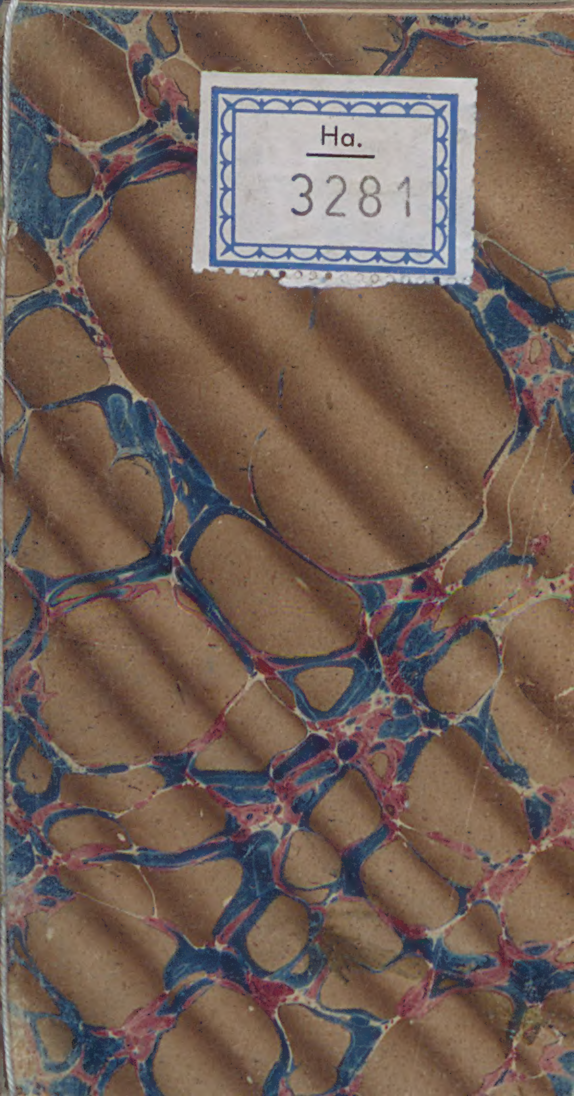


J. G. T.




Ha.
3281



A la Señorita D.ª Josefa Maria Gonzalez Zeller.

El autor.

OBRAS VARIAS

DE

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES,

Indivíduo de Número

de la Real Academia Sevillana de Buenas

Letras.



SEVILLA: 1871.

IMPRENTA DE OPERARIOS DEL ARTE,

MORATIN 5 (ANTES RAVETA).

A INÉS DE CASTROMONTE,

ILUSTRE DAMA ARAGONESA.

Sevilla 30 de Enero de 1871.

Mi inolvidable Ines: Recibe con tu natural benevolencia estas débiles creaciones, hojas secas del árbol de mi vida, fruto de estudios prolijos, de agrias tareas, de investigaciones fatigosas.

Acuérdate de cuando ahora quince años, en compañía de tu hermano Gonzalo, recorrimos juntos las orillas del Guadia-mar y del Genil, las sierras de Andévalo y de Ronda, las llanuras de Osuna y de Lebrija, las selvas de Córdoba y de Almodóvar, tú dibujando vistas, pintando paisajes, yó haciendo apuntes, escribiendo reseñas de colonias arruinadas, de despedazados castillos, de murallas caidas, de

silenciosos cementerios, de termas desbaratadas, las cuales levantaban en nuestras mentes las melancólicas ideas de las grandezas humanas, disipadas al más pequeño vaiven del infortunio, al más ligero soplo de la boca de Dios. ¡Pobres sí, Ines encantadora, pobres de aquellos que no puedan dejar ningun recuerdo de su peregrinacion sobre la tierra!

Yo quisiera, bella Ines, dedicarte novelas sentimentales, poemas épicos, dignos de tu alta imaginacion, de tu clara inteligencia: pero no alcanzan yá á tanto las apàgadas inspiraciones, las desfallecidas fuerzas literarías de tu humilde é invariable amigo,

Q. B. T. P.

ANTONIO GOMEZ AZEVES.

PARROQUIAS DE SEVILLA. (1)

(1845)

SAN MARTIN.

I.

Esta parroquia, situada casi en el centro de Sevilla, cerca de la Alameda de los Hércules (vulgo Alameda Vieja), es de una sola y hermosa nave. Tiene dos puertas, la principal á los piés de la iglesia con tres escalones de ascenso, y la otra al lado de la epístola, con un pequeño átrio con rejas. Fué edificada en tiempo de los godos para iglesia cristiana. Despues de la conquista por el glorioso Rey San Fernando III de Castilla se dedicó á San Martin, obispo turonense, por la fama de sus milagros. Abriendo unos cimientos para su reedificacion se encontró una caja de plo-

(1) El autor publicó otras en *La Revista Literaria de Sevilla.*

mo que guardaba el inapreciable y riquísimo tesoro de una Espina de la corona de Nuestro Señor Jesucristo, con una inscripcion latina que, traducida al castellano, decia así: «Soy de la iglesia de San Martin de Sevilla.» Tan inestimable joya se perdió el año 1619.

II.

El religioso y sábio analista D. Diego Ortiz de Zúñiga dice hablando de ella: «Yo la ví y la adoré muchas veces cuando puesta en un viril de cristal era llevada á los enfermos.» En el presbiterio hay un objeto precioso para los anticuarios: una puerta arabesca con una leyenda latina alrededor en letra gótica, lo cual indica haberse labrado poco tiempo despues de la conquista Sevilla, en la misma época de la reedificacion de este templo. Entrando por la puerta del lado de la epístola, á mano izquierda, como á una vara del suelo, se vé embutida en la pared una antiquísima lápida llena de cal con la siguiente inscripcion, tambien en letra gótica: «Esta sepultura es de los pobres del hospital que estuvo hace algunos siglos, en la calle de la Correduria, y despues de extinguido pasaron á esta parroquial su altar, sus muebles y todo sus demás efectos.»

III.

Bellezas artísticas.—El retablo mayor fué labrado en 1612, como lo acredita una leyenda que tiene la última pintura del lado del Evangelio. Está consagrado al Santo titular. Tiene dos cuerpos. En ambos lucen cuatro buenos lienzos muy destruidos que representan pasos y milagros de la vida de San Martin, del estilo de Francisco Herrera, el Viejo, y siete estimables esculturas al natural de los mejores discípulos de Juan Martinez Montañés.

IV.

Nave del lado del Evangelio.—En el altar mas cercano al mayor, que se compone de dos cuerpos, hay buenos bajos relieves. En el primero se vé á Cristo muerto en los brazos de su madre Santísima, y en el segundo el acto de la lanzada. En ambos resalta la buena y bien ejecutada composicion. A los lados hay dos bellas tablas de San Pedro y San Pablo, de la escuela italiana. Cerca de la puerta de la sacristía hay un altar consagrado á San José. El Santo es una valiente escultura de la célebre cuanto virtuosa Luisa Roldan, hija del

sábio Pedro Roldan. La arrogante cabeza del Santo acredita bien la habilidad de su estimable autora. Junto al retablo del Señor del Amor se vé en la pared un gran cuadro estofado de D. Pedro Nuñez de Villavicencio, que representa á Nuestra Señora de la O. Este lienzo es de buenas tintas y ejecucion, particularmenne las tres preciosas cabezas de ángeles que figuran sostener á la Señora. Frontero á la puerta del lado de la Epístola hay colgado en la pared un cuadro muy bueno, que representa á San Mateo, de medio cuerpo, obra del famoso Juan del Castillo. En la capilla bautismal se vé en fin una buena pintura de D. José Antolinez, que representa el bautismo de Cristo. El paisaje está muy bien dibujado, y unas ruinas que allí se ven son excelentes.

Nave del lado de la Epístola.—En el altar más cercano al mayor hay tres buenas esculturas que representan á San Joaquin, Sta. Ana y Maria, Niña, obras del acreditado artífice Pedro Cornejo. Sobre el altar de Nuestra Señora de la Esperanza se vén un Padre Eterno en bajo relieve y tres apreciables pequeñas esculturas que representan las Virtudes, del mismo autor, En el retablo de una capilla cerrada con reja que tiene el nombre de Nuestra señora del Reposo, hay un valiente des-

cendimiento con una figura escorzada del Señor, atribuida equivocadamente por Ponz y Cean al Racionero Alonso Cano (1).

Esta arrogante pintura es obra de Juan Güy Romano, natural de Italia, como lo acredita su firma, que dice así: «J.º Güi Romano f. 1608.» Los términos, el dibujo, el colorido y la composicion de este cuadro son excelentes y de un efecto pasmoso. A los lados hay otros cuatro muy buenos de pequeño tamaño, que representan la Resureccion, la Ascension y los santos mártires Estéban y Lorenzo. A los lados de la puerta de esta nave se vén dos buenos cuadros con grandes molduras, que representan el uno á San Pedro Advíncula, y el otro al Patriarca con el Niño Jesus de la mano, obras del sábio clárigo Roclas. En otra capilla del mismo lado, tambiien con reja, hay en fin, un lienzo grande que representa á Jesus Nazareno, del pincel de Juan de Valdés Leal. En esta buena pintura notamos poco campo y tintas algo apagadas.

---

(1) El autor de este artículo ha sido el primero que ha destruido el horror de Ponz y Cean.

V.

Sepultura de Diego Giron. (1)

En en Presbiterio de esta Iglesia yacen, *por la calidad de su persona*, las cenizas de este ilustre literato.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla en los primeros años del siglo XVI. Lleno de amor por las bellas letras, buscó ansioso un preceptor, y lo encontró afortunadamente en su paisano el famoso humanista Juan de Mal-Lara, que en aquella época enseñaba Retórica á todos los ingenios sevillanos. Su aplicacion y su talento le hicieron tan recomendable á los ojos de su sapientísimo maestro, que pronto logró verse distinguido entre todos sus mas aventajados condiscípulos. Muchas veces Juan de Mal-Lara le consultaba teniendo con él las mas honrosas consideraciones. Fué muy amigo del célebre poeta y literato el Maestro Francisco de Medina, uno de los mas puros y elegantes escritores de su tiempo. Jóven contrajo primeras nupcias con doña

---

(1) El autor de este artículo ha descubierto que este célebre literato se halla sepultado en esta parroquia.

Luisa de Gragera, hermana de doña María de Ojeda, viuda del sapientísimo humanista Juan de Mal-Lara, de la cual tuvo dos hijos Nicolao y Flugencia. A la edad de 40 años contrajo segundo matrimonio con la señora doña Beatriz de Sanabria, doncella sevillana. Escribió Diego Giron algunas obras muy eruditas en prosa y verso é hizo varias traducciones del griego y del latin, en las cuales dió bien á conocer sus profundos conocimientos en estos idiomas, su buen gusto y amena literatura. Murió en Sevilla, Barreduela del Solano, el dia 21 de Enero de 1590.

Sepultura del Dr. D. Juan Guillen de Cervantes. (1)

En una de las antiguas bóvedas de esta Iglesia descansan los restos mortales de este insigne varon.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla, de noble linaje, en el primer tercio del siglo XVI. Dedicado á la carrera de las letras, fué

(1) Registrando el autor de este artículo los libros de difuntos de la parroquia de san Lorenzo de Sevilla, ha descubierto que el sábio doctor Juan Guillen de Cervantes está enterrado en esta del Señor San Martin de la misma ciudad.

doctor en cánones y catedrático de vísperas de esta facultad en la Universidad de su pátria. A su fama de docto y de honrado, debió que Sevilla le enviase de procurador á las Córtes que en 1586 se celebraron en Madrid. Allí sostuvo con dignidad su alta mision, distinguiéndose en aquella esclarecida asamblea por su sabiduría y por la firmeza de su carácter. Escribió un sólido comentario sobre 16 leyes de Toro, que fué muy bien recibido de los primeros jurisconsultos de su tiempo. Murió en Sevilla el dia 29 de Noviembre de 1600 en la collacion de San Lorenzo, y su cuerpo fué sepultado en esta del Señor San Martin.

Sepultura del célebre analista don Diego Ortiz de Zúñiga.

En la bóveda que estaba bajo la lámpara que hoy arde ante el altar de Nuestra Señora de la Esperanza, fué sepultado el cadáver de este grande hombre.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla el sábado 22 de Enero de 1633 Le pusieron en el bautismo Diego Fernando Marcelo. Fueron sus padres don Juan Ortiz de Zúñiga y doña Leonor Luisa del Alcazar, ricos y nobles sevillanos. Tomó el hábito de la Orden militar de

Santiago, y á su edad competente entró á ejercer la veinticuatria que habia heredado de su ilustre padre. Desde su mas temprana edad se aficionó al trabajoso estudio de las antigüedades y de la historia de su pátria, y despues de 20 años de contínuas vigilias y visitas á los archivos y á las bibliotecas, vió concluidos felizmente los *Anales eclesiásticos y seculares*, impresos por primera vez en Madrid el año de 1677, los cuales honrarán su memoria eternamente. Tambien dió á luz este sábio escritor algunas otras obras que merecieron, como aquellos, el elogio universal. Murió el dia 3 de Setiembre de 1680, siendo su fallecimiento llorado de todo el pueblo sevillano.

VI.

En la calle del Amor de Dios núm. 28 moderno vivia en 1662 el ilustre pintor D. Juan de Valdés Leal, émulo de Murillo.

El dia 5 de Octubre de 1848, murió en la de San Pedro Alcántara, hoy de Cervantes, el célebre humanista y poeta sevillano D. Alberto Lista y Aragon. Pro., el cual fué sepultado en la Iglesia de la Universidad literaria, antigua casa profesa de la Compañía de Jesús, en una de las bóvedas del lado de la Epístola.

SANTA LUCIA. (1)

(1845)

I.

Esta iglesia, situada en uno de los extremos de la ciudad, cerca de la puerta llamada del Sol, es uno de los templos mas antiguos de Sevilla. Fué edificada por los godos para iglesia cristiana. Los árabes, poco tiempo despues de la invasion, la reconstruyeron para mezquita, lo cual se conoce muy bien por su traza y singularmente por sus puertas. Tiene tres naves y dos puertas. La principal de esta se halla al Mediodia, y hay en su arabesca fachada cinco pequeñas esculturas de piedra basta. La torre que está contigua es una atalaya antiquísima de mal gusto, reparada

(1) Fué extinguida por la Junta Revolucionaria de Setiembre de 1868.

recientemente. En la base del ángulo que forma existe una lápida llena de cal, que por su figura indica haber pertenecido á algun sepulcro romano, sin duda de los destrozos que los moros trajeron de la vecina Itálica para reedicar los edificios de Sevilla. La otra puerta al Sur nada tiene de notable. Dentro de la Iglesia, delante de la puerta principal, se halla el coro sin reja, formado de una mala pared de ladrillo. El pavimento] de esta parroquia ha sido elevado mas de dos varas, pues antiguamente tenian las puertas algunos escalones de descenso.

II.

Bellezas artisticas.—El altar mayor, de tres cuerpos ó partes, es del tiempo de la relajacion del buen gusto. como casi todos los demás de esta iglesia. En el primero hay una pequeña escultura, bastante regular, que representa la Concepcion, del estilo de Juan Martinez Montañés. Las tres puertas del sagrario por la parte interior esconden admirables y ricos tesoros del delicado pincel de Andrés Perez, uno de los mejores discípulos de Bartolomé Estéban Murillo, que para dolor del arte murió bastante mozo. En la de enmedio se vé en miniatura la cena del Sal-

vador, acompañado de sus 12 discípulos. Dibujo correcto y fácil, blandura en los ropajes colorido sábio, luces, trasparencias, sombras, composicion, todo en esta preciosísima tabla tiene grande atractivo. Mirarla atentamente dá placer. La del lado del Evangelio representa á los israelistas en el desierto. Las figuras son graciosas, los términos bien meditados, y el paisaje alegre y sábiamente dibujado. Una rara belleza ideal sobresale en ella, digna de ser estudiada. La del lado de la epístola representa los panes de la promision, y ni en dibujo, ni en colorido, ni en belleza cede á las otras. En la del lado del Evangelio se lee el nombre de este distinguidísimo pintor. El cuadro que hay en el segundo cuerpo, obra del célebre Francisco de Herrera. conocido por el Viejo, representa á Santa Lucía en el triste acto de recibir el martirio. El rostro de la heroina cristiana, firme, arrogante y tranquilo, se ostenta lleno de alegria, como si no tuviera á la vista los instrumentos del bárbaro sacrificio.

Soldados, verdugos, espectadores, coro de ángeles y la Santísima Trinidad, que espera recibirla entre sus brazos, todo, todo tiene admirable composicion y verdad. En el último cuerpo se vé en fin una arrogantísima escultura de tamaño natural, que representa la Con-

cepcion, de la mejores y mas bien acabadas obras del racionero Alonso Cano. En el ropaje de toda ella hay tierna y delicada blandura. El rostro es bellísimo, y en los virginales lábios de carmin parece que la virtud y las gracias han tomado su asiento. La cabellera, dulcemente tendida á ondas sobre la espalda, tiene una verdad extraordinaria. Las dos cabezas de ángeles que sostienen el grupo de nubes son excelentes y de una arrogancia inapreciable. ¡Lástima es que una tan bellísima escultura se halle á tanta elevacion, privando a los inteligentes del placer de verla y estudiarla!

Nave del lado del Evangelio.—Cerca del altar mayor se ve colgado en la pared un gran cuadro apaisado, del famoso Juan del Castillo, que representa a Cristo muerto, entregado á los santos varones. Filosofía, dibujo, ejecucion, todo en él es excelente. El Señor yace tendido en tierra con el aplomo y la verdad de un cádaver, sostenida la cabeza por su discípulo San Juan y María; las santas mujeres y algunos angelitos que allí se ven están pintados con entusiasmo, talento y maestría. La blanpura de los ropajes es soberbia, particularmente la sábana santa en que está el Señor envuelto. Tintas algo apagadas y poco campo fueron los únicos lunares que notamos en es-

ta valiente pintura. En el centro de esta nave, en el altar nombrado de nuestra Señora de la Salud, se ven cinco buenas pinturas, cuatro á los lados y uno en el remate. Las dos primeras son lienzos de San Juan y San Elías de cuerpo entero, obras del delicado pincel de Sebastian Gomez, *el Mulato*, una de los mejores discípulos de Bartolomé Estéban Murillo. Las segundas son bocetos en tabla de Maese Pedro Campaña, que representa á santa Lucía y Santa Agueda con las palmas del martirio en las manos. La última, tambien boceto, representa un Padre Eterno, y aunque muy deteriorada, demuestra por sus tintas y dibujo haber sido hecha por algunos de nuestros buenos pintores sevillanos.

Nave del lado de la Epístola.—Frontero al cuadro de Cristo muerto hay tambien colgado en la pared otro muy arrogante, del mismo Juan del Castillo, que representa la Adoracion de los Reyes. El niño Dios, juguetcando desnudo sobre una camilla, se ve lleno de alegría con la inocencia y la tranquilidad de un infantillo. Un ángel que está á los piés de la camilla, la Virgen, los Reyes y los pastores arrodillados y cruzadas las manos lo miran con insinuante atencion y religioso respeto. Todo este precioso lienzo está bien concebido y ejecutado. En el testero de esta nave

hay un moderno altar consagrado á San José. El Santo es una buena escultura, á nuestro juicio, de Pedro Roldan, aunque parece mas antigua. Toda ella es bellísima, pero singularmente la cabeza de una ejecucion sobresaliente y pasmosa. No son tampoco malas dos pequeñas que estan á los lados.

En las columnas del gran arco, que forma el altar mayor, hay dos buenas tablas bastante estropeadas. La una representa la Presentacion en el templo, y la otra á San Joaquin y Santa Ana en el acto tiernísimo de abrazarse. En la del púlpito hay finalmente una antigua pintura de un Señor en la Cruz con San Juan y la Magdalena á los piés, de muy buena ejecucion.

III.

Sepultura de la V. M. Isabel de la Santísima Trinidad.

Entrando por la puerta principal de esta parroquia, bajo el tercer arco de la nave del lado del Evangelio, estuvo sepultada desde 1774 hasta 1828, en que fué trasladada á su casa, la V. M. Isabel de la Santísima Trinidad, fundadora del vecino beaterio del mis-

mo nombre. Sobre la sepultura habia un azulejo con esta inscripcion:

«Aquí yace la Venerable Madre Isabel de la Santísima Trinidad, fundadora del beaterio del mismo nombre.»

Noticias biográficas.—Nació en la Macarena, arrabal extramuros de Sevilla, de humildes, pero piadosos padres, el dia 22 de Mayo de 1693. Cumplidos los 25 años, queriendo dedicarse al servicio de Dios, tomó el hábito de beata de la Santísima Trinidad. Fué dos veces á pedir limosna al reino de Nueva España (hoy la República de Méjico) para edificar aquel santo establecimiento que ha eternizado su buena memoria. Llena de virtudes y de méritos la V. M. Isabel, y rodeada de sus amadas huérfanitas, murió en el Señor el dia 8 de Mayo de 1774.

IV.

En la collacion de esta Iglesia Parroquial, vivia en 1,617 el pintor Juan de Uceda Castronerde y en 1,700 Sebastian de Meneses. Tambien vivió en ella en 1,681 el concienzudo pintor y estatuario Francisco Antonio de Jijon, padre del ilustre Bernardo.

OMNIUM SANCTORUM.

(1845)

I.

Esta iglesia es antiquísima. En el lugar que hoy ocupa erigieron los habitantes de Sevilla, entónces Rómula, un templo llamado el Panteon, donde eran adorados todos sus falsos dioses, á imitacion y bajo la misma traza que el que hacia poco tiempo habia edificado en Roma Marco Agripa por órden de César Augusto. Esto lo acredita suficientemente una lápida que se encontró en Sevilla, la cual fué copiada por los sábios anticuarios Rodrigo Caro y Espinosa, y traducida al castellano decia así: «Este templo está consagrado al panteon augusto, púsola Licinio Adamas, liberto de Fausto, duumviro y agorero. En 1266 el infante D. Dionisio de Portugal, biznieto de san

Fernando, vino á Sevilla á visitar á su abuelo el Rey D. Alonso el Sábio, y dejó grandes limosnas para reedificaciones de esta iglesia. Tambien el Rey D. Pedro el Cruel, en 1350 mandó hacerle muchos reparos. Tiene esta parroquia tres altas naves, la de enmedio con un artesonado muy lindo y sencillo, y tres puertas. La principal de estas á los piés del templo, y las otras dos fronteras, una al lado del Evangelio y otra al de la Epístola. La capilla mayor desde el arco toral es del gusto árabe, y por la parte de afuera está coronada de graciosas almenillas. Encima de la puerta principal, por la parte exterior, figura haber una ventana, cuyos azulejos y forma son muy delicados. La torre es una atalaya árabe de agradable construccion, sus campanas se reputan por las mas antiguas de Sevilla, dándolo bien á conocer sus raros y melancólicos tañidos.

II.

Bellezas artísticas.—El moderno altar mayor de estuco, imitando al mármol y al jaspe, no es de mal gusto. En él se ve una razonable escultura de la escuela de Torrijiano, que representa la Vírgen de Todos Santos con el niño Jesus en los brazos. El niño es excelente, las dos cabezas de ángeles que sos-

tienen el grupo de nubes son de muy buena ejecucion. Al lado de la epístola, en una lápida de mármol blanco embutida en la pared, hay esta leyenda: «Por súplica de la hermandad de María Santísima de Todos Santos, al Excmo. Sr. duque de Alburquerque, marqués de la Mina &c., patrono de la capilla mayor y altar principal de esta iglesia, y gracia que S. E. concedió por el tiempo de su voluntad y de los Sres. sucesores en los derechos del estado de la Mina, ha tenido efecto la colocacion de la santísima imágen en el expresado altar, sobre lo cual se otorgó escritura ante el escribano público de Sevilla D. José Santa Ana en 16 de Abril de 1793.» Esta imágen estuvo antiguamente en un hospital que habia en la Cruz de calle Linos, perteneciente á la collacion de esta parroquia. En el lado del Evangelio se vé otra leyenda de un patronato, fundado 1593 y 1596 por los Sres. Avalos, para dotar doncellas, sacar presos de la cárcel, vestir pobres y rescatar cautivos.

Nave del lado del Evangelio.—En el testero de esta nave en el altar que sirve de comulgatorio, hay una pequeña y agradable escultura que reprenta la Concepcion, obra del famoso Juan Martinez Montañés. En el segundo cuerpo un cuadro de medio punto de los regulares tiempos de Francisco Zurbarán, que

figura el Santísimo Sacramento colocado en un viril, adorándolo varios santos. En el altar de buen gusto de la capilla del bautisterio cerrada con reja se ven siete preciosos lienzos de Francisco Varela. En el primer cuerpo el Señor amarrado á la columna, y San Juan y Santa Catalina á los lados. En el segundo Cristo crucificado, y á los lados San Juan y la Vírgen. En el tercero ó ático un Padre Eterno. En el cuadro de Cristo amarrado á la columna se lee esta firma: «F de Varela mes f. año de 1636.» A los lados del poyete del altar hay esta inscripcion: «Esta capilla y entierro fundaron los nobles Sres. don Gonzalo Gomez de Cervantes y D.ª Beatriz Lopez Bocanegra en el año de 1416, y se enterraron en ella capellanías y memorias, y el año de 1631 la reedificaron D. Juan de Cervantes Casaus, del hábito de Santiago, y Juan de Cervantes Carvala, primos hermanos, vecinos y naturales de la ciudad de Méjico, como verdaderos patronos y descendientes por línea recta de varon de los fundadores.»

Navè del lado de la epístola.—En el testero de esta nave, en el altar de San José. antiguamente de la Vírgen de Todos Santos, se vén dos razonables boectos de San Joaquin y Santa Ana de los medianos tiempos de Francisco Herrera el Viejo. En el altar de ánimas

el cuadro de medio punto que representa el purgatorio es uno de los mas bien estudiados del célebre Francisco Herrera el Mozo. Los ángeles mancebos que sacan las ánimas de entre las llamas y la bellísima gloria prueban claramente el gran talento de su autor. ¡Con cuánto afan bajan del cielo los ángeles mancebos á sacar de aquellas tristes hogueras las almas y los cuerpos de los cristianos! Filosofía tintas religiosas, dibujo y gran colorido campean en esta excelentísima pintura. Pasada la puerta de esta nave hay un San Cristóbal colosal, al fresco, á nuestro juicio de Juan Sanchez de Castro, pintor sevillano del siglo XV. Los malísimos retoques que le han dado lo echaron á perder completamente.

En las columnas del cuerpo de la iglesia se ven varías obras de bastante mérito. En la frontera al referido altar de San José un boceto de Francisco Herrera. el Viejo, que representa á San Juan Bautista, y un precioso Salvador de medio cuerpo del delicado pincel deFrancisco Varela. En otras del mismo centroun San Pedro y un San Pablo de Francisco Herrera, el Mozo.

En la sala que sirve de colecturía se ven seis modernas esculturas de buena expresion, un boceto de la escuela sevillana, que representa en un sin-pecado la vírgen de Todos-

Santos, de sábio dibujo, y una Cena del pincel de Herrera, el Viejo. En la sacristía hay finalmente un preciocísimo bocetito que representa la Vírgen de Todos-Santos con gloria de ángeles, obra perfectamente acabada del referido Herrera.

III.

En la sacristía de esta Iglesia, se guardaba el famoso *Pendon Verde* que en el reinado de Felipe IV levantó la plebe del barrio de la Feria, en su motin revolucionario.

En 1608, siendo estudiante del colegio del Maese Rodrigo é inseparable amigo del poeta Diego Mejia, moraba en esta collacion el melancólico y delicado *Cantor de las Flores*, Francisco de Rioja.

En los primeros dias de 1709 contrajo matrimonio en esta Parroquia, el ilustre pintor Alonso Miguel de Tovar con doña Francisca Teresa Cabezas, viuda de D. Pedro Ramos de Medina. El domingo 10 de Febrero del mismo aña veláronse en la de San Ildefonso.

Inmediato á esta Iglesia, se halla el Palacio de los antiguos é ilustrados Marqueses de la Algaba, donde por las noches en el siglo XVI reuníanse en sábia amorosa tertulia los mejores humanistas y poetas sevillanos.

SANTA CATALINA.

(1845)

I.

Esta parroqia es antiquísima. En el mismo lugar que hoy ocupa tenian los romanos durante su dominacion un suntuoso y hermosísimo templo consagrado, en nuestro sentir, á Ceres, diosa de las mieses. Los gentiles apuraron en este santuario la gala, las riquezas y la preciosidad de sus célebres bellas artes, pues la pintura, la escultura y la arquitectura tenian en él delicadísimos primores. Sevilla, la Atenas siempre de Andalucía, despues de haber sido ganada por el famoso é invicto Rey San Fernando, dedicó á Santa Catalina esta iglesia por ser esta ilustre vírgen cristiana, como todos saben, protectora de las es-

cuelas. Esta parroquia tiene tres naves, la de enmedio con un artesonado muy sencillo y lindo y dos puertas. La principal de estas á los piés del templo, y la otra al lado del Evangelio. La torre es una graciosa y robusta atalaya árabe, en la cuál luce la admirable belleza arquitectónica de aquella raza delicada, pensadora é inteligente, que tantos y tan bien acabados monumentos nos ha dejado.

II.

Bellezas artísticas.—El altar mayor es de sábio gusto. Se vén en él algunos lienzos que, sin embargo de estar muy deslucidos por los años, los malísimos retoques y el humo del incienso, se conoce que fueron hechos en los buenos tiempos de la escuela sevillana. La escultura, que representa á Santa Catalina con los instrumentos de su santo y cruel martirio, demuestra claramente los grandes conocimientos y habilidad de su acreditado artífice Bernardo Gijon. Los extremos, los contornos y los ropajes de esta excelente obra son de mucho mérito y originalidad. ¡Lástima es que de este hábil escultor conozcamos tan pocas cosas!

Nave del lado del Evangelio.—La capilla del Santísimo, cerrada con rejas, es una bella

obra de la escuela planteresca, particularmente su linda cúpula y cimborio. En el altar mayor de esta capilla se vé una agradable escultura, que representa la Concepcion sobre nubes sostenidas por ángeles niños. Sobresalen en ella la delicadeza en los extremos y la soltura y diafanidad de los ropajes, que parece están movidos por el viento. Algunas razonables esculturas del concienzudo Pedro Pedro Cornejo vienen á aumentar el mérito de este retablo.

En otro de esta misma capilla se admira una valiente y célebre tabla del Maese Pedro Campaña, firmada por este inmortal pintor así: «*Hoc opus faciebat Petrus Campaña:*» las palabras que deben señalar el año están tapadas con el marco. Esta hermosísima tabla representa á Jesus amarrado á la columna, y en torno San Pedro, San Agustin y su madre Santa Mónica. Bien se le puede perdonar al Maese Pedro el anacronismo de encontrarse allí estos dos últimos personajes por la verdad y excelencia con que están pintados. ¡Con cuánto dolor y admiracion estos tres santos miran al poderoso Rey de los Reyes, que por ellos y para ellos está sufriendo con una constancia y resignacion incalificables aquellos afrentosos y crueles martirios! Al ver y estudiar esta delicadísima tabla, no

puede uno menos de esclamar: *Pedro Campaña, ¡cuándo acabará tu memoria!*

Nave del lado de la Epístola.—En el altar de San Cayetano, el Santo y la Vírgen, en su trono sostenido por ángeles niños, son unas no despreciables modernas esculturas del artífice sevillano Ramos.

Sobre la puerta del testero del coro se vé en fin un precioso boceto del estilo de Bartolomé Murillo, y á nuestro juicio del delicado pincel de Alonso Miguel de Tovar, uno de sus mejores imitadores, que representa á la Concepcion con coro de ángeles niños. En esta obrita resalta dibujo correcto y muy buen colorido.

III.

El dia 5 de Enero de 1642 murió en esta feligresía en el antiguo hospital de San Cosmo y San Damian (vulgo de las Bubas), y fué enterrado por el clero y beneficiados de esta parroquia en el cercano convento de monjas de nuestra Señora de los Reyes el sábio doctor D. Juan de Salinas, celebrado poeta y humanista sevillano.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla de nobles y piadosos padres. Dedicado á la carrera esclesiástica, obtuvo en ella altos pues-

tos. Fué canónigo de la catedral de Segovia, visitador del arzobispado de Sevilla y administrador del referido hospital. Desde sus primeros años se aficionó á la poesía, cultivándola con mucho crédito. Algunas de sus composiciones poéticas corren impresas en el Romancero general, y otras, como sucede con casi todos nuestros buenos manuscritos, se hallan todavía inéditas. El doctor Juan de Salinas unia á una esquisita ciencia una sólida virtud. Su vida arreglada y contemplativa le granjeó grande reputacion. Murió en Sevilla el dia 5 de Enero de 1642. Su nombre será siempre acatado por los amigos de la verdadera sabiduría.

III.

Sepulcro de la venerable hermana Catalina de Herrera.

Detras del altar mayor de la yacitada capilla del Santísimo, en un nicho formado en la pared descànsan las cenizas de esta muger heróica. En la misma pared hay embutido un azulejo con el siguiente epitafio: «Aquí yace la hermana Catalina de Herrera, natural de Sevilla, hermana que fué de estas cofradias. Murió en el año de 1736, dejando que imitar

en su penitencia y vida. Fué puesta en este sitio por mandado del señor arzobispo.»

Noticias biográficas.-Nació en Sevilla por los años de 1684, siendo hija de piadosos y cristianos padres. Entregada desde su juventud á las mortificaciones de alma y cuerpo, fué un modelo ejemplar de penitencia. Antes de cumplir 20 años quisieron sus padres casarla con un caballero muy rico, que atraido de su belleza la pretendió; pero ella, amantísima de la castidad, á fuerza de ruegos y oraciones logró destruir este intento. Muertos sus padres trató de tomar el velo en el austero y recoleto monasterio de Santa María de Jesús, de Sevilla (1), situado en la calle de las Aguilas, cerca del célebre palacio de Pilatos, lo que no pudo conseguir por causas desconocidas.

---

(1) En la hermosa casa propia de mis padres, que la antigua calle del Cristo, hoy del Lirio, divide de este penitente convento, mas claro, Aguila 20 moderno, yo nací y me crié hasta los 16 años, y me acuerdo que, sin embargo de mi poca edad, no habia noche que al oir á las doce las insinuantes y misteriosas campanas que llaman al coro á las religiosas, no sintiera mi pecho tétricas emociones, y mi alma pensase en el silencio y la austeridad de aquel monasterio. Es menester oir los tañidos de estas campanas para conocer todo su espiritualismo, su mágia y su melancolía.

Entonces, frustrado este santo designio, cual una blanca y sencilla paloma, hizo los tres votos y vistió el hábito de beata, encerrándose en una pequeña morada de su misma casa, donde, observando estrecha y rigurosísima clausura, se entregó á las más duras mortificaciones. Su nombre y su fama corrian de boca en boca, siendo considerada por todo el mundo la venerable hermana Catalina de Herrera con el amor y el respeto á que tan acreedora se habia hecho. Bastante anciana falleció en Sevilla el dia 25 de Diciembre de 1736, y todos sus paisanos lloraron la sensible muerte de una muger tan virginal y santa.

IV.

En 1554 nació en calle Huevos, segunda casa á la izquierda entrando por la de Costales, hoy de San Felipe, el Venerable Padre Fernando de Mata, ilustre predicador, *brazo de hierro, azote* de la horrible secta de los *Alumbrados*, que entonces se estendieron por Sevilla. Murió en el ósculo del Señor en 1612 á los 58 años de su edad.

En 1586 vivia en la Plaza, hoy de los Terceros de esta feligresía, el insigne escultor Juan Bautista Vazquez, el cual, entre varias obras suyas acabó el retablo principal de

Santa María de la Sede, basílica sevillana é hizo varias estátua para su famoso tenebrario.

El dia 5 de enero de 1612, á los 80 años de su edad, murió en el Hospital de San Cosme y San Damian (vulgo) las *Bubas*, perteneciente á esta parroquia, y fué enterrado en el presbiterio del convento de monjas domínicas de Santa María de los Reyes, el doctor Juan de Salinas, poeta de alguna gracia y originalidad, cuyas obras se acaban de publicar en Sevilla su pátria, por la sociedad de *Bibliófilos andaluces.*

V.

Atalaya árabe.

Entre algunos grandes recuerdos que las bellas artes sarracenas han dejado en Sevilla, se cuenta esta lindísima Atalaya.

Desde la fundacion de la parroquia de Santa Catalina, sucedida despues de la gloriosa conquista de San Fernando, le sirve de torre. Sobre ella afortunadamente nada se ha edificado, por cuyo motivo conserva algun tanto, su primitivo mérito; pero en cambio se han construido á sus piés la sacristia y otras oficinas de la mencionada parroquia, con

lo cual se le ha hecho perder casi toda su lindeza y galanura. Pero no obstante esto último, mirada esta atalaya desde la puerta del palacio del señor Duque de Osuna, presenta todavía la vista mas bella y pintoresca.

Su aspecto sombrío y melancólico indica que está llorando la dilatada ausencia de sus dueños, y dá á conocer á las claras el triste fin de aquel pueblo sábio é iuteligente, la lamentable caida de aquella nacion artística y poética que levantó en nuestra Península tantos y tan altos y agradables monumentos de gloria y de celebridad.

Varios artífices, para que la belleza y la fama de esta atalaya se divulgue por todas partes, la han litografiado: ¡apreciable idea, digno pensamiento! ¡Loor eterno á los varones que así se conducen en medio del punible abandono en que yacen olvidados los monumentos artísticos que mas engalanan á nuestra España!

SAN MARCOS.

(1847)

I.

En el mismo terreno donde se halla edifi-cada esta iglesia tuvieron los cristianos, mien-tras la dominacion sarracena, uno de sus ma-elegantes santuarios. Junto á él levantaro-los árabes una esbelta y preciosa atalaya, qu-aun hoy, á pesar de haberla manos imperita-desfigurado sobremanera, conserva algu-tanto su originaria gallardía. Algunos auto-res afirman que el sábio arquitecto moro *He-ver ó Güever* la fabricó para que le sirvier-como de boceto á la magnífica y pasmosa qu-en Sevilla y en todo el mundo civilizado s-conoce con el nombre de la Giralda. Pero s-mismas formas están dismintiendo tan tal-opinion.

Tiene esta atalaya grandes recuerdos para la literatura castellana. El incomparable Miguel de Cervantes Saavedra, durante su larga permanencia en Sevilla, subia á ella muy á menudo para ver la cercana casa de Isabela (ya arruinada), y distraer su triste ánimo con la embelesadora contemplacion de tantos paisajes como se divisan desde su cumbre.

Esta iglesia tiene tres naves y dos puertas. Una de estas á los piés del templo, y la otra en la nave del lado de la epístola. El siglo pasado se levantó su suelo mas de dos varas á expensas de su benéfico y virtuoso cura propio D. Juan José Nolasco.

Durante los bandos de las casas ducales de Arcos y de Medinasidonia, que tantos dias de lágrimas y de luto trajeron á Sevilla, fué reducida á escombros y cenizas. Tal ha sido siempre el amargo y negro fruto de las guerras civiles, de las revueltas y de las revoluciones. Hienden, tajan, destrozan, despedazan y sepultan en una hora muchos años de afanes y de trabajos. ¡Ay, por nuestra desgracia hemos visto en nuestros dias probada hasta la evidencia esta verdad terrible!

Pintoresca es ciertamente la vista de esta iglesia por su parte occidental. Muchas veces ha sido trasladada al lienzo por hábiles y doc-

tos profesores, ya nacionales, ya extranjeros (3). Su paisaje severo está demostrando á las claras el carácter, la índole y las costumbres de la ilustrada gente que legó á Sevilla tan linda é inapreciable joya. Lástima es que nuestra actual desidia esté dejando destruir tan precioso monumento, el cual vá perdiendo de dia en dia mucho de su primitivo mérito.

En esta collacion falleció el dia 24 de Agosto de 1730, y fué llevado á enterrar en el convento de San Pablo, órden de predicadores, el memorable y santo hermano Toribio de Velasco, fundador del piadoso establecimiento llamado de su nombre, vulgarmente los *Toribios*, casa-asilo de niños huérfanos y desamparados.

Muchos varones de alto nombre, por expreso mandato del supremo Gobierno, han estado reclusos en esta célebre casa de correccion. Entre ellos se cuenta, á principios de este siglo, el buen patricio y docto padre Gil, tan

(3) No hace muchos meses que un antiguo amigo mio, persona muy entendida y curiosa, que pasaba por esta ciudad para el reino del Perú (América), la pintó para tener el gusto de llevarse una de las pocas muestras del talento árabe que aun afortunadamente conserva nuestra Sevilla.

famoso en las juntas populares sevillanas del noble alzamiento de 1808 contra el tirano del mundo. Aquel ilustre religioso padeció por su españolismo esta dura reclusion, sufriendo todos sus amargos efectos con la serenidad del sábio y la confianza del inocente.

Muchas familias de hombres célebres han vivido en esta feligresía: entre ellas se cuentan la de los literatos Fox-Morcillo, Aleman, Monardes, Gordillo y Valderrama; la de los poetas Rueda, Herrera, Jáuregui, Quijada, Medina, Alcázar, Giron, Cueva, Medinilla, Rioja, Quirós, Arguijo, Salinas y Mármol; la de los pintores Castillo, Herrera, Polanco, Villavicencio, Perez-Murillo, Ayala, Tortolero, Antolines, Espinal, Arteaga, y Arango; las de los escultores Roldan, Duque-Cornejo y Delgado; y en fin las de otros muchos insignes sevillanos.

II.

Bellezas artísticas.—En el altar mayor, dorado en 1692, hay una buena escultura de Pedro Roldan, el mozo, que representa á san Marcos Evangelista. Las malas tintas con que no hace muchos años la retocaron le han hecho perder bastante de su originario mérito.

Nave del lado del Evangelio.—En esta

nave existe un altar consagrado á San José, cuya estátua, que figura al bendito Patriarca con el niño Jesús en los brazos, no es una obra despreciable. Tampoco lo es, en otro altar de la misma nave, un cuadro que, de medio cuerpo, representa á María con el niño Dios entre sus brazos, y rodeada de ángeles mancebos.

Nave del lado de la Epístola.—En el átrio del retablo de Animas se ve un lienzo de don Domingo Martinez representando á la Concepcion, de muy buen dibujo y colorido.

En un nicho que se encuentra inmediato á este altar luce una pequeña y lindísima escultura, atribuida con fundamento al famoso Juan Martinez Montañes.

En el centro de la iglesia y en las dos referidas naves se ven en fin 12 grandes lienzos apaisados, figurando los sucesos mas principales de la vida de María, debidos al sazonado pincel de Arteaga, y dados á fines del siglo anterior por el referido D. Juan García Nolasco con el solo intento de adornarla.

III.

Pedro Roldan, el viejo, su esposa y sus hijos.

Nada hay en la tierra mas dulce ni mas honroso que el presentar á la vista de todos los varones ilustrados los memorables lugares donde yacen sepultadas las cenizas de los grandes hombres. De este principio eterno nace á la verdad ese gusto á las biografías, tan extendido hoy en la Europa civilizada.

La religion, la moral, las ciencias, las artes, las glorias de las naciones modernas están vivamente interesadas en que las memorias de sus esclarecidos hijos no se hundan jamás en el negro polvo del olvido, ni se pierdan tampoco los sitios que albergan sus preciosos restos.

Muy bien conoció esto Roma cuando enmedio de la algazara de sus interesantes cuestiones senatorias y del estrépito de sus plazas, ó salpicada del sudor y de la sangre de sus mortíferas batallas, volvia sus ojos empapados en lágrimas para clavarlos algun tiempo sobre los cadáveres de sus sabios y para prepararles cual madre solícita y cariñosa brillantes y riquísimos mausoleos.

En Egipto, en Grecia, en todos los pueblos cultos de la antigüedad, el saber y el valor formaban la más elevada de las aristocracias. De los varones doctos, de los varones esforzados hacian sus héroes, sus genios, semidioses y hasta sus primeras divinidades. ¿Quiénes fueron sus Apolos, sus Martes, sus Eolos, sus Mercurios, sus Eculapios y tantas otras celebérrimas divinidades? Hombres ilustres, y nada mas que hombres ilustres que por diferentes caminos llegaron al ebúrneo templo de la fama y de la inmortalidad.

Pero abandonadas ya estas dulces consideraciones, voy á hacer una ligera reseña de la mencionada familia, en su mayor parte desconocida hasta ahora de nuestros literatos.

En una de las cinco bóvedas de fábrica que, ya cegada, se encuentra en el testero de la nave del lado del Evangelio y casi á los piés del retablo de nuestra Señora del Rosario, yacen sepultadas las respetables cenizas de este famoso artífice.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla el año de 1621 de nobles y ricos padres. El amor á las bellas artes se despertó en su alma de una manera prodigiosa y sorprendente. No bien hubo llegado á 18 años, cuando ya sus concienzudas obras de escultura, de

pintura y de arquitectura llamaban mucho la atencion pública.

Dedicado con grande entusiasmo á la primera, comenzó á hacerse tan notable que su nombre corria de boca en boca, teniendo en todas partes numerosos panegiristas y admiradores. Casado á los 30 años con la noble señora sevillana D.ª Teresa de Villavicencio, parienta del célebre pintor D. Pedro Nuñez de Villavicencio, discípulo del inmortal Murillo, tuvo de ella algunos hijos, entre los que se contaban uno de su mismo nombre, y tan hábil como él en su profesion, cual se verá mas adelante, y la famosa Luis, conocida por la Roldana, tan sábia escultora como virtuosa cristiana, que murió en Madrid en 1704, dejando en toda España vivos recuerdos de su talento artístico.

Lleno de esa ardiente caridad y de esa fé sublime, indispensables para concebir grandes pensamientos y ejecutar embelesadoras creaciones, vivia Pedro Roldan, el viejo, rodeado de su esposa y de sus hijos y amado de todos sus paisanos. A su taller concurrian diariamente los amigos de las ciencias, de la literatura y de las bellas artes que entónces felizmente moraban en Sevilla. Sus ejercicios espirituales, los pobres de Jesucristo, su familia, sus cinceles y sus deudos entretenian

los preciosos dias de este eminente artífice. Para él no habia agravios en la tierra: todos los perdonaba. Amiguísimo de los hombres, los miraba como á hermanos, y jamás de sus puros lábios salió ni una palabra siquiera que pudiera ofender á ninguno.

Su celestiales producciones, en las que se admira la mas vigorosa é interesante verdad, se extendieron por toda Andalucía, y su nombre glorioso, por todo el mundo civilizado, premio debido á su excelente mérito.

El maestro cincel, de Pedro Roldan, el viejo, logró para su eterna honra retratar al vivo la elegíaca melancolía y la indefinible austeridad de los mas sagrados personajes del cristianismo, de esa religion santísima que mientras mas se estudia y se consulta mas embelesa y recrea. Díganlo sinó su Descendimiento y su Santo Entierro, el primero colocado en el altar mayor de la parroquia del Sagrario de Sevilla, y el segundo en el del hospital de San Jorge (vulgo la Caridad) de la misma ciudad.

Con la mas edificante resignacion evangélica, á los 78 años de edad, murió Pedro Roldan en Sevilla el dia 3 de Agosto de 1699. Su pérdida fué llorada por todos los hombres ilustrados.

Partida de difunto.

En el libro 6.° de difuntos de la parroquia de San Marcos de Sevilla, al fólio 77 vuelto, se halla esta partida:

«En 4 de Agosto de 1699 años se enterró en esta iglesia el cuerpo de Pedro Roldan. Testó ante Tomás de Agredano. Dejó por albaceas á Doña Teresa de Villavicencio, su mujer, y á Marcelino Roldan, en 30 de Julio de dicho año.—Al márgen, derechos de fábrica 112.»

Sepultura de Pedro Roldan, el Mozo.

En la misma antedicha bóveda descansan tambien los restos mortales de este aplaudido escultor.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla por los años de 1658, siendo hijo del anterior y de la mencionada señora D.ª Teresa de Villavicencio. Aficionado en temprana edad á la escultura, trabajó en el taller de su sábio padre con tanta exactitud y tanto gusto que las obras de entrambos se confundian aun para los ojos de los más inteligentes. Enamorado de la noble señora sevillana Doña Paula María Romero de Bárcenas, contrajo con ella

matrimonio. En sus bodas, presididas por el respetable Pedro Roldan, el viejo, se reunieron todos los más eminentes artífices y literatos que Sevilla encerraba entonces dentro de sus muros. Allí no se encontraron esos seres que nada significan, esos seres que nada valen, sino los hombres esclarecidos de todas las profesiones artísticas y literarias, los hombres ilustres que triunfan de los infortunios inherentes á la vida humana, y saben por sus obras y sus vigilias sobreponerse á la misma muerte.

Su nuevo estado lo separó del blando y cariñoso hogar paterno. Establecido en su taller el jóven escultor, se atrajo por el mérito de sus creaciones los elogios de todo el mundo. Muerto su padre adquirió mas fama y reputacion, las cuales no le pudieron librar de morir pobre, cuya desgracia fué debida sin duda al poco apego que tuvo al dinero y á las riquezas y á su liberalidad con todos sus amigos y sus parientes. Unos y otros acudian á él en sus necesidades, y no hubo ejemplo de que no fueran socorridos abundantemente. Colmado de bendiciones y llorado de su esposa, de sus hijos y de todos los que lo trataron murió en Sevilla el dia 2 de Mayo de 1720.

Partida de difunto.

En el libro 7.º de la parroquia de San Marcos de Sevilla, al folio 36 vuelto, existe esta partida:

«En 3 de Mayo de 1729 años se enterró en esta iglesia parroquial de Señor San Marcos de Sevilla el cuerpo difunto de D. Pedro Roldan, marido que fué de Doña Paula Romero de Bárceda. No testó por no tener qué: fecho ut supra.—Sr. Dan Gerónimo de Rivera, colector.

Noticia de doña Luisa Roldan.

Nació en Sevilla el año de 1654. Muy niña dió claras señales de su amor á la encantadora profesion de su ilustre padre, á la conzienzuda escultura. Atraido de sus virtudes y de su habilidad el noble caballero sevillano don Luis de Arcos, se desposó con ella. Habiendo pasado con su marido á la córte, fué enmedio de aquella confusion respetada y aplaudida de todos. Allí hizo muchas obras para el Rey don Cárlos II, en las cuales campean la delizadeza y la galanura de su privilegiado cincel. Casi en toda España lucen las bellas creaciones de su talento sobresaliente. Murió en Madrid el

año de 1704, dejando tanto nombre de gran-
de artífice como de virtuosa y ejemplar cris-
tiana.

Noticia de doña Francisca Roldan.

Nació en Sevilla por los años de 1666. Ca-
sada en su juventud con el caballero D. José
Cornejo, tuvo la dicha de ser madre del tan
justamente celebrado escultor Pedro Corne-
jo. Murió ya viuda, en su patria, el dia 31 de
Agosto de 1712.

Partida de difunto.

En el libro 7.° de difuntos de la parroquia
de San Márcos de Sevilla, en el folio 18, se lee
esta partida:

«En 1.° de Setiembre de 1712 años se en-
terró en esta iglesia del Señor San Marcos de
Sevilla, el cuerpo de Doña Francisca Roldan
viuda de D. José Cornejo. Testó ante Tomás
de Agredano, escribano público de Sevilla
albacea á Pedro Roldan.—D. Juan Antonio
de Heredia, colector.—Al márgen, fábrica 3»

Noticia de Pedro Roldan, el Mozo.

Nació en Sevilla, por los años de 1657. Dedicado á la escultura, honró con sus trabajos el ilustre nombre de su padre, á quien imitaba con mucha perfeccion. Enlazado con la noble y apreciable señora sevillana Doña Paula María Romero de Bárcenas, disfrutó muchos años de su feliz consorcio. Tuvo de ella dos hijos, uno llamado Tomás, que nació en 14 de Marzo de 1693, y otro nacido en 19 de igual mes de 1696, bautizados entrambos en la dicha parroquia de San Márcos. Aplaudido de todos los amigos de las bellas artes, se deslizaban blandamente los dias de este eminente artífice. Murió en Sevilla en mucha pobreza, á causa de su extremada liberalidad, el dia 2 de Mayo de 1720.

Noticia de D. Marcelino Roldan.

Nació en Sevilla por los años de 1668. Bastante jóven tomó estado de matrimonio con la estimable señora sevillano doña Teresa Serrallonga, con la cual vivió toda su vida en santa y dichosa union. Murió en Sevilla el dia 2 de Junio de 1709.

Partida de difunto.

En el libro 7.° de difuntos de la parroquia de San Marcos de Sevilla, al folio 10 vuelto, se halla la partida siguiente:

«En 3 de Junio de 1709 años se enterró en esta iglesia del Señor San Márcos de Sevllla el cuerpo de D. Marcelino Roldan. Dió poder para testar á doña Josefa Serrallonga, su mujer, ante Manuel Martinez, escribano público, en 30 de Mayo de dicho año.—Al márgen, fábrica 17.

Noticia de doña Teresa de Villaricencio.

Nació en Sevilla de la ilustre familia de su apellido. Fué parienta muy cercana del caballero sevillano D. Pedro Nuñez de Villavicencio, uno de los mas queridos discípulos del inolvidable Bartolomé Estéban Murillo, Casada con Pedro Roldan, el Viejo, tuvo varios hijos. Con la mayor resignacion cristiana sufrió la dura pérdida de su inestimable marido, y la religion y el cariño tierno que profesaba á sus hijos lograron enjugar al fin las amargas lágrimas de su triste viudez. Amada de todos cuantos la conocieron murió en Sevilla el dia 18 de Mayo de 1709.

Partida de difunto.

En el libro 7.° de difuntos de la parroquia de San Marcos de Sevilla, al fólio 10, se encuentra la partida siguiente:

«En 19 de Mayo de 1709 años se enterró en esta iglesia de Señor San Marcos de Sevilla el cuerpo de doña Teresa de Villavicencio, viuda. Testó ante Tomás de Agredano, escribano público de Sevilla, en 13 de Octubre de 1706. Dejó por su albacea á D. Marcelino Roldan, su hijo.

Tambien tuvo Pedro Roldan, el viejo, de su enlace con la señora doña Teresa de Villavicencio, otros dos hijos mas. El uno llamado D. Gerónico, viudo de doña Luisa de Rivera, y el otro D. Manuel, casado con doña Gabriela de la Xara, de cuyo matrimonio hubo á doña Ignacia, que murió soltera en 7 de Noviembre de 1773, y á D. Miguel, que tambien falleció soltero en 5 de Julio del siguiente año. Entrambos nietos de Pedro Roldan, el viejo, se hallan enterrados en la citada parroquia de San Marcos de Sevilla.

Todos estos ilustres sevillanos, á excepcion como se ha visto de doña Luisa, D. Gerónimo y D. Manuel, yacen sepultados en la ya cegada bóveda comun de la parroquia de

San Marcos de Sevilla, que aun su losa existe bajo el arco frontero al altar del Rosario de la nave del lado de la Epístola.

Allí descansan las respetables cenizas de tan sábios y celebrados artífices, mezcladas con las de muchos seres que nada dejaron en la tierra, que ningunos recuerdos podrán resucitar jamás sus oscuros nombres muertos para siempre en el sepulcro. ¡Hasta cuando han de ser así tratados los que dedican sus laboriosas tareas al recreo ó al bien de la especie humana! ¡Mal hayan aquellos corazones frios que dejaron perder entre la muchedumbre los despojos mortales de tan eminentes sevillas! Mientras que los estúpidos á otros como ellos hacen pomposos funerales y erigen magníficos mausoleos, *Pedro Roldan, sí, el grande escultor* es impíamente arrojado á una pobre é inmunda huesa, sin que sobre sus bordes nadie vierta una lágrima ni derrame una siempreviva.

Me congratulo conmigo mismo por haber tenido la fortuna de encontrar las venerandas cenizas de esta familia célebre, de esta familia ilustre. Todos mis trabajos, todos mis desvelos, todos mis afanes se miran hartamente recompensados, cuando al señalar con mi dedo índice la referida bóveda de la parroquia de San Marcos de Sevilla, puedo

decir á los amantes de la literatura y de las bellas artes españolas: *Aquí está sepultado el famoso Pedro Roldan: aquí está sepultada su noble esposa: aquí están sepultados sus insignes hijos.*

IV.

En la plaza de Santa Isabel, á espalda de esta Iglesia, tuvo su taller de pintura el famoso Juan del Castillo, donde aprendieron este difícil arte Bartolomé Estéban Murillo, su pariente, Alonso Cano y Pedro de Moya sus mas aplicados y sobresalientes discípulos.

En la casa número 45 de la calle Real, después 100 de la de San Luis y hoy 4 de la de la Padilla, vivió muchos años el ilustre pintor Andrés Merchor de Sarabia. En ella se congregaban diariamente formando una *Tertulia artística* Alejo Fernandez, Pedro Delgado, Juan del Castillo y otros grandes artífices sevillanos.

En esta collacion nació el delicado Andrés Perez Murillo, sobrino del *Pintor de los ángeles.*

SAN PEDRO. (1)

(1846).

I.

En el mismo terreno que hoy ocupa esta iglesia, los romanos levantaron un templo consagrado á una de sus mas poderosas divinidades, en nuestro juicio á Júpiter tonante. Era uno de los mas ricos y suntuosos que tenia Sevilla, llamada entónces Rómula. El glorioso conquistador San Fernando le dió este nombre en honor del Príncipe de los apóstoles. Tiene tres altas y hermosas naves y dos puertas. Una de estas á los piés del tem-

(1) Esta parroquia se publicó con mas extension y noticias en la estimable *Revista literaria de Sevilla*.

plo, y la otra con un pasadizo al lado de la epístola. Entrando por esta puerta á mano derecha se mira embutida en la pared una lápida sepulcral, escrita en castellano, perteneciente á un sapiéntisimo médico, que murió en Sevilla en 1791. En la fachada por la parte de la calle hay un relieve de piedra de sillería, que figura á San Pedro sentado en su silla, cubierta la cabeza con la tiara, y revestido de las ropas pontificales. Al pié se lee en una lápida esta inscripcion: «*Tú es Pastor ovium, princeps apostolorum, tibi tradite sunt claves regni cœlorum*. La torre no es de mala arquitectura, siendo, á escepcion de la famosa Giralda, la mas alta de Sevilla. Debajo del segundo balcon contiene esta leyenda: «Se renovó año de 1827.»

II.

Bellezas artísticas.—El gracioso altar mayor consagrado al santo titular, aunque muy cargado de adornos, es uno de los mejores que poseen las parroquias de Sevilla. La escultura de San Pedro y los seis relieves que representan algunos pasajes de la vida de este gran pontífice son obras muy bien acabadas, atribuidas con mucha razon al delicado y valiente cincel de Pedro Delgado.

Nave del lado del Evangelio.—Á los piés de esta nave hay un retablo, que contiene varias tablas del famoso Maese Pedro Campaña, muy mal restauradas. Entre ellas sobresalen Nuestra Señora de la Paz con coro de ángeles Niños, San Sebastian y San Gerónimo. Fronteros á este altar existen colgados en la pared cinco lienzos bastante antiguos, los cuales por su regular ejecucion y gusto revelan haber sido pintados en los buenos tiempos de la escuela de Sevilla.

Nave del lado de la Epístola.—En la capilla cerrada de rejas, llamada de San Pedro Advíncula, que se encuentra á los piés de esta nave, se mira al glorioso apóstol en el interesante y tiernísimo acto de ser librado de las prisiones por el ángel. Esta valentísima obra, debida al filosófico pincel de Juan de las Roelas, tiene excelente dibujo, sábio colorido y mucha verdad. ¡Cuánta dulzura y cariño se advierte en el rostro del ángel libertador! ¡Y cuánta gratitud y esperanza en el de San Pedro! Se reconoce én ella muy bien que el sábio canónigo de la cercana villa de Olivares habia estudiado á fondo este sublime punto de la historia sagrada, cuando con tanta precision y verosimilitud lo supo estudiar en su excelente cuadro.

En otra capilla inmediata, tambien cerra-

da con rejas, llamada de Nuestra Señora de la Soledad, hay tres lienzos pintados en 1824, que figuran al Paralítico de la Piscina, la Samaritana y la oracion del Huerto, de los primeros tiempos del célebre profesor sevillano D. José María Gutierrez, hoy avecindado en Madrid. En sus tintas suaves y delicadas ya muestra este apreciable artista su gusto y su aficion por la escuela del inmortal Murillo.

Tal vez en esta capilla se halle sepultado el famoso autor del *Cuento interrumpido* Baltasar del Alcázar. Quizá las venerandas cenizas de tan castizo y festivo poeta sevillano descansen en ella, pues pertenecía á un patronato de sus ricos y nobilísimos parientes.

III.

La pila bautismal de esta iglesia tuvo la gratísima fortuna de prestar las aguas saludables de la salvacion eterna á don Juan de la Sal y Aguayo, obispo de Bona; á don Diego Velazquez de Silva, caballero de la órden de Santiago, Pintor de Cámara del Rey poeta Felipe IV; á don Jaime de Guzman y Espínola, literato, segundo Marqués de la Mina, Duque de la Palata, valiente conquistador de

Niza y de Saboya; al Almirante don Cayetano Valdés y Flores y á otros varios, *no mentidos*, sino personajes verdaderos en las ciencias, las artes, la literatura y la milicia.

En esta collacion vivieron muchos años los ilustres pintores Maestre Pedro, Mase Andrés de Moravia, Mase Fox, Andrés de Morales, Agustin del Castillo, Márcos Fernandez Correa, Lúcas de Morales, Alonso Vazquez, Sebastian de Llanos y Valdés, Luciano Cárlos de Negron, Juan de las Infantas, Pedro José de Arce, Gonzalo de Flores, el escultor Mateo Bermudez, el sábio gefe de escuadra, don José de Hoyos y Laraviedra, insigne humanista é Indivíduo de Mérito de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el valeroso Almirante Alonso de Chaves Galindo, uno de los campeones que en Lepanto hundieron en el fondo del mar el orgullo y la soberbia de la Media Luna, la ilustre señora doña Teresa de Zúñiga, Duquesa de Bejar, conocida por sus liberalidades por la *Gran Duquesa*, generosa, afable, protectora de las ciencias, de la literatura y de las bellas artes y otros varios personajes insignes, dignos de eterna remembranza.

En esta Parroquia recibieron los dulces lazos del matrimonio católico, *únicos legítimos y verdaderos*, los padres del inmortal pin-

tor Velazquez, Maestre Pedro, Mase Andrés de Moravia, don Juan de Llanos y Valdés, Juan Simon Gutierrez y otros. Velóse Márcos Fernandez Correa, con doña Maria Nicolasa Duarte y Acuña.

Los panteones de esta Iglesia Parroquial recogieron con amargo llanto, con silencio religioso las respetables cenizas del poeta Baltasar del Alcázar, de los pintores Maestre Pedro, Mase Andrés de Moravia, Mase Fox y Juan Simon Gutierrez y en esta collacion murieron, don Juan de Arguijo, el magnífico don Pedro Ponce de Leon, Comendador de Piedra-buena, el ilustre literato Conde de Cabarrús, Ministro del llamado Rey de España, José Napoleon I, el bravísimo General don Francisco Parra, que muchas veces, defendiendo á la Reina, *de hecho*, doña Isabel II, derramó su sangre en los campos de batalla, y algunos otros hombres célebres.

SANTIAGO, EL MAYOR.

(1847).

I.

En el terreno que ocupa ésta Iglesia tuvieron los romanos un magnífico templo consagrado a una de sus falsas divinidades.

Tiene tres naves y dos puertas fronteras, una al lado del Evangelio y otra al de la Epístola.

II.

Bellezas artísticas.—En el altar mayor hay un lienzo que figura á Santiago en la batalla de Clavijo, debido á los severos pinceles del famoso romano Mateo Perez de Alesio, pintor de cámara del Smo Pontífice. Es-

ta bella creacion ha tenido dos restauraciones. La primera, hecha en 1631 por Luis Caballos: la segunda por Juan Ruiz Soriano, en 1716.

En medio de esta nave mayor y cerca de las gradas del coro una hermosa lápida de mármol blanco, con leyenda española, costeada por don Antonio Fernandez, Pro., cubre los restos mortales del doctor don Juan Bautista Novaillac, religioso agustino exclaustrado, cura ecónomo de esta iglesia y secretario primero de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Escribió entre otras cosas unas «Lecciones de moral y religion» que muchos años fueron dadas de texto en las Universidades literarias de España. Murió, del cólera morbo, el dia 14 de Julio de 1856.

Nave del lado del Evangelio.—En el testero de esta nave en la capilla, conocida por la de don Juan de Torres y Navarro, hay un precioso altar de madera, consagrado á la Cencepcion de Nuestra Señora, donde en el segundo y tercer cuerpo vénse cuatro pequeñas tablas que representan pasos de la «Vida de la Vírgen, San José con el Niño Dios y á San Juan Bautista,» pertenecientes á la escuela flamenca, anteriores al Maese Pedro de Campaña. Miranse en el primer cuerpo la «Pura y Limpia y San Roque y San Sebastian

á los lados, esculturas antiguas, hechas, en nuestro juicio, por Juan Bautista Vazquez. A muy corta distancia de esta capilla, cerrada con rejas, vése en el suelo, la losa de un sepulcro, que dice así:

II.

BÓVEDA DEL CAPITAN GARCIA DE BARRIO NUEVO Y SUS PATRONOS LOS SEÑORES NAVARRO.

En esta bóveda están enterrados el piadoso cabellero Gaspar de Alcayde, Veinticuatro de Sevilla y su mujer doña Isabel de la Barrera, de los que mas adelante hablaremos.

El Señor de las Tres Caidas, que está en su altar es una razonable estátua de vestir. En 1640 le tribataba culto una antigua Cofradía.

En la capilla bautismal hay, colgada en la pared, una tabla antiquísima de Pedro de Campaña, que ha servido en algun ático, la cual representa á San Juan bautizando al Salvador y otras varias escenas y figuras.

Nave del lado de la Epístola.—En el altar del Señor del Amor, vése una Dolorosa atribuida á Pedro Duque Cornejo.

En el retablo, de Nuestra Señora de la Esperanza está la Señora, pintada por Sua-

rez, en un precioso óvalo de Simpecado. El dibujo, el colorido, el tono son excelentes. La Vírgen Santísima con su Hijo, en los brazos, sostenida por ángeles niños, luce, grandemente su belleza y su candor y el blando y flotante ropaje, vienen á embellecerla mas y mas. Fué regalado á esta iglesia por el referido tercer marqués de Torreblanca del Aljarafe D. Fernando Almonacid Lopez Pintado.

A los piés de la reja de la Capilla del Santísimo Sacramento, en el testero de esta nave, existe, clavada en el suelo, una hermosa lápida de mármol blanco, con una castiza leyenda castellana. Allí, sino las desperdigan los siglos ó los hombres, esperan la resurreccion de la carne, las cenizas del doctor don Juan Francisco Muñoz y Giron, distinguido predicador y cura propio que fué, por espacio de medio siglo, de esta parroquia, que debió á su celo multitud de mejoras.

Costeó este sepulcro su sobrino el doctor don Juan Francisco Muñoz y Garcia, actualmente catedrático de teología de esta Universidad literaria y diputado provincial.

En la sacristía, en fin, hay dos niños de la manera de Alonso Miguel de Tovar. El que está arrancándose una espina de la mano izquierda es una razonable pintura.

III.

SEPULCROS.

Sepultura del Veinticuatro Gaspar Alcayde.

En la bóveda del capitan Ga·cia de Barrio-nuevo, frontera á la capill de la Concepcion, yacen las cenizas de ste noble y piadoso personaje.

Apuntes biográficos.—Nació en Sevilla de ilustres y ricos padres, en el primer tercio del siglo XVI, recibiendo de ellos una esmerada y cristiana educacion. Fué Veinticuatro de su patria, en cuyo honorífico oficio demostró, á las claras, sus virtudes ejemplares y sus aventajados talentos. Casóse con la insigne señora doña Isabel de la Barrera de cuyo enlace no tuvo hijos. Por su testamento otorgado el dia 2 de junio de 1601 ante Juan de Carranza Andino, escribano público de Sevilla, fundó una capellanía de misas, nombrando por Patrono á la Fábrica de Santiago el Mayor, vulgo el Viejo, y á su cura mas antiguo. Tambien fundó, en el referido testamento, una obra pía, con las notables cláusulas siguientes: Que si dos doncellas pobres huérfanas se encontraran en igual grado de parentezco con él ó con su difunta mujer de

ña Isabel de la Barrera, los Patronos «prefieran á la mas hermosa: por el más riesgo que corre;» y en caso de no haber parientas suyas ni de su mujer, se casen doncellas huérfanas á nombramiento de los Patronos, dando á cada una cien ducados en dinero y ajuar poniéndolos de manifiesto el Juéves Santo de cada año en la iglesia del Señor Santiago: «para que los fieles se animen á dejar semejantes obras pias.» ¡Cuánto dicen estas dos ligeras y dulces cláusulas! ¡Cuánta caridad respiran! ¡Cuánta piedad encierran! Murió este esclarecido Veinticuatro, en la collacion de San Bartolomé, á los pocos dias de haber hecho su testamento, llorado justamente de todos los corazones generosos.

He querido sacarlo de la triste oscuridad en que yacía: porque creo firmemente que los varones como Gaspar Alcayde, que ayudan, con sus obras de misericordia. á morigerar las costumbres de los pueblos; no deben jamás estar confundidos ni olvidados entre el espeso polvo de los sepulcros.

Sepultura de Gonzalo Argote de Molina.

En el Presbiterio al lado de la Epístola, en una losa de mármol blanco, embutida en el suelo, se lee el siguiente epitafio:

Esta Capilla Mayor y Entierro Es De Gonzalo Argote De Molina Provincial De La Hermandad del Andalucia Y Beinte Y Quatro Que Fué De Sevilla Y De Sus Herederos. Acabóse Año De 1600.

Nació en Sevilla en el primer tercio del sigio XVI. Fueron sus padres Francisco Gótico de Molina y doña Isabel Ortíz Mejía. Tuvo los seis hermanos que siguen:

Juan Mejia de Argote, ciego, vecino de San Miguel. Murió en Sevilla. Fué sepultado en el panteon de su familia.

Doña Isabel Argote de Molina, doncella, vecina de San Miguel Falleció en Sevilla y enterróse en el mismo panteon.

Doña Gerónima Argote de Molina, doncella, vecina de San Miguel. Murió en Sevilla, y fué enterrada en el dicho panteon.

Doña Leonor de Molina, viuda del jurado Diego de Campos, vecina de San Miguel. Yacen los dos en el referido enterramiento.

Doña Rufina Argote de Molina, mujer del licenciado Hernan Lopez de Cárdenas, Corregipor de Orense. Están sepultados en el mismo panteon.

Doña Francisca Mejía, viuda de Juan de Morales, vecina de la Magdalena. Estan enterrados ambos en el dicho panteon.

Bastante jóven, se casó en Sevilla con doña Constanza de Herrera y Rojas, hija y heredera del conde de Lanzarote: pero habiendo tenido un hijo varon, quedó con el título herederitario de señor de la Torre de Gil de Olid. Fué veinticuatro de Sevilla y provincial de la Santa hermandad de Andalucia. Su hijo, llamado don Agustin, murió en la flor de su vida. Gonzalo Argote de Molina sirvió á sus reyes y á varios monarcas de Europa. Era erudito, historiógrafo y poeta. Escribió libros curiosísimos. Murió en la isla de Lanzarote, una de las Canarias. Traido á Sevilla, fué sepultado en el panteon de sus abuelos, descansa entre los suyos.

Habrá medio siglo que reparando unos albañiles el presbiterio de esta iglesia, al levantar la losa de mármol blanco del panteon de los Argotes de Molina, oyeron dentro de él, como un fuerte chasquido de látigo, que los asustó bastante. El señor cura don Juan Francisco Muñoz y Giron vino al punto y encendiendo un farolillo, entró, con los albañiles, en el enterramiento, y despues de un maduro exámen vió y conoció hasta la evidencia, que lo que habia causado aquel estraño ruido, era la caja mortuoria de madera, forrada en cuero, de Gonzalo Argote de Molina,

qué á la impresion del aire se habia partido en varios pedazos. Esta caja fúnebre, puesta sobre la grada derecha, bajando al panteon, permanece hoy en el mismo estado que entonces quedó, conteniendo íntegros los huesos de este insigne caballero.

IV.

En la Barrera de Luis del Acázar, que entónces se llamaba así la Plazuela sin salida que tiene hoy la calle Imperial, perteneciente a esta feligresia, vivió en su casa paterna el festivo poeta Baltazar del Alcázar, que supo manejar la lengua del Moncayo con la facilidad el donaire y la pureza más extraordinaria. Tambien nació en la antigua calle de las Palmas, hoy de los Leoncillos, recibiendo las saludables aguas del bautismo en la pila de esta Iglesia, el famoso Médico titular de la villa de Marchena D. José García Lopez, á quién el mismo Cornero respetaba en us pronósticos. Era aficionado á la poesía y entre otras composiciones tiene la siguiente décima:

Esta seda que relaja
Todos mis votos cristianos,
Obra fué de unos gusanos,

Que tejieron su mortaja.
Otros en la region baja
La mia han de devorar:
¿De qué me puedo jactar?
¿En qué mis glorias consisten?
Si unos gusanos me visten
Y otros me han de desnudar.

En esta collacion vivió algunos años el *Pintor de los Angeles* y en la calle de la Calería, hoy de Juan de la Encina, los Campovirgos, pintores concienzudos. Tambien, en 1620 moraba en ella el valeroso Almirante D. Fadrique de Toledo Osorio, terror de los enemigos de la potente España, en los mares de las Indias Occidentales. Tambien moró en ella el insigne humanista y poeta D. Félix José Reinoso, presbitero.

En esta feligresía exhaló sus últimos suspiros y fué sepultado en las Monjas de los Reyes el ilustre Almirante D. Manuel Almonacid Lopez Pintado, natural de Tembleque en la Mancha, primer Marqués de Torreblanca, Vizconde de Cabrejas, en cual es el Reinado de Felipe V, el *Animoso* y el Caballero, dió duras batallas, en valientes jornadas, dias de altas glorias á la entonces venturosa España.

SAN JULIAN.

(1847).

I.

En esta iglesia, dedicada desde su antiquísima fundacion á la milagrosa imágen de Nuestra Señora de la Iniesta, se celebraron los dos primeros concilios sevillanos en tiempo de la dominacion goda, tan famosos por sus doctos presidentes los santos hermanos Leandro é Isidoro, ambos arzobispos hispalenses, como por los graves negocios que en ellos se trataron. En la dominacion sarracénica fué algunos años de los cristianos mozárabes, hasta que los moros, deseosos sin duda de poseer las muchas preciosidades que encerraba en su seno, la hicieron una de sus más hermosas y afamadas mezquitas. Poco despues

de recobrar la Sevilla por el glorioso Rey San Fernando, recibió la advocacion con que hoy se conoce.

II.

El bien ejecutado altar mayor del estilo plateresco, las razonables estátuas que lo decoran, algunas pequeñas tablas del apreciable pintor sevillano Alejo Fernandez, dos preciosos bocetos de Francisco Zurbarán, restaurados no há mucho á expensas de su afable y virtuoso actual párroco el bachiller D. Juan José Manzano, y otras varias producciones de algun mérito, constituyen hoy toda la riqueza artística de esta iglesia.

III.

En ella yacen en capilla y sepultura propia los despojos mortales del noble y rico caballero catalan Monsen Per de Tous, que tuvo la alta gloria y envidiable fortuna de encontrar á la mencionada imágen de Nuestra Señora de la Iniesta en unos escabrosos montes de su provincia.

Este famoso hidalgo acompañó á S. A. la Serma. de Hanta Doña Leonor, de Aragon, cuando vino a Castilla para desposarse con

el Infante D. Juan, hijo del muy poderoso y magnífico Monarca D. Enrique II.

Tambien yacen en esta iglesia en la bóveda de señores sacerdotes las apreciables cenizas de su beneficiado y cura propio don Francisco Gaspar de Herrera, eclesiástico purísimo, literato modesto y autor de unos sermones muy piadosos y edificantes, que en 1685 se publicaron en Bruselas (hoy corte del nuevo reino de Bélgica) por la liberalidad de su tierno amigo y protector D. Francisco Domonte Verastegui, dean de la catedral de Sevilla.

El venerarse en este famoso santuario la milagrosa efigie de Nuestra Señora de la Iniesta, dulce patrona y protectora de Sevilla, que cual *madre de afligidas* consoló a los desdichados, y los antiguos y santos recuerdos que encierra en su seno lo recomiendan sobradamente al exquisito cuidado del supremo Gobierno.

IV.

En la tranquila collacion de esta Iglesia Parroquial, llena toda de huertos pintorescos, de aromáticos jardines moraron en los siglos XVI y XVII muchos varones eminentes en las ciencias, la literatura y las bellas

artes. Retirados a aquel solitario, delicioso rincon de Sevilla, daban riendas sueltas á sus mas altos pensamientos. Allí, perfumado el ambiente con las gratas exhalaciones del azahar y de la rosa, del jazmin y de la azucena cantaban, como Francisco de Rioja, á las flores, dirigiendo himnos religiosos, benditos plácemes á la sábia, divina Providencia.

Entre estos varones cuentánse á Alexo Fernandez y al hábil desconocido pintor flamenco Juan Bautista, del que me ocupo en mi inédito *Libro de las Flores*. Este ilustre artífice, en 1564, en compañía de su mujer legítima doña Maria de Cisneros, vivió muchos años en esta feligresia, muriendo injustamente en el reprensible olvido de sus contemporáneos. ¡Ay dolor! faltaron cantos para su memoria, mirtos para sus sienes, lirios para su tumba.

RECUERDOS

DEL

PAÍS DE LAS FLORES.

Á Luisa Ponce Valderrama.

SEVILLA 8 DE MARZO DE 1871.

Mi querida Luisa: ¿á quién mejor que á tí, dulce compañera de mi niñez, en la cual, reunidos veces miles con tus hermanos y los mios, placenteros jugamos entre los lirios de Itálica, las amapolas de Gambogaz, los tomillos de Matalaxeme y las rosas del *País de las flores*; podria yo ofrecer estas pobres tareas literarias? ¿Quién las miraria con mayor indulgencia? ¿Quién las merecería como tú? Nadie: nadie.

Altas montañas, mares turbulentos inmensas distancias nos separan. ¡Ay! Un mundo dilatado tenemos de por medio. Ya no nos volveremos á ver más sobre la tierra. Pero, amable Luisa, confiados en la clemencia de Dios, esperemos algun dia reunirnos deliciosamente en la eternidad.

Recibe, pues, Luisa cariñosa, con tu genial agrado, esta última memoria mia, estos *Recuerdos del País de las flores*, que tanto recorrimos en nuestros primeros años, y míralos como jazmines marchitos, salpicados de lágrimas, que desde los arenales del Guadalquivir te envia á los del Niágaro, tu mejor amigo,

ANTONIO GOMEZ AZEVES.

CASTILLEJA DE LA CUESTA.

I.

El pueblo más pequeño de la antigua Bética tiene gloriosas é imperecederas memorias.

Entre las bellas poblaciones que existen en las alegres cumbres de los collados ossehanos una de las mas interesantes es, sin disputa alguna, la cercana villa de Castilleja de la Cuesta. La risueña *Úcia* de la soberbia Roma, de la Reina de las naciones, como linda ninfa reclinada entre lirios y claveles, yace graciosamente sobre un plano inclinado, en derredor del cual vegetan con extraordinaria lozanía, pagos de olivares, de viñas y de frutales.

II.

Pocas noticias han llegado hasta nosotros de su fundacion. Creemos que su cercanía á

la rica, populosa *Julia Rómula* (Sevilla) es la causa mas influyente de esto. Los anticuarios, los cronistas y los historiadores, olvídanse comunmente de los pueblos inmediatos á las grandes colonias. Esta es costumbre bastante injusta de la humanidad, pero es costumbre que han sancionado ya los siglos y las generaciones. Si la romana *Úcia* se hubiera erigido á algunas leguas de Sevilla no le hubieran faltado á la verdad pintores que la retratáran, estatuarios que esculpieran sus templos y sus dioses, ni arqueólogos que la describiesen, para llevar sus semblanzas y sus glorias á las mas apartadas edades. Mas como pequeño tomillo quedó oscurecida bajo el espeso follage de pino encumbrado, siendo envuelta entre sus ramas.

III.

La villa de Castilleja de la Cuesta tiene dos Iglesias Parroquiales, con los nombres de la Concepcion y de Santiago, en las cuales el viagero encuentra algunas obras de mérito artístico, como vamos á ver ahora.

Parroquia de la Concepcion.—El Altar Mayor nada tiene digno de nombrarse.

Lado del Evangelio.—En la pared, junto al retablo principal, vése un magnifico cua-

dro del discípulo de Ticiano, el célebre canónigo de Olivares Juan de las Roelas, que figura el Redentor con la siguiente leyenda al pié *Salvator Mundis*. Colorido, dibujo, entonacion lucen en esta bellísima obra del hábil sevillano.

En el altar inmediato á las gradas del Prebisterio existe una escultura representando á *San Juan de Prado*, fundador de las piadosas misiones de Marruecos, en el horrible martirio, salpicado de saetas, con un alfanje clavado en su bendito cráneo. Es una creacion razonable pero torpemente encarnada. Pertenecia al ya dèmolido convento de Franciscanos descalzos de esta villa, de cuya seráfica órden era este insigne personaje cristiano.

En el altar del Sagrario vése una efigie de vestir figurando á *Jesus Nazareno* de no escaso mérito.

Adornan, en fin, á las paredes de este lado una *Concepcion* estilo de Valdés Leal, una *Cena* que puede atribuirse á Francisco Polanco un *Angel* de bella manera y una *Santa Ana* cuadro apreciable de la escuela sevillana que representa á la Santa dando leccion á la Vírgen. La dulzura del semblante de la Señora y la candidéz de la Niña María son inmejorables. El asunto, de suyo, es tan dulce, ta

n

poético, tan inspirador, que no parece sino que la misma Madre de la Vírgen Santísima guia á los estatuarios y á los pintores, para esculpirla ó retratarla.

Nave de la Epístola.—En la pared dentro del presbiterio mírase un cuadro figurando á *Jesus en la Cruz* con las Santas Mujeres á los lados y la *Magdaléna* á los piés, de escuela sevillana. En el altar frontero al de San Juan de Prado, una pintura representando un *Crucifijo* de la misma escuela, donde lucen algunas bellezas. En otro, en fin, hay una obra de pintura que representa la *Resurreccion d Lázaro*, de correcto dibujo y buenas condiciones de color.

Parroquia de Santiago.—En el altar Mayor, de pésimo gusto, como Encomienda que fué esta villa de la órden, hasta que pasó á la Abadía de Olivares, existe una antigua escultura de *Santiago* á caballo, como se apareció en la batalla de Clavixo,

Nave del Evangelio.—Nada hay en esta nave digno de nombrarse sino una estátua de *San Francisco*, que estaba en su convento, y unos cuadros apaisados de regular estimacion. Entre los que sobresalen *La Huida* *Egipto.*

Nave de la Epístola.—En el altar de la testera hay una razonable escultura repre-

sentando á *Maria Dolorosa*, y á los lados dos *Niños de Jesus*, tambien estátuas de regular mérito. El altar es de mal gusto.

Vése tambien en las paredes de esta nave dos buenas tablas de la escuela y un altar que figura el *Santo Sepulcro*; costeado por la señora doña Carmen Estrada de Leon.

A los piés de esta nave existe una capilla cerrada con rejas del *Señor de los Remedios* y la *Vírgen de las Angustias*, que no hace mucho tiempo restauraron primorosamente, á sus expensas, los piadosos señores don Rafael Velazquez y doña Maria del Carmen Bernedez, Marqueses de Campo-Ameno, donde se venera una antiquísima estátua que representa á *Nuestra Señora de la O*, titular que fué del demolido convento, digna por su esbeltura, su belleza y su arabesco estofado del estudio y de la contemplacion de los inteligentes. Cuéntanse muchas historietas del orígen de esta obra artística, que á nuestro juicio carecen de buen criterio y de sólido fundamento.

En la pared del lado de la Epístola, á muy buena luz, hay un cuadro donde lucen la entonacion, el colorido y la franqueza de la clásica escuela sevillana, que representa el *Santo Patriarca* con el *Niño Jesus*, reproduccion, en parte, de la *Sacra familia* del inol-

vidable *Pintor del Cielo*, obra delicada de la hábil mano de una noble dama, tan modesta como inteligente.

Mucho ayudan al culto de esta Parroquia, como tambien al de la Concepion con sus frecuentes donativos y limosnas los católicos señores don Pablo Capetillo y doña Nicolasa del Campo, Marqueses de Loreto, hace cuatro años, parroquianos de ella, en su hermosa Hacienda de San Diego, situada en la calle de Enmedio.

La torre es una linda bien labrada atalaya que servia á los moros para comunicarse telegráficamente con Sevilla y Carmona. No parece segun el buen estado en que se halla, sino que acaba de salir del albañil sarraceno, del mahometano alarife.

El domingo 8 de Diciembre de 1870. á las nueve de la mañana, por una estrecha escalera subí á ella. El zumbido de los vientos, estrellándose contra la torre, el eco de las campanas, tocando á misa y la vista de aquel delicioso paisage, llenaron mi alma de honda contemplacion de fria perplegidad. Allí, sobrecogido de grandes emociones, me pareció que rezonaban por aquellas cercanías los gritos del africano cantando los himnos de guerra, las jácaras de amor ó las elegías de la muerte.

Entre Sur y Oriente, Tomares, Gines y Bormujos, circuidos de arboledas, parecian blancas palomas, echadas sobre frondosas praderías. Al Norte, Itálica, Santiponce, la Algaba, levantaban sus humildes frentes. Casi frontero el Guadalquivir como cinta de plata rodeaba á la Reina de la Bética y Gambogaz, albergue de mi niñez, lugar de mis primeras ilusiones, bañado magníficamente del sol veiase por entre dos mondados cerros, trayendo á mi memoria tristes recuerdos, remembranzas desconsoladoras. Con el pañuelo salpicado de lágrimas descendí de la torre.

IV.

Convento de Nuestra Señora de la O de religiosos franciscanos descalzos de la provincia de San Diego. Hallándose en cinta la Excma. Señora Doña Maria de Guzman y Zúñiga, Marquesa de Heliche, hija de los Señores D. Gaspar y Doña Inés, Condes-Duques de Olivares, estando próxima á dar á luz un descendiente de tan ilustre Casa por los años de 1627, se encomendó á la Santísima Vírgen á quien profesaba una devocion particular en el misterio de la Espectacion, á que suele llamarse comunmente Nuestra Señora de la

O. La piadosa Marquesa solicitó de sus padres, con motivo del estado en que se hallaba, la fundacion de un templo dedicado á aquel misterio de la Vírgen, con un convento de Religiosos descalzos de San Francisco para su culto.

Accedieron sus padres á sus deseos, y en la misma villa de Olivares, se hizo la fundacion, posesionándose los Religiosos de ella en 1.° de Febrero de 1627. Despues de algunos años por circunstancias particulares que ocurrieron, se trasladó á Castilleja de la Cuesta, á últimos de Mayo de 1639, ocupando el local de un convento de monjas dominicas, propio tambien de los mismos Señores Duques, que se habia incorporado á otro suyo de la villa de Heliche.

Entónces se labró una preciosa Iglesia, que se estrenó y colocó en ella el Santísimo Sacramento, el Domingo 11 de Junio de 17.., conservando su primitivo título de la *Espectacion ó Nuestra Señora de la O.*

Este fué el duodécimo convento de la provincia de la descalsez seráfica en Andalucía, que se consideró como retiro, donde los religiosos se preparaban con ejercicios espirituales, para ir á las Misiones de Marruecos, en las cuales muchos derramaron su sangre predicando la fé del Crucificado.

Esto santo Convento, pues, sirvió de morada á innumerables mártires, que siguieron las grandes huellas del ínclito San Juan de Prado, fundador de las referidas misiones africanas, donde padeció el martirio.

El 1835 fueron exclaustrados los religiosos, en 1849 demolido el convento, cuya área está hoy convertida en tierra para sembrar. Allí, sí, sobre el mismo suelo donde gloriosos mártires, cantando loores á Jesús y á Maria, grabavan sus benditas plantas, hoy el tosco labrador aguijonea su ganado, imprime su basto pié, preludiando jácaras andaluzas, licenciosos cantares.

En lo antiguo hubo en esta villa una ermita dedicada á la *Sagrada Familia Jesús Maria y José.*

En la Hacienda de este nombre, calle de Enmedio, propia del Sr. D. Francisco Ester, collacion de la Parroquia de Santiago, hay una Capilla pública, en cuya sacristía campean una bella pintura figurando á *San José* y un boceto de *Desposorios.*

V.

NUESTRA SEÑORA DE GUIA.

El que con cristiano anhelo,
Ya en el prado, ya en la umbría,
Levante casa á María,
La suya tendrá en el Cielo.

I.

Era, en los pasados siglos, piadosa y loable costumbre en nuestra España, que en aquellos mismos sitios, en aquellos mismos lugares donde sus nobles ó sus ricos recibian algun favor de Dios, de la Vírgen, de los Santos, tenian alguna vision ó encontraban alguna sagrada efigie, erigir un templo para eterno ejemplar recuerdo á las generaciones venideras.

Aquellos agradecidos corazones, aquellos hombres generosos, no olvidaban jamás el hacerlo. Por esto todavía vemos levantadas tantas iglesias, capillas, ermitas y santuarios, sobre nuestros caminos, enmedio de nuestras selvas, á orillas de nuestros mares

sin contar los muchísimos que la desenfrenada piqueta revolucionaria, en estos últimos años, ha echado al suelo.

II.

¡Gracias á la Stma. Providencia la ermita de *Ntra. Señora de Guia*, que se halla sobre una pequeña esplanada al final de la trocha de Castilleja de la Cuesta, hasta ahora, se ha librado vènturosamente del furor revolucionario.

III.

¿Por qué se fundó? ¿Quién lo fundó? Por una gran maravilla: por un poderoso magnate. La pluma se rompe entre mis manos al comparar aquella alegre época, con la triste, tristísima en que hoy vivimos.

Entonces el glorioso nombre español, como el del antiguo romano, era temido y respetado en toda la redondez de la tierra. Entonces llevaban nuestras benéficas leyes, la civilizacion cristiana desde las faldas de los Pirineos á la de los Andes, desde las orillas del Guadalquivir á las del Orinoco. Entónces nuestros misioneros recorrian valientes todos los ángulos del mundo, aplastando con su san-

to ejemplo, con su facundía evangélica, la soberbia, la barbárie y la idolatría. Entónces nuestros pintores arrebataban á las nubes sus matizadas tintas. Entónces, en fin, nuestros vates pulsaban el arpa de David, el laud de Jeremías, la lira de Píndaro y nuestros prosistas manejaban la pluma de Gerónimo, la pluma de Agustin, la pluma de Tertuliano.

Mas ahora, ¡qué mala vergüenza! España es por el desorganizador liberalismo la befa de las naciones, la burla de los pueblos. Pero apartemos ya la vista de tan lastimero paisaje y volvámosla á la ermita de *Ntra. Señora de Guia.*

IV.

Era tarde de grata primavera, de principios del siglo XVI. Un coche magnífico tirado por cuatro hermosas mulas antes de comenzar la cuesta se asombraron hicándose de rodillas á los piés de un olivo que estaba á las márgenes del camino.

Los cocheros comenzaron á castigarlas para que se levantaran y siguieran á Sevilla, pues la noche se acercaba. El caballero que iba dentro del coche, estrañando aquella parada intempestiva, dió voces al cochero di-

ciéndole: *Guia, guia, guia.* Señor le contestaba; *Si no quieren levantarse.*

Entónces el caballero bajó del coche y mirando al sitio donde estaban las mulas de rodillas é inmóviles, observó que por unas pequeñas grietas que habia en la tierra salian resplandores de claridad maravillosa. Aproximóse á ellos y conociendo que lo que veia no era natural, hizo venir de Castilleja de la Cuesta algunos hombres con azada, y cabando encontraron bastante profunda, colocada en una cueva salpicada de flores, una hermosa Imágen de la Santísima Vírgen. El caballero admirado de aquel singular prodigio, postrándose de rodillas la adoró, y á sus espensas erigió en el mismo lugar una ermita para eterno recuerdo de este suceso, poniendo á la Imágen el nombre de la *Vírgen de Guia*, por aquellas mismas palabras que habia dirijido al cochero cuando se pararon las mulas. En lo antiguo habia en la capilla un cuadro de lienzo que representaba este precioso hallazgo ú aparicion con las mulas arrodilladas y uncidas al coche, y el caballero en ademán de investigar lo que allí habia mientras estaban cabando los trabajadores.

!Epocas santas, tiempos felices en los que la Vírgen Santísima favorecia tanto á los españoles: volved, volved á alegrar con vues-

tras luces las cumbres del Moncayo, los llanos de la Mancha, las orillas del Odiel hoy tan oscuras por la fria incredulidad, por el filosofismo moderno!

V.

Desde entonces la piadosa villa de Castilleja de la Cuesta, tuvo gran devocion á esta santa *Imágen de Guia*, á cuyos piés acudió en todas sus aflicciones y calamidades, llevándola procesionalmente á la Iglesia parroquial de Santiago, donde se le hacian fervorosas rogativas y cuando la necesidad cesaba, volvíanla otra vez á la ermita, haciéndole una solemne funcion de accion de gracias.

El dia dedicado en cada año para celebrar sus fiestas es el 2 de Julio en que la Iglesia tiene señalado para el dulce Misterio de la Visitacion de Nuestra Señora, que es festivo en Castilleja de la Cuesta. Allí acudian en romería los moradores de los pueblos circunvecinos, los de Triana y Sevilla, para asistir á las funciones que eran brillantísimas, las cuales empezaban con las vísperas.

Delante de la ermita tenia lugar una concurrida velada que duraba tres dias. En todo el rededor de aquella alegre esplanada levantábanse chozas adornadas de guirnaldas de

llores, donde habia bailes, juegos y honestas diversiones; reinando en ellas el mayor recato, el mas respetuoso miramiento.

Este ilustre santuario ha sufrido varias restauraciones por la rudeza de los tiempos, por la incuria de los hombres. La última se ejecutó en 1841, celebrándola la católica Castilleja de la Cuesta con una religiosísima costosa funcion, en la que predicó el doctor don Fernando Ortiz, hijo de este pueblo y actualmente Arcipreste de la villa de Lebrija.

Hoy esta ermita tiene tres altares. En el mayor se venera á *Nuestra Señora de la Guia*. En el lado del Evangelio á *Jesus Nazareno*, con el nombre tambien de *Guia* y en el de la Epístola á Santa Lucía. No hay en ella cosa alguna que sea, artísticamente hablando, digna de hacer mencion.

VI.

Las mulas arrodilladas ante la Madre de Dios dieron principio al prodigio y el prodigio quedó hecho, y el prodigio quedó eterno, y el prodigio, no obstante los necios reparos del filosofismo, las iras rabiosas del infierno levantó en aquellos dichosos campos este dulce padron, este fiel testimonio de la creen-

cia católica, de la gratitud cristiana, la ermita de *Nuestra Señora de Guia.*

VII.

¿Quién era el caballero que iba en el coche? Era el magnífico Sr. D. Rodrigo Ponce de Leon, Duque de Arcos de la Frontera, Señor de Marchena, padre dignísimo de la ilustre doña Ana Ponce de Leon, Condesa de Feria, cuya vida santísima escribió con estilo clásico la galana pluma del sabio padre Martin de Roa, de la compañía de Jesus y nieto del célebre del mismo nombre que en Sevilla alentó y sostuvo aquellos sangrientos combates contra los parciales del de Medina Sidonia.

LA VÍRGEN DE GUIA.

ROMANCES.

I.

Madre santa, dulce Vírgen,
Que amparas al desgraciado
Y lo cubres y lo abrigas,
Con tu benéfico manto.
No olvides nó á Castilleja:

A su frente ciñe lauros:
Que ella amorosa te rinde
Sus plegarias y holocaustos.
Mira por sus buenos hijos:
Que ansiosos buscan tu amparo:
Que no sufren de esta vida
Los sustos ni los quebrantos.
Dale al niño robustez:
Dale salud al anciano:
Coja el labrador cosechas:
Tenga el bracero trabajo.
Oye, escucha; el pueblo entero
Solo por la fé guiado,
Te bendice á todas horas
Ya en los cerros, ya en los llanos:
—*Viva la Virgen de Guia.*
Clama, grita entusiasmado,
Y su voz corre competente
Los bosquos y los collados.
Santiponce, Aznalfarache,
Y hasta los vergeles cauros,
Religiosos la repiten
Llenos de amor sobrehumano.
No olvides, no, á Castilleja.
A tu frente ciñe lauros;
Que ella amorosa te rinde
Sus plegarias y holocautos·

II.

Cerca de Sevilla estaba,
Dentro de sacro edificio,
La Madre de Dios, sin ropas,
En altar de rudo estilo.
A aquella, que viste el campo
De claveles y narcisos,
Solo una toca adornaba,
De sucio, grosero lino.
Pasó por allí una jóven
De linaje esclarecido:
Mas pura que la azucena,
Más bella que el blanco lirio.
Entra en él y arrodillada
Dá penetrantes gemidos,
Al ver á la Santa Virgen
En estado tan indigno.
Baja la cabeza al suelo,
Sus ojos brotan dos rios.
Salen ayes de sus lábios,
De su corazon suspiros.
Levántase y lacrimosa
Mirándola de hito en hito,
Exclama de esta manera
Con acentos doloridos:
—¡Vírgen de Guia, dulce iman,
Del cristiano Santo hechizo,

Corredentora del mundo,
Consuelo del aflijido:
Tú, que dás al ruiseñor
Sus plumages y sus trinos
Y á los corderos del bosque
Sus bellones y sus rizos;
Tú, desnuda, tú, sin traje,
Sin peinado, sin prendido,
Y yo lucienda mis galas
Y mis ornamentos ricos!
Mañana cuando el sol rompa
Su luciente, augusto giro,
Tu desnudez cubrirá
El mejor de mis vestidos.
Asi fué. La ilustre dama
Del alba al primer tañido,
En coche de tres caballos,
Ya estaba puesta en camino.
Llega á sus piés y la viste,
Maria por pago digno,
Échale tiernas miradas
En señal de su cariño.
Bajan ángeles del cielo,
De flores con canastillos,
Y al son de sus arpas de oro,
Cantan deliciosos himnos.
¡Dama dichosa que oiste
Aquellos cantos divinos,
Que el alma te arrebataron

En inefables deliquios.
Cuando dejes esta vida
De quebrantos, de peligros,
Tú volverás á escucharlos,
Por los siglos de los siglos!

III.

Luciendo ricos sendales,
Viene á la ermita una dama,
A rezarle á la Señora,
Que cariñosa la aguarda.
Es jóven de gran valía,
El jazmin de la Ossethania,
La más gallarda doncella
De la romúlea comarca.
Cubiertas deja de flores
Las sendas por donde pasa;
Que donde su planta imprime
Nacen rosas matizadas.
La Vírgen Santa de Guia,
Favorece sus plegarias:
Que á los ruegos de una hermosa,
Las mismas piedras se ablandan.
Llena de amante ternura,
Con claro acento la llama,
Y la bendice y la acoge
Bajo su manto de grana.
Luciendo ricos sendales

Viene á la ermita una dama:
A rezarle á la Señora,
Que placentera la aguarda.

IV.

Sobre el suelo arrodillada
En la capilla de Guia,
Está una dama graciosa
Llorando á lágrima viva.
Caen de sus ojos las perlas,
En lagunas convertidas:
Que su casto seno bañan,
Que inundan su boca linda.
Hacia la caduca tierra
Su frente cándida inclina,
Rezando gloriosas *Salves*,
A la Señora de Guia.
Con las manos sobre el pecho
Le pide, ruega, suplica,
La patrocine y la ampare
En la muerte y en la vida.
Fuera de la ermita vuelan,
Asustadas avecillas,
El viento zumba furioso
Y el huracan se aproxima.
Las nubes lanzan granizos,
Sobre la vieja capilla,
Crujen sus puertas, y el rayo

Por el ancho espacio gira.
La dama ilustre temblando,
De terror sobrecogida,
Levantándose del suelo,
Vuelve ligera á Sevilla.
Que el pavor en la muger,
Es herencia propia, antigua,
Porque tímida y honesta
La formó Mano Divina.

VI.

Entre los pueblos antiguos Turdetanos de la provincia Bética, en el Convento Hispalense, figura Castilleja de la Cuesta, llamada por *Ptolomeo Uria*. En él comienza la deliciosa comarca que los romanos conocieron con el nombre de *Jardin de Hércules*, y los árabes con el de *País de las flores*. Estos denominaron al pueblo de que nos ocupamos *Castillejos* por unos castillos ó fortalezas romanas que existian en él y despues le llamaron *Castillejos de los huertos* por los muchos que habia en sus contornos, y últimamente en tiempo de la conquista *Castilleja de la Cuesta* por la loma que tiene para subir á ella cuando se vá de Sevilla.

Por esta época fué erigida en Encomienda de la Órden Militar de Santiago, y apenas ha-

brá dos siglos que por ser pueblo del Señorío de los Condes Duques de Olivares, cuyas armas tenia, fué separada de la órden referida y sujeta, en cuanto á su jurisdiccion espiritual, á la Abadia de Olivares, fundacion de los Duques del mismo nombre.

En la misma altura que hoy, entre la cuesta y la trocha, ocupa la hacienda de Buena Vista, el destronado Rey moro Axataf, entonando lastimero canto saludó por última vez á su querida Sevilla de esta manera:

—*Adios hermosa Shilia, mansion de la alegria, cuna de las ciencias, de la literatura y de las artes: vencido por los Nazarenos voy á llorar tu eterna ausencia, mi fatal desdicha allá sobre los solitarios arenales de la Marnitania..... ¡Oh bella Shilia, quiera Alá hacerte tan feliz, aún dominada por tus nuevos conquistadores, como lo fuiste en los más gloriosos tiempos de mi Reynado. Adios...... adios......*

VII.

El dia 2 de Diciembre de 1547 la casa principal, hace poco restaurada, sin tino, propia del jurado Alonso Rodriguez, frontera á la parroquia de la Concepcion, tuvo la alta gloria de recojer en una de sus habitaciones

los últimos suspiros, los alientos postreros, del valeroso Hernan Cortés, del hijo de Medellin, del héroe estremeño que, venciendo en la remota Otumba el furor indiano, clavó el estandarte de la Cruz sobre las cordilleras del Anahuac y los arenales del lago de Méjico. ¡Oh, la España agradecida, arrancando de su corazon agudos ayes é inclinando su cabeza, bendecirá su memoria eternamente!

VIII.

Entre los hijos ilustres que han ennoblecido con su nacimiento á esta alegre villa descuella el insigne escritor Fr. Antonio Vazquez de Espinosa, Carmelita del convento casa grande de Sevilla, que floreció en el último tercio del siglo XVI y principios del XVII. Religioso ejemplar, profundo teólogo, sábio humanista, animado del celo de la honra y gloria de Dios y de la salvacion de las almas, marchó á las Indias occidentales á predicar la fé de Jesucrito, donde se distinguió por el don especial que tenia para catequizar á los indios. Fué autor de varias obras apreciabilísimas, figurando entre ellas una intitulada *Confesonario general, luz y guia del cielo para poderse confesar*. Otra llamada: *Sumario de indulgencias*, impreso en Madrid

en 1623. Pero las que mas lo han inmortalizado, son las siguientes: *Viaje y navegacion que hizo la flota de Nueva España y Honduras el año de 1622, impresa en Malaga en* 1623. Otra intitulada: *Circunstancias para los tratos y contratos de las Indias del Perú y Nueva España*. Dejando, en fin, inédita una *descripcion de las Indias*, muy elogiada por don Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Nova*, diciendo que es obra grande y de muchas noticias, y la mas copiosa que se conocia, hablando en toda ella como testigo de vista. Murió este grande hombre por los años de 1630.

Como escritor de conciencia é imparcial no puedo dejar de hacer mencion aquí, de un hijo, aunque humilde, de Castilleja de la Cuesta, de *Pedro Jimenez*, de aquel valiente soldado de los Tercios de Flandes, que peleando por el honor de su pátria no se olvidó de traer á ella un ramo de industria agrícola arrancando en las orillas del Rhin varios sarmientos, para que cultivados y estendidos por España, afrentáran sus vinos, dieran envidia á los inolvidables de Epiro y de Lieo, ó á aquellos que producian las vides de las márgenes del Peneo ó de las llanuras del Peloponeso.

En el verano de 1860 los dos célebres Je-

suitas, el padre Marcelo Bouix y el padre Ramon Garcia, continuadores de la obra de los Bolandos en las Actas de Sta. Teresa de Jesus, retirados á la hacienda del Rosario, calle de la Granada, collacion de Santiago, hicieron una esmerada Version al francés de los escritos de aquella sábia Doctora, *gloria de España*, restituyéndolos á su primitiva pureza, que hoy figuran con mucho crédito en la literatura de la nacion vecina. ¡Dichosas puertas por donde entraron estos ilustres hijos de Ignacio de Loyola! ¡Dichosos patios donde respiraron el aura benéfica de la Providencia! ¡Dichosas habitaciones donde descansaron de sus infatigables tareas! ¡Dichosos salones, en fin, donde supieron hermanar dulcemente la lengua de Cervantes y de Bossuet; de Herrera y de Massillon, de Mal-Lara y de Chateaubriand!

IX.

En el territorio de este pueblo, háyse encontrado en todos tiempos vestigios de la importancia que tuvo en la antigüedad, magníficos sepulcros, vasos lacrimatorios, monedas, lámparas de barro, flechas de hierro, armaduras, ánforas, alfanjes, espadas, lanzas y otros objetos de la época de los romanos y de

los árabes. Hace pocos años se descubrió en sus inmediaciones, término de Castilleja de Guzmaz, un gran subterráneo, monumento antiquísimo cuyo carácter revela pertenecer á la era Céltica, y por lo tanto á edades remotísimas.

X.

Ucia, alegre Ucia, gloria de la *Huerta de Hercules*, primor del *Pais de las flores*, ¿Dónde fueron tus murallas, tus templos, tus altares? ¡Ay, la dura segur de las edades derribó tus edificios, arrancó tus pinos, cortó tus florestas, y tus mugeres las mas bellas de la Ossethania, lloraron desconsoladas, gimieron afligidas, la muerte de tus lauros, la pérdida de tus grandezas! Ucia, triste Ucia, convertida hoy en un pintoresco pueblecito llamado *Castilleja de la Cuesta*, das al hombre la mas dura leccion contra su orgullo y su soberbia.

XI.

La villa de *Castilleja*, en fin, la *Ucia* de la Señora del mundo, no, no morirá jamás. Su fama, cual clara estrella que camina por los cielos, penetrará los siglos y las generacio-

nes, y su nombre en el libro precioso de la historia de la Bética, de los anales de Vandalia, de las crónicas de Andalucía, ocupará una brillante é imperecedera página.

EL INCRÉDULO.

I.

Eran las cuatro de la madrugada de una serena noche de luna del mes de Mayo de 179 La famosa campana del convento de Nuestra Señora del Cármen tocaba á misa. (1) Los castillos, de aquellas murallas parecían gigantes dormidos. El susurro de las aguas del Guadalquivir, el canto de los buhos, puestos en las almenas cercanas y el *gra-gra* de las ranas del lejano Tagarete, daban á aque-

---

(1) Obra del célebre aleman Zacarías Districk. En la incautacion de 1835, fué llevada á Lóndres, donde está sirviendo en uno de los relojes públicos de aquella populosa Córte.

llos lugares y á aquellas horas el más elegíaco interés.

Un religioso antonino y un caballero embozado en su larga capa dirigíanse por el antiguo puente de barcas al barrio de Triana.

—¿Llegaremos, Padre, á buena hora?

—Sí, hijo mio, á la mejor.

—¿Conseguiremos, lo que deseamos?

—¡Quién lo duda, Aquí llevo, (destapándose el hábito y enseñándole un Crucifijo de metal y una estampa de papel,) á un Pastor y á una Pastora, los cuales siempre llaman á su bendito aprisco á las ovejas descarriadas. ¡Ay! á cuantas y á cuantas he vuelto yó con ellos al hermoso redil! A cuantas y á cuantas, invocando sus nombres sacratísimos, he lavado, arrancándoles todas sus pestíferas inmundicias! Confía, hijo mio, sí, confía; que tu padre no morirá impenitente.

—¡Dios lo haga! dijo el caballero.

II.

Por el Patrocinio, la Vega de Triana y la trocha de la Cuesta de Castilleja, fueron nuestros camiuantes á la Hacienda del enfermo. Antes de llegar á ella encontráronse al Prior y á un religioso del convento carmelitano de Santa Teresa de Jesus, los cuales ve-

nian yá de vuelta desesperanzados de poder ablandar el duro corazon de aquel hombre impenitente.

—¡Ay, Padre mio: yá veis lo que nos han dicho esos piadosos carmelitas! esclamó el caballero.

—Sin embargo, hijo mio, no perdamos las esperanzas; que Dios es grande, clemente y misericordioso. Si el enfermo en las orillas del rio Sena, en medio de esa revolucion horrible y atea perdió la fé católica, dejólo Dios de su mano, en las del arroyo Repudio la Divina Pastora, la Vírgen Santísima tomándolo, entre las suyas y cubriéndolo con su amoroso manto, lo volverá á sus campos deliciosos, á su pacífico redil. Pronto, pronto le verás con tus mismos ojos, Dijo el sábio religioso de San Antonio de Padua.

III.

Antes de llegar á las puertas de la alquería oyeron nuestros caminantes un murmullo delicioso, un clamoreo celestial, que les hizo poner atento oido, para escucharlos.

—¡Padre mio: qué será eso! preguntó el caballero, asustado.

—La dicha del enfermo. Este ruido, que estamos oyendo ahora, es el cielo que canta:

es María que rie; es Jesucristo, que vá á derramar sobre la frente de tu padre las gotas preciosísimas de su sangre para lavarla de las sucias manchas del pecado. no temas, hijo mio. Confia, sí, confia, que pronto conocerás prácticamente estas santas verdades, que pronto verás lo que te digo.

Habiendo penetrado por los umbrales del caserío de la huerta el antonino dirigióse á la sala del paciente y el caballero quedóse en la cocina, sentado á la lumbre.

IV.

Una sala baja cuadrilonga, con ventanas al campo, ricamente amueblada, en cuyas altas paredes veíanse colgados los retratos de los principales incrédulos de aquel siglo nefando, con varios estantes, llenos de los libros más perversos del mundo, formaba la estancia del enfermo.

Este, echado sobre un precioso lecho de ébano, parecia una estátua de mármol. Era un hombre como de cincuenta años de edad. Algunas canas blanqueaban su desmelenada cabellera. Sus ojos lánguidos, su color amarillo, su barba larga, y sus manos secas y lucientes estaban demostrando la agudeza, la intensidad de sus padecimientos.

Al ver al religioso antonino entrar en su habitacion, cosa que no esperaba, incorporándose un poco, le dijo con tono agrio y voz irritada.

—Padre: ¿á qué venís aquí? ¿Quién os ha llamado? salid al punto de esta habitacion; pues yo como el Rey de Prusia, Federico el Grande y Voltaire no quiero frailes junto á mí

—Nadie me ha llamado, Señor. No os irriteis; que no os traigo daño alguno, contestó el humilde hermano de S. Antonio de Pádua con dulce candidéz.

—Pues si no me traeis ningun daño, tampoco deseo que me hagais ningun beneficio. Nada, nada quiero que venga vuestra mano.

—No viene, Señor, de la mia. Viene de otra más grande, de otra más alta, de otra más sublime, de otra más poderosa, de la que bambolea los pesados ejes de la tierra, hace tronar á las tormentas, lanzar los rayos, correr á los mares, mugir á los huracanes, despuntar á las flores, colorear al arcos iris, de la que, en fin, lavó vuestras hereditarias manchas en las limpias saludables aguas del bautismo: para despues ¡ay dolor! siguiendo los pedregosos despeñaderos de la incredulidad, las hayais recargado de tintas aquerosas, de hediondos borrones. ¡Aunque no lo querrais, Se-

ñor; aunque lo rechaceis, creedme, si, creedme, teneis un Dios que ha de pediros estrecha cuenta de todas vuestras acciones, palabres y pensamientos; para premiarlos con la eterna gloria, ó para castigarlos con el infierno imperdurable!

Estas palabras terribilísimas, salidas de la autorizada boca de aquel docto religioso, hicieron gran mella en el alma del enfermo, el cual brotando sus ojos las lágrimas del arrepentimiento, esclamó:

—¡Padre mio, Padre mio: acercaos á mí; acercaos á mí. No os vayais de mi lado; que vais á sanar las hondas heridas de mi corazon: que vais á auyentar de mi espíritu, crueles remordimientos, memorias tristísimas, fatales recuerdos! *¡Ay pobre Federico, infeliz Voltayre, desgraciado Rousseau!*

Al decir esto abrió sus delgados brazos, recibiendo entre ellos al antonino, con la mayor ternura.

V.

Dulcísimo, vallente era. á la verdad, el cuadro que en aquellos grandes momentos representaban el religioso y el ímpio, abrazalos uno á otro, derramando caudalosas lágrimas. Dios habia puesto allí el tesoro de

sus bondades, el trono de sus misericordias, y la Vírgen Santísima esparcido las flores de sus gracias, el bálsamo de sus mercedes.

—¡Padre mio; esclamó el enfermo, yo he negado á Dios. Me he reido de la pureza de Maria. He insultado á los santos. He querido dar muerte al catolicismo entero. ¡Ay! no, yo no veré las hermosas luces del cielo: para mí no hay salvacion!

Te engañas, hijo mio, te engañas; le dijo el Religioso, porque no conoces las misericordiosas claras fuentes de la Divina clemencia, que lavan los más horribles pecados, todos, todos los que pueden cometer los hijos de los hombres. Tú negaste á Dios y él te apuntó en el libro de sus más queridos hijos. Tú reiste de la pureza de Maria y ella te acogió bajo su manto piadosísimo. Tú insultaste á los Santos y ellos, hincados de rodillas ante la Beatísima Trinidad, pidieron por tu conversion y por tu arrepentimiento. Tú, en fin, quisiste matar al catolicismo entero y él valiéndose de este despreciable gusanillo de la tierra, de este indigno sacerdote de Jesucristo, de este humilde hermano de Antonio de Padua, te ofrece, te viene á dar ahora una vida feliz, una vida eterna.

—Pues entonces, Padre mio, oidme yá en penitencia. Dijo el enfermo, llorando á mares.

VI.

Mas de dos horas largas duró la confesion del impio. El religioso antonino absolvióle, y desde aquel mismo momento comenzó el enfermo á dar patentes muestras de su repentina mejoría. Su hijo, acompañado de cuatro sirvientes, entró en la sala y por órden verbal de su padre, descolgando los retratos de las paredes y sacando los libros de los estantes hizo en medio de la huerta, con todos ellos una grande hoguera, hasta que quedaron reducidos á leves cenizas.

VII.

El enfermo recobró á los pocos dias la salud. Para darle las más cordiales gracias, fué á visitar á su convento al sapientisimo Padre Fray José Ramirez (1) que le habia abierto las alegres sendas de la dicha imperdura-

(1) Despues Maestro, Provincial y definidor general, predicador de S. M. En 1808 fué Individuo de la Gloriosa Junta de Sevilla, contra el insolente Tirano Napoleon I. Era un religioso de gran talento, erudicion y litera-

ble. Mientras vivió, el impío arrepentido, iba á San Antonio de Padua á oir misa, á confesar y á asistir á todas las frecuentes, grandes funciones que en él celebraban los fervorosos hijos de Francisco de Asis, imitadores del ilustre lusitano.

---

tora. Murió en su convento de San Antonio de Padua, el dia 24 de Setiembre de 1819. Dejó seis tomos manuscritos de sermones y otros varios doctísimos trabajos.

OLIVARES.

Á

D. JOSÉ MARÍA ROMERO PEREZ,

INSIGNE PINTOR SEVILLANO.

SALTERAS 18 de Agosto de 1858.

I.

Mi estimado amigo: Todavía no hace una hora completa que por entre el espeso polvo y el ardiente calor de estos caminos, he llegado de la cercana villa de Olivares; cuando al considerar el grande y loable amor que tiene V. á todas las buenas creaciones del ingenio andaluz, le escribo esta pobre carta. En ella verá, aunque ligeramente, la historia de tan alegre poblacion, las bellezas de las artes que encierra su extinguida iglesia colegial, hoy parroquia de Santa María de las Nieves, y la hermosura de sus campos.

La poética villa de Olivares, es cabeza de los Estados de un ilustre título de Castilla, el cual lo han poseido algunos varones famosos. Estos son los Guzmanes, y Guzmanes Buenos antiguos, *Ricos-homes* de Castilla, esclarecidos descendientes de los Paleogos, Emperadores de Constantinopla, y de los Duques de Bretaña y de los Reyes de Castilla y Portugal. Distinguido linage que cuenta el en su estirpe dos tan grandes santos, como San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y el Patriarca de la órden de Predicadores, Santo Domingo de Guzman. Entre estos recordaremos á don Pedro de Guzman, primer conde y fundador de Olivares, propiedad suya y de sus sucesores, fidelísimo en servir á sus soberanos, valeroso en la guerra y prudente en la paz. D. Enrique de Guzman, segundo conde de este título, que fué Embajador de España en la Córte Romana y sirvió á Felipe II y Felipe III en los vincinatos de Nápoles y Sicilia, por los años de 1590 y siguientes.

D. Gaspar de Guzman, tercer conde de Olivares. primer duque de Sanlúcar la Mayor y marqués de Heliche, ministro del despacho universal del Rey poeta Felipe IV, que lo distinguió con su particular amistad y privanza, de quien escribe don Gonzalo de Céspedes y Meneses, en la historia de aquel Mo-

narca, que el Conde-Duque, *Gentil hombre de Cámara era (aunque mozo) de alto juicio, grave, estudioso, y mostraba ser bien atento á lo marcial, activo y pronto en las materias ejecutivo y resoluto.*

El insigne sevillano Francisco de Rioja, recibió á manos llenas de los dos últimos, muchas y señaladas mercedes. El *Cantor de las flores*, vióse halagado hasta lo sumo por aquellos dos grandes personajes, de los que era íntimo amigo y bibliotecario.

El Conde-Duque don Gaspar de Guzman en su testamento otorgado en Madrid en su palacio del Retiro el dia 16 de Mayo de 1642, en la manda décima nona, dice testualmente:

«Seiscientos ducados en lo que quisiese á Francisco de Rioja, Inquisidor de Sevilla y Bibliotecario de S. M.»

¡Digna memoria ofrecida por un cumplido caballero al delicado Tíbulo hispalense!

El palacio de los condes de Olivares, sus antiguos señores, hoy de los duques de Alba, vese levantado en la plaza Mayor, frontero á la parroquia de Santa María de las Nieves. Tiene una fachada bastante pintoresca. Dos grandes portadas y algunas graciosas torrecillas, con almenas, atestiguan claramente y traen á la memoria la severidad de los *Ricos-homes* castellanos y la grandeza de aquellos

llos lejanos y dichosos siglos, cuyos recuerdos gloriosísimos en vano se empeñan oscurecer algunos escritores modernos. Es un frontis muy gracioso. Sin adornos de gran valia agrada sobremanera: teniendo *un no sé qu* de atractivo para los ojos de los aficionados, que llena e! corazon y satisface el alma.

El carácter de los vecinos de Olivares es noble, franco y afable. Las puertas de sus casas están siempre abiertas para la horfandad y para el infortunio. La riqueza de esta risueña villa es puramente agrícola. Sus campos se hallan cultivados con inteligencia. Sus cereales, con especialidad sus trigos, tienen justa nombradía. Vénse en su territorio algunos grandes trozos del famoso acueducto romano de Tejada á Itálica, la Fuente de la Coriana, el antiquísimo pozo de Airon y los ricos cortijos de Soberbina, Bonal y Bartola.

Este país está muy poblado y floreciente. Sus pueblecitos salpicados aquí y allí parecen grandes y pintorescas alquerias. Los olivares, las arboledas de frutales, los viñedos y algunos pinarillos que se encuentran de cuando en cuando lo embellecen hasta el extremo. Los romanos y los sarracenos le dieron mucha importancia agrícola. Los primeros cultivaron en él excelentes pagos de olivos y los segundos frondosos higuerales. Los

azucarados higos del *País de las flores* tuvieron mucho nombre entre los Estados agarenos del Mediodía de España. Eran muy apetecidos y se consumian con mucha profusion en las ricas mesas de los Califas, de los Reyes y de los Walíes de Córdoba, Sevilla y Niebla.

En medio del triste y general atraso de nuestra agricultura en estas poblaciones, se benefician los campos con saber y con esmero. Estos humildes labriegos que jamás oyeron los nombres de Plinio, de Columela, de Virgilio, de Abú-Zacarias ni de nuestro Herrera, saben abonar sus tierras, sambrarlas y recoger sus frutos, mejor que si hubieran estudiado seis cursos de la ciencia rural. ¡Tanto vale la experiencia cuando va acompada del talento y de la reflexion!

En algunas casas particulares existen pinturas y estátuas de los primeros maestros de las escuelas de Sevilla. Este pueblecito tiene tan buenas obras artísticas por haber estado en él establecida la Colegial más de tres siglos. Todas ellas pertenecieron á los capitulares ó subalternos de su insigne Santa Iglesia. Allí, donde ha estado el clero, ha sido siempre el mas munífico protector de las bellas artes. Allí, donde ha estado el clero vénse todavía, á pesar de las revueltas, de los amaños y de las rapiñas de estos últimos tiempos,

libros, pinturas, estátuas, grabados y dibujos. Pero en donde el clero ha faltado no se encuentra sino rudeza y barbarie.

IGLESIA PARROQUIAL

DE

SANTA MARÍA LA MAYOR

DE LAS NIEVES.

I.

Esta Iglesia fué en su orígen una capilla fundada á fines del siglo XVI, por el segundo conde don Enrique de Guzman y la condesa doña Maria Pimentel y Fonseca su mujer, en reconocimiento á los muchos favores que por intercesion de la Santísima Vírgen, habian recibido en su basílica de Sta. María la Mayor de las Nieves de Roma, donde se venera el santo Pesebre en que nació Nuestro Adorable Salvador Jesus.

Bajo la misma advocacion erigieron esta

capilla de Olivares, dotándola de cienes propios y rentas eclesiásticas, con autorizacion del Sumo Pontífice Gregorio XIV. Para el esplendor del culto divino, instituyeron varias memorias, que habian de cumplir su capellan Mayor, y doce capellanes con otros ministros.

Despues, á principios del siglo XVII, el Conde-Duque don Gaspar de Guzman, la elevó á la categoría de insigne colegial, para satisfacer los deseos de sus padres, que así se lo habian encomendado. Con este fin, pidió y obtuvo de la santidad de Urbano VIII la competente facultad, segun la bula dada en 1.° de Marzo de 1623, en que ademas la enriquecia con grandes y extraordinarios privilegios. Quiso que fnese exenta de toda jurisdiccion, nombrando un Abad mitrado para ejercerla, de un modo cuasi episcopal, señalándole territorio propio de algunos pueblos; cuales son: Olivares, Albaida, Sanlúcar la Mayor, la destruida villa de Heliche, Castilleja de Guzman y Castilleja de la Cuesta, se formó un cabildo compuesto de cuatro dignidades á saber: Arcediano, Chantre, Tesorero y Maestre-Escuela, ocho Canónigos, doce Racioneros, doce Capellanes y otros ministros subalternos. Se le puso título de Santa Maria la Mayor de las Nieves de Olivares, como filia-

cion de la de Roma, á la cual fué incorporada para el goce de sus gracias, usando tambien sus mismos escudos de armas, que es el Santo Pesebre y Nacimiento del Señor, razon por la cual entre sus reliquias posee esta Iglesia, un fragmento del Pesebre y parte de la alfombra en que aquel fué envuelto, cuando desde la Palestina se llevó á la capital del Orbe Católico.

Esta insigne fundacion como colegial, ha durado por espacio de doscientos veinte y 8 años, pues en 1851, quedó reducida á Parroquia segun las disposiciones y acuerdos del último concordato, pasando la jurisdiccion al arzobispo de Sevilla, en comision por la Santa Sede Apostólica, hasta que se verifique un arreglo definitivo sobre el particular.

El templo es diáfano y hermoso, tiene tres naves y tres puertas. Una de estas á los piés de la iglesia, y las otras dos fronteras, una al lado del Evangelio y la otra al de la Epístola. Cualquiera persona ilustrada al traspasar sus umbrales, siente dentro de su alma un sentimiento indefinible de respeto, de veneracion y de grandeza, que le hace adivinar su antiguo destino.

II.

Bellezas artísticas.—En el altar mayor, de mal gusto, venérase á *Nuestra Señora de las Nieves*, estátua, sentada y sostenida por ángeles niños, teniendo en sus brazos al de Jesus, obra razonable de Pablo Legot. (1) Cuatro esculturas de los discípulos de Martinez Montañés, y últimamente sobre la urna sacramental un gallardo *Crucifijo* de Pedro Delgado, regalo del señor don Ramon de Urrutia, dignísimo canónigo que fué de esta insigde Colegial de Olivares.

En el Coro, donde se halla sepultado el famoso maestro de Francisco Zurbarán Salazar, discípulo de Ticiano Juan de las Roelas, canónigo de esta santa iglesia, hay un *Señor amarrado á la columna* y una *Dolorosa*, pinturas de mérito por su dibujo, colorido y entonacion.

Nave del Evangelio.—La capilla del Relicario que está en la Mayor, mírase enriquecida con un sin número de huesos de Mártires y de Santos. Este es uno de los primeros

(1) Vulgarmente conocido por Pablo Legote, hábil pintor y estatuario, el cual vivió en Sevilla, calle del Tiro, collacion de la parroquia de San Ildefonso.

Relicarios del Cristianismo. En el año de 1590 con licencia del Sumo Pontífice Gregorio XIV, lo donó á esta colegias el referido señor don Enrique de Guzman, conde de Olivares, siendo Embajador del Rey don Pelipe II, en la Córte Romana. Están sacados los huesos de varios cementerios é iglesias de aquella santa Metrópoli del mundo católico.

En este famoso Relicario, hánse felizmente reunidos grandes recuerdos de las Vírgenes, de los Santos, de los Mártires y del pobre y débil niño, que naciendo en el tosco pesebre de Belen, donde rodó su humilde cuna, sostiene al mundo sobre la palma de su mano y á una mirada suya saltan los montes y los mares.

Nuestra señora del Alamo, que está en su altar, es una pequeña razonable escultura, anterior, en nuestro juicio, á los tiempos de Gerónimo Hernandez. Pero lo que más avalora á este retablo es otra tambien pequeña que representa un *Ecce Homo*, debida á los delicados cinceles de doña Luisa Ignacia Roldan, conocida entre los aficionados por la *Roldana.*

A los piés de este altar, grabada en una grande losa de mármol blanco, se lee la siguiente inscripcion sepulcral latina, dirigida á perpetuar la memoria de los dos sábios

hermanos don José y don Ramon Hernandez Gomez Araujo, canónigos que fueron de esta Santa Colegial, los cuales redactaron sus concienzudos y bien escritos Estatutos. Eran ambos tan doctos como piadosos:

D. O. M. S.

Olim Apud Abulenses Académicos ordines
Divi Æmilliani Collegii Alumni:
D. D. Josephus et Raymundus
Hernandez Gomez Arauxo:
Duo Fratres Arctissimé Charitatis Vínculo
Copulati:
Hic Primicerii Mesochori Dignitate:
Ille Dignitate Sacristæ: In Hac Insigne
Collegiali Ecclesia Ornati:
Judice Cruciatæ Integerrimi:
Quorum Nobilitatem: Petra Fixa:
Rectitudinem Vitæ: Morum Candorem:
Pietatem: Sapientiam:
Olivares: Omnes que Ad Unum:
Mirifice Testantur:
Conjunctim Ita Duo Hic Vixere
Uti Ævum Tendentes Corporibus Exuti:
Uno Sub Hoc Lápide Tegantur.

R. I. P. A.

Traducida en Castellano dice así:

Consagrado á Dios Optimo Maximo.
Los señores don José y don Raman
Hernandez Gomez Araujo:
Alumnos que fueron del Colegio de S. Emilio
agregado á las facultades de la Universidad
de Ávila:
Dos hermanos unidos estrechamente
por el vínculo del armor.
Este Dignidad de Chantre, y aquel de
Tesorero
en esta ingsigne iglesia Colegial:
Jueces integerrimos de la Santa Cruzada:
de caya nobleza, rectitud de vida,
candor de costumbres, piedad y sabiduria,
dan admirable testimonio este monumento,
Olivares, y cuantos los conocieron:
vivieron tan íntimamente unidos
aquí en la tierrra, que al partir á la
eternidad,
rotos los lazos de la carne
yacen bajo esta sola losa.

R. I. P. A.

En el altar de la *Vírgen del Cármen*, la caritativa *Señora* está sacando las ánimas del Purgatorio. Es una escultura de no escaso mérito, así como tambien las ánimas benditas de medio cuerpo.

En la capilla del *Nacimiento* existe un hermoso cuadro que lo representa, debido á los valientes pinceles del discípulo de Ticiano del memorable Juan de las Roelas. Al pié de esta altar, en una losa de mármol blanco, hállase la leyenda latina del sepulcro del insigne Abad don Antonio Poblaciones Dávalos, tan erudito como virtuoso Prelado. La leyenda dice así:

D. O. M.

Hic Jacet
Illmus et RRmus D D. Bernardus
Antonius Poblaciones Dávalos:
Insignis Collegiatæ Olivarensis Abbas:
A Consiliis Regis:
Sacrosantæ Theologiæ Doctor
Regii Collegii Majoris Illiberitani;
Sanctæ Cruciatæ Fidei Togatus Meritissmus:
In Occidentalibus Américæ Oris
Sancti Martini Bonorum Aerum
Ecclesiæ Episcopus Electus:
Qui Omnium Litterarum genere
Apprime Eruditus:
Vitæ Moribus Probatíssimus: et Virtutibus
Ornatus:
Zerrena Respuens et Aspiciens Cælestia
Desüt Vivere.
XI. Kal. Februar. Anno MDCCCXVII.
Meritum Viguit: Permanet Sola Virtus.

R. I. P. A.

Traduccion Castellana:

A Diós Optimo Máximo.
Aquí yace
El Ilustrísimo y Reverendísimo señor don
Bernardo.
Antonio Poblaciones Dávalos:
Abad de esta insigne iglesia Colegial de
Olivares
del Consejo del Rey:
Doctor en Sagrada Teología
del Real Colegio Mayor de Granada:
Juez dignísimo del Tribunal de la Fé
y de la Santa Cruzada:
Obispo electo de la iglesia de San Martín
de Buenos Aires
en las regiones occidentales de America:
Profundamente instruido en todas las
ciencias:
Rectísimo en las costumbres de su vida
y adornado de virtudes:
despreciando las cosas terrenas
y aspirando á las celestiales
dejó de vivir el dia 22 de Enero
de 1817.
Brilló su mérito: solo permanece su virtud.

Nuestro Padre Jesús Nazareno, qne se venera en su altar es una buena escultura de Montañés.

El Niño perdido, que se veneraen el suyo, es una estátua de regular mérito. Encima hay un lienzo que figura á *Nuestra Señora del Alamo*, de la escuela de Frutet. En el banco de este retablo yacen olvidada de los hombres, las estimables cenizas del tan sabio como religioso don José Ponz, canónigo que fué de esta ilustre iglesia.

En otro altar inmedito vése uua escultura figurando un *San Benito*, patrono de la vecina y derribada villa de Heliche, en cuya iglesia parroquial tenia retablo. Es una obra antigua, tal vez del Maese Pedro de Campaña, no despojada de valor artístico.

Nave de la Epistola. Junto á la puerta de la sacristía existen dos *Sin pencados* con dos vírgenes del *Rosario*, pinturas muy agradables de la Escuela Sevillana.

El *San Francisco* que está en su altar y la *Pastora* que está en el suyo son dos buenas creaciones: el primero de Pedro Delgado y la segunda de Bernardo de Gijon. Tanto una como otra obra están ejecutadas con la conciencia y correccion propias de sus famosos autores.

La capilla del Santísimo tiene dos altares

En el Mayor ó del Sacramento hay las siguientes grandes bellezas. Un *San José* con el Niño Dios de la mano, trabajo graciosisimo del inolvidable escultor del cielo Juan Martinez Montañés y un precioso *Niño Jesus* del mismo artifice. ¡Qué niño tan galano! No le falta más que hablar. La candidez, el contento y la risa rebozan en su tierno y sacratísimo rostro. En el otro altar *Nuestra Señora de las Nieves*, y frontera, colgada en la pared, una *Anunciacion*, de la manera de Francisco de Zurbarán Salazar.

En la capilla contigua hay una insinuante *Dolorosa*, estátua de vestir de bastante mérito. El dolor tiene traspasado su pecho, saliendo claramente á su rostro la amargura en que está ahogada. No sin justicia le tienen tanta devocion los vecinos de la piadosa Olivares. En esta capilla véuse algunos razonables frescos. Entre ella y la última de esta nave que es la de San Sebastian hay clavado en la pared, un cuadro representando á *San Blas*, de cuerpo entero, de la manera de Roelas. En el retablo de *San Sebastian*, si mal no recuerdo, nada vi digno de mencion.

En la sacristía luce un retrato de medio cuerpo del papa Urbano VIII, atribuido á los valentísimos pinceles del inmortal Ticiano. Hizo este buen regalo á la colegial el men-

cionado señor don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, y duque de Sanlúcar la Mayor. Tuve el disgusto de no ver, por estár guardado con llave en la taca de un banco, en esta misma sacristia, cuatro bellísimos lienzos, de los mejores tiempos de Juan de las Roelas, los cuales representan los *Desposorios* la *Anunciacion*, la *Adoracion de los Reyes* y el *Tránsito de San José*. Están allí depositados por un no concluido litigio del ilustre Cabildo eclesiástico de esta suprimida colegial.

Hállase enriquecida la sala capitular, contigua á la sacristía, con varios retratos de los señores Abades de esta insigne iglesia, entre aquellos, algunos de no escaso mérito; con una cabeza de San Juan Bautista de Zurbarán, con un *Ecce Homo* y una *Dolorosa* de Roelas, y últimamente un *Crucifijo* de marfil trabajado con inteligencia y gusto.

En la pila de esta santa Iglesia recibió las saludables aguas del bautismo doña Salvadora Freyria Monge de Leon, madre del señor don Francisco de Paula Lopez de Castro, uno de los mas estimables poetas de la moderna escuela sevillana, compañero y amigo de Reinoso, Arjona, Lista, Blanco, Roldan, Diaz y Marmol, algunos de cuyos trabajos poéticos insertó el señor Quintana al fi-

nal del tomo cuarto de su aventajada coleccion. Su retrato, gracias á mi solicitud, está en la biblioteca Colombina, entre otros muchos de los mejores ingenios sevillanos, que allí va reuniendo con loable celo su digno bibliotecario don José Fernandez Velazco.

No me puedo tambien privar del gusto, en honor de la buena memoria del ya mencionado Poeta Sevillano Francisco Rioja, de consignar aquí, que él contribuyó mucho para la fundacion de esta Iglesia Colegial, por la grande amistad, y las altas consideraciones que le guardaba el Conde Duque, de quien fué uno de sus consultores, y el más confidencial de sus Albaceas.

Tampoco quiero dejar de hacer mencion honorífica de los Prelados y Capitulares mas ilustres de esta Santa Iglesia, cuales fueron el Licenciado D. Gerónimo Abad Bertran, primer Capellan Mayor y especial bienhechor de ella. El Licenciado D. Diego Suarez de Castro, dignidad de Maestre Escuela. Los ya nombrados hermanos Araujos, Chantre el uno, Tesorero el otro, y redactores de los Estatutos. El ya referido canónigo D. Jose Pons. Los señores Abades D. Juan Navarro, D. Bernardo Poblaciones, y D. José Mariscal y Rivero el décimo y último de ellos, dignos todos de dulce e inolvidable memoria.

Por último, el gran Mecenas de España, el cariñoso protector de sus buenos ingénios, don Gaspar de Guzman Conde-Duque de Olivares, fundador de esta Abadia, cuyo mayorazgo posee hoy la casa de Berwik y Alba, amargados sus postreros años por el infortunio, es una noble figura en nuestra historia, y merece que su glorioso nombre pase á la mas remota posteridad, entre las gratas bendiciones de todos los pechos católicos y generosos.

SEPULCROS.

—

Sepultura del licenciado Juan de las Roelas.

III.

A la entrada del coro se vé la losa sepulcral que cubre las cenizas respetables de este pintor famoso. Está con el contínuo pisoteo tan gastada y borrosa que ni una letra siquiera se distingue ni se puede leer en ella,

IV.

Noticias biográficas.—Nació en Sevilla en 1560 de la noble familia de su apellido, (1) hijo, del Almirante Pedro de las Roelas. Jóven marchó á Italia, para asistir como discípulo al concurrido taller del célebre Ticiano Vecelli. Este gran maestro del arte de la pintura lo estimó sobremanera por su talento y su aplicacion. Vuelto á Sevila fué en ella el oráculo de su tiempo. Entre sus buenos alumnos sobresalió el valiente Francisco de Zurbarán Salazar, natural de la villa de Fuente de Cantos, en Extremadura. (2) Nombrado canónigo de la Colegial de Olivares fué en aquella villa un modelo de virtudes cristianas. La vista de aquellos bellísimos campos, de aquellos paisages pintorescos inflamaban su fantasía algo apagada por los

(1) En 1528 era su tio Alonso de las Roelas, veinticuatro de Sevilla.

(2) En el libro 2.° de difuntos de la parroquia de Santa Maria Magdalena, de Sevilla, fólio 102 hay la siguiente partida: «En este dia (28 de Mayo de 1639), doña Beatriz de Morales, muger de Francisco de Zurbarán, pintor.»

años y por las amarguras. Sentido de la villa de Olivares, de Sevilla y de toda España murió en 1625, dejando al mundo artístico una gloriosa memoria. Todavía se vé en el corto camino de Olivares á la demolida villa de Heliche, un cercado de seis á ocho fanegas dé cabida, tierra calma ó de pan sembrar, con el nombre de *cercado de Roelas*, cuya heredad perteneció á este ilustre artífice.

Ya conoce V. á Olivares.

Voy ahora, antes de acabar esta carta, á decirle cuatro palabras de la próxima villa de Albaida y de sus alrededores, los cuales visité ayer tarde.

ALBAIDA.

I.

La villa de Albaida, la *Letia* de los romanos, célebre municipio de Itálica, reedificada por los moros, los cuales le dieron el nombre que hoy tiene, es una poblacion pobre y reducida. En el dia solamente cuenta dos plazuelas, cinco calles y ochenta y dos casas, la mayor parte ruinosas.

Nada de lo que actualmente se vé en ella, recuerda la cultura latina, ni la delicadeza sarracena.

En tiempo del Rey don Juan II, fué cedida Albaida ó *Solucar la Menor* al cabildo de la Catedral de Sevilla. Por su término corren los dos arroyos de Balderrago y Valdegallinas, los cuales desaguan en el rio Guadiamar, ó de Sanlúcar la Mayor.

Las inmediaciones de Albaida tienen un aire de tristeza, que llena el corazon de amarga melancolía. En sus montecillos y en sus quebradas, encuéntranse de trecho en trecho algunos leves vestigios de la risueña *Lelia*. Ya todo está mudo: todo está desierto. Ni se oyen los melodiosos cantos de sus hermosas matronas: ni se ven correr los ligeros corceles de sus bizarros Centuriones. La alhagüeña *Lelia* y su dulce nombre murieron para siempre. Las guerras las conquistas, las y las revoluciones, la han arrancado de las gloriosas páginas de la historia.

La fuente de Archena, la torre de don Fadrique ó *Mocha* y algunos lijeros restos de edificios latinos y sarracenos, tales como murallas, calzadas, puentes y alcantarillas, es lo único que encontré digno de la consideración y del estudio de los amigos de las antigüedades. En ellos vi á las claras la mano Omnipotente de la Providencia, el temible brazo de Dios, castigando los delirios, los estravíos, las locuras y las vanidades de los hijos de los hombres.

II.

El sol iba con su gallarda pompa despidiéndose de los alegres campos de la antigua Bética, cuando llegué á la fuente de Archena. Un vaquero estaba sacando agua con una cubeta de madera y echándola en un largo pilar, para dar refrigerio á su piara. Roguéle que sacára una para mí. Con el frio, pero cordial agrado de los hombres rústicos, me la presentó al instante llena de agua. Entónces acordádome vivamente del Pueblo Rey, de la Señora de las Naciones, de la Augusta Roma, que llevó con soberana magestad sus elegantes águilas y sus airosas cohortes á los mas lejanos y ocultos confines del mundo, puesto de bruzes sobre el brocal de aquel pozo olvidado, satisfice en aquella tosca cubeta mi ardiente sed, mucho mejor que si hubiera bebido en las orillas lisonjeras del *Eurotas*, en la memorable fuente de *Aganípe*, ó en las lagunas deliciosas del *Peneo*, con los vasos auríferos de *Lúculo*, con las alabastrinas ánforas de *Artemisa*, ó con los jarrones cincelados de *Creso*.

La torre de don Fadrique ó *Mocha*, mírase en la esplanada de un cerrillo, cercano á la iglesia parroquial y al Cementerio de Albai-

da, al principio de la bajada de la cuesta, sobre mano izquierda. Tiene la siguiente leyenda: *El Infante don Fadrique, mandó facer esta torre.* Las injurias de los siglos y de los hombres la han ido rebajando de manera, que ya no parece una torre, sino un muralon arruinado. Por esto motivo las gentes de Albaida y los pueblos comarcanos, le llaman la *Torre Mocha*, no conociéndola por otro nombre.

Apeándome del caballo que montaba, y yendo á sentarme en un banco de tierra cerca de la torre, me entregué á dolorosas contemplaciones. Los reptiles asustados por el ruido de mis pasos, huyendo por entre los espesos matorrales que me circuian, eran los únicos vivientes de aquellos recintos silenciosos. Yo no escuché allí los suaves trinos de los gilguerillos, ni los melifluos gorgeos de los ruiseñores, derramando torrentes de armonía con sus deliciosos harpegios, sino los ásperos *gris gris* de las cigarras, pulverizando las secas ramas de los cardos, las deshojadas flores de la Providencia. El viento que se estrellaba contra los muros del viejo torreon, formando ecos confusos y funerarios, parecia que estaba gimiendo por la pérdida de tantas grandezas, y por la muerte de tantas hermosuras.

Ya oscurecido, lleno mi pecho de congoja, y mi cabeza ocupada en meditaciones sobre el alzamiento y la caida de los Imperios de la tierra, volviéndo á montar en mi caballo, me retiré de aquellos lugares melancólicos. Las aves de la noche escondidas entre el ramaje de los árboles, derramaban con sus monótonas plegarias, el llanto y la tristeza por todos aquellos alrededores. El buho puesto sobre las desmoronadas muras, lanzaba de vez en cuando sus endechas funerales esparciendo el luto y el desconsuelo, por aquellas solitarias cercanías. ¡Pobre *Lelia!* ¡Pobre *Lelia!*

III.

Ciertamente estrañará V. que nada le diga de bellas artes. En Albaida nos la hay, por eso no lo hago. Las altas creaciones del génio y del buen gusto huyeron espantandas de aquellas tristes soledades. Ya no crece allí la purpúrea rosa, ni la blanca azucena, para perfumar los aires con sus gratos olores, sino el pardo beleño y el amarillo jaramago para dar sombra fatídica á las carcomidas piedras de los sepulcroos.

Esto es lo que ha quedado de la alegre *Lelia*. La higuera silvestre nace entre las hon-

das grietas de los derribados edificios, y el vil lagarto se pasea por entre los escombros solitarios.

IV.

¡Lelia! ¡Lelia! ¿Callas? ¿No respondes? ¿Estás dormida? ¡Ay! el frio sudario de la muerte ciñe tu esbelta, graciosa cintura, y cual tórtola viuda, solitaria, cadavérica yaces, entre templos demolidos, tumbas despedazadas, puentes revolcados, murallas destruidas, zarzales espinosos, amapolas marchitas.

¡Ay desventurada *Lelia!* ¡desventurada *Lelia!* Al abandonarte, al salir de tu recinto, mis lágrimas salpicaron tus rotos blancos sendales, tus fúnebres mustios cipreces, y embebido en fatigosas amargas contemplaciones, mirándote con suma melancolía, esclamé:

¡Adios, adíos, clavel oloroso, rosa de Itálica! quiera el cielo que algun dia, otro anticuario más competente, mas digno que yó, llegue a pisar el polvo de tus ruinas, venga á visitarte, para escribir tu peregrina historia!

EL TARDON.

Monasterio de Ntra. Sra. del Buen Suceso ó Sta. María del Retamar.

I.

En el descenso de un valle ameno y solitario, á tres cuartos de legua de la villa de Aznalcóllar, dos anchos caminos rodeados de pintorescos bosquecillos de encinas, mirtos y arrayanes, conducian á las puertas de un antiguo monasterio. Un gracioso torrente de aguas cristalinas brotaba en el centro de este paisage delicioso, á la sombra de verdes y plateados álamos, y dos limpios arroyuelos, donde entre los juncos y adelfas de sus márgenes las aves cantaban melodiosas, hermoseaban en estremo aquellas silenciosas cercanías. El Dios de los desiertos lo guardaba... Habitado por santos varones, era el amparo de los mendigos, y el refugio de los caminantes. Quien penetraba sus umbrales todo lo tenia

en abundancia. Habíalo fundado en siglos de piedad un rico, noble personaje, para descargo de su conciencia.

Elegantísimos sepulcros de bronce y alabastro encerraban en el presbiterio de la iglesia respetables cenizas. Suntuosos tabernáculos, magníficas estátuas y valientes pinturas la avaloraban y embellecián estraordinariamente.

Hoy despedazadas sus paredes, caidos sus techos, profanados sus altares, rotas sus efigies, saqueadas sus tumbas, yermos sus claustros y vacias sus celdas, presenta á los ojos del viajero la vista de un edificio casi arruinado, que apenas conserva el aspecto de su primitivo destino, á no ser por un esbelto campanario, que se levanta en la fachada, construido ó restaurado en el año de 1721.

II.

Cuando la religiosa España arrodillada ante los altares de Jesucristo le pedia sus favores y sus gracias, el nombre de Español y de católico eran sinónimos. El herege, el impío, el incrédulo, temblaban de pavor á la sola vista de las rizadas cabelleras y de los blondos plumages de los valientes tercios castellanos. Los corazones de nuestros abue-

los se inundaban de júbilo, cuando erigian al Dios de los ejércitos templos y altares, en reconocimiento del supremo dominio que tiene sobre sus criaturas.

Animado de este espíritu el cumplido caballero don Gaspar de Guzman, Conde-duque de Olivares, hizo cesion de parte de sus donadios para fundar y darle rentas á este célebre Monasterio, como consta de la escritura otorgada en 29 de Noviembre de 1638, ante Lúcas Garcia Picaño, escribano público de Su Magestad.

Diósele la advocacion de Nuestra Señora del Buen Suceso, y la llamaban tambien Santa Maria del *Retamar*, por la dehesa en que se hallaba, que fué en lo antiguo un cortijo de este nombre.

Era conocido además con el título del *Tardon* por la provincia monacal á que pertenecia de solitarios de la órden de San Basilio, que formaban una congregacion especial de recoletos, separada del cuerpo general de aquella religion, por unas constituciones del Papa Clemente octavo, segun bula dada á 23 de Setiembre de 1603.

III.

El orígen de este instituto monástico, lo encontramos á mediados del siglo XVI. Su primer fundador fué un santo ermitaño llamado Mateo de la Fuente, natural de una pequeña aldea del arzobispado de Toledo denominada *Alminuete*. Estudió con grande aprovechamiento filosofía en Salamanca, y teniendo inclinacion á la vida del desierto, se resolvió á seguirla buscando á unos ermitaños que moraban en una sierra inmediata á Baeza. Noticioso despues de la virtud y fama que tenia el venerable Padre Juan de Ávila, púsose bajo su direccion, y por su consejo fué á vivir con unos anacoretas en la soledad de la *Albayda* cerca de Córdoba, y últimamente se retiró á lo interior de unas breñas á hacer vida contemplativa lleno del espíritu de Dios, en los antiguos Montes Marianos, conocidos por *Sierra Morena,* donde se entregó á los rigores de la penitencia. Aconsejado del Padre Ávila, recibió en su compañía á otros varones espirituales, para formar congregacion en el desierto, donde alababan al señor, y se alimentaban con el trabajo de sus manos, á imitacion de los Pablos, Antonios y Pacomios, primitivos anacoretas de la Nitria y de la Te-

bayda. Las frecuentes inundaciones del rio *Bembezar* les hicieron subirse á un cerro altísimo, que por abundar de cardos le llamaron *Cardon* degenerando despues en *Tardon*, nombre con que fué conocido este yermo, situado como á tres leguas del término de Hornachuelos. Ocuparon una estensa llanura rodeada de especísimos bosques de encinas y malezas, formando en lo interior de su recinto una vasta soledad, que abrasada por los ardientes rayos del sol, servia de espantosa morada á aquellos penitentes ermitaños. Vivian en chozas cubiertas de jaras y de corchos, teniendo por lecho la dura tierra. Trabajaban desmontando el terreno, cavaban y sembraban para alimentarse con el sudor de su rostro, pasaban largas horas en oracion, y cantaban las divinas alabanzas. Noticiosa de esta nueva reforma, la insigne literata Santa Teresa de Jesús, decia en el capítulo diez y seis del libro de las Fundaciones, que estos solitarios habitaban el Yermo del *Tardon* «¡bajo la direccion de un hombre muy santo, que llamaban el Padre Mateo, que no tenian rentas, ni querian recibir limosnas, ni las recibian, sino de la labor de sus manos se mantenian, y cada uno comia por sí, harto pobremente!»

Informado el Sumo Pontífice Pío V de las

virtudes que practicaban estos mortificados cenobitas, dió gracias á Dios de que en su tiempo tuviera la Iglesia, lo que en los primitivos siglos el alto Egipto y la Palestina, y dispuso por un Breve, que todos los ermitaños que vivian sugetos á Prelados, adoptasen alguna regla de las órdenes religiosas aprobadas, que florecian en aquella época. El Padre Mateo, á quien habia ordenado de sacerdote el Obispo de Córdoba, para que en la Iglesia erigida en aquel páramo asitiesen sus moradores á los divinos oficios, eligió de acuerdo con ellos, la de San Basilio el Magno, como la mas conforme con el carácter de vida que profesaban.

Fué tanta la perfeccion y santidad de estos primeros pobladores del *Tardon*, que habiendo venido á Córdoba, el Rey Felipe II. hizo conducir á su presencia al venerable Padre Mateo, é informado este Monarca del genero de vida que hacian aquellos monges, le dijo que si tenian necesidad de algo, estaba dispuesto á concederle lo que pidieran. Lleno de respeto el Padre Mateo, le contestó, que no necesitaba cosa alguna de esta vida. Entonces el Rey le manifestó deseos de ver el *Tardon*, y el venerable le suplicó que no lo hiciera, por que no se engriesen sus monges con esta visita. Admirado el Monarca de su

prudencia, le rogó lo encomendase á Dios, para cumplir dignamente sus altas obligaciones. Habia dispuesto este Santo Varon ya la ereccion del monasterio, y lo ordenó en la misma forma que San Gerónimo describe los de Egigto, estableciendo además del trabajo del campo, la labor de la lana y su tegido, repartiendo á los pobres generosamente, paños para su abrigo y pan para sustentarse.

Deseoso de propagar su instituto, fundó otro monasterio en honor de San Antonio Abad, en el valle de los Galleguillos, tres leguas de distancia del *Tardon*, término de la villa de Constantina, donde trabajó incansablemente para terminar su obra, que realizó á costa de grandes afanes en corto espacio de tiempo.

Abrumado con una vida tan laboriosa, consumida entre los rigores de las penitencias, se agravaron sus padecimientos a la edad de cincuenta y un años, y siendo conducido á Hornachuelos para curarse, viendo cercana su muerte, llamó a diez de sus monges, para animarlos á la observancia de la Regla, al trabajo, retiro, oracion, silencio, y ayuno, encargándoles que jamás recibiesen limosnas de persona alguna, sino que por el contrario, socorriesen á los pobres en todas sus necesidades.

Concluida esta breve exhortacion recibió con gran fervor y devocion los Santos Sacramentos, y murió con la muerte de los justos y fama de santidad el 27 de Agosto de 1575. Su cadáver fué conducido honoríficamente al monasterio, y se le dió sepultura en una bóveda del presbiterio, al lado del Altar Mayor. Nada sabemos sobre sus restos, si fueron exhumados por los monges cuando en 1808 abandonaron aquel yermo ó si permanecen en su sepulcro. En este sitio fué fundada despues una villa por el Baron de San Calisto, que lleva su nombre, y la Capilla Mayor de la antigua Iglesia de San Basilio del *Tardon* sirve hoy á este pueblecito de Templo Parroquial.

IV.

Además de los dos monasterios referidos, se fundó otro posteriormente en el término de Alanís, llamado San Miguel de la Breña, en memoria de los singulares beneficios que este glorioso Arcángel habia dispensado al Venerable Padre Mateo, y á los primeros anacoretas del *Tardon*, que lo veneraban por Patron de aquel desierto.

El último es precisamente este de Santa Maria del Buen Suceso, que acaso se denominaria asi, por el que iba esperimentando es-

la congregacion reformada de San Basilio, con su propagacion en tan poco tiempo, debida á la proteccion de la Santísima Vírgen á quien profesaban los monges una tierna y afectuosa devocion.

Situado como indicamos al principio, en la pendiente de un pequeño valle, rodeado por Norte y Sur de bosques de encinas, y de un estenso olivar por la parte opuesta, forma un panorama delicioso, muy á propósito para la vida austera y penitente de los solitarios que por tantos años lo habitaron. El abundante manantial de agua que brota en el fondo del valle, convertido en manso arroyuelo, vá serpenteando entre juncos y adelfas por los alrededores del monasterio, hasta confundirse con la corriente del cercano rio, que llamaron *Ménoba* los romanos, *Guadiamar* los árabes, y hoy lleva vulgarmente el nombre de Sanlúcar la Mayor (1).

Cualquiera que como nosotros se halla encontrado en este ameno y pintoresco sitio, una fresca tarde de verano, entre aquellos árboles movidos lentamente por los vientecillos.

(1) Estas aguas son minerales y tienen una virtud especial paoa la curacion de padecimientos cútaneos. Tomando sus baños; han logrado muchos enfermos la mas completa salud.

en esa hora misteriosa del crepúsculo del dia, en una noche apacible y serena, cuando la luna esparce sus resplandores sobre la callada tierra, ó al despuntar la aurora en el horizonte con sus colores de nacar, oro y rosa, sumergido en aquel silencio profundo, interrumpido tan solo por el canto de las aves y el murmullo de las aguas; habrá sentido en su corazon el amor indefinible á la vida solitaria, donde el alma se eleva á Diós por la contemplacion de las cosas criadas que publican su gloria y su grandeza, y manifiestan de un modo elocuente y persuasivo su poder y su sabiduría.

Tales eran los sentimientos de aquellos hombres privilegiados que despreciando al siglo con sus pompas y vanedades, se retiraban á vivir en los desiertos, apartados del *mundanal ruido.*

Con este espíritu vinieron los primitivos moradores á esta soledad del *Retamar*, contándose entre ellos los sábios y virtuosos Padres Fray Francisco de San Diego y Fray Basilio de la Stma. Trinidad, procedentes de los anteriores monasterios del *Tardon* y Fray Pedro Marmolejo, conventual de Sevilla, que aparecieron en este desierto como las flores odoríferas que abren su seno á los primeros rayos del sol de la mañana.

Difícil seria enumerar todos los mongos que tanto en santidad como en sabiduría han florecido en esta Casa Religiosa. No pudiendo formar un catálogo de ellos, nos contentaremos con nombrar á los mas insignes, que despues de sus fundadores, fueron los Padres Fray Gerónimo de San José, Fray Alonso de la Encarnacion, Fray Juan de San Miguel y Fray Agustin de la Concepcion, cuyos nombres han pasado á la posteridad.

En los últimos años del siglo XVII, se distinguió por su rara elocuencia en la oratoria sagrada, el Padre Fray Cipriano de Jesús, Predicador Mayor de la Orden, que lleno de celo por la honra y gloria de Dios, y la salvacion de las almas, atrajo muchos pecadores extraviados al redil de Jesucristo.

Dignos son tambien de que se perpetúe la memoria de los Padres Fray Fernando de S. Nicolás, don Isidoro de S. Basilio y don Diego de Padilla, Abades de este monasterio, perfectos modelos de prelados religiosos por su virtud y por sus letras, que desempeñaron sus cargos en la última mitad del siglo pasado.

A principios de este en la triste época de la invasion francesa, la cual acabó con este célebre monasterio, era su Abad el M. R. P. Maestro don Rafael Morea, Lector de Sagra-

da Teología, definidor general de la Congregacion del *Tardon* y despues Abad del colegio de San Basilio de Sevilla, y Vicario general de la órden en España. Sobresalió en todo género de ciencias, pero particularmente en la predicacion, como lo probó entre otras muchas ocasiones, en la sentida oracion fúnebre que á la buena memoria de la virtuosa reina de España doña María Josefa Amalia de Sajonia, pronunció en la yá destruida parroquia de San Miguel, el lúnes 27 de Julio de 1829, la cual se suprimió para satisfacer los deseos de sus admiradores.

Muchos eran los servicios espirituales y temporales que prestaban estos buenos religiosos, sin apartarse de su amada Soledad. Casi todo el culto divino de la inmediata villa de Aznacóllar era provisto por ellos, yá desempeñando en muchas épocas el ministerio parroquial, yá celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, á la hora del alba en los dias de precepto, para que asistiesen los trabajadores antes de entregarse á las penosas faenes del campo, lo mismo en el pueblo, que en la iglesia de su monasterio, en la ermita de *Nuestra Señora de Fuentes Claras*, y en la de la Pastora, aldea conocida con el nombre del Torilejo, situada á tres luguas del *Retamar*.

Tambien anunciaban la palabra divina con sencillez Evangélica desde la Cátedra del Espíritu Santo, en los pueblos circunvecinos, particularmente en tiempo de Cuaresma, octava de Córpus y fiestas principales del año. Asistian á los enfermos y los socorrian en sus necesidades, abrian sus manos benéficas á la viuda, al huérfano, al anciano, y á todos en general en tiempo de calamidades públicas, dando un solemne mentís á los *pobres espíritus* que hoy afirman, que los monasterios en los desiertos eran inútiles y para nada servian, calificando de ociosos á sus habitadores. ¡Miserables! cualquiera que no participe de vuestras aberraciones, y tenga despejada su razon, al ver en medio de los bosques elevarse sobre las verdes copas de los pinos y de los fresnos, las cúpulas y las torres de los templos católicos, coronadas con el lábaro de la Cruz, esclamaría señalando con su índice: allí está la virtud, el saber, la abnegacion, el heroismo, allí en fin todas las glorias juntas, de los pueblos y de las naciones civilizadas del universo.

V.

La caridad era la base sobre que estaban fundados los institutos religiosos, y la caridad en este mundo siempre ha tenido su pre-

mio, como la inclemencia su castigo. Animados de esta virtud los padres de este monasterio, tenian en él una cómoda hospedería donde recibian, albergaban y socorrian á los pobres y transeuntes que llegaban á sus puertas. Miles y miles disfrutaron durante su residencia en ella los mayores beneficios. Allí eran tratados con esquisita amabilidad y dulzura, y despues de ser favorecidos, un *adios* santo y cariñoso escuchaban al despedirse de los labios de aquellos respetables solitarios.

En prueba de todo lo que acabamos de referir, vamos á consignar un hecho, cuyo recuerdo conservan algunos ancianos de la referida villa de Aznalcóllar, y es digno de que se eternice su memoria, aunque sea para confusion de los enemigos de las órdenes monásticas.

Un religioso lego llamado Fray Tomás, último organista de este monasterio, tenia á su cargo el socorrer á los pobres que llegaban á la hospederia. En cierta ocasion tuvo que hacer un viaje á Extremadura y fué sorprendido en el camino por una feroz cuadrilla de gitanos, quienes lo llevaron á un sitio retirado, donde creyó con otros prisioneros que allí habia, ser victima de la crueldad de aquellos bandidos. Pero la Divina Providencia lo salvó de aquel eminente peligro, sus

duda alguna, en justa recompensa de su ardiente caridad, valiéndose de una gitana vieja que al fijar su vista en él, dijo como asombrada á sus compañeros:

—*¡Muchachos! pues si ese es el Pae Tomas, ea no jacesle ná, que aunque no es de misa, es un gran sacerdote, que me ha dao muchas veces limosna cuando he pasao por el Tardon.*

Tan sencilla como corta arenga fué suficiente para salvar la vida á Fray Tomás, cumpliéndose al pié de la letra el oráculo de los libros santos que dice: *La limosna libra de la muerte.*

Los gitanos empezaron á tratar de como lo soltarian sin temor á ser descubiertos, y resolvieron al fin exigirle el secreto, para ponerlo en libertad sin la menor lesion ni daño. Entónces Fray Tomás les rogó encarecidamente que hicieran lo mismo con aquellos infelices que tenian maniatados y tendidos en el suelo, valiéndose para todo de la influencia de la gitana.

—*Compares*, les dijo ella mirándolos atentamente: *cuidao que es menesté que jagamos lo que quiere el Pae Fray Tomas, por que sinó, vamos toitos á ardé en las carderas de Pedro Botero.*

Estas lacónicas palabras bastaron para

que ofreciendo los prisioneros que nunca jamás los delatarian, fuesen libres de sus ataduras, y vueltos al mismo camino que traian.

De esta manera en todas las situaciones y peripecias de la vida humana, los monges y los frailes libraron siempre que podian por algun medio, á los desvalidos de las asechanzas, de los peligros, y hasta de la muerte, que les preparaban los malvados.

¡Tal era el respeto que infundia la presencia de aquellos austeros varones cubiertos de sayal tosco, con tranquilo semblante, dulzura en las palabras y paz en el corazon, para destruir los intentos mas criminales y aquietar los ánimos más enfurecidos.

VI.

Nuestros piadosos abuelos, que guiados por las claras luces del Evangelio, pudieron llevar á cabo en los más apartados rincones del mundo, empresas y hechos superiores á los que nos refieren las historias de Grecia y Roma, ó impulsados por el sentimiento religioso, levantaron en los montes y en los valles, á orillas de los rios y de los mares, templos y monasterios, al Dios que los protegió visiblemente en Covadonga y en Sobrarbe, en

Otumba y en Lepanto, si hoy sacudiendo el sueño del sepulcro, visitaran nuestros territorios, y vieran caidos á tierra los santuarios, conventos y hospitales erigidos á sus espensas, echando sobre sus escombros una mirada de compasion, volverian gustosos á envolverse con el triste sudario de la muerte, y á sepultarse en el polvo miserable de la tumba. ¿Quién que mire con atencion esas torres demolidas, esos tabernáculos rotos y profanados, y esos sepulcros, que la mano revolucionaria ha reducido á cenizas, dejará de conocer, que los crueles vampiros de la humanidad, han quitado á nuestros campos la gala, el sentimiento y la poesía?

Terrena es á la verdad en medio de una selva, la vista de una frondosa alameda, de un jardin ameno y oloroso, de una rica hacienda, que solo levantan en nuestra mente las ideas caducas del recreo y la ganancia, sin relacionarse en nada con las delicias eternas del espíritu. Grande, magnífica, conmovedora la de un monasterio, en cuyo recinto las oraciones de los monges formando coro, subian como perfumadas nubes de incienso hasta el trono del Altísimo. Aquí hay entusiasmo, belleza, sublimidad y poesía. Allí no encuentra el alma donde estaciarse ni des-

cansar, todo es pobre, vago, precario y perecedero.

¡Oh siglos de fé y de piedad, que con la mirra de las fundaciones ó institutos religiosos purificásteis la atmósfera de los campos españoles, volved, volved á disipar las negras nubes, los remolinos impetuosos, que la impiedad ha levantado desgraciadamente en nuestros dias!

Ruinas solitarias del Tardon, restos sagrados de una casa mística, donde al compás de las acordes arpas de los Angeles, oanse en medio de la noche los robustos cantos de los monges, no lloreis, no, la sombra del conde Duque os custodia. Si algun dia, en siglos mas felices, otro piadoso magnate vuelve á levantaros, contadles á aquellas dichosas generaciones, para que les sirva de ejemplar escarmiento, la deplorable historia de vuestras largas calamidades.

LAS
CAMPANAS DEL TARDON.

ROMANCE.

Al salir la blanca aurora,
Del claro dia al nacer,
Tus campanas alegraban
La pradera y el vergel.
El caminante al oirlas,
Paraba al punto su pié,
Y á la Vírgen saludando
Volvia la ruta á emprender.
Hasta á *Lelia* la gentíl
Que destrozada se vé
Estendiánse sus tañidos
Con ligera rapidez.

Le contarás tus desastres
Para que los sepa bien.
El referirle no olvides:
Que socorrias la escasez,
Que dabas pan al hambriento,
Y vestias la desnudez.
Que los lábios de tus monges
Manaban la dulce miel,
Como en el Edem las fuentes,
Como los rios en Jesen.
No gimas, Tardon, no gimas,
Que el Dios Santo de Israel,
Por mucho tiempo no sufre,
De la impiedad la altivez.

EL VAQUERO

DE LA

DEHESA DEL RETAMAR.

I.

¡Vaquero del Retamar, hombre de los campos, hombre de las soledades! Cuan feliz eres! Cuantas gracias tienes que dar al cielo, por lo mucho que te ha favorecido! Tú gozas la dulce ventura en las sierras y en los llanos. Mientras tú, vaquero de los desiertos, crujiendo la honda, juntas el ganado, para llevarlo á pastar las yerbas saludables de la Providencia: mientras tú, tirando la zamarra, sobre la verde grama, á la sombra de una encina, te entregas con la paz de los ángeles, al regalado sueño, los reyes velan, los grandes tiemblan, los ricos lloran. ¡Vaquero qué feliz eres, Quién pasara la su vida como la tuya! ¡Quien se vistiera de pellico, para guardar tu ganado!

II.

¡Hombre de las soledades! cuando viene la noche careando tu piara te acercas, entras en el establo, donde te esperan tu muger bendita, tus hijos obedientes. Allí, arrimado á la lumbre. abres tu corazon á todos los gozos, á todas las alegrías, á todos los contentos del mundo! Ah: en aquellas tranquilas horas, qué gran distancia hay de tí al cortesano, que sin brújula, ni timon se engolfa en el hondo piélago de las grandes ciudades, de las córtes tumultuosas!

Tú escuchas voces dulcísimas que te aman; voces, que te respetan; voces, que te bendicen. Si alguna vez el triste volador suspiro sale del pecho de tu familia, miles y miles rebozan en sus lábios, las risas benignas, las inocentes risas, las risas consoladoras. ¡Hombre de los desiertos, cuán dichoso eres!

III.

¡Vaquero! una cena modesta preparada por tu ingénua muger te espera. Sentado á la mesa enmedio de tus hijos, eres allí como el robusto pino de los valles, dando sombra á

las pintadas mariposas, á las tórtolas solitarias.

IV.

¡Hombre de los desiertos! si el sueño te abruma, saludando á *María* ó invocando el *Dulce Nombre de Jesús*, repetidos por tu muger y por tus hijos, vás á descansar en tu limpio agrario lecho.

V.

¡Hombre de las soledades! al romper el alba su gaza de safiros, el mastín te despierta, tus hijos reciben tu dulce bendicion, tu muger te despide cariñosa. Entónces vistes la zamarra, tomas la honda y dirigiendo á Dios cantares religiosos, sales tras tu piara á apacentarla en los matorrales de los bosques en las faldas de las montañas. ¡vaquero: vaquero! cuan afortunado eres!

VII.

¡Hombre de la dehesa del Retamar! cuando la pálida muerte se aproxima á tu lecho rodeado de tu doliente familia, exhalando el último suspiro, mueres en los brazos del Se-

ñor. Bajan los ángeles á custodiar tu atahud fabricado de ramas y de flores, los melífluos gilguerillos lanzan endechas funerales, las vacas mugen desconsoladas, el mastin ladra afligido.

Al punto tu primogénito, tomando tu honda y tu zamarra lleva tu ganado al campo, y tu familia sigue, y tu familia se multiplica y tu familia se perpetúa, entre la paz de los desiertos, entre el silencio de las soledades. ¡Vaquero; vaquero! cuan dichoso pasas en este mundo de lágrimas los tranquilos dias de tu vida. ¡Quién los pasára como tú!

VIII.

¡Vaquero de las selvas: vaquero del Retamar! el rocío de la mañana salpicará tu solitaria tumba, el sauce que la sombree, cantará tus glorias venturosas y tu mujer y tus hijos, recordando tus virtudes, irán á esparcir sobre sus umbrales pacíficos lirios y azucenas. ¡Vaquero, vaquero: cuán feliz eres en la vida y en la muerte!

LA FLOR DE PÉSULA.

I.

Eran las dos de la madrugada de los *Idus* de Diciembre (*dia* 13) del año décimo nono antes de Jesucristo.

El sable romano dominaba toda la Bética. Sus pobres moradores rendian culto á las falsas deidades del paganismo. La clara luz de la *Buena Nueva* todavía no alumbraba al mundo. La Huerta de Hércules yacia en profundo sueño. Un leve vientecillo refrescaba las odoríferas florestas de la Ossethania. El gemir de los buhos mesclado con el armónico susurro de las aguas del Bétis caminando al Occéano, hacian un conmovedor contraste. La luna, oculta entre espesas nubecillas daba á aquellas comarcas tintas melancólicas. El

silencio y la quietud reinaban en las solitarias calles y anchas plazas de la hermosa *Pésulá*.

II.

Un trovador hispalense recostado contra el bello pedestal que sustentaba una magnífica estátua de Venus, de mármol de Corinto, mirando á tres ventanas fronteras, acompañado de su agradable lira cantó de esta suerte:

Julia bella,
Clara estrella
De la hispalense
Ciudad,
Los sollozos
Quejumbrosos
De mi lira
Escucha yá.
Yo la pulso
Enamorado,
Angustiado
De dolor:
¡Ay hermosa,
Blanca rosa,
Triste tengo
El corazon!

III.

De repente una linda ma   ugeril sacando por entre los hierros de una de las tres ventanas un pañuelo blanco, llama al trovador. Este, loco, desatinado vuela á la ventana, é hincando la rodilla en tierra, esclama así:

—¡Julia, muger encantadora, los Dioses te guarden! ¡Ay! desde el mismo instante que te conocí en la risueña Itálica, te amé con delirio! Muchos votos he hecho por tí á la bella Verecinnia, á la Diosa de Citéres.

IV.

Adriano, yo no te esperaba en noche tan fria, tan cruda, tan desagradable. Pero tu vehemencia.... Mucho me querrás cuando vienes desde Hispalis, al pié de mis ventanas, para hablarme.

Un llanto prolongado desatóse de los ojos de Adriano, el cuál estrechaba sobre el pecho su amorosa lira.

—No llores, Adriado, no llores; que pronto el sacerdote de los Dioses nos unirá para siempre. Tú vivirás para mí. Yo viviré para tí. Nó, nó llevaremos á nuestras hijos, á las fiestas de los *Llantos de Venus*, á los templos

del sañudo *Marte*, ni del devorador *Saturno*, sino á los dulces de *Astrea*, ó á los pacíficos de *Apolo* y de *Minerva*. Prosigue, prosigue. ¡Cuánto me gusta escucharte!

—Julia, voy a obedecerte. Atiende, atiende. Yo vivia triste, desconsolado por el fallecimiento de mi Hortencia, de aquella muger dulce y cariñosa que embelesaba los dias de mi vida. Un grave malestar mortificaba mi alma. Una herida dolorosa sentia dentro de mi corazon. Yo era el ser mas desdichado de Hispalis. Yo creia morir de pena. Pero ¡oh engaño de los pensamientos de los hijos de los hombres! Fuí á Itálica á las concurridas fiestas de *Ceres*. Tú quisiste conocerme. Te ví, admiré tu belleza y tu elegancia. Te amé en secreto. Bendije tu vida, y pedí á *Júpiter* que te librara de los tremendos rayos de la adversidad y del infortunio. «Esta es, Julia, mi verdadera historia.»

V.

Adriano, mucho me ha agradado verte tan dulce, tan amoroso, pero el dia viene, y, aunque con harto dolor mio, es preciso separarnos, no te vea algun curioso. Adios, adios.

VI.

Adriano, lleno de pena, volvió á Hispalis salpicando el camino con sus lágrimas. Aquella misma noche, recibió un billete concebido en estos términos:

«Adriano, acabo de llegar de Cantabria, donde he peleado con bravura, he derramado mi sangre en los campos de batalla, defendiendo el limpio honor, el alto nombre de la Señora de las naciones, de nuestra querida Roma. Antes de esta campaña, yo amaba á En los templos de Venus le juré invariable Julia. cariño. Si mañana á las seis no estás en las cercanias de la puerta de Hércules para batirte á muerte, te tendrá por un cobarde tu antiguo amigo, Marco Tibulo.»

VII.

Mucho sorprendió á Adriano la lectura de este billete, y tomando la pluma escribió á Julia de esta manera.

—Julia: ardiendo en corage, porque has rechazado sus votos de amor, Marco Tibulo, el amigo de mi infancia, me ha desafiado á muerte. El duelo tendrá lugar mañana á las seis en las orillas del Bétis, fronteras á la

puerta de Hércules. No trates de estorbármelo. Soy romano, soy caballero. Si sucumbo en la pelea, ruega por mí á los Dioses Inmortales. Vé á visitar mi pobre tumba. Quizás dentro de ella, mi restos helados, mis frias cenizas, se reanimarán al oir tu voz encantadora. Perdóname; si en algo te ofendí. Los Dioses Inmortales te den el consuelo que necesitas, y te guarden de todo mal. Adios, Julia, adios....

VIII,

A las seis de la mañana del dia siguiente, dos caballeros romanos de andar arrogante, y de finas maneras, lujosamente vestidos, salian hablando por la puerta de Hércules. Llegados al sitio convenido, dijo el uno al otro.

—Tíbulo; este es un lugar bueno para nuestro lance. La espesura de la floresta, nos pone á salvo de las miradas de los transeuntes. Julia, muger ilusora, por tí voy á morir. Si algun dia pasas por las inmediaciones de mi sepulcro, derrama sobre su losa una lágrima esclamando: *¡Sit tibi terra levis!* Marco Tíbulo empuñando el arma mortífera y mirando á Adriano le dijo:

—Comenzemos yá.

IX.

Un tremendo combate de espada, vino á turbar la paz, á romper el silencio de aquellas márgenes solitarias. Heridos los dos de mucha gravedad, cayeron á tierra, como las encinas al rudo combate de los huracanes. Moribundos, alzando sus ojos al cielo, repetian con voz desfallecida, esta triste plegaria.

—Vamos á fallecer, perdon, perdon Dioses Inmortales. Julia, encantadora Julia, recoje nuestros últimos alientos. Por tí abandonamos la tierra, por tí morimos. ¡Ay, que nunca jamás azoten tu blanca frente las ramas de los sauces, que sombreen nuestras tumbas! Se feliz, como te lo desean tus amadores desventurados!

X.

No tardaron cuatro horas, sin que unos mareantes trajeran á Hispalis los dos cadáveres ensangrentados, donde sus familias les hicieron pomposos funerales. Julia, al saber el infausto suceso gimió desconsolada. La memoria de aquellos dos jóvenes, que por su amor habian dejado el mundo en la flor de sus vidas, la atormentaba en estremo. Triste, medita-

bunda y retirada, contrajo una aguda dolencia, la cual prontamente la llevó al sepulcro.

Vestida de blanco, y coronada de azucenas, su cuerpo difunto fué expuesto al público en un salon lleno de suntuosos adornos. Pebeteros de oro y de plata derramaban por él olorosos perfumes. Hispalis y Pésula lloraron su temprana muerte, acompañándola á su último asilo. Fué sepultada en Pesula, en uno de los arrogantes panteones del gentilismo, en tumba de alabastro y de pórfido, con leyenda latina, grabada en el ancho pedestal de la pira, que traducida al castellano decia así:

Consagrado á los Dioses Manes.

AQUÍ YACE
LA ENCANTADORA JULIA
LA FLOR DE PÉSULA
LA VÍRGEN MÁS PURA DEL JARDIN
DE HÉRCULES.
CAMINANTE QUE ATRAVIESAS
ESTOS VERGELES SOLITARIOS
DERRAMANDO LÁGRIMAS,
ACÉRCATE Á LOS BORDES DE SU TUMBA
RUEGA POR ELLA Á LOS DIOSES
INMORTALES
Y DÍLE CON DOLORIDO ACENTO:
SEÁTE LA TIERRA LIGERA.

XI.

Todavía en los últimos tiempos de la do-
minacion goda, veíanse en las alegres comar-
cas de Pésula algunos rastros de este suntuo-
so sepulcro, los cuales desaparecieron del to-
do en la invasion sangrienta de la feroz mo-
risma.

A los pocos años un lozano sauce nació
espóntaneamente en su área, lo sombreaba,
cubriéndolo con su verde manto. Los viente-
cillos con gimientes murmullos mecian sus
lánguidas ramas. A la caida de la tarde las
avecillas del desierto venian á ocultarse en-
tre el espeso follaje de aquel árbol fúnebre
para llorar acordes en coro lastimero, la
temprana muerte de la *Flor de Pésula*, de la
inolvidable *Virgen del Jardin de Hércules*,
la encantadora Julia. ¡Oh: hasta con los gen-
tiles de la soberbia Roma, fué galano, fué cle-
mente, se mostró generoso el poderío de la
Divina Providencia!

A DON MANUEL BARRON
Y CARRILLO.

EMINENTE PAISAGISTA SEVILLANO.

Villanueva del Ariscal 4 de Julio de 1858.

I.

Mi estimado amigo: Véame V. en el pintoresco *Aljarafe*, llamado por los romanos, con mucha justicia, la *Huerta de Hércules*, y por los sarracenos el *País de las Flores*, al cual he venido para respirar el aire puro de los campos. Bastante echo á V. de menos, al contemplar estas deliciosas vistas, las cuales trasladaria al lienzo con sus maestros pinceles. . . . .

El paisage, como V. conoce sábiamente, trajo al mundo la mision recreadora de pintar al vivo, las galas de la naturaleza rústi-

ca, las escenas venatorias, ó la agitacion
los embravecidos mares. La égloga, la
cantar las costumbres pastoriles y los cam-
pos en donde ellas reinan. Vea V. aquí la tr-
bazon, valiéndome de esta palabra, que
entre las obras del poeta bucólico y las
pintor paisagista. Teócrito, Virgilio, San-
zaro, Gessner, Garcilasso, Balbuena, Fig-
roa, Melendez cantaron la paz de los ver-
les, la belleza de las zagalas, la lozanía
los rebaños, la frescura de los arroyos
verdores de los prados y el soñoliento r-
de las cascadas. Thiele, Dietrich, Tici-
Rosa, Berghem, Rubens, Both, Poussin,
rena, Van de Velde, Iriarte han pintado
aquellos asuntos, dándoles la vigorosa a-
macion que tienen en sí mismas las bellas ar-
que, segun los modernos, pertenecen
vista. ¿Quién que estudie con atencion
paisages de estos ilustres artífices, ó
V., dejará de suspirar por la vida sose-
de los campos?

II.

Los alrededores de Villanueva del A-
cal son pintorescos y alegrísimos, sin-
mente los contiguos pagos de la *Quint-*
Paternilla. Llamada así, en memoria de

poblacion hebrea, que antiguamente existia en aquellos campos, con el nombre de *Parternilla de los Judios*, de la que hoy apénas ha quedado rastro alguno.

En el último término de estos deliciosos paisages las villas de Gines, de Valencina, de Salteras y el famoso Santuario de Torrijos, campean con galanura. Estas tierras calmas, estos viñedos, estos olivares, estos caminos salpicados de flores, este olor á tomillo, á arrayan, á madreselva, y á otros vegetales oloríferos, dando placeres con su aroma al sentido, nos hacen amar la deliciosa vida de los campos y que olvidemos, de todo punto, el ruido y la confusion de las ciudades. A tan mágico panorama, nuestros lábios, prorumpen, involuntariamente, en aquella dulcísima estrofa de la magnífica Oda á *la vida tranquila*, del inmitable Maestro Fray Luis de Leon, que dice:

El aire el huerto oréa,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

III.

La villa de Villanueva del Ariscal está situada dos leguas al Poniente de Sevilla, entro olivares, viñas y arboledas. Debió su engrandecimiento en el siglo XVI á los magnánimos Caballeros del Hábito de Santiago. Es una Encomienda de esta ilustre órden. Su Vicaría pertenece á la jurisdiccion del Obispado Priorato de San Marcos de Leon. Consiste toda su riqueza en vinos, aceites y frutas de las que hay numerosas arboledas. Sus casas, que serán como trescientas, y sus bodegas se ven muy limpias y arregladas. Los habitantes de Villanueva del Ariscal son religiosos, trabajadores y afables. Las mugeres, de ojos árabes, conservan todavía algunas señales de su antiguo orígen. En Villanueva del Ariscal no se conocen felizmente esas iracundas enemistades políticas, que hoy dia desgarran el corazon de nuestras villas y de nuestras ciudades. Este pueblecito es uno de los mejeros puntos para el retiro del sábio, que, huyendo de las funestas agitaciones del mundo, busque la paz del alma.

Las casas particulares de Villanueva del Ariscal guardan algunas curiosas antiguallas y algunas buenas obras de las bellas artes.

con especialidad la de nuestro amigo, el erudito D. Pedro Fuenmayor, natural y vecino de Sevilla. Entre sus buenas pinturas sobresalen un bellísimo *Nacimiento* de escuela flamenca y algunas obras de Alejo Fernandez, Luis de Vargas, Francisco de Herrera, el viejo, Juan Simon Gutierrez, Andrés Perez, Alonso Miguel de Tovar, Pedro Delgado, Pedro Duque Cornejo y de otros famosos pintores y estatuarios sevillanos.

En esta casa hay la lápida sepulcral siguiente:

M. AEMILIUS, AEMILIANUS.
ANNOR. XXVII. H. S. E.
T. R. P÷DIDAS÷ S. T. T. LEVIS.

Que traducida al castellano dice así:

Aquí está sepultado
Marco Emilio Emiliano,
de veinte y siete años de edad.
Te ruega digas piadoso:
Séate la tierra ligera.

Esta piedra romana fué sacada el año de 1126, de la haza de las *Caleras* contigua al *Cerro de las Cabezas, del Cortijo de Soberbina,* término de la villa de Olivares, por unos gañanes que estaban arándola. Era entónces co-

lono del referido cortijo el ya difunto señor D. Pedro de Vera y Delgado, Arcediano de Écija, en la Catedral de Sevilla, rico propietario, labrador y ganadero. La lápida es de mármol blanco. Tiene cerca de una vara de largo y una tercia de altura. La leyenda está perfectamente conservada. La piedra se encuentra partida en dos pedazos, por el ángulo superior derecho, que fué por donde la cojió la reja del arado. Pero no obstante su mutilacion es un precioso fragmento de la antigna Roma. En nuestro sentir, *Marco Emilio Emiliano*, era patricio del famoso Municipio romano. llamado *Lelia*, hoy la olvidada villa de Albaida. De todas maneras el señor Fuenmayor. uno de los herederos del dicho Arcediano, debe guardar contentísimo esta joya arqueológica, entre algunas que posee, debidas á su infatigable celo y á su reconocido amor á las ciencias y á las artes.

Tambien existe en esta misma casa una *Cabeza de Angel*, de mármol blanco, con algunas letras hebreas en el reverso, encontrada cabando las viñas, que están sobre el terreno, que ocupó la referido villa de *Paternilla de los Judios*.

Enmedio del patio de la Hacienda del Pópulo, propia de D. Rafael Molero de la Borbolla, se halla levantada la elegante Cruz de

mármol blanco, que estaba en uno de los patios del famoso Tribunal de la Inquisicion de Sevilla, cuya preciosa Iglesia, trazada por el habilísimo escultor y arquitecto Pedro de Roldan, ha sido, desgraciadamente, demolida en estos últimos años.

PARROQUIA

DE

STA. MARÍA DE LAS NIEVES

(vulgo) LA BLANCA.

Esta Iglesia, fundada en el siglo XVI, se renovó el XVIII, á expensas del Cardenal Arzobispo de Sevilla don Francisco Javier Delgado y Venegas, hijo de esta villa. Es de lindísimo gusto arquitectónico. La vencedora espada de la Orden luce en su Altar Mayor y encima del arco, de medio punto, del coro. Tiene tres naves y dos puertas, fronteras: una al lado del Evangelio y otra al de la Epistola. Se encuentra aislada formando manzana.

Bellezas artísticas.—El gracioso Altar Mayor, de escuela plateresca, consagrado á Santa María de las Nieves, tiene dos cuerpos

y un precioso ático. La estátua que representa á Santa María la Blanca, con el Niño Jesus en los brazos, es debida á los cinceles de Francisco de Ocampo, escultar sevillano, tan poco conocido, como dulce y delicado. Sobre el dosél de la Señora, hay un bajo relieve, que figura á Santiago, matando moros en la inolvidable *Batalla de Clavijo.* En el primer cuerpo se ven á San Pedro y á San Pablo. En el segundo á San José con el Niño Dios en los brazos y á San Juan Evangelista, pinturas, de tamaño natural, de Francisco de Herrera, el viejo. En todas lucen correcto dibujo, agradable colorido y buena entonacion.

A los piés de esta nave mayor, encima del arco del coro, existe, colgada en la pared, una copia del *San Francisco de Asís*, de Murillo, abrazando al Redentor que está pendiente del árbol de la Cruz, ejecutada con mucha verdad y valentía por su esclavo y discípulo Juan Gomez de Granada, conocido por el *Mulato*. Es, sin disputa alguna, de las mejores, si no la mejor, que hemos visto de aquella celebradísima creacion del *Pintor del Cielo.*

Nave del lado del Evangelio.—Cerca de la Capilla del Sacramento, que se halla á la cabeza de esta nave, se miran dos buenos cuadros. Es el primero una hermosa *Asun-*

cion del excelente discípulo de Fajardo, Alonso Miguel de Tovar, grande imitador de Murillo. El rostro de la Señora, los grupos de Ángeles niños, el celage, todo, todo es bellísimo. ¡Lástima es que se vea tan descuidada y con tan malas luces! Casi tocando con esta pintura, se mira una poética, *Pastora* de don Bernardo German Llorente, hecha con mucho tino por aquel memorable artífice sevillano, conocido, entre los de su tiempo, con el sobrenombre halagüeño del *Pintor de las Pastoras*, por las muchas que salian de su taller, establecido en Sevilla en una casa frontera á la iglesia parroquial de San Juan Bautista (vulgo) de la Palma; donde está enterrado.

En el altar que sigue, hay una estátua de vestir, figurando una *Dolorosa*, obra de don Cristóbal Ramos, moderno escultor sevillano.

En el átrio del inmediato retablo, consagrado á San Antonio de Pádua, luce una riquísima perla de la Escuela de Sevilla. Consiste en un valiente boceto, que representa la *Purísima*, atribuido, no sin fundamento, á Murillo.

A los piés de esta nave hay un altar, en donde se venera a *Nuestra Señora del Rosario*, obra antiquísima, de los primeros tiempos de la escultura sevillana, anteriores á

Gerónimo Hernandez. El ropage de la Señora tiene bastante blandura.

Nave del lado de la Epístola.—Cercanas al altar de la Candelaria, que está en el testero de esta nave, se ven, colgadas en la pared, dos buenas copias de Murillo. Es la primera un cuadro de la *Vírgen*, el *Niños Dios*, *San José* con un libro en la mano, y *San Juan niño* acompañado del *Cordero*. Esta bella copia, por su dibujo, colorido, correccion y claro oscuro indica ser del Caballero de San Juan de Jerusalen don Pedro Nuñez de Villavicencio, discípulo y grande amigo de Murillo, que tuvo la gloria de recojer entre sus brazos los últimos suspiros de su inmortal maestro. La segunda es un *San Félix de Cantalicio*, del dicho Juan Gomez de Granada (alias) el *Mulato*.

En la capilla de Nuestra Señora del Rosario se miran tambien algunas obras de mérito. Una estátua de *San Sebastian* de Pedro Delgado y otra de *Santa Catalina* de Bernardo de Gijon, escultor sevillano.

Este excelente artífice murió en Sevilla en 1720, calle de San Luis, casa número 5 moderno; collacion de la iglesia parroquial de Santa Marina, donde fué sepultado.

En el altar de Ánimas, frontero al de San Antonio, se encuentra una pequeña escultu-

ra, que representa á *San José*, de los mejores tiempos de Juan Martinez Montañés, la cual tiene toda la belleza y la arrogancia que sabia dar á sus creaciones aquel celestial artífice.

En esta iglesia parroquial recibieron las saludables aguas del bautismo, entre otros altos personages eclesiásticos, los señores don Francisco Javier Delgado y Venegas, Cardenal Arzobispo de Sevilla y Patriarca de las Indias, sus dos sobrinos don Juan Acisclo de Vera y Delgado, Obispo de Cádiz, don Pedro de Vera y Delgado, Canónigo, Dignidad, Arcediano de Écija en la Santa Iglesia de Sevilla, y su tio don Francisco Vicente Venegas, Arcediano de Niebla en la misma Santa Iglesia, cuyos retratos de medio cuerpo están en la sacristia, siendo el del Cardenal de la manera de Maella, de correcto dibujo y buena entonacion.

ERMITA DE SAN MIGUEL

(VULGO)

CAPILLA DE LA CONCEPCION.

Esta ermita, fabricada en 1757, se encuentra en el camino de Sevilla, poco antes de entrar en Villanueva. Es de mal gusto, como

obra de tiempos tan atrasados para las bellas artes españolas. En su frontispicio se lee: *Esta Capilla se labró á costa de los Hermanos y bien echores. Año de* 1757.

Lo único que hay en esta ermita digno de nombrarse es una lindísima estátua, de la manera de Pedro Delgado, la cual representa á *San Francisco de Asís*, la llaga abierta en el costado; el pié izquierdo pisando el mundo; en la mano derecha el Crucifijo, y en la izquierda el banderincon las cinco llagas. El Santo en actitud devotísima está mirando con expresiva ternura el Crucifijo.

IV.

Ya he trazado á V., aunque desaliñada y ligeramente, las mas notables curiosidades que de arqueología y artes encierra la risueña Villanueva del Ariscal. Dios me guarde á V. muchos años, como deseo.

EL PEREGRINO.

I.

Cuando el horrible apóstata Martin Lutero, á mediados del siglo XVI, en medio de la Alemania encendió la asoladora tea del libre exámen, levantando con mano sacrílega ó

estandarte satánico del protestantismo, miles y miles de hombres, llenos de viva fé y guiados por las claras luces del Evangelio, huyeron á los paises católicos á buscar la seguridad de sus personas, la paz de sus conciencias.

II.

Uno de los más nobles y ricos mancebos de Sajonia, de diez y seis años de edad, llamado Enrique, de gallarda figura, proscripto por su ardiente catolicismo, tuvo que abandonar el techo paterno, refugiándose en Inglaterra. Allí estuvo dos años, al cabo de los cuales, vistiéndose de peregrino, embarcóse en Lóndres para Lisboa, donde permaneció muy pocos dias, penetrando en España por Extremadura.

III.

La hidalga tierra castellana le agradó sobremanera. Al amanecer de un claro dia de verano, Enrique el Peregrino, paróse á las puertas de una casa de campo, que existia entre Gínes y Salteras, no lejos de la hoy Villanueva del Ariscal, habitada por sus dueños, que eran un matrimonio y una hija, jóven lindísima de catorce años.

—¿Hay en esta casa hospitalidad para un

nia. El peregrino descansando estuvo recogido en su dormitorio hasta que lo llamaron á la hora de almorzar.

Larga, sabrosa conversacion entablóse entre el peregrino y aquella ejemplar familia. La pintura de las costumbres de las naciones que habia visitado, la reseña de sus grandes ciudades, la índole de los pobladores, la descripcion de sus monumentos, y el más fiel relato de sus montañas, sus rios y sus florestas, hechos de magistral manera, entretuvieron deliciosamente á los circunstantes. Enrique el peregrino, fué desde aquellos momentos el oráculo de aquella familia, la cual lo respetaba sobremanera.

Una aguda enfermedad que le sobrevino á los pocos dias, en la que estuvo sacramentado, lo estrechó más y más con aquella buena gente. Enrique no echó de ménos los blandos cuidados de su misma madre, pues Clara los desempeñó con santo amor, con verdad estraordinaria.

En su larga convalecencia conoció Enrique que amaba á Rosita con todo el fuego de una pasion noble, y que él no le era á ella indiferente. Pero las consideraciones de un pecho generoso le hicieron, hasta mejor ocasion, ocultar con disimulo esquisito sus hidalgos sentimientos.

peregrino? gritó Enrique dando golpes con e
aldabon.

—Sí, la hay, la hay, contestó una voz va-
ronil.

Entónces un hombre como de treinta años,
decentemente vestido al uso del país, abrió la
puerta diciéndole:

—Entrad, señor, que mi casa recibe siem-
pre con júbilo al caminante. Quién cierre las
puertas de la tierra, no espere jamás tener
abiertas las del cielo.

IV.

Enrique el peregrino fué recibido con mu-
cho cariño, por la muger y la hija de aquel
honrado labriego. La blancura de su rostro,
lo rubio de sus cabellos, y la delicadeza de
sus modales, cautivaron á esta buena familia.
Clara, que así se llamaba la muger, fué á
mandar á la criada que preparára aposento
al peregrino, mientras que la jóven Rosa y
su padre Laureano, paseando por los anchos
corredores de la casa de campo, hablaban
con él.

V.

Bien pronto entrambos conocieron, que el
que se ocultaba bajo aquel saco y aquellas
conchas, debia pertenecer á una noble alcur-

nia. El peregrino descansando estuvo recogido en su dormitorio hasta que lo llamaron á la hora de almorzar.

Larga, sabrosa conversacion entablóse entre el peregrino y aquella ejemplar familia. La pintura de las costumbres de las naciones que habia visitado, la reseña de sus grandes ciudades, la índole de los pobladores, la descripcion de sus monumentos, y el más fiel relato de sus montañas, sus rios y sus florestas, hechos de magistral manera, entretuvieron deliciosamente á los circunstantes. Enrique el peregrino, fué desde aquellos momentos el oráculo de aquella familia, la cual lo respetaba sobremanera.

Una aguda enfermedad que le sobrevino á los pocos dias, en la que estuvo sacramentado, lo estrechó más y más con aquella buena gente. Enrique no echó de ménos los blandos cuidados de su misma madre, pues Clara los desempeñó con santo amor, con verdad estraordinaria.

En su larga convalecencia conoció Enrique que amaba á Rosita con todo el fuego de una pasion noble, y que él no le era á ella indiferente. Pero las consideraciones de un pecho generoso le hicieron, hasta mejor ocasion, ocultar con disimulo esquisito sus hidalgos sentimientos.

VI.

Restablecido de su enfermedad, muchas noches de luna, sentado á las puertas de la casa de campo pulsando las cuerdas de un harpa que habia traido de Sevilla, recordando á Lóndres donde estuvo refugiado, solia cantar el siguente lastimero romance:

EL PROSCRIPTO.

Por librarme de tiranos
De traidora rebelion,
Salí de mi triste pátria,
Dejé mi solar y amor.
Vivo, Silvio, en la gran corte
De la famosa Albion,
Que el oro del mundo encierra,
La grandeza y el valor.
Veo en ella vastos palacios,
Ricas naos que del Azof,
Llenas vienen de opulencia,
Vienen llenas de esplendor.
Pero entre tantos portentos
Que del hombre envidia son,
Lloro á mi amada Sajonia,
Que me da recuerdo atroz.
¡Ay! quién volviera á mirarla

Libre de pena y dolor!
Quién de sus parleras aves,
Oyera dulce cancion!
¡Quién viera la hermosa frente
De mi Dresde y su verdor,
Cuya fama se dilata
Desde el cafre hasta el lapon!
¡Quién sintiera su aura fresca,
Cuyo soplo al puro amor
Convida, y en grata calma
Mece al lirio y girasol!
Mas qué digo; si la suerte,
Ya dura, me condenó
A morir entre las nieblas,
Que cercan esta nacion.
No volveré á ver la gracia,
Ni la belleza y candor
Con que la sábia natura
A la sajona dotó.
Ni aquellos lábios de Rosa,
Ni aquel eco seductor,
Que en el pecho mas helado
Imprimen voraz pasion.
Ni aquellos ojos que rinden
Al mismo Marte feroz,
Y que con una mirada
Prenden alma y corazon.
Aquí ya proscripto, errante,
Y abrumado de terror,

Moriré, Silvio, llorando
Por mi pátria y por mi Dios.

Tambien algunas mañanas, sentado en el mismo lugar, mientras el sol en su alegre carroza de purpúreos claveles despuntaba por Oriente, al compás del harpa cantaba estas sentidas trobas, muy conocidas en su país, que siendo niño oia en la boca de sus padres:

EL RECUERDO DE ROSANA.

Dora el sol los verdes montes,
Que embellecen á Wesfalia,
Y las aves de sus nidos
Salen con lenguas harpadas.
Fileno, pastor anciano,
Su bordon empuña y marcha
Tras el ganado que humilde,
Por entre azucenas bala.
Llega al pié del alto pino,
Do solia ver á Rosana,
En los años juveniles
Que el amor le acariciaba.
Y tomando la zampoña,
Lleno de tristeza amarga,
Entre lloros y suspiros,
De aquesta manera canta.
—Bosques, prados y vergeles,

Escuchad ya mis plegarias;
Si de un abatido anciano,
Os interesa escucharla.
Ya pasó cual fugaz humo
Aquel tiempo de bonanza
En que gustó de las dichas
Mas deliciosas y caras.
Aquí bajo de este pino
Ora tan mustio, Rosana
Me juró mil y mil veces,
Que á mí solo idolatraba.
¡Ay! cuán dura la fortuna
Burló mi intento y sus ansias,
Derribando en un instante
Mi proyecto y su esperanza.
Del seno de su familia
Pálida muerte arrebata.
Corta de la vida el hilo,
A la infelice Rosana.
Yo la ví, la vi ya yerta
Cual lirio de la mañana,
Que del granizo á la furia
Sus blandos tallos desgaja.
Yo oi aquellos negros ojos
Que envidia fueron del alba
Cerrados, y amarillentas
Ví sus mejillas rosadas.
Ví sus manos de alabastro
Con amoratadas manchas.

Y lívido y arrugado
Su terso cuello de nácar.
La ví al fin en el sepulcro,
De azucenas rodeada
Causando el llanto y la pena
De toda aquesta comarca.
Lloró el monte, lloró el valle,
La floresta y la enramada,
Todos lloraron la muerte
De la preciosa Rosana.
Bosques, prados y vergeles,
Escuchad ya mis plegarias,
Si de un abatido anciano
Os interesa escucharlas.

VII.

Como nuestro Enrique el peregrino, ha-bia estudiado en Lovaina y en Brujas, era aficionadísimo á la historia, á la literatura y á las antigüedades. Los viages por la *Huer-ta de Hércules* ó el *País de las flores* y la *Ossethania*, lo entretenian agradablemente.

Cuando los dias de misa iba á oirla á Sal-teras, siempre emprendia á caballo alguna escursion arqueológica, yá á las ruinas de *Itálica*, yá á las de *Ucia*, yá á las de *Lelia*, yá á las de *Cazalla de Almanzor*, yá á las de la *Algaba*, yá en fin á las de *Aznalfarache*.

ias que meditaba profundamente sobre la pasada grandeza de la Señora de las naciones, y de la Media-luna. El lagarto que veia pasearse por entre las ruinas, y el jaramago que tapizaba el suelo de aquellos mudos escombros, le hacian conocer con claridad la miseria de los hijos de los hombres, la nada de sus obras y la fragilidad de sus mas grandes pensamientos.

VIII.

De tiempo en tiempo, recibia el peregrino carta de su país, á la cual contestaba sin darle á nadie conocimiento de su misteriosa correspondencia epistolar. Era de sus padres.

Cuatro años se pasaron de esta manera, al cabo de ellos un dia de otoño, viendo el matrimonio que ya era la una de la tarde, y el peregrino, contra su costumbre, no habia salido de su dormitorio, bastante asustados, empujando la puerta, entraron en él. El peregrino no estaba allí, pero su lecho, el harpa y todos los muebles que adornaban su aposento, no habian tenido variacion alguna. Todo, todo se hallaba en su sitio natural.

Llenos de asombro por lo que estaban viendo, anduvieron de acá para allá, hasta que

Clara, levantando las almohadas de la cama se encontró bajo de ellas un taleguito y un billete. Al punto gritó á su marido diciéndole:

—Laureano, ven, ven; que ya tenemos aquí el secreto del peregrino.

Laureano abrió el billete y Clara el taleguito. Este contenia una gran cantidad de onzas de oro y aquel estaba concebido en estos términos:

6 de Octubre de 1584.

Mis amados bienhechores: bastante estrañareis mi brusca salida de vuestra casa. Perdonad mi grave falta. No, no tengo yo corazon para despedirme de unos seres tan queridos, de unas personas tan buenas, de mis segundos padres. Decid en mi nombre á Rosita que no olvide jamás á Enrique, como él no la olvidará.

Algun dia, de otra manera que lo hice ahora cuatro años, volveré á penetrar por vuestros cariñosos umbrales. Entonces sabreis quién es el peregrino, á lo que únicamente aspira, y las verdaderas causas de sus romerías por Europa. Mientras tanto, pedid á Dios conserve en su santa gracia á vuestro agradecido huésped

ENRIQUE.

IX.

Rosita al saber la desaparicion repentina del peregrino, sin verla sus padres lloró mucho, porque ella en secreto tambien lo amaba. Algo mitigó su dolor la lectura de la carta.

En el dormitorio de Enrique, donde encontraron algunos preciosísimos trabajos suyos, sobre las ruinas romanas y sarracenas, singularmente de *Itálica*, de *Pésula*, y de *Aznalfarache*, y un testamento en favor de aquellos sencillos labriegos, todo, todo, esperándolo, quedó como lo habia dejado el peregrino.

X.

A los cuatro años no cumplidos, una tarde de Setiembre, estando sentados á la puerta de la casa de campo Laureano, Clara y la hermosa Rosita, divisaron un gran polvorio á lo lejos, en el camino de Salteras. Al pronto creyeron que seria de algun ganado; pero en breve distinguieron dos hermosos carruages, oyendo el agudo chasquido de los látigos de los cocheros. Un dulce presentimiento pasó entonces por el corazon de la bella Rosita.

Era Enrique, que acompañado de una hermana suya, venia á ofrecerle la mano.

Habiéndose apeado á la puerta de la casa de Campo, el peregrino y su hermana Clotilde, despues de abrazar á todos cariñosamente, entraron en la Hacienda.

Desenganchados los caballos, y puestos en las cuadras, la familia preparó para todos suculenta cena y lechos mullidos.

Al dia siguiente Enrique el peregrino, declaró á los padres de Rosita, la causa de su vuelta al *País de las flores*. Ellos que nada sabian, accedieron gustosos á marchar á Alemania, para que su hija contragera matrimonio con el jóven Enrique.

Habiendo vendido todos sus bienes los padres de Rosita, y repartiéndolos á los pobres de los pueblos limítrofes, marcharon á Sajonia, donde Enrique, el poderoso Marqués de B.... desposado con Rosita, en medio de la alegría y del júbilo de entrambas familias vivieron sobre la tierra con la paz de los ángeles.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

OBRAS VARIAS

DE

DON ANTONIO GOMEZ AZEVES.

Indivíduo de Número
de la Real Academia Sevillana de Buenas
Letras.

TOMO II.

SEVILLA.

IMPRENTA DE OPERARIOS,

MORATÍN 5 (ANTES RAVELA),

1871.

A TEODORO DE VILLALPANDO.

APRECIABLE ERUDITO.

Sevilla 10 *de Noviembre de* 1871.

I.

Mi querido Teodoro: ahora treinta años, á la caida de serena tarde de otoño, *dos pobres caminantes*, ramas secas arrastradas por los vientos, traspasaron pálidos, taciturnos, pensativos, los rotos umbrales de un monasterio famoso, antigua morada de las artes cristianas, sagrada mansion de sufrimiento y de penitencia, la *Cartuja del Paular*.

II.

En sus jardines sombrios, en sus solitarios patios, en sus cláustros silencio-

sos, en sus respetables capillas, donde por muchos siglos resonaron, como en hondos panteones, las graves pisadas de austeros cartujos, las tuyas y las suyas con lenta pausa se juntaron, se confundieron, perdiéndose en el espacio.

III

En medio de aquella perezosa calma de aquella paz profunda, bajo aquellos oscuros techos, junto á aquellos ángulos empolvados, en los que la trabajadora araña con su eterno monótono *esci esci* tejía afanosa las trasparentes telas, los *dos pobres caminantes*, á la tíbia luz de la luna, se vieron la primera vez en el mundo, saludándose afablemente.

IV.

Entrambos, buscando las sagradas é inspiradoras ruinas de colonias populosas, de grandes monumentos que ya cayeron, que ya pasaron, iban ¡oh dolor! *Solos, solos sobre la tierra.* ¡Ay! ellos viajaban al calor amoroso de dulces fan-

tasias, de pensamientos embelesadores, no en carrozas de marfil, tiradas por valientes caballos, enjaezados con elegancia esquisita, ni oyendo músicas placenteras, sino á largas caminatas, á ásperas jornadas *á pié,* frios, como las losas de los sepulcros, muertos de fatigoso cansancio, desvalidos, sin amparo ni refugio, no escuchando otras melodías sino que el crujir de sus pasos, el lamento de los buhos, ó el silbido de los huracanes.

V.

Pero en medio de tantos trabajos, de tantos martirios, de tantos sinsabores como estaban padeciendo, sus maneras amables, sus eruditas conversaciones, todo, todo lo dulcificaron. La amistad contraida entre los ayes de las desventuras ó las áuras de las soledades encendiendo en los humanos pechos una viva llama, es tan pura como eterna. El soplo glacial de los tiempos, ni de las desdichas nunca la entibia, ni lo apaga.

VI.

A los pocos dias los *dos oscuros caminantes* volvieron á encontrarse en tierra de Segovia, visitando las yá casi desaparecidas ruinas de Britablum, En las capillas del *Paular* buscaron las *Vírgenes* de Murillo, en las ruinas de Britablum las *Vestales* de Parrasio. En el *Paular*, hincados de rodillas, trajeron á la memoria la pureza de Jesus, muriendo en tosco leño, sobre la cumbre del Calvario, para salvar al mundo: en Britablum, paseando indiferentes, la lascivia de Venus, reclinada en tálamo de flores, para perderlo: en el *Paular* miraron erigidos tabernáculos santos para adorar al Dios del Sinaí y del Tabor, *al Dios verdadero:* en *Britablum* recordaron los altares de oro, los templos de pórfido, los vestíbulos de alabastro que á tantas falsas, repugnantes deidades labró el fecundo paganismo orgulloso en el Tirreno y el Egeo, en la Asiria y la Mauritania.

VII.

Pasados vicente años los *dos pobres caminantes* volviéronse á encontrar en una antigua poblacion, memorable en las gloriosas páginas de la historia de España, donde se trataron con íntimo cariño. *No te diré el nombre de la poblacion, ni quienes eran aquellos viageros desconocidos. Tú lo sabes muy bien.*

VIII.

Recibe, en fin, querido Teodoro, estos insignificantes trabajos literarios que te dedico. Corrije sus defectos, enmienda sus faltas para enseñanza provechosa del *humilde escritor*, que ahora treinta años conociste entre las flores marchitas del *Pandar*, sobre las vagas cenizas de *Brilablum* y hace diez trataste íntimamente, bajo lo techos de las pacíficas bibliotecas de Sevilla.

Tu invariable amigo,

Antonio Gomez Azeves.

HERACLIA.

I.

En el año décimo sesto, antes de la venida del Salvador, no léjos de la opulenta *Solia,* en medio de una selva frondosa, habia un hermoso palacio romano, levantado con todo el buen gusto, la rica magnificencia y la esquisita esbeltura de los dominadores del mundo. Anchos patios, salones espaciosos y estensos jardines, en los cuales lucian los primores de la pintura y de la estatuaria, avaloraban en estremo á aquella envidiable mansion de los placeres y de las delicias.

Era de la propiedad de una poderosa familia de *Hispalis*. En el centro del Palacio, mirábase un fortísimo castillo, donde habitaba su dueña, la hermosa Heraclia, jóven de veinte años, mas bella que las Gracias, mas encantadora que la misma Venus.

Separada de su ma[illegible], por hallarse este en la sangrienta guerra de Cantabria, mandando una cohorte, lloraba dia y noche su larga ausencia. La versificacion, la música y la pintura, entretenian, y en alguna manera templaban, la soledad y la tristeza de aquella ilustre dama.

Muchas veces leyendo á Virgilio, á Horacio, á Tíbulo ó á Ovidio, llena de entusiasmo recitaba sus dísticos. *Las Elegias del Poulo* por su ternura y por el recuerdo de Lucio su esposo, la conmovian, derramando lágrimas, gimiendo desconsolada. ¡Pobre Heraclia, pobre Heraclia, tan rica, tan linda, tan elegante y ya anublan tus ojos, los lloros de la ausencia, las lágrimas del dolor!

II.

Cerca del palacio, los habitantes de la *Huerta de Hércules*, habian erigido un primoroso templo, consagrado á Flora, muy concurrido de las gentes de aquel delicioso país, y de toda la Provincia Bética.

En las grandes celebridades, veíanse en él las mas hermosas mujeres, vestidas de lujosísimos sendales, coronadas de jazmines, y á cumplidos caballeros, ofreciendo reverentes á la Diosa de los vergeles, libaciones y holocaustos.

Una de aquellas llamada Flavia, natural de *Ucia*, doncella de diez y seis años, era entre todas la que sobresalia por sus bellezas y por sus encantos. Un numeroso cortejo de adoradores, seguíala á todas partes. Por su amistad con Heraclia, siempre se hospedaba en su palacio. La lindisima Flavia oscurecia á la encantadora Heraclia.

III.

Muchas mañanas al salir el sol, acompañadas de apuestos mancebos en magníficas carrozas de marfil y ébano tiradas por briosos alazanes, iban á rogar á los Dioses por su íntima amiga Claudia, sobre su marmóreo sepulcro, situado en un florido vergel, cerca de la vecina *Genius*.

Con guirnaldas de lirios, rosas y amarantos, adornaban la tumba de Claudia, el *lirio de Genius*, de aquella tan buena amiga, que mientras vivió en la tierra, fué la gloria de sus Padres, el orgullo de *Hispalis* su pátria, la perla de mas valía de toda la Bética.

Heraclia y Flavia, vertiendo lágrimas á torrentes, leian repetidas veces la sentida leyenda del sepulcro de Claudia, y dando vueltas á su alrededor besaban sus frios bordes.

El epitafio latino, traducido al castellano, decia asi:

Consagrado á los Dioses Manes.
Aquí yace la bella Claudia
El lirio de Genius
Como el aura apacible de las selvas
Pasó su vida.
Viagero, para tu marcha ante su tumba,
Corónala de eternas simpre-vivas,
Riega sus umbrales de floras olorosas
Esclamando:
Gloria de la Bética muger encantadora,
Séate la tierra leve.

IV.

Como el corazon de la mujer nunca se sácia, como siempre le queda un vacío, que cual insondable volcan no hay quien lo descubra, las dos amigas se enamoraron perdidamente. Heraclia de Vitelio, arrogante mancebo de *Cáuri Bética*, y Flaria, de Mario, jóven bellísimo de *Augusta Gemella*. La una faltó á su esposo, la otra al honor de su familia.

Cuatro años duraron estas relaciones, al cabo de los cualos, hallándose

entrambas en mala situacion, y Heraclia sabiendo por las cartas de Lucio, que retirado por enfermo de la guerra de Cantabria, llegaria de un dia á otro á su palacio, determinaron concluir prontamente con sus vidas, antes de ser el blanco de las invectivas de los moradores del *Jardin de Hércules.*

V.

Era una hermosa mañana de Mayo. El sol entrando por las ventanas, iluminaba con su alegre magestad los suntuosos salones del palacio de Heraclia. Pebeteros de ágata, ánforas de pórfido, y vasos de oro, decoraban en medio de una vistosa galería, la mesa redonda, á la que estaban sentadas, puestas las manos en las megillas, guardando profundo silencio, dos jóvenes hermosas vestidas de negro.

Una de ellas, resbalándosele por el rostro gruesas lágrimas, levantando la cabeza con dignidad, y mirando atentamente á su compañera, exclamó:

—¡Flavia: es preciso ya morir! Ya no

tenemos otro recurso sobre la tierra. Los dioses inmortales nos perdonen! Ay de nuestras buenas madres! Ay de nuestra virtuosa amiga Cláudia: si vivieran, al vernos en tan triste estado, llorando nuestras ligerezas, nuestros infortunios, irian tras de nosotras al sepulcro. Dichosas, sí, dichosas una y mil veces, pues antes de conocer nuestras desgracias, cerraron sus ojos para siempre, se hundieron en sus tumbas!

—¡Sí, sí, Heraclia, muramos ya, muramos: que para damas de nuestra alta cuna, de nuestro ilustre nacimiento, la vida sin honra, no es vida, sino perenne patíbulo afrentoso!

—Pues toma esta copa y bebe.

—¡Ay Heraclia mia, qué triste es morir, exclamó Flavia, en la primavera de la vida, cuando todo nos alaga, todo nos alegra, todo nos sonrie!

Flavia, tomando la copa amarga, mortífera, la apuró hasta las heces. Heraclia que en su temblorosa mano sostenia la saya, imitó el triste ejemplo de su amiga. Entrambas, como heridas por el rayo, cayeron muertas al suelo.

Los criados del palacio acudieron solícitos á socorrer á las dos damas; pero todos sus cuidadosos esfuerzos fueron inútiles é insuficientes.

Heraclia y Flavia habian ya dejado de existir, presentando aquella alegre galería un fúnebre y pavoroso cuadro. Los criados les dieron sepultura, dejándolas en su última morada.

VI.

Lucio, que llegó á los pocos dias de la guerra de Cantabria, enterado del trágico suceso, mandó demoler el palacio, arrancándolo de cimientos, y aunque convaleciente de sus dolencias, volvió á continuar aquella ruda campaña, en la que herido de muerte en un tenacísimo combate, exhaló su último suspiro, defendiendo el honor y la gloria de la soberbia Roma.

VII.

Algunos siglos despues, las sencillas gentes de la redonda, llamaron á aquel

medroso sitio el *Palacio de las envenenadas.*

Los Pastores aseguraban que por la noche oian allí quejidos lastimeros viendo al pálido resplandor de la luna fatídicas sombras, espectros funerales cruzar por el espacio.

EL CASTILLO DE MATALAXEME.

I.

En el año de 868 de la era cristiana, en territorio de la *Campiña ó Banda morisca*, pago *de Benaxida*, junto á la *Cañada* de *Matalaxeme*, una suntuosa casa de campo levantaba sus arabescos muros en medio de pinos, adelfas y tomillos. Sus puertas, sus balcones, sus al-

menas, sus torres, labradas con la mas esquisita traza, daban bien á conocer á los caminantes la riqueza y el buen gusto de sus fundadores. Esta rica joya del arte morisco era de una noble, opulenta familia sbiliana, que la habia construido para su recreo, de la que no quedaba ya sino la bella Zulema, que solia habitarla en las apacibles, seductoras estaciones de primavera y de otoño.

La hermosa Zulema era la Flora de aquellos campos. Los moros de la comarca rendíanla adoraciones. Todas las mañanas las pastoras, dejando sus rebaños al cuidado de los mastines, venian al castillo de Zulema á traerle canastillos de rosas, de lirios y de azucenas, cantándole en coro, jácaras sentimentales. Zulema era, en fin, el orgullo de la *Banda morisca*. Las gentes campecinas le llamaban *El lirio de Malalaxeme.*

II.

Una mañana que Zulema estaba en la torre más alta del Castillo divisó á lo lejos airoso ginete nazareno, que ca-

balgando magnífico alazan venia por el camino que iba á Sbilia. Prontamente bajóse á uno de los balcones que daban sobre el camino, para verlo al paso. El airoso ginete nazareno llegó. Entónces Zulema con voz afable, cariñosa, le dijo:

—Oye nazareno: ¿quieres descansar en mi castillo? yo tengo divanes que restablezcan tus fuerzas, lechos que te abriguen, manjares que te alienten, pebeteros que te zahumen, esclavos que te sirvan.

—Hermosa mara, flor de esta cañada: sí, sí, con mucho gusto acepto tus dádivas, aprovecho tus ofrecimientos, cuando tanto los necesito, pues vengo muy cansado; le dijo el jóven cristiano bajándole la cabeza con mucha cortesia.

Al punto cuatro esclavos, robustos etiopes, salieron por las puertas del castillo é hincando en tierra las rodillas desmontaron al arrogante jóven Bermudo, caballaro leonés, que militaba en clase de Capitan de Galera en las valientes Armadas de D. Ordoño I, Rey de Asturias.

III.

Cuando Bermudo, el *marino valeroso*, penetró por las puertas del palacio sarraceno, viendo tantos adornos, tantas opulencias, trajo á su memoria involuntariamente á los Cresos y á los Lúculos de la antigüedad, ó á aquellos ricos sibaritas que deslumbraban con sus lujosos trenes, con sus magníficos esplendores Bermundo subió las escaleras, y ya Zulema lo esperaba en uno de los descansos para darle la mano. Zulema llevó á Bermudo al comedor, y durante el opíparo almuerzo tuvieron dulces, cariñosos coloquios.

—Bermudo, le dijo la hermosa mora, ¡á cuántos y á cuantos nazarenos como tú les he salvado la vida! Siempre que traia mi padre prisioneros á este castillo, yo les daba libertad por un largo, hondo subterráneo que, sin saberlo nadie, hice labrar á mis espensas, para este fin. Los cristianos, desde niña, me han interesado mucho; (mirando con

ahinco á Bermuno) porque son gallar-dos, afables y modestos.»

—Sí lo son, Zulema, lo son.»

—Yo quisiera, Bermudo, que me contáras algunos episodios de tu vida. Un jóven tan ilustre, tan bello como tú debe tener muchas aventuras.»

—Ningunas, Zulema, ningunas; con-testó Bermudo.

—Sí las tienes, Bermudo, las tienes. No me engañes.

IV.

—Pues, Zulema, voy á contarte mi vida ligeramente. Yo nací, ahora veinte años, en la córte de Leon, hijo de una ilustre, poderosa, riquísima familia, que derramó muchas veces la sangre en los campos de batalla de Guadalete, de Co-vadonga, de Roncesvalles por su Dios, por su pátria y por sus reyes. Mi padre, ya viudo, murió teniendo yo dos años, en una sangrienta jornada contra la so-berbia Media-luna. No conocí el dul-ce amor de padre. ¡Ay: la bendita sombra del autor de mi vida cubrióme

poco tiempo! Yo quedé bajo el amparo y la tutela de una tia acaudalada, herma na de mi madre, la cual dedicóme á la Marina Real. Estuve en 857 á las órdenes de don Ordoño I rey de Asturia, en la famosa batalla de Clavixo, donde derramé mi sangre. A los ocho años, no cumplidos, mandando una Galera, tripulada de bravos leoneses, que formaba parte de la batalladora Escuadra del mismo rey don Ordoño, ayudé á destrozar á los moros, que intentaban desembarcar en las costas de Galicia. Ahora pocos meses, bastante anciana, acaba de morir mi tia en la próxima córte de Sbilia, dejándome por heredero universal, y voy á recojer los ricos, inmensos bienes que en su testamento me ha donado.

—¿Volverás, Bermudo, por este castillo, cuando en Sbilia acabes los asuntos que á ella te llevan?»

—Sí volveré, Zulema, volveré.»

Bermudo despidiéndose de Zulema montando en su caballo, siguió el camino de Sbilia.

V.

La arrogancia de Bermudo quedó grabada en el corazon de Zulema, y la delicadeza de esta en el de Bermudo. Aunque corta la entrevista, el cariño amoroso habia profundizado en sus almas.

A los veinte dias un gallardo trovador, teniendo junto su caballo, se miraba en medio de la noche, recostado contra las marmóreas esquinas del alcázar de Zulema. La luna derramaba sus pálidas luces sobre la *Cañada de Malabrame*. Un fresco vientecillo mecia las adelfas y los romerales, cargados de flores. De cuando en cuando el gemir de las aves nocturnas y el balido de las ovejas estampaban en aquel melancólico panorama, tintas inspiradas, insinuantes escenas.

El airoso trovador, templando su laud, cantó con extremado gusto, el romance siguiente:

EL LIRIO DE MATAXEME.

ROMANCE.

Zulema: deja tu lecho,
Sal á la ventana, hermosa,
Y oirán de mi pobre lira
La melancólica trova.
Eres de Matalaxeme
Preciada flor olorosa,
Que por la Banda morisca
Vas derramando el aroma.
De tus lábios la abejilla
Saca miel; panales forma;
Te cantan los ruiseñores;
El pastor tu nombre invoca.
Caballeros de alta cuna,
Donceles de noble estofa,
Con azucenas y nardos
Tu blanca frente coronan.
Vienen á ver tu belleza
Los sarracenos de Arjona,
Los moros de Berbería,
Los Walies de Trebizonda.
Aquí tienes á un cristiano;
No lo desprecieis, Señora;

Que el nazareno á su Dama
Siempre la sirve y la honra.
Zulema: deja tu lecho,
El sueño sacude, hermosa,
Y oirás de mi triste lira
La melancólica trova,

VI.

Zulema, asomándose por una ventana inmediata, le dijo:

—Bermudo, eres un trovador galantísimo. Yo te doy infinitas gracias por los elogios inmerecidos que me diriges en ese romancito tierno, los cuales recibo con mucho gusto. Cuando sea de dia y entre en mi castillo, me lo escribirás, pues quiero conservarlo. Es dulce, es amoroso, la espresion más sincera de los nobles sentimientos de un nazareno.

—¿Quieres, Zulema, mucho á los cristianos? le preguntó Bermudo.

—Sí, desde niña los aprecio en extremo.

—Pues dispensa la siguiente atrevida pregunta. ¿Has tenido algun amante nazareno?

—No: ni moro, ni cristiano. Hasta ahora mi corazon no habia sentido esa pasion embelesadora, ese delicado sentimiento, que Alá nos dejó para alumbrarnos en medio de las negras tinieblas del mundo. Yo no he amado, pero....

Una larga pausa siguió á estas últimas palabras de Zulema.

—Pero... Zulema ¿me amas á mí? Dímelo, hermosa mora, dímelo.

—¡Y con todas las veras de mi alma, Bermudo! Las lágrimas de Zulema salpicaron las rejas de la ventana donde estaba asomada.

—No llores, Zulema. No llores, linda mora.

VII.

Cuando los esclavos etiopes abrieron las puertas del alcázar, Bermudo entrando por ellas fué á saludar diligente á Zulema, la cual lo esperaba, sentada sobre suntuosos cojines, en medio de dos preciosas doncellas, en un salon lujosamente decorado. Los adornos y los perfumes de aquella deliciosa estancia emantaban

la vista y el olfato. Las luces del sol naciente, las flores de los jarrones y las músicas de las avecillas, aprisionadas en jáulas de oro y de marfil, le daban un aire delicado, magestuoso y oriental.

Bermudo volviendo á templar su laud, cantó de esta manera:

Bella Zulema, graciosa,
Gloria de Matalaxeme,
Que de estos campos floridos
El lirio más puro eres.
Deja tu rico palacio;
Conmigo á Castilla vente;
Que allí te aguardan, te esperan
Los nobles y los valientes.
Serás del Duero la gala,
El jazmin de sus vergeles:
Vente conmigo á Castilla:
Conmigo á Castilla vente.

VIII.

Zulema al escuchar los versos de Bermudo sintió dentro de su corazon fuertes emociones, reluchamientos amorosos. Despedidas las dos doncellas, la *Re*

ca hembra mora, mandando sentar á Bermudo en el mismo sofá donde ella estaba, le habló así:

—Bermudo, aunque para una dama de mi alcurnia es bochornoso declarar su pasion á ningun hombre, yo lo hago, porque no puedo resistir más tiempo las duras impresiones, los crueles tormentos, que sufre mi alma desde el primer instante que te ví. Pero ¡ay dolor! un muro de bronce nos separa. La diferencia de nuestros principios religiosos, nuestra fé que choca, nuestra esperanza que varia, nuestra dicha que se escluye. ¡Oh! no seria esto para mí grande obstáculo. Mas, Bermudo, te lo diré. Tras de perder á Mahoma, tambien perdería las fincas innumerables, los inmensos tesoros que poseo, heredados de mis padres, quedándome hecha una pobre sola, sola sobre la tierra. Con todo, contodo yo...

Aquí Zulema, derramando lágrimas, miró á Bermudo, bajó los ojos al suelo y calló.

IX.

El ilustre marino, tomando las manos de Zulema entre las suyas, le habló de esta manera:

—Lirio de Matalaxeme, hermosa mora mia; no hay inconvenientes ni dificultades en el mundo, para los que se aman como nosotros, nos amamos. Tú pierdes á Mahoma y ganas á Jesucristo. Tú pierdes los ricos caudales de tus padres y gana los mios que no son escasos. Vente, sí, vente conmigo á Leon. Allí vivirás cón tanto fausto, con tanta opulencia á las orillas alegres del Exla, como aquíen la triste *Cañada de Matalaxeme*.

Este breve razonamiento de Bermudo entusiasmó de tal manera á Zulema, que en aquel mismo instante despidió á toda su numerosa servidumbre no dejando más en el alcázar que al viejo Alcaide, fiel criado de sus difuntos padres, que la habia visto nacer, que la habia custodiado en su infancia, llevándola á jugar entre las adelfas de Benaxila y los tomillos de Matalaxeme.

X.

Llegó el claro amanecer del dia siguiente. Zulema, habiendo encerrado en un cofre primoroso sus ricas alhajas y el metálico que tenia, se dispuso para la marcha. Pero antes de emprenderla, llamando al alcaide, le declaró sus intenciones, diciéndole:

—Mira, Alcaide. Yo me voy á Leon, para no volver jamás. El Rey de Sbilia cuando sepa mi huida, confiscará todos mis bienes y á este castillo quizá lo arranque de cimientos. Toma esta escarcela llena de zequíes de oro, para que nunca te falte con que vivir y pide á Alá por Zulema, por aquella tierna niña que viste nacer y que con tanta lealtad has servido y cuidado desde sus primeros años. Adios.

Diciendo esto, Zulema montó á caballo. Bermudo, arreglando el cofre en la grupa del suyo, hizo lo mismo y entrambos rompieron la marcha.

Entonces Zulema, despidiéndose de su querida *Cañada de Malalaxeme*, le cantó este sentido romance.

LA DESPEDIDA.

Matalaxeme, cañada
De valerosos ejemplos,
En medio de tus tomillos
Pasé mis años primeros.
Cuando al calor de mis padres,
Y mis más cercanos deudos,
Servida estuve de esclavos,
De doncellas y monteros.
Me aparto de tí por siempre,
Jamás de mi lábio el eco
Volverá á romper tu calma,
Ni tu profundo silencio.
Tal vez, cañada tranquila,
Algun dia ¡quiera el cielo!
Otra Zulema te habite,
De mas alto valimiento.
Cuéntale entonces mi vida,
Y dile: que un nazareno
Se la llevó de estos campos,
Y nunca á verla volvieron.
Matalaxeme, tu nombre
Llevo esculpido en mi pecho,
De lágrimas salpicadas,
Tus verdes adelfas dejo.

Adios, cañada de gloria,
Hasta los umbrales negros
De mi tumba irá gimiente
Tu inolvidable recuerdo.

XI.

A los treinta dias de viaje llegaron á Leon, donde Zulema, con el mayor agrado, con la más dulce complacencia fué recibida por aquellas nobles damas, de prosopia antigua. Instruida en la doctrina cristiana, recibió las aguas salvadoras del bautismo con el dulce nombre de Maria Isabel, de manos de un sacerdote, tio de Bermudo, hermano de su padre, el cual les echó de seguida las bendiciones nupciales de la Iglesia.

XII.

El Rey moro de Sbilia se apoderó de todos los ricos bienes, de los numerosos caudales de Zulema.

Mandó arrasar el Castillo de Matalaxeme y matar al anciano Alcaide, por creerlo cómplice en la huida de Zulema con el cristiano.

La hermosa Maria Isabel, en fin, hasta su muerte, fué llamada en las riberas del Exla, como lo habia sido en la Banda morisca *El lirio de Matalaxeme.*

ODULIA.

I.

Corria el mes de abril del año de 995 de la Era Cristiana. El *Jazmin de Tempúl*, la bella Odulia, la gloria de Jerez de la Frontera, seguida de brillante cortejo, venia á estar una temporada en la Sultana del Guadalquivir, en la hermosa Sbilia.

A su paso por Alísa Alicense, Utrícula y Oripo las pastoras le regalaban canastillos de flores y las zagalas esparcian por los caminos perfumes deliciosos, aguas aromáticas. La misma Venus Chiprea jamás recibió tanto homenaje, ni tuvo tanto honor.

II.

A los pocos dias de estar Odulia en la Córte de Sbilia, un jóven guerrero llamado Ramiro, que, contra la bárbara morisma, militaba en las huestes de don Garcia II, el *Tembloso*, Rey de Aragon y de Navarra y que, para saludar á sus ancianos padres, habia venido de *incógnito* á su patria, vióla una noche paseando por el mismo terreno que ocupó un convento cristiano, que la piqueta sarracena habia convertido en ancha plaza, el cual fué sepulcro de almirantes valerosos, de melífluos poetas, de pintores delicados, de áticos estatuarios, de arqueólogos ilustres.

Sentado junto á ella, en viejo sitial, le declaró su amor, y el *Jazmin de Tembúl*, prendada de Ramiro, no fué esquiva á sus pretensiones, ni á sus ruegos, dándole el *sí*.

III.

A los dos meses Ramiro, acompañado de su familia y Odulia de la suya,

dirigíandose á los *Reales* de don García II, el *Tembloso*, que á la sazon se hallaba en las montañas de Burgos, donde siendo el Rey padrino, se desposaron entre las alegrías y las enhorabuenas de aquel insigne *Batallador* y de todos los palaciegos.

Odulia fué destinada á la alta servidumbre. Era la gloria de la Córte, brillando entre aquellas graciosas, elegantes damas, por su piedad, su talento y su hermosura.

IV.

Aficionada á los viages, que entonces estaban de moda para las gentes de noble estirpe, salió con licencia del Rey, en compañía de Ramiro, de los campos de Rioseco, tomando el camino de la Galia Narvonense. Estuvieron en Roma y en los Santos Lugares. Quisieron ver la Grecia entera, cuna dorada de las ciencias, de la literatura y de las bellas artes, para estudiar aquellos monumentos suntuosos del arte pagano, aquellos ricos puentes, aquellos templos magní-

ficos que levantó hasta los cielos el fecundo gentilismo, ya despedazados, ya convertidos en frios escombros. Amantes, Ramiro y Odulia de la poesía en general, visitaron llenos de entusiasmo las derribadas mansiones, donde los Píndaros y los Anacreontes, los Teócritos y los Esquilos, los Eurípides y los Sofocles pulsaron sus sagradas liras.

V.

Embarcados en Rodas con rumbo á Chipre, un corsario berberisco apresió en medio de los mares la galera dondo iban. Aquellos crueles piratas degollaron á todos los hombres, llevándose á Odulia, al *Jamin de Tempúl*, á venderla en Constantinopla, para el servicio de los harenes.

Cuando don García II, el *Tembloso*, tuvo esta fatal noticia, trató de salvarla de las garras de aquellas fieras inclementes; más, por entónces, todos sus buenos conatos, todos sus buenos deseos fueron inútiles; pues el *Jazmin de Tempúl*, ya estaba saciando los bruta-

les apetitos de un poderoso Visir, que la amaba con delirio.

VI.

El rico Visir le puso el nombre de Xaira.

Cuando estaban recostados en blandos divanes, en medio de los deliciosos jardines de su serrallo, viéndola siempre triste y sollozante, pálida y lacrimosa, le solia cantar esta amorosa trova:

Qué tienes, Xaira? qué tienes
Con esa amarilla tez,
Con esos ojos llorosos,
Con ese gemir cruel?
Dímelo ya, nazarena:
Que yo lo quiero saber;
Por si tus hondas fatigas
Puedo calmar de una vez.
Juntas vinieron las Gracias
Tu ebúrnea cuna á mecer,
Aquella te dió lindeza,
Esta elegante altivez.
Claveles, rosas, jazmines
Salpicaron por do quier:
La más gallarda Sultana

No tuvo tan rica prez.
Eres la Hurí deliciosa
Del apetecido Eden,
La dicha del musulman
De Estambul el dulce bien.
Canta tu nombre sublime,
El ruiseñor del vergel,
En las montañas de Etolia,
En las riberas de Argel.
Con suspiros y plegarias,
Te rinden cariño fiel
Los opulentos Califas
Los Sultanes de Almagred.
Almanzores y Boabdiles
Guerreros de alto valer,
Veríanse entre tus cadenas,
Presos de manos y piés.
¿Quiéres, Xaira, mas honores?
Quiéres más láuros coger?
No canses á la fortuna
Con tu perenne esquivez.
Ámame, linda cristiana:
Que á tu mandato estaré,
Más obediente y sumiso,
Que el esclavo del Haren.
¿Qué tienes, Xaira? qué tienes,
Con esa amarilla tez,

agradescais á mí nada, nada; pues todo lo ha hecho Dios. ¿Qué pudiera llevar á cabo, señor, un pobre sacerdote, viejo y enfermo, en medio de bárbaros infieles, si el cielo, dándole enérgica valentía, no lo hubiera ayudado, para conseguir sus espuestos, difíciles compromisos?

«V. A. en su alta penetracion no lo desconocerá, no. Demos todos gracias al Dios de las Misericordias, que tiene bajo su dulce amparo á estos hermosos reinos de Aragon y de Navarra, para librarlos siempre de todos sus enemigos, inspirando á sus naturales el amor á la religion santa de Jesucristo, el respeto á sus Reyes, la obediencia á sus autoridades, con cuyas virtudes pasearon triunfadores sus abuelos por toda la tierra el carro de sus conquistas, dejando en la historia de los siglos una página de oro, un nombre inmortal.»

El Rey don Garcia, enternecido por la corta pero sentimental arenga del padre Arcadio, le contestó lloroso.

—Padre Arcadio: os doy las más cumplidas gracias por haber vnelto á mi Palacio y á mi alta servidumbre á la jó-

ven Odulia, á quien amo como hija; pues no olvido nunca los grandes favores pecuniarios, las gratísimas mercedes, los generosos desprendimientos que recibí de sus buenos padres. El hombre que no es agradecido, no merece subir las gradas del *trono*, ser *Rey*, ni menos llamarse *caballero*.

«Unamos, padre Arcadio, nuestras ardientes súplicas. Sí, no lo dudeis. El Altísimo seguirá echando sus paternales bendiciones sobre estos fieles reinos de Aragon y de Navarra, sobre estos hidalgos pueblos, á cuya cabeza me ha colocado, para regirlos y gobernarlos con amor con equidad y con justicia.

IX.

El padre Arcadio y Odulia, convidados á la mesa del Rey, comieron con él. Durante la comida don Garcia el *Tembloso*, estuvo hablando, con suma inteligencia, sobre sus planes estratégicos, sobre la famosa batalla de *Calatañazor* en la que el brazo nazareno amansó la pujanza de la feroz morisma y sobre otros varios é importantes asuntos.

Cuando se concluyó la comida, el Rey don Garcia despues de besar la mano al sacerdote, en las puestas de su Cámara, lo despidió diciéndole:

—«Padre Arcadio, pedid en el Santo Sacrificio, al Dios de los Ejércitos, por la felicidad de mis fieles vasallos, por el triunfo de mis venideras campañas. Que me dé esfuerzo en los combates, contra los enemigos de la Cruz, prudencia en los consejos, acierto en los planes, y que nunca jamás retire su protectora mano, ni aparte sus ojos clementísimos de estos reinos de Aragon y de Navarra, ni de Garcia II, el *Tembloso.*»

X.

Odulia quedó serviendo en Palacio; llamándola siempre el Rey y todos los cortesanos el *Jazmin de Tempúl,* hasta que á los pocos meses de volver á habitar bajo aquellos artesonados techos, desengañada de la vanidad de las cosas de este mundo, de las pasageras glorias terrenales, tomó el santo hábito en un penitente monasterio de Navarra, siendo

el Rey su padrino, donde llorando sus culpas, su viudez y sus raros infortunios, murió en 1002, con la envidiable paz de los que viven en Jesucristo y para Jesucristo. ¡Blandos asilos, que curais radicalmente las hondas heridas del alma, sin vosotros, qué queda ya al hombre, sino la desesperacion ó la muerte!

Don García, el *Tembloso*, murió el año de 1000, dejando en el mundo un nombre envidiable. El presbítero Arcadio quiso volver á las misiones de Oriente, pero su edad avanzada y los consejos de los médicos se lo impidieron. Falleció á los pocos años en un pueblo de Navarra, sentido de todos sus habitantes.

ELADIA.

I.

En el año de 1540, funestísimo para España, por las epidemias y las hambres que la afligieron en extremo, una

risueña choza pastoril levantaba sus pagizos techos, en medio del *País de las flores*, no lejos de la morisca torre de *Cuatrohabítas*. Frondosos arrayanes, gallardas madreselvas la circuian, dándole perfume y galanara, y el cobertizo del zagal y el ancho redil, rodeados de agrestes adelfas y selváticos romerales, venian á cerrar aquel cuadro pintoresco.

II.

Un matrimonio y una niña de cuatro años eran sus moradores. La salud y la paz del cielo reinaban en aquella casa rústica.

El marido, que por fiarse de las pomposas, falsas promesas de los revolucionarios *Comuneros* de Castilla, había quedado manco del brazo izquierdo en la batalla de Villalar, se llamaba Florencio, la mujer Ana y la niña Eladia.

III.

Florencio era un campesino, religioso, de génio festivo y buen humor. Ana

trabajadora y aseada ,y Eladia, tan bella como la diósa de Cíteres. En aquella feliz cabaña, guardada por los ángeles, jamás habian penetrado las oscuras sombras de los infortunios, ni de las desventuras. Allí estaba Jesús: allí estaba María: allí estaban los santos del cielo, los justos de la tierra.

IV.

Pero como nada hay estable, ni duradero, como las cosas del mundo varían segun los altos, inescrustables designios de la Divina Providencia, la cabaña, que hasta entonces habia sido tan dichosa y en la que nunca se derramó ni siquiera una gota de lágrimas, comenzó de repente á sufrir los duros reveses de la fortuna. Ana, invadida de una aguda enfermedad, murió en pocos dias, y Florencio, aquel valiente soldado, batallador en Villalar, no pudiendo resistir la pérdida de su dulce compañera, la siguió al sepulcro, quedando huérfana Eladia, á los quince años y sola, sola sobre la tierra.

V.

Una jóven tan hermosa como Eladia en medio de aquellas estendidas soledades, estaba en peligro inminente, estaba muy expuesta á horribles males, á duros infortunios. Conociólo así, y se decidió á tomar un zagal que pastoreara su rebaño. Hízolo, y Damian, gallardo mozo, natural de Marchena, comenzó á apacentarlo.

Desde los primeros dias demostró su celo é idoneidad, para el oficio que desempeñaba. Bajo su esquisita custodia las ovejas pastaban en los mejores sotos y los corderillos limpios y rollizos, triscando en numerosas tropas, balaban alegres por entre las yerbas más salutíferas. Jamás, ni en tiempo del difunto Florencio, estuvo la piara tan hermosa, ni tan sana, siendo el modelo y la envidia de todos los pastores de la comarca. El rebaño de Damian era el rey de aquellos desiertos.

VI.

Conociendo Eladia los méritos de Damian, lo regalaba á manos llenas. Los dias de Misa, dejando la piara encargada á los feroces mastines *Leon* y *Bocanegra*, de alta nombradía en aquellos alrededores, por los muchos lobos que habian despedazado en reñido combate; iban á oir la Mayor, al pueblo mas inmediato. A la vuelta á la cabaña siempre traia Eladia algun recuerdo, comprado al mercader ó á los buhoneros que encontraba por los caminos.

VII.

Todas las tardes, al ponerse el sol, Damian llegaba á la cabaña, y colocando el rebaño en el otero, entraba en ella. Eladia lo recibia siempre con cristiano agrado. Despues de rezar el Santo Rosario, piadosa costumbre que por desgracia se vá perdiendo en nuestra España, cantaban esta sentida plegaria.

Tú, que abres, Gran Señor,
De la roca el puro seno,
Y á la nube dás el trueno,
Que estremece al labrador.
Tú, que al pajarito arpado
Comunicas la cadencia,
Y tu sábia Providencia
Riega el monte, riega el prado.
Tú, que con mano clemente
Descorres del alba el velo:
Para que en el alto cielo
Aparezca el sol luciente.
Tú, que con granos de arenas,
Sin barbacanas, ni riscos,
Sin murallas, ni obeliscos
El mar borrascoso enfrenas.
Haz, señor, que esta manada,
Con tu bendicion se aumente:
Y proteje eternamente,
Nuestra cabaña olvidada.

VIII.

Algunas mañanas Damian, antes de salir del otero con su piara, tomando en sus manos una alegre guitarra, que

pulsaba con mucha destreza y gusto, sentado sobre un grueso tronco de pitaco, recordando á Marchena, solia cantar, con gracioso estilo, el siguiente morisco romance:

Ali Abud: ven á esta selva:
Sal de Marchena, cobarde:
Probarás la dura mano,
De Garci Nuño Pelaez.
No te libertarán de ella,
Los punzadores zarzales,
Ni las anchas enramadas
Ni los oscuros pinares.
Con ardides vergonzozos
Has talado mis hogares:
Degollando á mi familia
En medio de impíos ultrajes.
Contigo haré un escarmiento,
Que á la vil morisma espante:
Para que de freno sirva,
A sus bárbaros alarbes,
Con retorcidos cordeles
Y cadenillas de alambre,
Sugeto á la espesa cola
De mi caballo espumante.
Por las ásperas campiñas

Corriendo he de pa earte,
Arrastrado por los suelos,
Hasta que tu aliento exhales,
En muerte tan afrentosa,
Yo lograré castigarte:
Como tus hechos merecen,
Rabioso tigre execrable.
Alí-Abud: ven á esta selva:
Sal de Marchena, cobarde:
Probarás la dura mano,
De Garci-Nuño Pelaez.

IX.

La lana del rebaño de Eladia, por su finura y limpieza, tenia mucha estimacion y justo renombre. Era buscada por los traficantes, vendiéndose más caras 6 ú 8 reales en arroba, que todas las que producian las ovejas del *País de las flores*. Casi todos los años se la compraban los portugueses, para llevarla á Inglaterra. ¡Tanto era el desvelo, el cuidado y la inteligencia del estimable Damian!

X.

Una noche de diciembre, estando Eladia y Damian, despues de rezar el Santo Rosario, sentados á una harmosa hoguera, que ardia en medio de la cabaña, le dijo éste:

—Eladia: hace ya mucho tiempo, que estoy pensando decirte, declararte una cosa, que á los dos nos convenia mucho, nos tenia mucha cuenta.

—¿Y cuál és? lé preguntó Eladia, tiñéndose de grana su rostro bellísimo, envidia de las Ninfas de Corinto y afrenta de la misma Venus.

—¿No la sospechas? ¿No caes en ella?

—No, Damian, no: le contestó, haciéndose de nuevo la disimulada.

—Entonces es menester decírtela letra por letra y palabra por palabra.

—Pues dila ya, como quieras.

—Eladia: que si yo no te repugno, si yo no te choco, nos pudiéramos unir en matrimonio, casarnos, para acabar nuestras vidas en estas selvas deliciosas, al lado de esas ovejas, de e·os mastin[illegible] cantos del ruiseñor, ó

el susurro de las auras jugueteando entre los fragantes pimpollos de los vergeles. En este delicioso valle del *País de las flores*, bajo los techos de esta cabaña, perfumados con las rosas, los lirios, las azucenas y los tomillos, pasaríamos, Eladia, una vida mas trasquila, mas feliz que la de los grandes y poderosos del mundo.

—No me parece mal, dijo Eladia, y para oirlo, añadió: Pero tú, Damian, eres muy enamorado. Bien lo sabes, bien lo conoces. Me han dicho, asegurándomelo mucho, que te has echado ahora por novia á Andrea, la hija mayor del Tio Luis, el *Choto*, el cabrero de los pinares. ¡No tienes bastante con ella, y quieres burlarte de mí! . . . .

—No, jamás Eladia, jamás. Yo no soy capaz de burlar ne de tí, de la que me ha favorecido con larga mano, de la que hace ya cuatro años le estoy comiendo el pan. Quien te haya dicho que yo le hablo á la hija mayor del *Choto*, te ha engañado miserablemente. Porque me han visto beber algunas tallas de agua en la choza del Tio Luis . . . .

con mi piara paso por ella, soy ya novio de su hija Andrea, y añadirán acaso que ya tengo pedida la novia y estoy en vísperas de casarme. No creas al vulgo, Eladia, que es muy novelero, muy falso, muy chismoso, muy pícaro. ¡Esta frente, que ves tan tostada por el sol de los campos, por el combate de los vientos, es noble, es hidalga, y nunca, nunca se ha manchado con los negros borrones del engaño, ni de la ingratitud!

XI.

Á los dos meses de este curioso diálogo, un monje bendito del monasterio gerónimo de San Isidoro del Campo, echaba, con licencia del cura párroco, á Damian y á Eladia las bendiciones nupciales de Jesucristo, lazo eterno, indisoluble, santísimo, salvador, que une al hombre y á la mujer en una misma carne, en un mismo espíritu, para amarse, para compartir juntos las risas ó los llantos, las tribulaciones ó las alegrías de esta vida, y criar hijos para el cielo.

XII.

El año de su matrimonio, Eladia, en la apacible madrugada del 7 de Febrero, dia de San Ricardo, Rey de Inglaterra, entre las suaves canciones de las avecillas del Dios de las florestas, y los balidos de las ovejas del redil, dió á luz, con toda felicidad, un blanco y hermoso niño. El monje de San Isidoro del Campo vino á bautizarlo. Cuando el hijo de Gerónimo volvió de la Iglesia Parroquial del pueblo cercano, parado á los piés del lecho de Eladia y con la mano puesta sobre la cabeza del reciennacido diciénle un Evangelio, exclamó al fin:

—¡Ay! Eladia, madre afortunada! Cuantas gracias tienes que darle á Dios por lo mucho que te favorece, por las grandes misericordias que, como lluvia de oro, deja hoy caer sobre los techos de tu cabaña! Este niño, en la seráfica órden, en la familia franciscana, será una lumbrera de santidad y de saber. Todas las cátedras del Espíritu Santo, que tiene el mundo entero, serán pisa-

das por su planta, derramando entre sus católicos oyentes las flores olorosas de la elocuencia evangélica. El Padre Fray Ricardo será aplaudido en Roma, en Alejandría, en Jerusalen, en las orillas del Jordan, en los despeñaderos del Calvario, en cuyos augustos lugares, digno misionero de Jesucristo, levantando el Crucifijo en alto, hará llorar hasta las mismas piedras. Tú, Eladia, llegarás á conocer todo lo que te he dicho.

Al oir aquella madre dichosa, la narracion del monje gerónimo, tomando á Ricardo entre sus brazos lo llenó de besos y de caricias.

XIII.

A los veinte y cinco años, el mismo dia en que el Padre Fray Ricardo celebraba su primera misa, ofreciendo la Hostia Inmaculada, en el convento franciscano de Santa Maria de Valle-Verde, el anciano Damian entregaba su alma á Dios, despues de haber sufrido con paciencia cristiana una larga dolorosa enfermedad. El raro contraste que entonces des-

garró el corazon de la anciana Eladia, por la alegria de su hijo y la grave pena de su marido, no se puede pintar con sus vivos escorsos, con sus verdaderas tintas, es indescribible. Solamente la religion, que sana las heridas mas profundas del alma, que todo lo consuela, vino á templar, en algun tanto, sus terribles angustias.

XIV.

Volviéndose, pues, Eladia á encontrar otra vez sola, sola sobre la tierra y estando ya en el último tercio de la vida, vendió la cabaña, las ovejas, dos hazas de tierra calma y unos olivares que poseia en aquellos contornos, y se retiró á acabar sus dias al convento de domínicas de la villa de Castilleja de la Cuesta, hoy ya demolido por la hidra revolucionaria, donde tenia una sobrina monja. En él, entregada únicamente á Dios, levantaba sus ojos al cielo é implorando sus misericordias alababa y bendecia de contínuo con la boca y el corazon á la Divina Providencia. Si en-

medio de la oscura noche oia el agudo monótono golpe de la piqueta del panadero, rayando la piedra, llevaba su mente á altas consideraciones, bendecia á Dios. Si por la mañana la avecilla cantadora, se paraba en las puntas de hierro de la ventana de su celda, Eladia, acordándose vivamente de los años felices que pasó en su choza pastoril, de aquellos campos alegres, de aquellos cadentes gilguerillos, lloraba á mares, alabando en su interior los designios del Altísimo. Si en la madrugada escuchaba los tristes funerarios lamentos del buho, puesto en las ramas de los árboles, en las cornisas de las torres, hacia lo mismo. Para Eladia, en fin, para la seglar habitadora del convento de dominicas de Castilleja de la Cuesta, todo era conformidad, paciencia y resignacion.

XV.

El Padre Fray Ricardo, por mandato del General, fué destinado á las peligrosas misiones de Tierra Santa. Antes de partir vino al convento de Castilleja de

la Cuesta, á despedirse de su anciana madre y á pedirle su última bendicion. Esta, al echársela, le dijo enternecida y llorosa.

—¡Adios hijo mio: adios Ricardo: esta será la postrera vez, que nos veamos sobre la tierra! ¡Ay! Como los ardores del sol de Agosto, secando las flores de los valles encorban sus tallos y desperdigan sus hojas por la tierra; así tu ausencia, hijo mio, lanzará al sepulcro á esta pobre anciana. Ruega al Eterno por ella, y nunca jamás olvides los techos ahumados de tu cabaña natal, ni las sanas máximas, ni las doctrinas católicas, ni los generosos sentimientos que bajo de ellos te enseñaron tus buenos padres! No dejes de escribirme. Adios para siempre, hijo mio, adios.

El Padre Fray Ricardo, con reverente ademan y palabras dulcísimas, se despidió de su madre, saliendo del libratorio. Aquellos dos tiernos corazones, partidos de crueles angustias, de ansias desgarradoras, separáronse para siempre jamás.

XVI.

El Padre Fray Ricardo, obedeciendo sumiso la órden de su General, marchó de misionero á Jerusalen. Todas las estafetas ó correos mandaba á su madre Eladia una carta tan tierna, que, conmoviéndola profundamente, la hacian llorar á mares. En la segunda, escrita sobre las famosas arenas del rio sagrado, donde Juan bautizó al Salvador del mundo, le referia entre otras cosas:

«Ayer, querida madre, al salir el sol, visité, por vez primera, las risueñas orillas del Jordan. El manso ruido de las olas, los gorgeos de los pajarillos, los pimpollos de las adelfas, el verdor de los romerales, las tristes canciones de los árabes del desierto y la melancólica soledad en que me encontraba, trajeron repentina é involuntariamente á la memoria el *País de las flores*, la dehesa, el pinar, la cabaña donde nací, pasando, al calor apacible de mis padres, los juveniles años de mi vida. Echado sobre la menuda arena de sus márgenes bebí

ansioso sus limpias aguas. Yo las recorrí meditabundo, buscando el sitio donde San Juan bautizó á Jesucrito; pero nada, nada encontré, sino la consoladora sombra de mi padre, que en aquellos campos remotos, en aquellos selváticos lugares, se presentaba á mis ojos, coronada de gloria y de inmortalidad.

«Mañana vuelvo á Jerusalen para visitar detenidamente los Santos Lugares.»

En otra, recibida al poco tiempo, le decia:

«Madre de mi corazon. La *Noche Buena*, á las doce en punto, comencé á celebrar una misa rezada en el Portal de Belen, donde sobre míseras pajillas, rodeado del buey y de la mula, nació el *Niño Dios*, el Salvador del mundo, entre las bendiciones de los hombres, las músicas de los ángeles y las alegrías de los cielos. Yo estaba lleno de ternura, enagenado de gozo. Lágrimas ardientes se resbalaban por mis megillas. ¡Jamás, jamás, hasta entónces, habia sentido mi alma emociones tan poderosas, tan santas, tan profundas, tan consoladoras!

»Algunos hijos, de todos los reinos, de todas las repúblicas cristianas del mundo, arrodillados en aquella *Cueva Sagrada*, oraban fervorosos. No, madre mia, no faltaron allí nuestros paisanos. Tratándose de rendir culto al Dios del Gólghota, al Dios de los Ejércitos, ¡dónde no está España, el jardin de los mártires, la cuna de los valientes, la nacion de los caballeros!»

En otra, una de las últimas, entre varios asuntos, le contaba:

«Anteayer, madre mia, á las once de la mañana, subí al monte de la salud y de la gloria, al Monte Calvario. La luz del dia, oscurecida por espesas nubes, el ruido de la tormenta cercana, el viento azotando mi rostro y mi sayal, y la vista de Jerusalen, hoy pobre esclava del mahometismo, arrancaron de mis ojos gruesas lágrimas, haciendo retemblar mi corazon con desconocidas palpitaciones dolorosas. Mis pecadoras plantas hollaron la tierra santísima bañada con la sangre del Rey de los Reyes, del Redentor del mundo. Yo besé muchas veces, puesto de rodillas, aquel sa-

grado polvo, donde todavía estaban claras, humeantes, las lágrimas de María. Yo encontré en el suelo la verdadera señal de las rodillas de la hermosa Magdalena, cuando puesta al pié de la cruz, la abrazaba, ahogada en misterioso llanto. Yo ví á José de Arimatea y á Nicodemus acercarse solícitos, para envolver en el venerable sudario el cuerpo cárdeno de Jesús. Yo sentí el aire perfumado de las aromas con que lo ungieron. Llena mi alma de punzadoras angustias, descendí del Gólghota confuso y aturdido con esta fúnebre epopeya del cristianismo.»

La superiora leia estas cartas á la Comunidad para su contento y su edificacion.

XVII.

A los cuatro años de estar Eladia en el convento, enfermó de muerte. Pocos minutos antes de espirar, llamando á la Priora y despidiéndose de ella y de todas las demás monjas, le dijo:

—Madre Priora: el último favor que

ya agonizante, postrada en este lecho de dolores deseo recibir de Vuestra Reverencia, es, que cuando yo fallezca, *que será pronto*, le escribais á mi hijo Ricardo, para que me perdone si en algo lo he ofendido, me encomiende á Dios y ofrezca por mi alma el Santo Sacrificio.

—Eladia: así lo haré. No lo dudeis, le contestó la buena Superiora.

XVIII.

Aquella misma noche, dando el reloj de la Giralda de Sevilla las doce, que, por el aire propicio, se oyeron muy claras en Castilleja de la Cuesta, la anciana Eladia, la esposa tierna, la solícita madre, con la paz de los justos espiró en los brazos de su sobrina. Repentinamente deliciosísimos olores se esparcieron por los claustros y luces clarísimas iluminaron las celdas del convento. Admirada la Comunidad la encomendó al Señor, quedando eterna en aquella Santa Casa su dulce memoria.

XIX.

Cumpliendo, pues, la virtuosa Superiora con el postrer encargo de la anciana Eladia, escribió á su hijo una carta, concebida en estos términos:

Jesús, María y José.

Convento de Religiosas dominicas de Castilleja de la Cuesta á 6 de Mayo de 1598.

«Mi venerado Padre Fray Ricardo: ayer, dando el reloj de la Giralda de Sevilla, las doce de la noche, despues de haber hecho en esta Casa mística, por cuatro años seguidos, una vida envidiable, ejemplar, santísima, con la más sublime paciencia cristiana, entregó su alma á Dios vuestra virtuosa madre, entre los dolores, los ayes y los llantos de toda esta Venerable Comunidad.

»Poco antes de morir, llamándome á su lecho, me suplicó que noticiase á Vuestra Paternidad su fallecimiento, para que la aplicara por su alma el Santo Sacrificio.

»Yo estoy desconsolada. Me servia de

consejera hasta en las cosas más árduas y difíciles. Yo lo confieso: jamás me dió uno siquiera, en el que no resaltase su virtud, su talento, su prudencia y su tino.

»Treinta y cuatro años hace ya, que estoy al frente de esta Casa religiosa y nunca he conocido en ella una criatura, una mujer tan dulce, tan amable, tan servicial, tan modesta, ni que tanto hubiera olvidado los pasajeros negocios de la tierra, los asuntos deleznables del mundo.

»El Señor dé á Vuestra Paternidad la resignacion que ahora necesita y lo conserve en su Santa Gracia,

Vuestra humilde obediente servidora, —*Sor Ángela del Santísimo Sacramento, Priora.*»

XX.

El Padre Fray Ricardo, que á la sazon estaba visitando los pueblos de la Judea, al leer la carta de la Priora, llorando á mares volvió á Jerusalen, donde obtenida la licencia de su general, se embarcó para España.

En la vuelta á su pátria, quiso visitar en la famosa ciudad de Asís el incorrupto cuerpo de San Francisco, su Gran Patriarca. Tocando en Ancona se dirigió diligente á aquella santa metrópoli, donde hospedado en el suntuoso sacro Convento de su órden, murió á pocos dias, invadido de una grave dolencia, dejando feliz recordacion.

¡El hombre por lo que cuenta conoce el dia y el lugar donde ha nacido, pero nunca podrá saber la hora, ni el sitio donde vá á morir!

LA FLOR DEL URUGUAY.

I.

Era una tempestuosa oscura noche del mes de Noviembre de fines del siglo XVI. Las malvas, los beleños y las hortigas rodeaban á la Iglesia Parroquial de San Vicente, de Sevilla. Un velo misterioso cubria la comarca. Los buhos y las cornejas, desde las cornisas de la torre y de la capilla Mayor, lanzaban sus fúnebres cantares. El relój del Monasterio de Cartuxa daba la una, cuando dos elegantes caballeros, atravesando un espeso jaramagal, llegaron á recostarse contra la baranda de hierro de la Cruz de mármol, que habia, hasta hace pocos años, enmedio de la Plaza Chica, hoy de Cincinato. (1)

El más jóven tenia en sus manos un canastillo lleno de nardos y de rosas, el otro una linterna encendida. Aquel dijo á este:

---

(1) Está en el vestibulo de la puerta del lado del Evangelio.

—Teodoro: no es hora todavía, hasta la *una y media*; que es la convenida con el sacristan.

—¡Dios mio, Dios mio, continuó: cuántos mares de lágrimas me quedan por la muerte de María, que derramar sobre la tierra, de María la *Flor del Uruguay*, la *Gala de Sevilla*, que bajó al sepulcro, como la blanca azucena, tronchada por el huracan en el fondo de los valles.

II.

Enmedio de aquella grande oscuridad óyense cercanos pasos.

—¿Quién vá allá? preguntan los dos jóvenes.

—No hay cuidado, señores, Onofre el sepulturero.

—Bien venido seas, Onofre, le dijo Luis, el menor de los jóvenes, el amante de María.

En esto sienten abrir una puerta inmediata. El sacristan, puesto sobre los umbrales, dice:

—Señores: aqui estoy ya á vuestra disposicion: cuando gusteis.

Los dos jóvenes, el sacristan y el sepulturero entran y pasando un angosto callejon, se introducen en la Iglesia.

Luces opacas la alumbraban. Vaporosas sombras esparcian por todo su interior el respeto religioso, la ascética tristeza. Una paz profunda, un sepulcral silencio reinaba en toda ella. Sus columnas parecian gigantes dormidos; sus altares, quebradas montuosas; su pavimento, salpicado de lápidas funerarias, el manto de la muerte.

Por intérvalos, el viento silbaba en los cristales de las ventanas, la lluvia se oia caer sobre los techos y las aves de la noche revoloteando alrededor de las lámparas, daban á aquel lugar sagrado un aire de venerable pavor, imposible de pintar ni con las mas vivas tintas. ¡Casas de Dios, templos de Jesucristo, qué ideas tan altas, que sensaciones tan insólitas creais en el corazon del hombre inteligente, del hombre cristiano!

III.

Onofre, el sepulturero, levanta la losa de un panteon y mirando á los demas amigos, les dice:

—Señores: ya podemos bajar.

En efecto, los cuatro bajaron por una corta escalinata á un ancho salon cuadrado, junto á cuyos muros, en altos andenes de mampostería, veíanse lujosos féretros, los unos forrados de sederías y los otros ostentando en sus tapas ilustres condecoraciones.

Onofre el sepulturero y el sacristan con velas encendidas de cuatro pabilos, iban enseñando á Luis y á Teodoro los atahudes, contándoles, á grandes pinceladas, las historias de los que los ocupaban. Al llegar al de María, que era el mas rico de todos, forrado de terciopelo blanco de Utrech, con clavos de oro, Luis le dijo al sepulturero:

—Onofre: calla, calla la historia de María. Yo la sé. Está escríta en mi alma con letras de sangre. No, no profanes su nombre. Lábios como los tuyos no deben siquiera pronunciarlo.

Luis, al acabar estas frases, tomando el atahud sobre sus hombros, lo puso en medio del panteon diciéndoles al sacristan y al sepulturero.

—Acercaos para alumbrarme.

El infeliz amante, derramando gruesas lágrimas, esparciendo las flores por el suelo, abrió la caja con una llave que llevaba en el bolsillo.

La flor del Uruguay, la Venus de Milo, parecia una Vestal dormida. Un blanco ropon cubria su cuerpo. Sus manos sostenian una cruz de ébano, guarnecida de siempre-vivas de rubíes. Su negra cabellera, matizada de jazmines de plata, descansaba sobre su casto pecho. Su boca que exhaló mas olores que los vergeles de la Italia, perfumada por el aloe de Sion, cárdena y entreabierta era la concha nacarada de los mares. Sus ojos, en fin, qué fueron la envidia de la Aurroa, la *Gloria del Ecuador*, cerrados, para siempre, presentaban la triste desconsoladora idea de una noche tenebrosa, de una noche eterna.

—¡Maria, *Virgen del Ecuador, Flor del Uruguay!* exclamó Luis, hincado de

rodillas y las manos cruzadas sobre el pecho, perdona que haya venido á profanar tu tumba, tu último asilo: perdona que el fuego de mi pasion me haya traido aquí á perturbar tu blando sueño, el sueño de los ángeles, el sueño de los serafines. Tú fuiste allá en el Uruguay la gloria de los pueblos, la gala de los campos. Allí te conocí. Allí te amé. Viniste á Rómula y en las praderas, y en los rios, y los collados de la Ossethania, fuiste como en los del Ecuador, la más pura azucena, el lirio más aromático. La muerte te arrebató en los mejores años de tu vida. ¡Ay! si estás en la presencia de Dios, pídele por mí: para que nunca me abandone de su mano poderosa, mientras camine por los ásperos despeñaderos del mundo. Quédate en paz, Maria, quédate en paz.

Diciendo esto sacó unas tijeras, le cortó un rizo y poniendo la caja en el mismo lugar que la habia tomado, prosiguió así:

—¡Señores: ya todo se acabó! salgamos, sí, salgamos de este albergue tenebroso que cubre al corazon de luto y de

dolor al alma. Volvamos á respirar el aura de la consolacion, el aura de la vida, pero antes recemos por el eterno descanso de los que nos rodean. ¡Dichosos aquellos que tienen deudos y amigos que derramen sobre sus sepulcros lágrimas ó flores y no mueren entre la indiferencia y el olvido!

Los cuatro, puestos de rodillas, con la mas cristiana devocion, rezaron por aquellos difuntos. Acabadas las oraciones salieron de la bóveda. El sepulturero echó la losa y habiendo Luis dado al sacristan una rica generosa regalia, antes de venir el alba ya estaban otra vez recostados sobre las verjas de la Cruz de mármol, despues de haber sentido en sus ánimos hondísimas impresiones.

A los dos meses Luis y Teodoro, se embarcaron para el Uruguay, donde este tomó el estado de matrimonio, mientras aquél, acordándose de la hermosa María, comprando la casa de su nacimiento, acabó los dias de su vida bajo los mismos techos, en la misma estancia en que habian conservado los de su amante la *Flor del Uruguay*.

LOS ANILLOS DEL AMOR CRISTIANO.

I.

En un apacible dia de Otoño, ocho años antes de la horrible persecucion de Neron contra los cristianos, una airosa cohorte de caballería romana, que andaba recorriendo la Bética, entró, para racionarse, en la hermosa colonia de Marcia Augusta. Formaron en la Plaza Mayor, echaron pié á tierra, y las mas principales damas vinieron á ella para saludar á aquellos ilustres batalladores, que con sus lanzas y sus espadas, sostenian el orgullo y la dignidad de la Señora del mundo, de la soberbia Roma.

Entre las damas sobresalía por su noble prosapia y singular belleza, la encantadora Marcela, la *Estrella de Marcia*, muchacha de quince años, en la que Venus habia apurado todas sus ilusiones, todos sus atractivos.

Silvio, jóven centurion, hijo de un magnate poderoso de la córte de Roma, se acercó á Marcela para galantearla. Recibiólo esta con dulce marcada simpatía, y al despedirse cambiaron los anillos. Marcela dió el suyo á Silvio y éste á Marcela. Las flechas del amor habian herido los tiernos corazones de los dos amantes.

—¿Centurion: me olvidarás? le preguntó la *Estrella de Marcia,* derramando lágrimas.

—No, no, Marcela mia: ni el fragor de las batallas, ni el ruido de los arietes, ni el lamento de los heridos, ni el ¡ay! de los moribundos, podrán apartar mi memoria del *Lirio de Marcia Augusta*, de la preciosa Marcela.

II.

Silvió fué llamado á Roma para destinarlo con ascenso en las Legiones que peleaban en Oriente. En ellas portóse con la valentía de un caballero romano. Recorrió el Egipto y la Asiria, la Arabia y la Grecia, batallando en todas par-

tes con la bravura de sus antepasados.

Pero siempre pensando en la *Azucena de Murcia*, pasaba amarguísimas horas. La bella Marcela tampoco olvidaba á Silvio. Entrambos conservaban puestos los *anillos del amor cristiano*.

III.

Cinco años se pasaron de esta manera. Un Presbítero catalan hizo cristiana á Marcela. El centurion en Macedonia tambien recibió de manos de un Presbítero lusitano las aguas de la salvacion eterna.

Silvio, no pudiendo resistir por más tiempo la triste ausencia de Marcela, desde Sidon, donde se hallaba mandando una cohorte, pidió á Roma salir del servicio militar. Pronto la influencia de sus padres lo consiguió. Vino á Roma. Estuvo en su casa paterna algunas semanas, al cabo de las cuales, con el vehemente deseo de ver á la *Flor de Murcia*, huyó del techo natal. ¡Pero, pobre Silvio, qué suerte tan desventurada te espera!

Llega á Marcia Augusta. Pregunta por Marcela. Nadie le dá razon de su paradero. Se aflije. Se desespera. Piensa acabar con su vida. Una madrugada que estaba desvelado en el lecho, siente unos golpecitos en las puertas de la ventana de su dormitorio que daba á la calle. Pone oido atento y escucha estas terribles palabras:

—Silvio: tu amante no está en María. Búscala hácia el Occidente, y la encontrarás.

Era la voz del Presbítero, que despues de instruir á Marcela en la moral y los dogmas del catolicismo, la habia bautizado, el cual, por revelacion del cielo, supo la casa donde vivia Silvio y el asunto que desde Roma lo traia á Marcia Augusta.

IV.

Aquella misma mañana, Silvo, montado en su caballo de batalla, vínose á Napalis, en cuyas puertas fué informado que al dia siguiente echándola á leones, iban á martirizar á una jó-

ven cristiana, en el anfiteatro de Itálica.

La curio idad, al romper el alba, le hizo tomar el camino de la próxima Itálica. Entra por sus arcos triunfales. Un inmenso gentío transitaba por sus plazas y sus calles, exclamando con angustioso acento:

—Qué jóven tan hermosa! qué !ástima! qué dolor!

Silvio miraba sus tristes semblantes y las lágrimas caian por sus megillas.

Acosado por la curiosidad llega al anfiteatro. Lo encuentra lleno. A duras penas logra sentarse en las gradas bajas, cerca de la arena del circo, entre unos furiosos gentiles que zaherian al Redentor, burlándose de los cristianos, llamándolos *locos*, *fátuos*, *soñadores*, *revoltosos* y otros epítetos del mismo género.

El anfiteatro tenia un golpe de vista imponente. Lo más noble, lo más opulento; lo más sábio de Hispalis, Carmo, Pecula, Ucia, Cáura, y de la misma Itálica, estaba allí reunido. Elegantísimas matronas vestidas de hermosos cendales y ricas alhajas y coronadas de primoro-

las flores, caballeros con pomposos mantos y sombreros de rizadas plumas y alguna gente del populacho eran los espectadores.

V.

A una señal del Pretor que presidia la fiesta, dos grandes leones de los desiertos del Africa, que daba pavor verlos, salen de sus cuevas á la arena del anfiteatro. Levantan sus colas peludas, mecen sus rizadas cabelleras y revolviendo sus ojos, miran con marcado desden á los espectadores. Un vocerío atolondrador se levanta por todas partes,

—Venga ya la cristiana, que no quiere hacer sacrificios á nuestros Dioses inmortales, venga.

Una hermosa jóven, blanca como el armiño, de esbelta estatura, con paso tardio, la vista inclinada al suelo, sueltos los cabellos, que le flotaban sobre las espaldas, con las manos cruzadas, por una tronera del circo sale á la arena. Es Marcela, es la *Azucena de Marcia Augusta*. La numerosa concurrencia fija

la vista en ella, espera intranquila el momento del horrible martirio.

VI.

Silvio, mirándola atentamente, la conoce. Vé el anillo. Salta á la arena, y abrazándola exclama con ternera:

—¡Marcela, Marcela, quiero morir contigo: yo tambien soy cristiano! y dirigiéndose á la muchedumbre, prosiguió: Gentiles, que adorais á los Dioses falsos. Escuchad, escuchad. Yo tambien quiero derramar mi sangre por Jesucristo, que es mi Dios, que es mi Padre, que es mi Salvador.

La *Estrella de Marcia* al reconocer á Silvio le dijo:

—Silvio, miremos hacia el cielo. Vé á los ángeles que nos esperan para llevarnos bajo sus alas al trono del Altísimo. Muramos con valor. Muramos con alegria. Si aquí, en este valle de lágrimas hemos estado desunidos, allí en aquel campo de rosas, de deliciosa primavera eterna, nos juntaremos por eter-

nidad de eternidades, para no separarnos.

Al concluir Marcela estas palabras, los leones, rugiendo, les avanzaron y á los pocos momentos la sangre de los dos amantes teñia la arena del anfiteatro. Sus cuerpos destrozados por aquellas fieras, fueron recogidos en espuertones de mimbres y los anillos entregáronse al Pretor, el cual los conservó toda su vida llamándoles. *Los anillos del amor Cristiano.*

EL MIRTO DE ITÁLICA.

I.

En el año 526 de la Era cristiana, vivia en Castilla, cerca de Toledo, un caballero godo, riquísimo, llamado Amalárico, acérrimo arriano, con su mujer Brunequilda, la cual, bella como Vénus, se miraba galanteada por los principa-

les señores, por los mas altos personajes de aquella época.

El famoso capitan Teudis, que despues escaló el Trono de España y pereció en 548, en su palacio de Barcelona, á manos de un hombre, que se fingió loco, deliraba por Brunequilda; pero ella, fiel á su marido, desechó los criminales amores del poderoso pretendiente.

Teudis, ofendido en su arrogante orgullo, quiso vengarse de Brunequilda, armándole el lazo traidor, que vamos á referir:

Buscó entre todos los jóvenes que militaban en las tropas de Ibas, el más gallardo, para que enamorase á Brunequilda y lo encontró en uno, llamado Teodorico, que, en 511, se habia batido bajo sus órdenes, en la famosa batalla, junto á Barcelona, ganada por Teudis, á Garalaico y á los auxiliares de Trasimundo, Rey de los vándalos en Africa.

II.

Era noche de luna del otoño de 530. El Tajo corria silencioso. Dormian las

cabañas. Las praderas respiraban aromas. Las auras apenas mecian las flores. Medrosas luces salian por las ventanas góticas de una rica casa de campo, situada entre la espesura de las selvas. Eran del dormitorio suntuoso de la hermosa Brunequilda.

Gallardo ginete, atravesando con su caballo los matorrales espesos de aquel prolongado bosque, para á los piés de sus ventanas y desenganchando de la grupa su laud, pulsándolo con gran delicadeza; canta así:

Brunequilda, alta Señora.
Escucha de un trovador,
En doloroso laud,
Esta sencilla cancion.
Yo te amo ¡ay! el alba
Parece negro borron:
Cuando tu semblante miro,
Bañado en tinta de amor.
Gasalaico en los combates
A mi brazo no venció;
Y tú, bella Brunequilda,
Me prendiste el corazon.
Sal á la ventana, hermosa;

Te aguarda un batallador:
Que viene de lejas tierras,
A mostrarte su pasion.

III.

Brunequilda por entre la espesura de los árboles vió al arrogante Teodorico, el cual no fué, como Teudio, rechazado en sus amores. Estaba á la sazon ausente Amalarico, recorriendo sus posesiones rústicas de Cantabria. La ocasion no podia ser más buena, más feliz, más oportuna. Branequilda la aprovechó, dándole entrada á Teodorico en su castillo, por una puerta secreta que caia á las márgenes del Tajo.

Los nuevos amantes ya venian, antes de salir la aurora, en dos briosos alazanes, camino de Vandalia, trayendo las grupas atestadas de monedas de oro y de piedras preciosas.

Cuando llegaron á Hispalis, Brunequilda para ocultarse de las pesquisas infatigables de su marido, comprando una suntuosa alquería, situada enmedio de un espeso bosque de mimbres y ála-

nos blancos, á las orillas del Bétis, término de Itálica, fué á habitarla con su amante.

IV.

Ni Amalarico, ni Teudis, ya elegido Rey de España, pudieron saber el paradero de los dos amantes, sin embargo de sus prolijas esquisitas indagaciones, los cuales, en su lindísima quinta de las orillas del Bétis, pasaban la vida tranquilamente.

Teodorico y Brunequilda, aficionados á varios ramos del saber humano, reunieron en su pintoresco castillo muchas obras del arte griego y romano. Libros preciosos, magníficas pinturas, mosáicos, pergaminos, monedas, medallas y otras mil curiosidades enriquecian los salones de aquel arrogante alcázar.

Veinte años pasaron en esta alegre, deliciosa vida, al cabo de los cuales, les llegó á entrambos el terrible dia de la espiacion. Informado Amalarico (1) por

(1) Ya Teudis, como hemos dicho, habia muerto en Barcelona.

un misionero del lugar donde estaba oculta su esposa, trató de castigarla. Para ello vino en persona á Hispalis, custodiado por cuarenta valientes siervos, los cuales estaban en el secreto.

V.

Era la caida de una apacible tarde de Mayo del año 540 de Jesucristo. El Bétis corria tranquilo. La Ossethania respiraba amores. El sol iba ocultándose tras los muros de Ucia. Los buhos de Itálica comenzaban á romper sus tristes cantos.

Cuarenta ginetes, cabalgando ligeros corceles, vénse parados, en círculo, á la entrada de un bosque tenebroso, cercano á Itálica. Hablan bajo. En sus azorados semblantes, en los movimientos de sus cabezas y de sus manos indican, casi á las claras, que están tratando de algun grave negocio, ó discurriendo sobre alguna embestida peligrosa.

Son Amalarico y sus cuarenta siervos que esperan la próxima noche para entrar en el Castillo de Brunequilda y de Teodorico á castigarlos ejemplarmente.

VI.

Antes de echar el castellano las cadenas del puente levadizo los cuarenta ginetes y Amalarico á su cabeza, pasan por él, á largo escape, entrando en el pátio.

Todos los habitantes del castillo se asustan; todos se alborotan; todos tiemblan á la vista de aquella embestida inesperada. Los unos lloran, los otros huyen. Estos gritan desaforados, aquellos enmudecen como estátuas.

Entre esta horrible confusion, Brunequilda y Teodorico temblando de miedo, corren á los jardines para ocultarse bajo sus frondosos arrayanes. La oscuridad de la noche los favorece. Escondidos en los ramosos piés de un robusto mirto, esperan intranquilos el fin de aquel drama horripilador. Pasa la noche. Viene el dia. Son descubiertos. Pagan degollados sus delitos y sus adulterios.

VII.

Amalarico mandó demoler la Casa de

Campo, convirtiéndola en voladoras cenizas, dejando solamente el mirto, para recuerdo de la infidelidad de Brunequilda. Una leyenda, á su pié, esculpida con letras de bronce, en pequeña pira de mármol de Corinto, decia: *El Mirto de los adúlteros.*

VIII.

A los pocos años se secó el mirto. La pira fué arrancada. Borróse la leyenda. Pero muchos siglos despues, los infaustos nombres de Teodorico y Brunequilda, se conservaban vivamente en la memoria de los hombres rústicos: los árabes al pasar por aquellos sitios, solian exclamar. *¡Aquí estuvo plantado el mirto de los adúlteros!*

LOS DOS TRUHANES.

I.

Serian las once de la mañana de uno de los primeros dias del mes de Diciembre de 1819, cuando dos ágiles mancebos, de estos que llaman *pillos de playa*, llegaron á la venta de la *Chaparra*, situada en el camino de Dos-Hermanas á Utrera, término de Alcalá de Guadaira.

El mayor, como de veinte á veinticinco años, nombrado *Majarote*, era alto, blanco, robusto y con cara de pocos amigos. El menor, como de quince á veinte, llamado *Capotillo*, unia á una estatura pequeña, un rostro feroz y traicionero.

Escasas y pobres ropas cubrian los trabajados cuerpos de entrambos pedestres caminantes. Piernas desnudas, chaquetas andrajosas, remendados calzones, sombreros calañeces, cubiertos de manchas, navajas, asomando por los descolo-

ridos ceñidores, este era el brillante atavio de nuestros viajeros.

Gran chasco se llevaron, cuando al entrar en la venta de la *Chaparra* vieron sobre el mostrador, porcion de escaleras y canastas, para cojer aceitunas, en vez de vasos y botellas de vino.

—¡Voto á brios, que nos hemos engañado! Yo pensaba emborracharme en esta venta, como anoche en Utrera.

Dijo *Capotillo*, á su compañero.

—Amigo, aquí no lo has de hacer, pues por lo que veo, está desierta.

—No es verdad, Prorumpió una voz cascarreña.

Entonces dirigieron entrambos la vista hacia el oscuro rincon, de donde habia salido la voz y se encontraron con una vieja tan morena y fea, que hubiera pasado por una furia infernal, sentada sobre un trozo de pitaco, peinándose sus blancos y secos cabellos.

—¿Abuelita, no hay nada que beber en esta venta?

Preguntó, acercándose á ella, *Capotillo*.

—Agua del pozo y salobre. Ya hace

gunas algunos años, que está cerrada, rque servia de guarida á los ladrones contrabandistas de los pueblos inmeitos y todos los arrieros huian de ella, mo el Diablo de la Cruz, contestó la ieja.

Poco gustaron á *Capotillo* las palabras de la vieja, pero resignado con su ala fortuna, sentándose en su poyete, menzó con ella este diálogo:

—¿Qué hace usted aquí, abuelita?

—No me llamo abuelita, sino *Tía Sangre*, dijo la vieja con tono socarron.

—Pues bien, *Tía Sangre*, ¿qué hace usted aquí?

—Ahora, como usted vé, peinándome esta cabeza, que parece una escoba de palmas, segun están los pelos, de enmarañados.

—¿Y luego?

—Tener cuidado con esas escaleras, con esas canastas y estos líos de ropas. pertenecientes á una cuadrilla de vareadores y de cojedoras de aceitunas, de la que es mi hijo el manijero.

—¿Y dónde cojen?

—En esa hacienda que está ahí en-
frente.

—¿Cómo se llama?

—La hacienda de la *Chaparra.*

—¿Es muy grande?

—No.

—¿De quién es?

—¡Pues no es Vd. preguntón! El am-
principal ó dueño no lo sé. Pero quien
la tiene hoy arrendada es un caballe-
de Sevilla llamado don Juan Loren-
Gomez del Robredo. Ahí viene su ye-
güerizo el señor Cipriano.

En esto, un hombre de pequeño aire-
so cuerpo, vestido de majo, entró en la
venta preguntando:

—¿*Tia Sangre*: ha visto Vd. por a-
al potrillo *Gallardo* que anteayer mo-
dieron los lobos en el pinar de la Cade-
na? Se me ha perdido. Desde el alba que
lo eché de menos, lo ando buscando y no
lo he encontrado todavía y Dios sabe si
le cojeré el pelo.

—No lo he visto, señor Cipriano, con-
testó la *Tia Sangre.*

—Buenos dias, caballeros: ¿qué se

trae por aquí? preguntó el señor Cipriano, dirigiendo su vista á los dos amigos.

—Venimos de Ronda, de la que somos naturales, y vamos á Sevilla, dijo Majarote.

—¡Á *Sevilla!* exclamó el yegüerizo espantado. ¡Pues ustedes saben lo que hay en Sevilla?

¿Qué hay en Sevilla? interrumpió *Capotillo*.

—¡Toma, nada en gracia de Dios! la epidemia que mata á todo el mundo en el barrio de Santa Cruz. Todas estas haciendas están llenas de familias, que han venido huyendo de tan horrible enfermedad. Mi amo y la suya se hallan en esa inmediata.

—No puede con nosotros la epidemia, aunque mate á todo el mundo, no digo yo en el barrio de *Santa Cruz*, sino en el mismo del *Calvario*. Los que se han sabido librar de los puñales de los chapetones de Tajo y de los trabucos de los *Niños de Écija*, bien pueden ir sin temor á cualquier parte, dijo *Majarote* en tono burlon.

—Pues no pienso yo así. Quien ha sabido como yó librarse tan bien de los cuchillos de los ternes, barateros y tá-hures, de las navajas de los mocitos de Triana, mi pátria, y de los sables y ba-yonetas de los soldados del cuartel de la Caba, se estremece de esa mortífera en-fermedad.

—¿Conque es Vd. de Triana? pregun-tó *Capotillo*.

—Sí, de Triana, contestó Cipriano con sonora voz.

—En ella, interrumpió *Majaro*... mató á mi padre á traicion un cobarde alhamel de la Alhóndiga, que no valia el trabajo de mirarlo á la cara. Pero á los pocos años pagó todos sus delitos perneando en la plaza de San Francisco. Ciertamente que el dichoso alhamel me-recia, no digo yo una, sino mil horcas.

Entónces el señor Cipriano, dando un brinco y sentándose en un pedazo de mostrador que estaba vacío, les habló así:

—Señores: jamás me he querido yo meter en vidas agenas, pero estaba tenta-do por decir á ustedes, no siguiesen

adelante y se quedasen aquí, mientras Sevilla se limpia de la epidemia.

—¿Y qué hemos de hacer aquí? preguntó *Capotillo.*

—Buscar la vida por estas haciendas, respondió el yegüerizo.

—¿Cómo?

—Trabajando.

—¿Y quién nos dará trabajo?

—Mi amo, que hoy necesita gente para guardar sus ganados, labrar un cortijo cercano, esa Hacienda frontera y otras tres más.

No pareció muy desesperada á los dos truhanes la idea del señor Cipriano. Despues de haber entrambos conferenciado, á solas, un breve rato, vieron que el yegüerizo tenia razon en querer retenerlos allí.

—Pues bien, señor Cipriano, estamos conformes, dijo *Majarote*, en quedarnos aquí, con tal que usted nos busque trabajo en casa de su amo. Yo sé guardar cabras, y mi amigo *Capotillo* sabe conducir una piara de cochinos, como el mejor porquero del mundo. En estos dos campestres ejercicios, podemos serle muy

útiles á su amo de usted. En nosotros tendrá siempre unos criados fidelísimos que le daremos buena cuenta de todo lo que nos entregue ó ponga á nuestro cuidado.

—Me alegro mucho. Voy pues, ahora mismo, á buscar á mi amo. Pero no: mejor será que vengan ustedes conmigo y hablarán con su merced.

—Pues vamos allá, contestaron los dos truhanes.

II.

Los tres salieron de la venta para dirigirse á la Hacienda. Un corto y ancho camino guiaba á la puerta, que estaba entornada. Sus ventanas de hierro enmohecido, algunas higueras y verbenas al pié de sus paredes, varios olivos y granados delante su fachada, le daban un aire tétrico y sombrío y el negruzco pórtico de una Capilla contigua, que formaba su ángulo derecho, venia á cerrar aquel cuadro melancólico.

El interior de la hacienda también

presentaba la idea de la antigüedad y del abandono. Un corto tránsito conducian desde la puerta al pátio, donde veíanse muchas grandes tinajas empotradas en las paredes, rotas las unas y salpicadas de verdin las otras. A izquierda y derecha las ruinas de lagares y de bodegas, sus altos y gruesos muros, cubiertos de matorrales, indicaban su pasada grandeza.

Habiendo entrado en las habitaciones por una puerta que estaba á la derecha, y pasado una sala se introdujeron en otra, en cuya testera habia una chimenea. El amo, hombre alto, de aire arrogante, de finas maneras, rodeado de su mujer y de sus hijos, *muchachos de pocos años, entre los que yo me contaba*, sentado en un sillon de brazos, estaba calentándose en la hermosa hoguera de leña de olivo, que con vivas llamas ardia.

Quitándose el sombrero Cipriano dijo de esta manera:

—Buenos dias, nuestro amo y la compaña; aquí traigo á usted á estos dos mozos que estaban en la venta, pensan-

do ir á Sevilla, sin saber la enfermedad que allí hay. Yo les he dicho, que usted puede darles trabajo y vienen á pedírselo.

—Muy bien, contestó el amo, en cuyo rostro trigueño, agradable y simpático estaban retratadas su caridad y su rancia hidalguía.

—¿Y en qué pueden ustedes trabajar? les preguntó.

—Yo, en guardar puercos, y éste en guardar cabras, contestó *Majarote.*

—Corriente, señores, Pues entonces, Cipriano, llévalos á sus respectivos destinos. Este, (señalando á Majarote) á la piara de cochinos de Matalajeme; aquel, (señalando á Capotillo) á la cabreriza del Chamorro. Pero se me olvidaba. Yo doy á todos mis sirvientes, que pastoreen ganados, un mismo salario, que consiste en la cabañería y en seis pesos mensuales.

—Estamos conformes, contestaron á una voz, los dos rondeños.

—Pues entonces al avío, dijo el señor Cipriano.

Muy contentos salieron de la Chaparra los dos truhanes: porque ya habian encontrado donde poder seguir practicando sus criminales hazañas.

—Por ahora, dijo en voz baja *Capotillo* á *Majarote*, pasaremos aquí este mal tiempo lo mejor que podamos, que luego iremos por esos andurriales á volver á ejercitarnos en nuestro provechoso y descansado oficio.

Acompañados del yegüerizo fué cada cual conducido á su destino. *Majarote* se quedó en la piara de la Cañada de Matalaxeme con el tio Solano y *Capotillo* en la cabreriza de la dehesa del Chamorro con el tio Paredes.

El Tio Solano, viejo religioso y sencillo, recibió á *Majarote* con la mayor dulzura. Hijo de las cabañas, tenia toda la bondad rústica de los hombres del desierto. La choza, la zahurda, las cochinas paridas, los berracos, los lechones, los perros, estos eran sus únicos negocios, estas eran las únicas cosas que conocia. En ellas estaba su pasado: en ellas estaba su presente: en ellas estaba su porvenir. Su mundo no se estendia

más que su vista. Su ambicion no salia de su jaqueta. Con él iba su cuna, su riqueza y su mortaja.

El Tio Paredes, mayoral de las cabras del Chamorro, tambien recibió á *Capotillo* con amable agrado. Natural de Osuna y eterno vecino de la soledad, vivia entregado únicamente á su obligacion y á su trabajo. El bullicio y la algazara de las ciudades jamás habian herido ni atolondrado sus oidos; pero en cambio sentia á su alrededor el poético arrullo de los cérifos y la no aprendida música de los ruiseñores. La cabaña, las cabras, los chivos, la leche, los calostros y los quesos eran el solo estudio de su pobre inteligencia. En su dehesa estaba su universo. En sus charcos, sus mares. En sus vallados, sus montes. En sus chozas, sus córtes. La chivata que llevaba en sus manos, era el cetro de su poderío. La zamarra que cubria sus espaldas, era su manto recamado en púrpura real. El Tio Paredes era, en fin, el gran monarca del mundo bucólico.

En breve tiempo *Majarote* y *Capoti-*

llo se captaron las voluntades de aquellos dos Patriarcas de los desiertos. A todo asistian. Para todo eran consultados. En todo tenian voto. ¡Tanta era la hábil hipocresía, el diestro pillaje de los dos truhanes!

Un dia que se juntaron con sus ganados á las inmediaciones de la hacienda de Vizcochea, dijo *Majarote* á *Capotillo*:

—Me parece, amigo *Capotillo*, que ya es tiempo de abandonar esta clase de vida *tonta* y campesina. Dos meses hace mañana que vinimos á estos lugares. ¿Y qué hemos hecho en ellos? Nada. Yo quiero que nos vayamos muy pronto del fastidioso lado de estos beatones. Pero antes veremos el modo de pescar algunos reales. Por ese camino de la *Armada*, pasan hácia Jerez de la Frontera ó hácia Sevilla muchos *pájaros gordos*, á los cuales les alijeraremos los bolsillos, y si es necesario les cortaremos el pescuezo, para que nunca nos puedan descubrir, si por desgracia caemos algun dia en las manos de la justicia.

Dejemos ya para siempre á estos vie-

jos santurrones con sus letanías y ale-
luyas. ¡Ay qué Tio Solano tan simple!
Todas las noches, por espacio de más de
dos horas, me frie la sangre con ellas.

—Y á mí tan bien, repuso *Capotillo*,
me la quema el Tio Paredes. Estoy con-
forme contigo en que nos vayamos cuan-
to antes, y volvamos á nuestras borra-
cheras, nuestras jaranas, nuestras zam-
gardas y nuestras pendencias, que es
vida mas alegre y entretenida. Pero an-
tes desplumaremos á algun pajarraco en
el camino que tu has dicho, en la sen-
de Dos-Hermanas y en la de los Pala-
cios, que son muy buenas para el caso.
La alegría me rebosa por los caballos al
pensar que nos hemos de ver pronto por
esos mundos, donde tendremos dinero y
mozas juncales.

Sí; pronto, pronto nos veremos, dijo
Majarote con alegre sonrisa.

—Convenidos en el dia y hora que ha-
bian de abandonar aquellos lugares y en
el sitio de reunion, despues de haberse
abrazado tiernamente, se despidieron
los dos amigos. *Majarote*, con sus re-
chinos, tomó el camino de Matalaxema

potillo con su piara el de la dehesa del Chamorro.

III.

Eran las diez de la mañana de un ...rmoso dia del mes de Febrero de 1820. ... sol derramaba sus claras luces sobre ... tierra. Un agradable vientecillo mecia ...andamente las hojas de los olivos, de ... adelfas y de las encinas. Las hacien... de la Chaparra, de Jesús Maria y de ...moriña, levantaban sus viejos muros ...tre el verde follaje de los árboles. Los ...istes validos de las ovejas de Matala...na y los alegres relinchos de los po... de Benaxila, daban á aquel precio... cuadro un aire poético y melancó...co.

Sentado en una piedra de la portada ... la hacienda de Seiza, sosteniendo ... su mano derecha una escopeta de ...ar, esperaba *Majarote* á *Capotillo*. ... con otra al hombro, venia por me... de la dehesa del Chamorro. Un gozo ...spicable reinaba en los corazones de ... rondeños: Sus caras respiraban ale-

gria y sus ojos intranquilos, querian salirse de sus órbitas.

—Ya ves, dijo al llegar *Capotillo* á *Majarote*, como se han cumplido nuestros deseos: como no se han frustrado nuestras esperanzas. Estamos unidos para no separarnos jamás. Los buenos amigos, como nosotros, deben estar siempre juntos aunque sea perneando en la *horca* ó sentados en el *garrote*. Mira la escopeta del Tio Paredes. Anoche se se la cojí. Hoy pienso que me sirva.

—Esta es tambien la del Tio Solano. Se la quité al romper el alba. ¿Y á donde vamos? Preguntó Majarote.

—Ahora á ninguna parte, porque antes de dos horas hemos de hacer negocio en este camino de la Armada. El sitio en que nos encontramos es muy bueno para descamisar al más pintado. Ese pedazo de camino que se dirige á la hacienda de Oruz y á la de Vallehermoso nos vá á dar hoy muchos doblones. Tengamos paciencia, que *Zamora no se ganó en una hora*. Todos los hombres del mundo trabajan para nosotros. En

la boca de estas escopetas tenemos una mina inagotable, mayor que la del Potosí. Mientras las sostengamos en nuestros brazoe, nos burlaremos de todos los valientes de la tierra. Podemos más que ellos. Valemos mas que ellos. No tememos ni al mismo Napoleon I, con todos sus cañones.

En esto un lego capuchino, montado en una mula castaña, se vé venir por el camino de la *Armada*. Tras de él, á corta distancia, percíbese un hombre sobre un hermoso caballo blanco. En su vestido y manera de cabalgar, revela ser estranjero.

—Ya viene allí, dijo *Capotillo* á *Majarote*, quien nos vá á sacar de pobres, entregándonos todo lo que traiga, hasta la camisa. Dejemos pasar en paz á este lego, que vendrá de su convento de Sevilla, para recojer limosnas. *Majarote*, aunque soy tan malo, te lo confieso, siempre les he tenido mucho respeto y veneracion á los frailes capuchinos. Las pocas veces que en los púlpitos los he visto levantando el Crucifijo en alto, he temblado de miedo á Dios y gruesos

lagrimones se me han caido por la cara abajo.

Al acabar *Capotillo* estas palabras, el lego capuchino con cara dulcísima y riente, pasó por delante de los dos amigos, diciéndoles:

—Señores, Dios guarde á ustedes.

Ellos contestaron con amabilidad á este piadoso saludo del capuchino.

—¡Poco tiempo te queda de vida! Dijo Majarote mirando al estranjero, que venia hacia ellos sin saber lo que le iba á pasar.

—Vés la maleta que trae consigo: pues de aquí á pocos minutos será nuestra, repuso *Capotillo.*

—Sí, sí, nuestra. Lo vamos á dejar como su madre lo parió. ¡Gran bribonazo, bastante habrá robado en el mundo! Contestó *Majarote.*

Ya se acercaba el extranjero, cuando poniéndose *Capotillo* en medio del camino y apuntándole con la escopeta montada, le dijo en alta voz:

—¡Abajo, señorito!

—¡Oh! esclamó el extranjero, per Jesús non facerme mal, que yo us donaré

tuto lo que tengo. Nou seu yo home de
...pana, seu inglés qui vou á Lleres per
...ino, para postarlo á la mia terra.

—¡Abajo, señorito! Yo no entiendo
...os latines. Volvió á decirle *Capolillo.*

Mas pálido y amarillo que la cera, se
...smontó el inglés de su hermoso caba-
...o blanco, y temblando como un azoga-
..., vino á donde estaban los dos ron-
...ños. *Majarole* le tomó las bridas del
...allo, mientras que *Capolillo* comen-
... á despojarlo de todo lo que llevaba
...esto. Despues de haberlo dejado en-
...eros como su madre lo echó al mundo,
... dijo con truhanesco tono de esta ma-
...ra:

—Amiguito: vaya Vd. con Dios, y
...adezca que lo dejamos con pellejo,
... que lleve á su tierra algunas noti-
... curiosas de lo que ha visto ó le ha
... en España.

El pobre inglés presentóse de aquella
...ta manera en la inmediata hacienda
... Sei..., donde lo habilitaron de ropas
... cabalgadura, para seguir su camino á
...rez de la Frontera.

IV.

Muy placenteros y alegres los dos amigos por el rico robo que acababan de ejecutar, no tardaron un momento en ponerse en marcha.

—Mira si te decia yo bien, dijo *Capotillo* á *Majarote*, que hoy habíamos de salir de pobres en este arrecife de la *Armada*. El caballo que llevamos debajo de nuestros cuerpos, ese freno lleno de plata, esta silla y esa maleta, colmada, segun pesa, de ropa y de duros mejicanos, ¿no llegarán á valer la cantidad de cuarenta mil reales?

—Yo creo que sí, contestó *Majarote*.

—Pues entonces, repuso *Capotillo*, ¡con qué buen pié de altar volvemos á nuestras andadas! Si no despilfarramos, si somos aprovechados con este dinerito y el que nos puedan dar las veredas, los atajos, las sendas y las carreteras, jamás podemos llegar á ser pobres.

—Me parece que dices la verdad, que hablas con mucho acierto, dijo *Majarote*.

Con el valor de la venta del caballo, las ropas y el metálico de la maleta, reunieron los dos truhanes la cantidad de cincuenta mil reales.

V.

Mas de cuatro meses anduvieron rondando los dos rateros por los caminos de Utrera, los Palacios y Dos-Hermanas y las haciendas del pago de Benaxila, al cabo de los que, una oscura mañana, antes de salir el sol, encontraron en él al *Echa y huye*, á seis gallardos contrabandistas de Grazalema que venian á Sevilla.

No bien estos los vieron, empuñando sus retacos y parando sus caballos, gritó el capitan:

—¿Quién vá allá?

—Jente buena, contestó *Majarote*.

—Pues no lo pareceis, dijo uno de los contrabandistas, el cual, adelantándose por órden del capitan, con el retaco montado, acercóse á reconocerlo.

—¡Venid, venid, que ya le hemos echado la vista encima á los dos *nenes*

de que nos hablaron ayer noche en la hacienda de Mateo Pablo, los arrieros de Marchena! exclamó el contrabandista.

Entonces el capitan, incorporándose en su arrogante caballo, con voz imponente le dijo:

—Pues entonces, ¿qué haces papanatas? Dále dos trabucazos, que les partan los huesos y les hagan chispear el pelo.

—¡Ay, compasion para nosotros, capitan, por la leche que mamó Vd. á los pechos de su madre! gritaron los dos truhanes hincados de rodillas, gimiendo y arrojando al suelo las escopetas.

—Picarones: no hay compasion para vosotros. Ahora las vais á pagar todas juntas. Vais á morir.

Entónces *Majarote* y *Capotillo*, corriendo con los brazos abiertos hácia el capitan que permanecia firme sobre su caballo, arrodillados y señalando con sus manos al cielo, volvieron á suplicarle entre ayes y sollozos que no los matase.

Tierno era, por cierto, el paisaje que presentaba el cuado que ofrecia en aquellos interesantes momentos el camino de *Echa y huye* con los seis contrabandis-

tas sobre sus hermosos caballos, tan graciosamente paramentados, escuchando con santa atencion y hondo silencio, las súplicas de los dos rateros.

Como lo último que falta en el corazon humano es la compasion, el capitan enternecido por aquella triste escena, mirándolos con blandura, les dijo:

—¡Levantáos, que ya estais perdonados!

Un grito de alegria, salió de las bocas de todos los que allí se hallaban. El hombre, lo último que pierde es la caridad. Contrabandistas y rateros antes de despedirse, abrazaróńse amigablemente.

VI.

Tan luego como los contrabandistas se alejaron un poco, los dos rondeños mirándose de hito en hito, exclamaron:

—¡Bueno ha estado el lance!

Entonces *Capotillo*, tomando de la mano á *Majarote*, le dijo con tono lastimero y tembloroso:

—*Majarote*, hoy hemos nacido se-

gunda vez. ¡Que esta horrible leccion nos sirva de enmienda para lo sucesivo! ¿Tú, con tu oficio y yo con el mio, no podemos ganar el pan sin esponernos á estos peligros?

—Muy bien que podemos hacerlo, contestó *Majarote.*

—Pues entonces, manos á la obra. Vamos ahora mismo á tomar el camino de Sevilla, que allí sin que nadie haya conocido nuestra mala conducta, viviremcs trabajando honradamente.

No bien, *Capolillo* hubo acabado estas palabras, cuando dirigiendo sus pasos á Alcalá de Guadaira, tomaron el arrecife de la Córte de San Fernando.

Venidos á ella con felicidad, cada uno se dedicó á trabajar en su oficio primitivo. *Majarote* en el de sastre y *Capolillo* en el de zapatero.

Arrepentidos de sus antiguas fechorias, vivieron en Sevilla el resto de sus vidas, dando fieles muestras, clarísimos ejemplos de virtud, de piedad y de penitencia. *De los escarmentados, nacen los avisados.*

LOS BANDOS SEVILLANOS.

I.

En el año de 1458, cuando las dos poderosas casas de los magníficos Duques de Arcos de la Frontera y de Medina Sidonia, hasíanse por medio de sus afiliados una guerra á muerte, vivian en Sevilla dos insignes caballeros, amigos de la infancia, pero á la sazon, separados por seguir cada cual diferente partido de los que, en aquellos tristes años como tigres rabinos, se devoraban, llevando la orfandad, el luto y la desolacion, á todos los mas ocultos rincones de la hermosa Romulea.

II.

El uno, llamado don Alfonso, era jóven de veinte años, de valor, de talento y de grandes bienes de fortuna. El otro nombrado don Gonzalo, como de

veinticinco, unia á su aire delicado, noble y simpático, una estremada hermosura.

Desde niños, por estar las casas de sus padres en la misma calle, habíanse tratado y querido cordialmente. D. Alfonso militaba en las huestes del Duque de Medina Sidonia y D. Gonzalo en las de Arcos de la Frontera.

III.

¡Estos bandos locales siempre han dado amargos frutos á las aldeas, á las villas, á las ciudades, á las naciones! ¿Cuando se cansará el hombre de promover revueltas, de crear disturbios, de encender guerras? ¿Cuando será humilde, bajando voluntariamente su cabeza á las leyes del Altísimo, que son las de la caridad, las del órden, las de la justicia? ¡Hombres, levantad vuestros ojos al cielo, y olvidareis todas las cosas, todos los negocios de la tierra! Para cuatro dias que vivís en ella, á qué tanto afanaros, á qué tanto esponeros, á qué tanto sacrificio! Si fuera eterna la vi-

da, tal vez tendríais razon: pero si es un relámpago que pasa, una flor que se seca, una luz que se apaga, para qué tanta codicia, tanto orgullo, tanta soberbia!

IV.

Ya D. Alfonso y D. Gonzalo, que antes eran amigos inseparables, no se veian, y cuando se encontraban en las calles ó en los campos apenas se saludaban. Para no verse ni tratarse dejaron de concurrir á las pocas, pero escogidas tertulias que en aquel siglo católico, habia en Sevilla, en las que la dama, la señora y el caballero, ocupaban dignamente sus merecidos puestos, en las que la nobleza relajada, prostituida no traspasaba sus limpias puertas, ni menos el estado llano entraba jamás por ellas.

V.

Llegó á tanto el ódio de los dos antiguos amigos, que don Gonzalo, que iba á

casarse con una hermana de don Alfonso, no quiso cumplir su palabra, dejándola como un truhan descarado, como un hombre de baja ralea.

Este hecho, indigno de un caballero, irritó sobremanera á don Alfonso, el cual juró castigar á don Gonzalo.

VI.

Una tarde que lo encontró saliendo de la portería de las religiosas de San Leandro, frontera á la parroquia de San Ildefonso, donde don Gonzalo tenia una hermana monja, le dijo:

—Gonzalo: ven acá.

Don Gonzalo, extrañando aquella llamada, le contestó:

—¿Qué quieres, Alfonso? ¿Qué pretendes de mí?

—Hablarte.

—Pues comienza, le dijo acercándose.

VII.

Yo no te juzgaba, Gonzalo, por lo que con grande amargura de mi corazon

veo que eres. Tú has dejado á mi hermana Elvira sin motivo alguno, poniendo en ridículo á mi respetable familia. Mucho ha ganado Elvira en no unirse á un mal caballero como tú. ¿De qué te sirven, Gonzalo, los marmóreos blasones que ostentas sobre las puertas de tu casa, si tu pecho es mas bajo que el de un plebeyo, abrigando ruines sentimientos, siguiendo caminos innobles? ¡Si doña Sancha, tu virtuosa madre resucitara, al mirarte en el estado en que te ves, volvería, Gonzalo, no lo dudes, *echándole una mirada de lástima*, á cubrirse de nuevo con el negro sudario de la muerte!

—Yo no he dejado á tu hermana Elvira, dijo don Gonzalo. Ella me ha dejado á mí, valiéndose de un frívolo pretesto. Pero me alegromucho, porque yo nunca podia ser feliz con una mujer, ni con una familia que tan ciega y tenazmente sigue el bando del duque de Medina Sidonia.

—¿Tan malo es? le preguntó don Alfonso con grave cachaza, con mucha flema.

—Sí, malísimo, perverso. ¿Qué noble corazon lo sigue? ¿Qué casa ilustre lo proclama? ¿Qué hidalga familia lo respeta?

—Toda Sevilla, dijo don Alfonso, lo más noble, lo más sábio, lo más rico de ella.

—Bah, bah, contestó don Gonzalo, estás apasionado y la pasion te ciega, quitándote el conocimiento. Hasta pusilánimes son los partidarios del duque de Medina Sidonia. Muchas veces lo han probado enmedio de los combates. Si nó, acuérdate cuando huyeron despavoridos en el choque de los muros de la Puerta de Córdoba. Tú tambien huirías entre aquellos pelotones de cobardes.

—*¡Cobardes!* Adios Gonzalo. Dia llegará que conozcas mi bravura. Adios, le dijo don Alfonso al despedirse.

VIII.

Era noche tenebrosa. El relój de la Giralda acababa de dar la una. Solitarias las calles de Sevilla, presentaban un cuadro triste, sombrío, sepulcral. Algunos hombres, en son de guerra, di-

rigíanse á los muros de la Puerta del Osario.

Dos bandos enemigos iban á batirse en ellos. Aquí estaban los secuaces del de Arcos, allí los del de Medina. La flor de Sevilla hallábase á los carcomidos piés de aquellos viejos torreones. La espada, la lanza, la daga, el arcabuz comenzaron á jugar. La carnicería pronto era horrible, espantosa. Nadie se intimida, nadie se desanima, nadie se acobarda.

IX.

A la media hora de aquella sangrienta refriega entre negra oscuridad, encuéntranse D. Alfonso y D. Gonzalo, entrambos armados de lanza.

—¡Gonzalo, ya es hora de morir !! Esclamó D. Alfonso.

—¡Ya es hora de pagar lo que debes ! Contestó D. Gonzalo.

—Pues á la pelea, gritaron los dos juntos á una voz.

A los pocos minutos un charco de sangre nobilísima y dos cuerpos muer-

tos era lo que se encontraba, lo que se veia en aquel triste suelo. Los dos amigos en lucha leonina, se habian matado.

X.

A los cuatro dias las melancólicas campanas de la Parroquia de Santa María Magdalena doblaban. Un lujosísimo entierro celebrábase en ella. Era el de la desventurada Elvira, la cual no pudiendo resistir la muerte de su hermano ni la de su amante, sucumbió á tantos dolores juntos, en la primavera de su vida, en la aurora de su inocencia, en la mañana de sus ilusiones.

LA PASTORA
DE CARMO BÉTICA.

I.

No lejos de *Carmo Bética*, hácia la parte que mira á *Marcia Augusta*, en medio de una estendida dehesa, rodeada de grandes pinares, fuera de caminos, cuarenta y cinco años antes de la venida de Jesucristo, levantábase una graciosa cabaña pastoril, donde la paz habia asentado su trono apetecido.

II.

Habitábanla dos ingénuos gentiles, la hermosa Silvia, llamada La *Rosa de Carmo Bética*, y su anciano padre Mario. El claro Febo la iluminaba con sus alegres resplandores. La tibia Selene derramaba sobre ella sus placenteras tintas. Los huracanes respetaban las pajas de sus techos. Los animales sel-

viáticos huian de sus ámbitos. Las avecillas cantaban sus glorias y los pastores de aquellas comarcas, al pasar por sus puertas exclamaban: *¡Esta es la mansion del sociego. Los Dioses Inmortales la guarden y la bendigan!*

III.

Un numeroso rebaño de ovejas milesias daba á Mario y á Silvia, para vivir con holgura y para tener un sobrante el cual con mano filantrópica repartian entre los pobres de *Carmo Bética*, de *Marcia Augusta* y los transeuntes, que hambrientos, pálidos, desfallecidos, llegaban á la cabaña.

IV.

La Pastora Silvia despues de socorrerlos, los llevaba de la mano á los umbrales del inmediato sepulcro de su madre Agripina, para que rogaran por ella á los Dioses Inmortales, diciéndole el obligado y religioso *Sic tibis terra levis.* Era magnífico, de mármol de Corinto,

de la escuela de Praxitelis, hecho en Roma á espensas de un rico Pretor, pariente cercano de Agripina. Estaba erigido á los robustos piés de un alto pino que con su ancha copa lo sombreaba. Tenia un epitafio en latin, el cual traducido al castellano, decía:

Consagrado á los Dioses Manes.
Viagero
Esta tumba encierra á Agripina
Pastora de los desiertos
Lirio oculto entre la espesura de los romerales
Esposa fiel, madre solícita
En alegre mañana
Entre los deliciosos arpegios de los ruiseñores,
En medio de los suaves arrullos de las tórtolas.
Rodeada
De su esposo Mario y de su hija Silvia
Exhaló
Como azucena olorosa sus últimos alientos.
Séale la tierra leve.

El gentilismo no conoció, ni pudo conocer la verdadera caridad. Sus mentidos Dioses nunca lograron encender en los pechos paganos la pura llama de este sentimiento *sublime entre las sublimes*. Jesucristo, el hijo de María, fué el primero que derramando en los corazones de los hijos de los hombres el limpio bálsamo de esta virtud santísima, hizo prodigios que jamás el mundo olvidará.

En irrefutable testimonio, ahí están Isabel, Tomás de Villanueva y otros miles héroes recordados con letras de oro en los gloriosos fastos de caridad cristiana.

V.

A la caida de una tarde apacible, un jóven airoso, centurion de caballería, montado en gallardo corcel, llegó á la cabaña de Silvia demandando hospitalidad.

El ilustre guerrero acababa de perder á su padre en la batalla de Munda Bética, de la que él habia salido contuso. Aquella noche habia dejado, sin sa-

ber donde, á su amigo Sesto, el hijo de Pompeyo, que juntos, para librarse del furioso encono de los capitanes de César, huian precipitados de aquellos tristes, fatales campos, donde corrieron mares de lágrimas, rios de sangre. El pobre centurion solo, sobre tierra extranjera, desconocida, caminaba á la ventura.

VI.

Julia estaba sentada á las puertas de la cabaña, dándole pan á sus mastines. El centurion echando pié á tierra, la saludó con cortesía, preguntándole:

—¿Hermosa pastora, dás albergue en tu cabaña á un desgraciado?

—Sí: y por el tiempo que quiera y le plazca.

Entonces el arrogante centurion, amarrando las bridas de su caballo en las ramas del redil, vino á sentarse junto á Silvia.

—¡Ay! hermosa pastora, exclamó con acento dolorido, que dichoso soy yo

cuando enmedio de mis crueles desventuras, halle en estas soledades, techo que me cubra, alma que me aliente, corazon que me consuele, mano que me regale!

Al acabar estas tiernas palabras, mirando á Julia, las lágrimas brotaron de sus ojos. Esta para consolarlo, le dijo:

—No llores, amable centurion. En esta choza humilde jamás para nadie ha faltado socorro, ni consuelo alguno. Aquí reina la beneficencia universal. En ella no encontrarás las grandezas ni las comodidades de Roma; pero en cambio gozarás de la amistad pura, del sencillo trato de las cabañas, donde ocultas viven las virtudes, habitan los méritos, como las flores entre la espesura de los romerales.

Este lacónico discurso de la hermosa Silvia, alentó sobremanera el ánimo del extranjero *errante proscripto*. En algun tanto calmaron las amargas tribulaciones de su espíritu. ¡Dichoso aquel caminante que en tierra extraña, auxiliado por mano generosa en sus perentorias urgencias, pueda recordar con alegría

calor amoroso del techo natal de la casa de sus padres!

VII.

A las dos horas el anciano Mario llegó con la piara. Silvia, echándole los brazos al cuello, lo recibió con el cariñoso respeto acostumbrado. Marco Aurelio, que así se llamaba el ilustre guerrero de Munda, fué muy atendido por el viejo pastor.

Casi toda aquella noche la pasaron contándose recíprocamente sus vidas. La del batallador de Munda estaba sembrada de raras peripecias, de pasajes curiosísimos. Peleando por la República Romana, habia salpicado su sangre las cordilleras del Tauro y del Ida, los vergeles de Palestina y Macedonia, las orillas del Marmuerto y del Jordan. Con el glorioso oriflama del *Senatus Populusque Romano* recorrió los confines del mundo. El Centurion Marco Aurelio habia asistido á los grandes saraos de Grecia, á las sábias academias de Egipto, á los concurridos liceos de Roma; pues era

un jóven gallardo, valiente é instruido.

VII.

Ya, á los ocho dias Silvias y Marco Aurelio, con el beneplácito del anciano Mario, se amaban en estremo. Pero adversos los hados no dejaron levantarse entre aquellos corazones sencillos, juveniles el delicioso tálamo nupcial, como vamos á ver ahora.

IV.

A las cuatro semanas de vivir Marco Aurelio en la cabaña de Silvia, la *Real de Carmo Bética*, una cohorte de caballeria de los soldados de César, buscando á los de Pompeyo, que despues de la derrota de Munda, se habian ocultado entre los matorrales de las selvas ó andaban dispersos y fugitivos por toda la Bética y parte de la Lusitania, llegaron de noche á las tranquilas puertas de la choza de Silvia. Sus tres moradores dormian pacíficamente. ¡Ay! aquel sueño era

el último, era el sueño de la tumba, era el sueño de la eternidad!

Furiosos los soldados rompen las puertas de la cabaña. Ven el caballo de guerra de Marco Aurelio. Conocen que es de un pompeyano. Ciegos de rabiosa fiera, como el leon se lanza sobre el débil corderillo, para despedazarlo entre sus garras, los tigres de César, los jacales del Imperio se arrojaron sobre aquellas tres criaturas indefensas. Ni las lágrimas de Silvia, ni las súplicas de Ma-[illegible], ni las arengas ni las amenazas de Marco Aurelio, salvaron sus vidas del hierro de los verdugos, del furor de los asesinos. Los tres fueron en un momento degollados. Al oir las ovejas los postreros ayes de aquellas tres víctimas, balaban con lástima y amargura, y los mastines aullaban dolorosamente. ¡Ay, el hombre duro como las rocas del Océano más inclemente todavía que los mismos brutos, tapa sus ojos, cierra sus oídos á las espantosas escenas, á los gemidos lastimeros de sus semejantes!

IX.

La cabaña, las ovejas, los mastines, el caballo de guerra, el otero, la tumba de Agripina, los pinares, todo, todo desapareció como el humo, por el fuego y el cuchillo de los sicarios de César.

Muchos siglos despues las gentes de *Carmo Bética* y de *Marcia Augusta* llamaron á aquel espantoso lugar el *Degolladero,* no conociéndolo por otro nombre. Los campesinos le cantaban jécaras melancólicas, fúnebres endechas.

Hasta el tiempo de los sarracenos duró la memoria lamentable de la *Rosa de Carmo Bética,* de la pastora Silvia, á la cual sus delicados poetas compusieron romances sentimentales.

Las guerras intestinas y las revoluciones son los castigos más grandes que pueden sufrir los reinos. Luchan los padres contra los hijos, los hermanos contra los hermanos, los amigos contra los amigos. Las venganzas se multiplican. Los sentimientos humanitarios se olvi-

dan. Cubriendo sus hermosos rostros con gasas funerarias huye la caridad, el amor se ausenta. ¡Desgraciadamente con harto dolor de los católicos, hace ya cerca de cuarenta años, que nuestra noble España, la patria de los corazones generosos, la cuna de los caballeros, pervertida por impías máximas volterianas, está esperimentando estas terribles verdades!

LA CABAÑA.

I.

Eran las tres de la madrugada del dia 8 de Diciembre de 1521. El pago de Saluchena, término de Sevilla, alumbrado por la luna, presentaba una hermosa vista. Sus casas de campo, sus cabañas, sus cabrerizas, sus dehesas y sus olivares le daban *un no sé qué* de poético, de inspirador y misterioso.

Un jóven de alta estatura, de color

blanco, de rubia cabellera y modales finísimos, embozado en un peludo capoton de paño gris, llamaba á las puertas de una cabaña del referido pago de Galuchena, diciendo con dulce acento:

—¿Pastor: dás techo á un caminante?

—Sí: contestó una voz áspera.

—Pues abre.

II·

Un hombre como de treinta años, alto, robusto, cara tostada del sol y de los vientos, vestido con sajones y zamarra de lana, abrió la puerta, diciéndole:

—Bien venido seas, caminante. Entra en mi cabaña, que sus humildes techos son tan hospitalarios como los de los reyes y los poderosos del mundo. Voy á llamar á mi mujer, que está todavía despierta, para que te prepare alimento y te proporcione lecho donde descanses.

Diciendo esto entró en una habitacion, cuyas paredes, como todas las de la cabaña, eran de bayuncos, entrelazados con ramas de álamos blan-

ños, por las cuales no penetraba el agua, el viento, ni la escarcha.

Una hermosa pastora, como de veinte años, presentóse delante de nuestro viajero. Su gracioso rostro, donde se retrataba al vivo la modestia y la candidez de los campos, era encantador. Sus sueltos cabellos, negros como el ébano, sus ojos arabescos y la dulzura de su mirada, hacian recordar las bellezas del suelo ático.

Alfredo, que así se llamaba el caminante, quedó prendado de la pastora, dando gracias á Dios, que suele embellecer, con semejantes criaturas, las selvas y los desiertos.

III.

Sentado Alfredo á la limpia mesa que le puso la pastora Luisa, sació bien su apetito. Pasó la noche en blando lecho. A la mañana siguiente los zagales salieron con el rebaño y el pastor Ambrosio se quedó en la cabaña acompañando á su huésped, para hacerle los honores sencillos que acostumbran tri-

butar los habitantes de las soledades.

Antes del desayuno, sentados los tres á las puertas de la choza para tomar el sol, le dijo el pastor á Alfredo:

—Señor Alfredo: vuestra presencia, vuestro aire y vuestra palabra, están revelando que no sois de esta tierra y que perteneceis á una clase elevada, de rancia hidalguía. ¿Quereis contarnos los sucesos más originales de vuestra vida?

—No los tengo, Ambrosio, dignos de referirse. Son muy comunes para interesar á nadie.

—A pesar de eso, Luisa y yó deseamos oirlos de vuestra misma boca.

—Pues entonces voy á daros gusto. Yo nací en la hermosa ciudad de Segovia, hijo segundo de padres nobles y poderosos de los Marqueses de... Cuando ahora dos años comenzaron á manifestarse las alteraciones en Castilla con el nombre de las *Comunidades* y en Valencia con el de las *Germanias*, promovidas entrambas por los desaciertos de los flamencos, tomé partido en aquellas, haciéndome un decidido *comunero*.

Tuve entonces que abandonar la ca-

sa natal, porque mis padres, enemigos acérrimos de revueltas políticas, eran ciegos partidarios del rey Cárlos I, el *Austriaco.* Yo recorrí las Castillas y mucha parte de Valencia propagando en ambos reinos el odio al rey y á los flamencos sus servidores. Siguiendo la bandera de la *Communeria*, peleé con valentia en la triste batalla de Villalar. Allí caí herido. La providencia me libró de verme como Padilla, Bravo y Maldonado, bajo el hacha del verdugo. Me refugié en una oculta cabreriza no lejos del campo de la batalla, en la que me curaron *dos buenas almas*, con amorosa caridad, con esmero esquisito. Retiréme á Toledo, donde hemos tenido que sucumbir y dispersarnos. Vengo, pues, *errante, proscripto*, llorando mi mala suerte. Un jóven como yo, sin padres, sin pátria, sin amigos y sin calor alguno, falto de un corazon que se interese por él, consolándolo en sus penas amargas, en sus desgarradoras tribulaciones, es como la seca encina que arrancan los huracanes, para revolcarse por los ásperos pedregales de los desiertos. Esta es, en compen-

dio, la historia insignificante de mi vida.

IV.

Enternecidos Luisa y Ambrosio con la triste relacion de Alfredo derramaron algunas lágrimas.

—No temais, Sr. Alfredo, le dijo Ambrosio: en esta pobre cabaña estais libre de todas las persecuciones del mundo. Permaneced en ella todo el tiempo que querais y convenga á vuestro fines. Nada, nada os faltará. Cercana está Sevilla, para que podamos proveeros de cuanto necesiteis. No, no echareis de menos la rica casa de vuestros padres. Yo os lo aseguro. En estos campos solitarios habeis tenido la envidiable fortuna de encontrar otros, que si no tienen blasones de hidalguía, ni ilustres títulos, abundan en altos sentimientos de caridad cristiana. La más grande alegría de esta humilde choza, consiste en consolar al gimiente y protejer al desvalido.

No escuchó Alfredo estas tiernas frases, sin que sus ojos se arrasáran en

lágrimas de gratitud y de agradecimiento.

V.

A los pocos dias doña Teresa, viuda riquísima y su hija Ana, vecinas de Carmona, dueñas de la dehesa, donde existia la cabaña, vinieron como acostumbraban todos los años, á pasar una larga temporada en su magnífica Hacienda de olivar, cercana á la cabaña. Querian mucho á Luisa y la visitaban casi todas las tardes.

En la primera visita, Ana, viendo al gallardo jóven, batallador de Villalar, se enamoró de él. Con el beneplácito de doña Teresa, entablaron relaciones amorosas. No pasaron cuatro meses, sin que el Ministro del Señor los uniese con los dulces vínculos del matrimonio católico *único sagrado, único verdadero.*

Cuando Alfredo, para casarse en Carmona, se despidió de sus bienhechores, Luisa y Ambrosio, queriendo darle á éste unas cuantas monedas de oro que sacó de su escarcela, retirando Ambro-

sio sus manos, le dijo con entero acento.

—Señor Alfredo, lastimais mucho nuestra delicadeza; nos ofendeis en extremo al querernos pagar con ese puñado de monedas de oro los cortos beneficios que habeis recibido en nuestra cabaña. No, no, guardadlas para otros corazones que, como el de Luisa y el mio, no sepan latir de júbilo y de alegria cuando alivian las penas ó enjugan las lágrimas de un desgraciado. Nosotros estamos bastante retribuidos con veros feliz al lado de Anita y que la Divina Providencia os dé salud robusta, buenos jijos y larga vida.

El batallador de Villalar, al oir este noble generoso razonamiento en los lábios de un hombre criado en la espesura de las selvas, á la sombra de los pinos, á la orilla de los riachuelos, abrazándolo con ternura exclamó:

—¡Adios, Ambrosio; tú serás mi amigo hasta la muerte! ¡Adios!

LA MURALLA DE CAPUCHINOS.

I.

Serian las doce de una clara noche de luna del mes de noviembre de 1228, cuando dos bultos blancos bajaban por escalas la muralla, entre la demolida puerta de Córdoba y la de la Macarena.

—Zoraida.

—Muley, contestó una voz de muger.

—Ya, gracias á Jesus, vamos, Zoraida, á huir de Sbilla, para en las gloriosas montañas de Cantabria, bajo el amoroso amparo de *Nuestra Señora de Covadonga*, empuñar la espada contra el bárbaro sarracenismo.

—Si, si, Muley, allí viviremos alegres en medio de los cristianos, y el verdadero Dios del mundo nos echará sus bendiciones, como anoche nos las echó el padre Aurelio en la iglesia de San Martin. ¡Qué religioso franciscano tan

bueno! ¡Qué hombre tan ejemplar! ¡Qué varon tan santo!

—Y ¿qué dirán, Zoraida, nuestros padres al saber nuestro bautismo, nuestro casamiento y nuestra huida?

—Digan lo que les parezca, digan lo que quieran, Muley. Pidamos á la hermosa *María* por ellos, para que salgan de los groseros errores en que están imbuidos. Ya nosotros hemos salvado nuestras almas. ¡Qué más queremos!

—¿A dónde vamos, Zoraida?

—A los campos de *Galuchena.*

—No, no, que por esa parte de las cercanías de Sbilla, siempre hay tropas de caballería, que pueden conocernos, y entonces somos perdidos. Vamos por aquí, por el *Degolladero de los cristianos.* (1)

II.

A la media hóra de haber bajado por la mural Zoraida y Muley, salia por la

(1) Estaba en el mismo terreno que hoy ocupa el convento de Padres Capuchinos.

Puerta de la Macarena un gallardo jóven moro, lujosamente vestido, cabalgando un hermoso caballo negro. Lanza nudosa empuñaba. Iba ardiendo en celos, y sus descompuestos ademanes y el galope á que habia puesto á su brioso trotón, indicaban su furia y su coraje.

III.

Era Ben-Abú, el insolente rival de Muley, que habia sabido su enlace con Zoraida y su huida. Venia á vengarse de los dos esposos, si los encontraba. Tambien dirigió su camino por el *Degolladero de los cristianos.*

IV.

Antes de llegar Zoraida y Muley á los *Manchones de Tarazona*, ya Ben-Abú los perseguia de cerca. Era el amanecer.

—¡Ay Muley, preparémonos á morir! exclamó Zaraida temblando de miedo.

—¿A morir? preguntó Muley empuñando su valerosa cimitarra y mirando

al cielo con reverente entusiasmo.

—Si, si, á morir, contestó Zoraida llena de lágrimas.

—Jamás, jamás un Muley huye de los lances de honra, ni en su pecho entra el temor ni la cobardía. Ya verá ahora Ben-Abú con quién vá á pelear.

V.

Al concluir estas palabras, rabiando de ira, llega Ben-Abú con su caballo á donde los dos esposos estaban parados que era en un espeso bosquecillo.

—Miserables: vais aquí á espirar juntos al filo de mi alfanje! les dice con tono altanero.

—¡Mal hidalgo: al filo de tu alfanje. Apéate y lo veremos!

VI.

Dando un salto Ben-Abú, bajó de su caballo, y con briosísimo empuje, atacó á su rival.

Tristes, ardientes lágrimas se resbalaban por las frescas megillas de la hermosa Zoraida.

Muley recibió los primeros golpes con fria calma; pero al ver á Ben-Abú engreido en su soñada victoria, exclamó:

—¡Ben-Abú; pobre de tí: aguarda, espera; que pronto los diablos recogerán tu alma desdichada! ¡Por Jesús, por Jesús!

Al decir esto, dále un terrible cimitarrazo sobre el hombro izquierdo, que le partió en dos pedazos el corazon, cayendo al suelo muerto.

VII.

Los dos esposos montaron en el caballo de Ben-Abú, dirigiéndose á las montañas de Santander, á donde llegaron felizmente. El cadáver del soberbio jóven moro fué comido por los lobos.

VIII.

A los veinte años, el dia 23 de noviembre de 1248, festividad de San Vicente Papa y Mártir, entre los caballeros de la conquistadora mesnada de San

Fernando, que tomaron á Sevilla, distinguiéndose por sus bellas presencias y corteses modales una pareja que cabalgando en magníficos corceles, rodeada de tres hermosos jóvenes ginetes, llenaban de placer cristiano á todos los que la veian. El gozo asomábase á sus tranquilos semblantes y la paz y el amor reinaban en sus hidalgos corazones.

IX.

Eran Zoraida y Muley, que con sus tres hijos, nacidos en los nobles valles de Cantabria, volvian á su pátria, Sevilla, á vivir y á morir como cristianos, amándose hasta el sepulcro.

SOFÍA.

I.

Durante el reinado de Don Pedro, el *Justiciero*, vivian en la Córte de Sevilla algunas damas cuyas conversaciones giraban de continuo sobre las *modas*, el *amor* y la *elegancia* de sus adoradores.

Una de estas era Sofía, jóven de diez y ocho años, hija de un gefe militar, que habiéndose batido en la Conquista de Cerdeña y lleno de heridas en la ruda batalla del Salado, recibió su glorioso retiro.

Habitaba modesta casa en la collacion de la Parroquia de San Lorenzo, donde la conocian *por la hija del militar*.

No era á la verdad Sofía una diosa de Cíteres, pero su aire esbelto, su nacarado color, su voz melosa, sus hermosos ojos, que envidiarian las mismas Gracias, y sobre todo *un no sé qué* la realzaban en extremo.

II.

Todas las noches al toque de *Oraciones*, ó poco despues, iba la bella Sofía á una lejana tertulia, en la collacion del Sagrario, con su madre doña Matilde, señora de cuarenta y cuatro años que habia sido rica cuando niña. A pesar de sus fatigas y de sus penas su rostro conservaba todavía la frescura de la juventud, y sus ojos el poderío de la inteligencia.

III.

Componíase la referida tertulia de *hombres de negocios*, faltos de saber y de ilustracion. Gentes vulgares la frecuentaban, por cuya causa las conversaciones ya en general, ya en particular, se encerraban siempre en los estrechos círculos de *noviajos*, *casamientos*, *modas* y otras bagatelas. ¡Desgraciadamente en aquellos encojidos salones jamás se oyeron, nunca resonaron las autorizadas voces del literato, los versos melí-

fluos del poeta, ni las entretenidas narraciones del erudito! Allí nada era grande: todo era pobre, todo pasagero, todo olvidadizo.

IV.

Sofía era pretendida por muchos jóvenes poderosos, porque á pesar de no ser como yemos apuntado, una Venus, reunia en su rostro cierta ática languidez y en su cuerpo cierta gracia arabesca, que á todos enamoraban. Jóvenes y viejos la pretendian, Uno de estos, *notable erudito,* estaba loco por ella. Ni su independiente condicion social, ni el nombre que disfrutaba en la república de las letras, nada, nada habia satisfecho las aspiraciones de Sofía.

El mismo rey don Pedro, que la conocia, por haberla visto pasear muchas tardes por las orillas del Guadalquivir, estaba prendado de su belleza,

V.

Una oscura noche de invierno que á las *Ánimas* doña Matilde y su hija Sofía, volviendo de la lejana tertulia, pasaban fronteras á la ya derribada parroquia de San Miguel, entonces labrándose á espensas del rey don Pedro, un hombre embozado en su capa, sale de entre grandes sillares de piedra, con la ga en mano, diciendo estas palabras:

—¡Alto allá!

—Ay señor: que quereis con nosotras: qué tratais de hacer! exclamó Sofía llorando á mares.

Las mismas piedras de la calle al sentirse salpicadas por sus puras lágrimas, saltaban de dolor. Era el rey don Pedro.

VI.

Entónces uno de los pajes del rey, que salió tambien de entre los mismos sillares de piedra, acercándose á las damas, reconociéndolas con su linterna ó

hincando la rodilla en tierra ante su augusto amo, exclama:

—¡Conteneos, señor, conteneos! Esta señora es doña Matilde, la mujer de un militar, que muchas veces derramó su sangre por V. A. en los campos de Cerdeña, en las márgenes del Salado, y esta es su hija Sofía.

No rey grande, rey noble, no, no pongais vuestras manos sobre tan respetables damas. Sois bastante caballero para cometer tales desmanes.

Don Pedro al oir la tierna súplica del paje, con la mano derecha puesta en la megilla, estuvo pensativo unos cortos momentos, al cabo de los cuales, acercándose á las dos señoras, les habló de esta manera:

—Matilde, Sofía, perdonad, sí perdonad mi punible atrevimiento. No os habia conocido. Creedlo bajo mi palabra de honor. La mujer y los hijos de los que por defenderme vierten su sangre en las batallas, son sagrados para mí. Desde este mismo instante estais bajo mi régia proteccion.

Diciendo esto, retiróse el rey con el

paje, y las señoras continuaron su camino.

VII.

Ciertamente así fué. Cumplió su palabra. A los pocos meses Sofía, siendo padrino el rey don Pedro, se casó con un jóven riquísimo, *Andante en Córte.*

Todas las capitales de las naciones europeas le rindieron láuros, sus monarcas la distinguieron, sus poetas la cantaron, siendo Sofía, hasta su muerte acaecida en Roma, una mujer aplaudida, una mujer de alto ejemplo.

VIII.

El *viejo erudito*, al saber el casamiento de la bella Sofía con un jóven *Andante en Córte*, perdió el juicio, volvióse loco, muriendo á los dos años en París, falto de memoria y fuerzas, en un estado lamentabilísimo.

ARGUIJO Y LISTA,

ó

DIÁLOGO DE LOS MUERTOS. (1)

PRÓLOGO HISTÓRICO.

I.

En el año de 1818, ocurrió en Sevilla, su pátria, la sensible pérdida del respetable anciano don Alberto Lista y Aragon, una de las últimas lumbreras del buen gusto y de la literatura hispalense.

Sus deudos, amigos y discípulos,

(1) Habido entre D. Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla y D. Alberto Lista y Aragon, comendador de la órden de Isabel la Católica, en el panteon del primero, situado en el crucero, al lado de la Epístola de la pintoresca iglesia de la Universidad literaria de Sevilla, antigua casa profesa de jesuitas.

quisieron honrar, como era justo, las cenizas, que cuando estaban animadas, tanto habian trabajado por el difundimiento de las verdaderas luces, de aquellas luces que no hacen guerra á Dios, ni á las criaturas, ni quieren trastornar los pueblos, ni las naciones de la tierra.

Habiendo, pues, salido el entierro de la Santa Iglesia Catedral, de la que el ilustre difunto era canónigo, recorrió las principales calles de Sevilla enmedio de los lúgubres ecos de las orquestas, de las músicas marciales y de las hirvientes lágrimas de un gentío inmenso que se agrupaba, al paso, para dar el último adios al célebre *cantor de Anfriso.* Sus compañeros, los indivíduos del claustro de la Universidad literaria, vestidos de ceremonia, fueron hasta el hermoso templo de los antiguos jesuitas, donde entre desconsolados ayes, rociándolo de guirnaldas de laurel y coronas de flores, asistieron al augusto acto de darle sepultura eclesiástica en el panteon de los Arguijos, el cual se halla á los piés del sepulcro del gran Benito Arias Montano.

II.

LAS DOS RESURRECCIONES.

El génio de la vida resucita á un mismo tiempo á don Juan de Arguijo y á don Alberto Lista y Aragon.

DIÁLOGO.

ARGUIJO Y LISTA.

A. ¿Eres un Arguijo? mirando á Lista de piés á cabeza.

L. No.

A. Pues entonces, ¿quién eres?

L. Alberto Lista y Aragon.

A. ¡Lista! jamás he oido semejante apellido. No será muy ilustre. Y ¿quién te ha traido aquí?

L. Mis méritos literarios.

A. Salte de este panteon, que pertenece únicamente á mi antigua y noble familia. Esos no son derechos. Si lo fueran, deberian haberme sepultado á mí en el sepulcro de Virgilio. Pero veamos esos méritos.

L. Aquí están, *sacando tres libros* *el atahud*, si ellos no son bastantes á acerme digno de descansar al lado de rcisio, del gran cantor del Guadalqui-ir, abandonaré al momento esta fúne-ra mansion. Pero creo, Arguijo, que si es mi oda *Á la muerte de Jesús*, *El imno del Desgraciado* y *La vida hu-ana*, me dejarás descansar junto á tí.

A. Bien: y ¿á donde están esas tres mposiciones tuyas?

L. Aquí las tienes. *Presentándole s dos tomos de sus poesías.*

A. Vengan acá. *Tomándolos con esco.* Mas de una hora completa estuvo guijo leyendo y volviendo á leer las es referidas composiciones de Lista. bre la que mas fijaba su atencion era bre la oda *Á la muerte de Jesús.* De ando en cuando Arguijo, levantando s ojos del libro, los dirigia á Lista, el al estaba con la cabeza baja y las ma-s cruzadas sobre el pecho, esperando uo de reluchador desasosiego, el ter-ble é inapelable fallo de aquel gran surante.

Y bien, Lista: ¿cuando hicistes tú es-

tas tres composiciones? le preguntó Arquijo.

L. En mis más floridos años. Cuando mi corazon libre de los pesares de nuestra vida, sentia los almos placeres de las Musas, y cruzaban por mi frente las luminosas ráfagas del entusiasmo.

A. Pues, para tiempo tan feliz; para época tan oportuna, tratándose de un gran vate, no tienen, á la verdad, el sobresaliente mérito que debieran. Mis buenos amigos Fernando de Herrera y don Juan de Jáuregui escribieron bien jóvenes sus mejores poesías. Aquel su brillante cancion *A la batalla de Lepanto!* este su sentidísima Elegia *A la Muerte de la Reina doña Margarita.*

Mucho me dilataria, Alberto Lista, si fuera á hacerte una prolija y minuciosa censura de tus obras poéticas: pero te manifestaré, aunque de paso, mi opinion sobre ellas. En lo general tus rimas carecen de elevacion métrica y de esos escapes líricos, de esos arranques pindáricos, sin los cuales nadie, nadie puede ser un verdadero poeta en el sentido genuino de esta palabra. Mas en

cambio de esto los versos que salen de tu lira tienen sentimiento, armonía, ligereza y sabor clásico. No revelan bastante al poeta: pero sí, sobrado, al hombre estudioso y de buen gusto. La diccion es pura y castisa, los pensamientos nobles, las imágenes agradables, pero con poco colorido. Este es mi juicio. Si yo, *continuó*, no te considero un Herrera, ni un Garcilaso, un Jáuregui, ni un Cetina; no por eso te arrojaré de mi sepulcro; porque te creo dignísimo de reposar en él de los males del mundo, de las fatigas de la vida.

L. Gracias te doy ¡oh Arguijo! por el singular honor que me quieres hacer. Bajo estas robustas bóvedas, las cuales igualan al grande con el pequeño, donde se disipan como el humo todas las ilusiones y las vanidades de la tierra y se congelan las mas tiernas pasiones humanas, dormirán unidos *Arcisio* y *Licio*, hasta que llegue aquel tremendo dia, en que despertando de nuevo al ruido de la trompeta atronadora, vengan nuestras almas á volverse á vestir de este cuerpo de rebeldía y de pecado. ¡Ay, *conti-*

mió Lista, cuantos tristes desengaños he tenido en los últimos dias de mi vida: en ellos á cuantos miserables hombres he conocido y tratado! Mientras estamos sanos, mientras nos ven agazajados de la fortuna, todos son nuestros amigos. Ya Ovidio nos lo enseñó en aquel flúido trozo de sus inmortales *Elegías del Ponto.*

Cuando despues de largos años de lágrimas y de luto, volví en 1814 á Sevilla mi patria, me rodearon una gran porcion de personas excelentes, las cuales me distinguian sobremanera. Pero como siempre hay espinas entre las flores, otras al cultivar mi amistad, no llevaban mas fin, sino vivir y medrar á mi sombra. A algunas de estas coloqué en honrosos oficios, por escuchar con gusto, lo confieso francamente, sus diarias y lisongeras adulaciones. Es la adulacion, Arguijo, como la Sirena de los mares que hace dormir al mas vigilante.

A. Dejemos ya á esos pobres aduladores. Vamos á otras cosas. Dime, Alberto Lista, ¿despues de mi fallecimiento acá, qué ha sido de la literatura españ-

ñola? Cuéntame por encima sus progresos y su historia.

III.

Lleno Lista de gozo y de entusiasmo hizóle una larga sábia reseña de las bellas letras castellanas, hablándole con mucho encarecimiento de Luzan, de Iriarte, de Cadalzo, de Melendez, de Jovellanos, de los Moratines, de Huerta, de Cienfuegos, de Conde, de Azara, de Quintana, de Mauri, de Gallego, de Reinoso, de Búrgos, de Arjona, de Martinez de la Rosa, de Diaz, de Castro, de Blanco, de Roldan, de Sanchez Barbero, de Donoso Cortés, de Clemeruin, de Garcés, de Luna, de Breton de los Herreros, de Espronseda, de Hermosilla, de Toreno, de Válmes, de la Fuente y de otros muchísimos escritores, póstumos á Arguijo haciéndole de todos ellos una ligera, pero concienzuda crítica, y recitándoles algunos bellos pasajes de sus mejores obras.

IV.

Con gusto escuchó Arguijo la dilatada narracion del dócto censurante, y tendiéndole las manos, lo abrazó con cordial ternura.

A. Mucho, Lista, me ha gustado oirte. ¡Cuánto me alegraría yó, si mi cariñoso amigo Fernando de Herrera, aquél eminente hombre superior, aquél humanista, aquél poeta *divino*, que tan mal presagiaba de nuestra literatura, te hubiera tambien escuchado. «Desengáñate, Arguijo, me decia, en muchas ocasiones, ya en mi casa ó ya en nuestros paseos rústicos, al ver aquella turbulenta plaga de nécios, los cuáles tenian la osadía y la desvergüenza de publicar sus disparates y sus estulticias, nuestros buenos estudios, nuestras buenas letras, racasan sin remedio, mueren con nosotros. El buen gusto váse á perder del todo.

Malos prosistas y peores poetas sucederán á los Granados y á los Leones. Los siglos venideros no volverán á es-

cuchar los ecos dulcísimos de Garcilaso, los robustos sonidos de Cangas, ni la armonía embelezadora de Jáunegui. ¡Pobre literatura! de la cúspide del bello y del sublime, vá á descender al abismo de los resabios y de los borrones.»

Así me hablaba muchas veces el grande Herrera. Pero veo por tu sábio relato, que se ha equivocado. Tambien los varones mas eminentes se equivocan. Sin embargo, Lista, por lo que me has dicho, por la historia que me has hecho, vengo en conocimiento de que los siglos posteriores al mio, han carecido de ilustres preceptistas, tales como Francisco Sanchez Brosemo, el maestro Francisco de Medina, el maestro Juan de Mal-Lara y su discípulo, concuñado y mi muy querido amigo el maestro Diego Giron. ¡Cuánto valia este último literato! ¡Qué estudio tan fuerte y analítico del habla castellana! ¡Qué conocimiento tan variado y profundo de los clásicos griegos y latinos, hebreos y árabes! ¡Qué gran copia de doctrina! ¡Qué caudal de erudicion selectísima! Su

grandeza, su sencillez y su modestia, lo asemejaban á los sábios mas famosos de la antigua Atica. Tan fiel amigo, como tierno esposo, y dulce vigilante padre de familia el maestro Diego Giron, vivió y murió siendo el honor y el oráculo de Sevilla, su pátria. Fué sepultado en el presbiterio de la iglesia parroquial de San Martin, enmedio de las lágrimas de sus numerosos discípulos y de los suspiros de todos los amantes de las letras sevillanas. Sus exequias tuvieron la pompa del sábio y la austeridad del hombre virtuoso. ¡Ay! yo, Lista, asistí á ellas lleno de tristeza y de dolor!

L. Ciertamente, Arguijo, los siglos posteriores al tuyo, no han producido grandes preceptistas, si se exceptúa á Hermosilla, Luzan, Garcés y algunos otros; pero en cambio tambien han tenido grandes poetas. ¿Qué pides al melifluo caramillo de Melendez? ¿Qué al pincel delicado de Reinoso? ¿Qué á la robusta trompa de Gallego? ¿Qué, en fin, al lastimero laud de Martinez de la Rosa?

A. Nada, Lista. Esos cuatro poetas y algunos otros, entre ellos Cienfuegos,

Quintana, Diaz, Arjona y Castro, pudieran haber competido con los mejores de mi tiempo.

V.

Lista le habló de los nuevos continentes, islas y tierras descubiertas, de los pararrayos, de los vapores, de los ferro-carriles, de los telégrafos eléctricos, del engrandecimiento de la Rusia, de la revolucion francesa, de Chateaubriand, de Napoleon I y de nuestra guerra de sucesion de la de la Independencia y la de don Cárlos, haciéndole de aquellos grandes sucesos históricos, de aquellos sobrehumanos adelantamientos en las ciencias y en las artes y de estos dos celebérrimos personajes, una sábia, exacta y completísima pintura.

VI.

Muy atento escuchó Arguijo los concienzudos razonamientos de Lista. Maravillado de Napoleon y de Chateaubriand esclamó lleno de fogoso entusias-

mo. ¡Qué grandes hombres! No los tuvo mi siglo de tanta valía. El primero, con la espada aterrorizó á la humanidad entera. El segundo, con la pluma ilustró al espíritu racional. El uno llenó al mundo con el estrépito y los laureles de sus batallas; el otro con las bellezas y las glorias de sus creaciones. *Marengo y Jena*: *El génio del cristianismo* y *Los Mártires*, son cuatro grandes libros, abiertos á la mas remota posteridad, para que en ellos lea los progresos de la guerra y de la civilizacion del siglo XIX. Los dos primeros libros, con páginas manchadas de sangre: los dos segundos volúmenes, con viñetas matizadas de flores.

L. Así es, sábio Arguijo. ¡Cuan bien has comprendido y diseñado á estos dos personajes! Los has pintado cabalmente, con todos sus vivos colores, con todos sus delicados contornos.

Tambien le habló Lista de Voltayre, de Rousseau y de otros filósofos modernos, haciéndoles justicia á sus escritos en lo que toca al mérito literario de ellos. . . . .

A. Lástima es que unos varones tan doctos fueran tan volubles en sus opiniones filosóficas y que tan de frente y con tanta vileza atacaran á Jesucristo, llamándole á boca llena el *infame*. Voltayre y Rousseau personificaron el tristísimo siglo XVIII, de sus plumas salieron los cadalsos y las guillotinas.

Hombres tan malos no los ha tenido jamás el mundo.

L. Pues ya ¡oh Arguijo! que yo te he hablado, aunque ligeramente, de los siglos posteriores al tuyo, háblame tu del XVI. Yo siempre lo he tenido por el mas grave, por el mas fecundo, en buenos ingenios, por el mas mas rico, en sábios preceptistas, por el mas lozano, para el buen gusto, por el mejor, en fin, para nuestra literatura.

VII.

A. Voy á complacerte, querido Lisa. Yo tengo un especial placer en ello: porque le dirijo mis palabras á un aplicado discípulo de aquel siglo brillante que ha dado á nuestras bellas letras un

alto nombre, una fama eterna. Ellas resonaron llenas de vítores, lo mismo en los valles de los Apeninos, que en las alturas de los Andes, en las márgenes del Sena, que en las florestas del Danubio.

Mientras que el soberbio Lutero y otros novadores, pugnaban allá en Alemania, por establecer la reforma religiosa concebida y planteada de antemano en Inglaterra por Wiclef, nuestros buenos ingenios estudiando noche y dia á los Píndaros y á los Anacreontes, á los Homeros y á los Virgilios, á los Horacios y á los Tibulos, dedicábanse con laudable empeño, con fuerte entusiasmo á plantear en España los sólidos cimientos de una Escuela selecta de literatura clásica.

Sin hacer alto en las reñidas controversias eclesiásticas que traian al siglo enloquecido, los Brocenses y los Mal Laras, los Nebrixas y los Montanos, los Medinas y los Gironés [illegible] acopiando reglas, iban dando preceptos tan racionales como escogidos, tan doctos como provechosos.

La casi perenne estancia de nuestros soldados, de nuestros valientes tercios en Italia, en aquel país clásico, fuente inagotable de todo saber, les hizo amar las bellas letras. Aplicados á ellas, las aprendieron de tal manera, que al volver á España las enseñaron generalizándolas por todas partes. El Cantor de Salicio, el gran Garcilaso, Gutierrez de Cetina, Vandalio y otros muchos doctísimos varones, pusiéronse al frente de los adelantamientos científico-literarios que se iban operando entre nosotros simultáneamente. Yo tambien, querido Lista, hice mi papel en esta reforma literaria. Yo tambien tuve parte, aunque corta, en la celebrada victoria del buen gusto, contra las rancias habitudes, las necias preocupaciones y el rudo idiotismo. Mi mayor gloria es esta. Esta es tambien mi mas dulce remembranza.

Esclarecidos humanistas, grandes censurantes, aparecieron en nuestra España. En Salamanca el inolvidable Francisco Sanchez, conocido por el *Brocense*, por ser natural de una pequeña villa de Estremadura llamada *Brozas*. En

pre, jamás quedó sepultado en el olvido.

VIII.

Dime, Alberto Lista, ¿cuál es hoy el estado literario de Alemania? Yo creo que será brillante. ¿No lo es?

L. Si, Arguijo, sin disputa alguna. En la actualidad allí están la crítica, la literatura, las artes. Toda Europa es su discípula. Sus artífices, sus críticos, sus vates enseñan al mundo. Allí están el gérmen de las creaciones, la lira de los poetas, el cincel de los estatuarios, el diseño de los pintores. Allí, como en la antigua Atenas, se escribe, se dibuja, se pinta y se esculpe para la mas remota posteridad. Italia, Francia, Inglaterra, Portugal, nuestra España y todas las demás naciones cultas, reciben hoy de Alemania la literatura y las bellas artes. Ni en el mundo físico, ni en el moral, se descubre una verdad siquiera, que no sea debida á algun discípulo de la Escuela germánica.

A. Eso mismo que me acabas de decir, se lo pronosticaba yo á Medina, á

iron y á Alcázar. Herrera adelantaba mas diciéndoles:

«Veis amigos, esa nacion que hoy tristemente sepárase de Roma; pues, andando los siglos, ha de ser la mas católica de todas. Ella será la lumbrera mas refulgente de la Iglesia de Jesucristo. Para ello se dedican sin descanso, á desenvolver y comparar los grandes principios de las ciencias y los oscuros secretos de la humanidad.»

Por lo que me has dicho, Lista, el grande Herrera del todo no se ha equivocado en su vaticinio. Si la Alemania no se ha hecho católica, si no ha vuelto á besar la Tiara en el Vaticano, la parte disidente es la mas tolerante é inofensiva de todas. La civilizacion católica moderna todo lo armonizará. Ante la Cruz del Gólgota los Imperios y las naciones de la tierra cantando juntos el *Hosanna* doblarán sus frentes, inclinarán sus corazones, hincarán sus rodillas

L. Mucho me ha gustado oirte, Arrijo. De tus buenos estudios y de tu reconocido saber, no podia yo esperar otra cosa. Harto bien me has diseñado

el siglo XVI de nuestra España. Con gran tino y maestria has hablado del luteranismo. Yo estaba en la inteligencia como todos los literatos españoles, de que en nuestra pátria no habia tenido eco alguno la reforma religiosa, el gran desenvolvimiento filosófico del siglo XVI. Pero veo que no fué así: sino que tambien los humanistas de aquella inolvidable época, disputaron con calor, sobre el sistema de Lutero: entraron en cuestiones y en certámenes sobre las nuevas ideas, que examinaban á la sazon, todas las mas altas inteligencias del universo.

IX.

A. Quisiera Lista, hacerte por último, dos preguntas antes de que volvamos á gustar otra vez el sueño helado del sepulcro.

L. Hazlas cuando quieras.

A. Pues allá voy. Primera. ¿Cuáles son los dos primeros poetas? Segunda. ¿Cuales son los dos primeros censurantes que hoy tiene nuestra España?

L. Harto delicadas, espinosas y árduas son tus preguntas, Arguijo. Si como estoy en la mansion de los muertos, me encontrara, en la de los vivos; no te contestaria seguramente á ninguna de ellas. El silencio fuera entonces mi mas espresiva respuesta. Pero ya que no temo los dardos de la envidia, las sectas de la maledicencia, ni los sarcasmos de la enemistad, te contestaré á las dos, una tras otra. Pasan entre los verdaderos inteligentes, por los dos primeros poetas de estos tiempos don Manuel José Quintana y don Juan Nicasio Gallego, aquel natural de la Villa y Córte de Madrid, éste de la ciudad de Zamora. Son reputados por los dos primeros censurantes mi dulce amigo don Felix José Reinoso, hijo de Sevilla y el granadino don Francisco Martinez de la Rosa. Tambien Quintana es considerado por un gran crítico. Yo tambien tuve alto aprecio como tal, siendo respetado de los amigos de las letras. Ya, pues, he contestado clara y categóricamente á tus dos preguntas.

A. Yo te doy Lista por ello las mas

sinceras y espresivas gracias. Si el Angel de la animacion vuelve á darnos vida, hablaremos largamente de la literatura general, de la belleza, de la sublimidad, de la imitacion, de las varias clases de composiciones poéticas, del buen gusto y de los principios creadores de todas las bellas artes. Desde ahora te digo y te repito, que todo lo que oigas, que todo lo que escuches salir de mis lábios, con algunas leves modificaciones mias, es lo mismo que yo oí y aprendí de los de mi ilustre maestro de Retórica Diego Giron, y de los de mis buenos amigos Francisco de Medina, Fernando de Herrera, Baltasar del Alcázar y don Juan de Jáuregui, Hurtado de la Sal.

Mas ya Lista, volvamos á la muerte. ¡Ven Génio de la inercia. Númen de la nada y estiende tus álas soporíferas, sobre nuestras cabezas!

X.

Al concluir esta triste plegaria Arguijo y Lista, echándose dentro de sus féretros, volvieron á la muerte.

¡Sábios ilustres: dormid, dormid hasta que despiertos de nuevo, enseñeis con vuestros diálogos, los verdaderos caminos del buen gusto, las reglas fijas, para medir y estimar todas las buenas obras de la literatura clásica.

EL CLAVEL.

I.

En el año del Señor de 1234, vivia en una preciosa casa de campo, cercana á las faldas del Moncayo, un rico matrimonio sin hijos. El marido era un hombre como de cuarenta años, de grave rostro, costumbres severas y aire cortesano, llamado don Ramiro, que amaba las buenas letras, siendo un sábio, laborioso erudito. La mujer doña Clementina, como de treinta, blanca, de vulgar tipo, sabidilla, veleidosa, queria aparecer con su hablar desatinado y sus inoportunos chistes, por una señora de ta-

lento. Don Ramiro, que la amaba, sufria con paciencia sus insulsos desvaríos.

Nada faltaba en aquella casa de campo para pasar la vida. Salones magníficamente alhajados, corredores espaciosos con deliciosas vistas, frescos jardines, donde don Ramiro, el *erudito*, habia reunido las flores y los árboles de todas la provincias de España, palomares, gallineros, rediles, cuadras con arrogantes caballos de brida y tiro, y todo lo demás que puede apetecer el hombre que vive en la soledad y el desamparo de los desiertos.

II.

Eran las diez de una oscura noche de Enero de 1236. Pisadas de caballo siéntense á las puertas de la casa de campo. Llaman á ellas. El mismo don Ramiro vá á abrirlas. Pero cuál seria su sorpresa al ver entrar un jóven moro, de barba rubia, ojos azules, aire distinguido, cabalgando un magnífico alazan árabe, lujosamente puramentado. Abdalla, que así se llamaba el sar-

raceno, saludando á don Ramiro, le pidió hospitalidad, echó pié á tierra y fué presentado por éste á su esposa Clementina, diciéndole:

—Clementina: este ilustre moro acaba de llegar como ves. Dispon que los criados le preparen la cena, pues traerá ganas.

—Algunas, señor, algunas, contestó Abdalla.

—Pero mientras, Clementina, interrumpió don Ramiro, llama á tus doncellas y azafatas para que vengan á celebrar una zambra, con la que distraigan á este noble sarraceno.

—Sí, sí: que vengan, que vengan, dijo Abdalla.

III.

Doce preciosas doncellas, vestidas con trajes riquísimos, presentáronse en la sala, comenzando á bailar lindas danzas. El moro sacó á Clementina. Bailando se le cayó al suelo uno de los tres claveles que adornaban su castaña, hermosa cabellera. Abdalla lo cogió del

suelo, y al entregárselo, le dijo en voz baja, que nadie lo percibió siquiera:

—¿Hermosa nazarena, me lo dás?

—Sí, luego: pero calla.

IV.

Concluido el baile, fingiendo Clementina, antes de cenar, que estaba mareada, salió de la sala y yendo á su dormitorio, cogió papel y pluma y escribió:

«Abdalla: á las tres en punto de esta »madrugada estarás á caballo en la »puerta del jardin, que se halla al cos»tado izquierdo de esta alquería.»

Envolvió el clavel en este billete, y volviendo al salon, se lo dió con disimulo al jóven Abdalla.

V.

A las tres de aquella tenebrosa madrugada, dos bultos negros apenas se percibian correr por las faldas del Moncayo en direccion occidental. Eran Clementina y Abdalla, que, cabalgando dos ligeros corceles, huian precipitados.

Aquella jóven despreciable, faltando á la fé que le habia jurado á Ramiro en los altares del Señor, lo abandonaba con vileza. Ni el amarla con delirio, ni el vivir tan solo para ella, ni el haberla puesto en un rango muy superior á su humilde cuna, nada nada, la contuvo en sus deberes.

—Clementina, le dijo el moro, vamos á Andalucia, donde yo tengo muchas riquezas. Allí viviremos entre las delicias más dulces, entre las glorias mas placenteras. Un hermoso Castillo cerca de Jaen, mi patria recibirá bajo sus arabescos techos á estos dos amantes, como el nido de blandas plumas recibe á las amorosas tortolillas.

—Sí, sí, Abdalla contestó Clementina con cariñoso eco.

VI.

Cuando, al romper el dia, Ramiro echó de menos á su mejer, buscándola desatinado por toda la casa de campo y no encontrándola lloró su infame ingratitud, determinándose desde el mism

instante á abandonar para siempre aquellas comarcas, en las que habia sufrido tan tristes como fatales desengaños.

En los trances amargos, en los grandes infortunios de la vida humana, hallándose el hombre encerrado en un círculo de bronce, no le quedan sino tres partidos que abrazar en el mundo, el *claustro*, el *desierto* ó la *guerra*. Ramiro tomó el último.

VII.

Muy pronto ingresó Ramiro en las valerosas huestes de Fernando III, el *Santo* Rey de Castilla, en las que muchas veces lució su bravura, batallando contra la feroz morisma.

Clementina pasó algunos años al lado de Abdalla en el castillo de Jaen, pero enamorada de Abú Zamel, lindísimo mancebo de la comarca huyó con él del castillo de Jaen, como lo habia hecho de la alquería de las vertientes del Moncayo. La muger loca busca aventuras, quiere novedades, desea episodios.

Dos años anduvieron Clementina y Abdalla recorriendo la Península Ibérica. Una noche de Noviembre de 1248, estando en Moron de la Frontera se le escapó Clementina, viniéndose con otro sarraseno á la *Campiña* ó *Banda morisca*. Zamel los persigue alcanzándolos cerca de *Oripo*, hoy Dos-Hermanas, en el medroso camino de *Echa y huye* vulgo el *Trafulle* ó *Trajulle*, dándoles muerte á entrambos. Al árabe lo enterró bajo las ramas de un olivo y á Clementina la puso junto á los nopales de un vallado con la siguiente leyenda, escrita en pergamino y cosida á sus ropas:

Viajero: esta es Clementina,
La indigna esposa del noble Ramiro,
La amante de Zamel:
Siendo desleal á su marido y á sus adoradores,
Huyó de las faldas del Moncayo y del Castillo de Leon
[illegible]

VIII.

Eran las seis de la mañana, del dia 21 de Noviembre de 1248; víspera de la toma de Sevilla por San Fernando. Ramiro, que en su largo sitio habia hecho prodigios de valor, destinado á llevar interesantes pliegos á un pequeño tercio de caballería que estaba acampado en la *Cañada de Matalaxeme* esperando órdenes, cuando al atravesar el camino, llamado hoy de *Echa y huye*, término de la villa de Dos-Hermanas, vió junto á un vallado un cuerpo muerto. El caballo reparándose no queria seguir andando. Ramiro lo estrecha, lo espolea fuertemente, haciéndole una carnecería los hijares. El bruto, aunque manso, para librarse de tan duro castigo, dá tres botes de carnero y tira á Ramiro á tierra: pero sin escapar de aquel sitio. Se acerca Ramiro al cadáver: lee el bochornoso epitafio de Clementina y cae al suelo desmayado. Los perros y los buitres se comieron el cadáver de Clementina, ¡Sepulcro dignísimo de tan mala muger!

Cuando Ramiro volvió en sí, ya estaba en la ciudad, recien conquistada, en blando lecho, asistido por sábios médicos y rodeado de todos aquellos valientes campeones que habian plantado la Cruz de Jesns sobre las murallas y las torres de la hermosa Sevilla.

NTRA. SRA. DE LA HINIESTA.

I.

Dáme, ángel del Señor, dáme uu arpa de oro para cantar las glorias de la Hiniesta, de la más purísima dama, de la más perfumada rosa de los vergeles sevillanos.

El año 33 de la era cristiana, bn varon ilustre, ardiendo en la fé del Salvador, traspasa los Montes Marianos, enciende con valentía en sus alturas las lumbreras del Evangelio, y bajando como nube vaporosa á los hermosos campos de la Bética, difunde sus claras luces por todas sus comarcas.

Este fué San Pío, primer obispo de Sevilla, el cual, lleno de amor á María, levanta el hermoso templo de la Santa Jerusalen (*hoy San Julian*) y hace venerar en él á la Vírgen con el dulce nombre de la Purísima Concepcion, la cual aun vivia en aquella ciudad. De esta manera comenzó Nuestra Señora de la Hiniesta, *Patrona de Sevilla*, á ser venerada en la Metrópoli de Andalucía.

II.

El rey godo toma el Evangelio en sus manos, lo pone sobre su cabeza augusta, recibe las aguas del bautismo y hace que todos sus vasallos imiten su laudable ejemplo. Los habitantes de Vandalia rien de alegría, los rios corren murmurantes, las florestas derraman sus olores, las sierras, agitadas por los blandos airecillos, susurran mansamente, las avecillas, volando de rama en rama, trinan placenteras, miles presbíteros, con el Evangelio debajo de [illegible]

las cabañas, la paz de los corazones, mientras tanto Nuestra Señora de la Hiniesta, desde su retablo de la Santa Jerusalen, desde aquel dorado ebúrneo trono, bendice á Sevilla, librándola de bárbaras revueltas, de mortíferos contagios, de motines espantosos.

Todos los sevillanos la adoran, todos las respetan, todos la aplauden, lo mismo el sábio que el ignorante, el rico que el pobre, el grande que el pequeño. No hay lábio alguno que no lance ayes de gratitud. No hay corazon que no palpite de júbilo. No hay megilla que no se humedezca con lágrimas de amor. *Hiniesta,* claman los montes Ossethanos; *Hiniesta,* repiten las orillas del Bétis. *Hiniesta*, grita Hispalis. *Hiniesta*, pronuncia Italia. *Hiniesta,* dice Ucia. *Hiniesta,* repite Cáura. *Hiniesta,* exclaman los gentiles saliendo de sus sepulcros marmóreos. *Hiniesta,* repiten los Mártires dentro de sus térreas catacumbas.

III.

En las dos primeras persecuciones, Neron el *sanguinario*, levanta su cortante hacha contra el cristianismo. La virgen de la Hiniesta fortalece en los tormentos á los mártires hispalenses. Baja, rodeada de ángeles, á los calabozos á dar brios enérgicos al niño y al anciano, á la doncella y á la viuda, al sano y al enfermo, para que no desfallezcan en sus amargas, crueles tribulaciones, confesando, *en alta voz*, á Jesucristo. Mueren gloriosamente. Sú benigna mano, por la de San Pío, recoje sus restos venerandos y los sepulta alrededor de los muros de su templo, de la Santa Jerusalen. Allí fué enterrado el insigne, valeroso Antonio, que recibió el martirio el año 70 de Cristo en la segunda persecucion del bárbaro asesino de su madre Agripa, de su maestro Séneca, del horrible *Internacional* de Roma, y los Santos Justo, Rufino, Macario, Teófilo, Florencio, hijo de Rústico Bolano, cónsul de Roma y Pedro, mártir en la de Trajano.

IV.

La Iglesia de Jesucristo, combatida por horribles heregias, clama por arreglos, reformas y ordenaciones y la Vírgen de la Hiniesta abre, en la suya, los dos Santos Concilios Sevillanos, que tanto bien hicieron á la moral, á la doctrina, á la piedad y á la devocion del catolicismo. En ellos el valiente Leandro, el sábio Isidoro, con sus limpios raudales de elocuencia, fijan y esclarecen los puntos y cuestiones mas intrincados, siendo aplaudidos por todos los Padres. Allí, sí: dentro de aquellos gloriosos muros, los dos hermanos reciben de todos los obispos los mas lisonjeros plácemes, las mas dulces enhorabuenas.

V.

España se aparta de los buenos caminos. Los reyes godos entréganse á feas liviandades. Los magnates pecan. Los pobres insultan. Los ricos se endurecen. La plebe escandaliza. Una inmensa mu-

chedumbre de alarbes sanguinarios, abortada de las arenosas playas de la Mauritania pasa el Estrecho. Toma á Tarifa. Dos ejércitos formidables avistanse en los campos del Guadalete. Vá á trabarse la batalla. En los oriflamas del uno se vé la *Cruz*, en los del otro la *Media luna*. Ya se acercan. Ya se encuentran. Ya pugnan con denuedo. Pero ¡ay! la Media luna vence, arrollando á los cristianos y haciendo morir á su Rey el desventurado don Rodrigo. El rio, cubierto de gasas funerarias repite con sollozante eco: *¡Pobre España! ¡Pobre España!* Dios, en sus altos juicios, la castiga de esta manera, amarrándola á la férrea coyunda de los sarracenos.

VI.

Un enjambre de asesinos rompe las puertas de Julia Rómula, *Sevilla*. Bramando de furor recorre sus calles y sus plazas. Quema los templos. Echa á tierra los palacios. Degüella sin piedad y ¡ay dolor! profanando las casas religiosas, los conventos, los monasterios, atro-

pella, fuerza y mata á las purísimas esposas de Jesucristo.

La Virgen de la Hiniesta no podia ser testigo de tan bárbaras persecuciones, de tan horrendos crímenes, de tan crueles matanzas. Algunos de sus mas fervorosos devotos que huian á la Galia Narbonense llévanla para ocultarla en la espesura de los montes de Cataluña. Allí toma asilo bajo la sombra de una *Retama*. Desde aquel nido inmaculado, desde aquel agreste trono, desde aquel escondido tabernáculo, esta amorosa tortolilla pide al Señor por sus queridos sevillanos. Allí, entre aquellos sombríos matorrales, pasa afligida los duros siglos de abominacion, los siglos inaguantables del mahometismo, con la dulce esperanza de volver á Sevilla, para ampararla y protegerla eternamente.

VII.

Domina la morisma. Sevilla gime en lamentable esclavitud. Aljamas, mesquitas, alcázares y atalayas levántanse por

todas partes. Miles pobladores, viniendo de paises lejanísimos, llegan á sus puertas. Entran por ellas. Pero ¡ay! en medio de tanta cultura, de tantas artes, de tantos faustos, de tantas invenciones, de tantos refinamientos, los devotos de la Hiniesta, no tienen pan con que alimentarse. Extranjeros en su misma pátria, faltos de parientes y de amigos, carecen de las dulzuras del hogar doméstico y de todo aquello que engrie, alegra y ameniza la vida humana. Los bárbaros conquistadores nada les han dejado sino algunas pobres, desmanteladas Iglesias para clamar á su Señora, y en ellas hondas zanjas donde sepultarse.

VIII.

Una gran mesnada hace alto sobre los cerros de Buenavista, al Oriente de Sevilla, donadío de Cuartos. Gallardos infanzones, donceles y guerreros, cabalgando hermosos caballos andaluces, enjaezados de ricos paramentos, lucen la finura de sus rostros, la arrogancia de sus cuerpos, la nobleza de sus palabras.

El lábaro de la *Cruz*, desplegado á los aires, ondea orgulloso, ondea valiente sobre sus erizadas lanzas. Un personaje augusto, yendo delante de magnífica escolta, montado en soberbio alazan, con la Cruz en una mano, y la espada en la otra, recorre la línea de batalla. Toda ella lo recibe con *vivas*, aplausos y aclamaciones. Es Fernando III de Castilla, el Rey *Santo*, bravo, caballeroso, que viene á librar á la antigua Hispalis de las pesadas cadenas de la morisma.

IX.

El grito de guerra se escucha. El grito de guerra atruena las áuras. El grito de guerra asusta á las flores de las praderas. Los montes ossethanos, las selvas de Galichena repiten los ecos de los clarines, de las cornetas y de los atabales. Los álamos, los fresnos, las palmeras de las orillas del Guadalquivir, del Guadaira y del Tagarete, dan ya regalada sombra á los nazarenos. Sbilia, mansion de la elegancia, asilo del buen gusto, córte de la inteligencia,

se pavoriza. Tiemblan sus murallas. Despuéblanse sus calles. Sus vecinos lloran. Callan las músicas acordadas, apagándose los olorosos pebeteros de sus famosos saraos. Bellísimas sultanas, lindas moras, aterradas con tan bélicos sones, huyen á sus domicilios para ocultarse en los mas profundos subterráneos. El adusto sarraceno, en fin, arma su brazo iracundo para defenderse. ¡Ah! ya no canta xácaras de amor, sino dolientes elegías!

X.

Era la apacible. Los aires del Guadalquivir derramaban por el campo cristiano los perfumes de las preciadas flores, Las cornejas lanzaban cantares melancólicos. Un gallardo, apuesto caballero, cabalgando brioso corcel, vestido de punta en blanco, se aparta de los Reales de Buenavista. El *Angel de la victoria* guiándolo, lo cubre con sus rizadas alas. Viene á visitar á la nazarena Vírgen de la Antigua. Entra en Sevilla por la puerta de Córdoba. Pasa por

la Santa Jerusalen, ya convertida en mezquita y señalándola con el dedo, exclama:

¡Ay: aquí estuvo la imágen de la Hiniesta muchos siglos!

El caballero gime. Puesto de hinojos, pide á la madre de Dios el triunfo de los cristianos, la pronta libertad de Sevilla.

San Fernando, el guerrero valeroso, el héroe de cien combates, guiado por la mano del *Angel de la victoria*, ofrece á la imaginacion católica el más poético cuadro, la vista más recreadora.

XI.

Batallas sañudas, rudos encuentros, sorpresas sangrientas, ostinadas peleas, fueron preparando el venturoso dia 23 de Noviembre de 1248, festividad de San Clemente, Papa, en el cual los *nazarenos*, despues de hundir en el polvo los turbantes y los almaizares de la morisma, ondearon la bandera de la *Cruz* sobre las fuertes murallas de Sevilla: ¡dia de santísimo recuerdo, de memoria inol-

vidable! ¡*Victoria por Fernando*, claman las vegas y las florestas, los montes y los valles! ¡*Victoria por Fernando*, dicen las villas y las aldeas, los ángeles y los hombres. Estos gloriosos gritos corren ligeros desde las sierras de Andébalo hasta las montañas de Jaen.

El rey moro Axataf, pálido, tembloroso, hincado de rodillas, entrega á San Fernando las llaves de Sbilia, huyendo á sepultar su vergonzosa derrota entre los ardientes arenales de la Mauritania. Sevilla vuelve al dominio de los cristianos. El culto se reanuda con su antigua brillantez. La piedad crece. La caridad se ensancha. Todas las iglesias vuelven á levantar la esplendorosa *Cruz del Calvario*. Las campanas, enmudecidas por siete siglos, vuelven á tañir con alegría. Sus ecos celestiales resuenan en Cáura y en Ossthel, en Ucia y en Itálica. Monges penitentes pueblan los monasterios, austeros frailes los conventos. Las vírgenes de Jesucristo, como palomas de los cielos, levantan sus canciones clamorosas hasta las cumbres de Sion.

XII.

Reinaba un claro dia de 1330. Las montañas de Cataluña refrescadas por las áuras, ostentaban sus árboles y sus flores. Un rico magnate andaba por ellas cazando. Los afanosos ladridos de la jauría dirígenlo hácia unos ocultos matorrales. Una perdíz, por un azar perseguida, revolotea por entre los ramajes de aquella sombría espesura. Penetra por ella con su caballo. Pero ¡oh prodigio del Altísimo! Cubierta de una frondosa *Retama*, mira á la Vírgen Santísima. Desmóntase. Se descubre. Hinca en tierra las rodillas. El corcel lo imita. Canta los himnos, las alabanzas de María, y los corderillos de los prados, y las avecillas de los bosques y los ángeles de los cielos vienen á acompañarlo.

XIII.

Una leyenda latina le indica su procedencia. Entonces el piadoso *Mosen Pedro de Tous*, tomándola entre sus

brazos, la saca de aquellas ágrias fragosidades. Sobre triunfal carroza tráela á Sevilla para colocarla en su Iglesia de San Julian, antigua Santa Jerusalen. El pueblo y ambos cabildos salen á recibirla al donadío de Cuartos, donde Pedro de Tous con todos sus criados los espera.

Desde allí en numerosa, reverente procesion la Vírgen de la Hiniesta viene á ocupar su antigua casa, haciendo en su tránsito muchos señalados milagros. La Reina del Guadalquivir la aclama por su *Patrona*. Fórmase, para darle culto, una rica Hermandad. Los principales personajes de Sevilla en letras y oficios se alistan en ella. Los cristianos cautivos la imploran allá en lo profundo de los calabozos. Sálvalos de las cadenas berberiscas. Vienen libres á ofrecerle sus grillos. Cuélganlos en las rejas y en las paredes de su capilla.

XIV.

La ilustre Señora doña Brianda de Guzman, Abadesa del convento de San

Clemente, el Real, digna hermana del erudito Marqués de la Algaba, el Adelantado don Francisco Enriquez de Rivera, el Asistente Conde de la Puebla del Maestre y otras muchas personas recibieron la salud, la robustez de sus manos bondadosas.

XV.

Por desgracia Nuestra Señora de la Hiniesta, la dulce Consoladora de Sevilla, como todos nuestros buenos recuerdos, nuestras antiguas devociones, nuestros fervorosos cultos cristianos, está olvidada de sus ingratos hijos, sobre cuyos piadosos padres, derramó á manos llenas tantas y tantas mercedes, tantos y tantos beneficios. Nuestros abuelos venian con canastillos de flores á vestir sus altares, á alfombrar los suelos de su capilla, mientras nosotros la tenemos en profundo olvido.

Pero la tierna Señora no por este criminal desvío ha dejado de favorecer visiblemente á la Metrópoli andaluza, ya en la invasion francesa de 1809, ya

en la entrada de Lopez Baños en 1823, ya en el bombardeo de Espartero, ya por último, en todas las calamidades, en todas las tribulaciones que ha padecido su querida Sevilla.

XVI.

En la Iglesia parroquial de San Julian, brillaron en otros tiempos, varias obras artísticas de mucho mérito. Todavía conserva un *San Cristóbal*, al fresco, muy mal retocado de Juan Sanchez de Castro, uno de los mas antiguos pintores de la escuela sevillana, siete preciosas tablas de Alexo Fernandez, figurando *Pasajes de la vida de María*, y últimamente el *Martirio* del Santo titular, debido á los deliciosos pinceles de Francisco Varela.

En 1538 vivia en esta collacion el ilustre Juan Baustista, flamenco, pintor desconocido, á quien como á otros muchos varones, yo he sacado venturosamente de entre las frias cenizas de los sepulcros, marido de doña Maria de Cisneros. En 25 dias del año de 1578 se bau-

tizó en esta Iglesia, á un hijo suyo: de su mismo nombre, y tambien pintor aventajado.

En esta Iglesia yacen sepultados el ya referido caballero Moseu Pedro de Tous y el insigne Doctor don Francisco Gaspar de Herrera, su cura párroco, sábio predicador de su tiempo, cuyas noticias curiosas se deben á mi celo por las glorias de la espada, del pincel y de la pluma, á mis tareas incansables, á mis fatigosas investigaciones.

VIDA DE UN LADRILLO,

CONTADA POR ÉL MISMO.

I.

En el año de 1816, de Jesucristo, cuando la Europa al cuidado amoroso de sus reyes legítimos descansaba felizmente de los horribles alzamientos de la revolucion francesa y de las guerras napoleónicas, un humilde ladrillo re-

costado contra el seco tronco de un álamo negro, cerca del caserio del cortijo-hacienda del *Gambogaz*, situado en la alegre vega de Triana, en una noche de luna del mes de Mayo, contó á cuatro avetardas su vida de esta manera.

II.

«Cualquiera, señoras avetardas, que me vea ahora tan lleno de cal y de yeso, tan súcio y despicado, teniéndome por un quidan, no creerá lo que yo he sido ni los varios papeles que he representado en el ancho teatro del mundo.

Yo he servido con lealtad á los reyes y á los hacendados, á los monjes y á las religiosas, á los boticarios y á los curas, á los traginantes y á los carreteros. Todos me estiman. No he tenido más enemigos que los trastornadores, los ambiciosos y los albañiles. Los primeros me dejaban descansar lustros y lustros, pero estos últimos, me han traido de acá para allá, en un contínuo movimiento, como panderete de brujas.

El ladrillo, careciendo de piés y de

manos, anda más que un veradero. El ladrillo es como un arca, donde se encierra la codicia humana. El ladrillo es cosmopolita. Su pátria es el universo.

Y no creais, señoras avetardas, que el ladrillo valga poco. Él dá el poderío á la docta Grecia y á la valiente Roma: él resiste los pujantes golpes del ariete y los formidables balazos de los cañones: él levanta la fama de los Vitrubios y de los Paladios, de los Berruguetes y de los Herreras: él erigió los templos de los dioses, las cátedras de los sábios y los arcos de los conquistadores: él labró el Partenon y el Capitolio, la Alhambra y el Escorial: él, últimamente, forma parte integrante de todo lo bello y poético, de todo lo sublime y grande de las naciones de la tierra. Pero dejemos ya los elogios propios, siempre ridículos, y vamos á mi historia.

III.

El dia 18 de Julio de 1398, á las doce del dia, en cuya hora el sol achicharraba el mundo, salí á luz en ese mantillo

inmediato, por las toscas manos del *Tío Canijo*, natural de la vecina Algaba, que me echó en un áspero molde. ¡Ojalá me hubiera dejado formando las productoras entrañas de aquella haza de tierra llamada el *Espurgadero.*

Nací tendido boca arriba, pero al poco tiempo el mismo *Tío Canijo* me levantó, recostándome contra un compañero mellizo, al cual nunca jamás he vuelto á ver. Este es lastimero achaque de los ladrillos. Nacemos juntos, nos bautizamos en una misma pila, y después no volvemos á vernos más uno á otro en toda nuestra vida, que no es tan pasajera ó corta, sino de siglos y de siglos. No habria cinco horas que sin andaderas estaba yo haciendo pininos, cuando un forzudo gallego, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, tomándome con otros cuatro hermanos mios sobre sus anchos hombros, me zampó de patitas en ese horno de la derecha, mas cercano al caserío, para recibir el duro bautismo de fuego y ponerme por nombre *ladrillo*. Gruesos haces de la chamiza de este aljarafe, encendidos como

por encanto me hicieron ascuas, en menos que se persigna un cura loco. ¡Bravísimo! dije yo entonces dentro de mí mismo. Esto vá de veras. ¡Qué crueldad! ¡qué avaricia la del hombre! continué. Por ganar dinero me ha puesto no de vergüenza; porque jamás la conocí, sino de fuego, mas colorado que un tomate. Poco á poco fué calmándose aquel volcan vigorosísimo y me quedé mas amarillo que la cera. Con este enfermizo color sacáronme al dia siguiente á la luz pública para ser vendido al primero que llegara. ¿Qué podria yo esperar, triste ladrillo, de la generosidad del hombre cuando por algunas monedas de oro vende á su mismo hermano? ¡Maldito oro: tú eres la causa de todos los males! Por tí el codicioso abandona la dulce sombra de los árboles que lo vieron nacer, para ir á tierras lejanísimas donde muere sin auxilio ni calor de nadie: por tí el hombre lucha en sanguinaria pelea contra el hombre, haciendo de toda la faz de la tierra un estrepitoso palenque de lágrimas, de sangre y de muerte: por tí cayó Atenas, Esparta, Roma y todas las gran-

des Monarquías: por tí, en fin, piérdese la honra, la virtud, la sabiduria y hasta la religion misma. ¡Maldito oro: mejor fuera que jamas te hubieran sacado de los profundos senos de la tierra; para ser sobre su superficie una nueva caja de Pandora el motivo de todos los infortunios y de todas las tribulaciones de los hijos de los hombres.

IV.

Puesto á la venta, el primero que vino á comprarme fué un monge gerónimo, procurador de San Isidoro del Campo. Con otros cincuenta y nueve mil novecientos noventa y nueve compañeros me llevaron á Santiponce, para agrandar las tapias de aquel hermoso monasterio.

Ocho meses estuve allí, tendido á la larga, descansando entre hortigas, jaramagos y malvas, cayéndome el agua encima de los lomos, al cabo de los cuales el Prior, abandonando el pensamiento de estender las tapias, me vendió á un boticario de Alcalá de Guadaira, para formar su oficina de farmacia.

¡Cuanto ví! ¡Cuanto pasé! cuanto aprendí en los veinte años que estuve junto al *Maestro Trementina*, que así le llamaban los muchachos alcalainos. Era viudo, sin hijos.

Colocóme de canto el albañil, por mi mala fortuna, en el umbral de la puerta de la botica. Allí formábalo con otros muchos tristes compañeros. Yo me encontraba como el miércoles, en medio de todos ellos. ¡Qué de bárbaros gañanes me pisaron! ¡Qué de viejas asquerosas me escupieron! ¡Qué de perros alzando la patita, con mucha sandunga me mearon!

Pero nada me irritaba tanto, como el duro mugriento garrote del *Maestro Trementina*. Por las noches venia mas borracho que una uva. Llamaba á la puerta. El mancebo por oirlo, se hacia el dormido. Entonces el *Maestro Trementina* con su voz ronca y trapajosa comenzaba á decirle improperios, dándome patadas y garrotazos hasta que le abria el dependiente.

La casa se desplomó de puro vieja, sin que desgraciadamente cojiera á na-

dia debajo. El *Maestro Trementina* vendió el solar para satisfacer algunas deudas atrasadas. Yo fuí comprado por la señora Abadesa del convento de las Dueñas de Sevilla, y véanme ustedes ya aquí hecho un Santo. ¡Gran contraste, rara peripecia, á la verdad, salir de la botica del *Maestro Trementina,* para entrar en un Monasterio de Religiosas!

V.

Pero como en parte alguna para los ladrillos faltan penurias, tambien las tuve y no chicas, en aquel convento. Eran los mismos dias en que una alta señora, doña Isabel I trataba de venir á retirarse dos meses al sosiego, al silencia y á la soledad de tan virtuoso claustro. La superiora me destinó para formar la modesta hornilla de la cocina de la Reina Con mucho gusto, por ver la mansedumbre y la bondad de la gran Soberana Católica, aguanté aquellos carbones encendidos por su mano. Ella misma se guisaba sus sencillos manjares, daba fuego á la pajuela y aventaba con

el soplillo, como si fuese una pobre cocinera. ¡Cuántas veces estaba yo casi hecho ascuas, pero lleno de alegría por tener junto á mí á aquella *Rica Hembra*, ilustre entre las ilustres, á aquella muger heróica que descubrió el Nuevo Mundo y arrojó de Granada para siempre á la bárbara morisma, rozando sus vestidos conmigo!

VI.

Allí conocí de cerca el imperio de la religion sobre las pasiones humanas. En aquellas austeras monjas ví ángeles de Dios unidos con estrechos lazos. ¡Qué coros! ¡Qué celdas! ¡Qué jardines, respirando aromas odoríferas, perfumes celestiales! Cualquiera, que como yó, no haya vivido dentro de un Monasterio de Religiosas, no puede tener una cabal idea de la alegría, de la paz, de la dulzura, ni de la virtud de las hijas de los hombres.

VII.

La reina marchó. La abadesa mandó derribar la hornilla. Yo caí al suelo envuelto entre un monton de cascotes. El padre de la tornera, hombre rico, me compró, y llevándome á una de sus haciendas de olivar, nombrada Casaluenga, el albañil que en ella me porteaba para formar la torre de un molino aceiro, viéndome tan feo, me zampó de coraje que le dió enmedio de un albercon lleno de agua. Tuve que aguantar mucho el resuello para no ahogarme. Las aguas me enfriaban demasiado los lomos. Los sapos me escupian. Las ranas me cantaban. Ocioso en aquel estado, mi suerte era la más maldita.

Allí estuve mas de cuatro años, pasando la vida de los peces, que á la verdad, no es muy divertida, ni apetitosa. Los fuertes calores del último verano, secaron el albercon, y yo con mi cara descubierta, fuí sacado á la verguenza.

VIII.

Un arriero que vino á Casaluenga á comprar aceite, viéndome enmedio del estanque tan triste y solitario, compadecido de mi desventura, Dios se lo haya pagado en el cielo, me tomó para hacer contrapeso á una carga. Y hedme aquí, señoras Avetardas, ir por esos mundos con la recua de mulos escuchando, sin cesar, el esquilon del liviano, las cantiñas del arriero y los reventantes votos de sus dos zagales.

Despues de haber recorrido muchos pueblecillos y vericuetos, venimos á Sevilla, donde el arriero vendió con bastantes regatiñas en el ajuste, la carga de aceite en que yo iba al señor cura de la parroquia de San Ildefonso, el cual, viéndome tan horrible, viejo y pringoso, lleno de indignacion, me tiró á la plazuela.

IX.

En ella estuve de huelga cerca de dos meses arrimado á un rinconcillo de la

Iglesia junto á la claraboya de un enterramiento, del que salia un hedor endemoniado. En ellos me hice un verdadero remolon. Yo creia que todo el resto de mi vida lo iba ya á pasar de aquella descansada manera. Pero me engañé de cabo á rabo.

X.

Como siempre tras una gran calma sobreviene una gran tempestad, una noche á las oraciones un gallego y un asturiano parados junto á mí, se liaron de palabras por la pobre suma de seis cuartos. El asturiano alzó un nudoso varejon para darle en la cabeza al gallego, mientras que éste, tomándome ligeramente, me arrojó con mucha rabiosa fuerza sobre la bayal frente del asturiano, y le hice una gran herida, de á gemo, cerca del ojo derecho, que me llenó los bigotes de sangre pelayesca.

XI.

No tardó la justicia en acudir, atrai-

da por el grande alboroto que se armó en la plazuela y en todas las calles vecinas. Prendiólos y yo fuí llevado como cuerpo del delito, á la escribanía de *Tarfulla*, situada en la calle de la Zapateria del Rey, hoy de los Alcázares, collacion de San Pedro, el Real, donde permanecí arrestado durante los dos años que duró la causa, la cual feneció mandándolos á presidio. ¡Que de picardias ví hacer en su oficina al maldito *Tarfulla*! ¡Qué de testamentos falsos! ¡Qué de firmas fingidas! ¡Qué de dotes supuestos! ¡Qué de poderes ilegales y otros documentos clandestinos salian diariamente de aquella infernal mazmorra!

XII.

Una mañana temprano la cocinera, envuelto entre la basura, me arrojó á la calle. Los perros de la gandalla acudieron corriendo para roer los huesos y comerse los piltracos. Yo quedé escondido al pié de los desmoronados muros de un viejo solar entre el verde follaje de una higuera bravía.

¡Vaya; esto no está del todo malo! dije para mí. A lo menos mientras á esta higuera le duren las hojas, viviré siquiera á su sombra, aunque no sea muy saludable. Pero tambien me engañé.

XIII.

Una siesta un carretero de esta hacienda de Gambogaz, al pasar junto á mí con su carreta, me vió y me echó mano para servirle de blanda almohada. El hotentote vino durmiendo á pierna suelta y roncando más que un espiritado, hasta que al desunir los bueyes, no léjos de donde estamos, caí al suelo sin ser visto de nadie. Las malvas crecieron á mi alrededor y quedé tan oculto como un cartujo en su celda.

Mas de cien años hace ya que volví á estos sitios donde ví la luz del dia. Los contínuos tropezones de los hombres y de las bestias me han traido de aquí para allí, como mandadero de monjas. He servido de blanda y segura guarida, contra las asechanzas de los muchachos, al grillo aturdidor. La humilde hormiga

ha tenido debajo de mí una dulce y cariñosa hospitalidad, que yo jamás encontré en la casa de los hombres.

XIV.

No sé, en fin, señoras avetardas, cual será mi último destino, en que vendré á parar: si todavía moriré en galeras. Pero en todos los estados y situaciones que Dios me ponga: estoy conforme con su Santa voluntad.

En esto oyénse muchos tiros de escopeta. Las *Avetardas* con las agonías de la muerte, comenzaron á aletear y espeso polverío levantóse donde estaba el infeliz ladrillo. Una lluvia de balines lo habian convertido en leves y voladoras cenizas.

Esta es la historia de un ladrillo: pero tambien puede ser la de un hombre.

VARIEDADES.

EL AJERO.

I.

Encogido de miserias, con vestimenta haraposa, una vieja espuerta de palmas colgada del brazo izquierdo y unas pequeñas ristras de ajos y de cebollas cabalgadas sobre el hombro derecho, iba en 1805 Policarpo Negrete *El Ajero* por las plazas y calles de Sevilla, dando pregones.

—*Ajos, cebollas, peregil, yerbabuena y limones agrios.*

Ni el estilo, ni la música de su pregon, se pueden pintar con sus verdaderos colores. Era preciso haberlos oido de su boca, para formar una idea algo exacta de la originalidad de este ridículo personaje.

Su estennado y pequeño cuerpo, sus delgadas piernas de alambre, su color

blanco-pálido, su cara estúpida y sombría y sus ojos desollados, faltos de pestañas y de cejas, le hacian el príncipe de los entes risibles y repugnantes.

Pocas veces la naturaleza presenta séres tan dignos del pincel y de la pluma como Policarpo el *peregilero*; pero pocas tambien los forma tan difíciles de retratar, ni de escribir.

II.

Todas las mañanas bien temprano, salia nuestro Policarpo de su estrecha vivienda de la Macarena, para vender en Sevilla sus pobrísimas mercancías. Todo el dia andaba de arriba abajo, de aquí para allí, con su paso de perro cojo, buscando féria en los corrales y en las casas de vecindad. Todas las tardes al oscurecer volvia á su mazmorra con diez ó doce cuartos, que era hasta donde podia llegar el máximun de su venta, que era la suprema cantidad de su comercio.

Entremos con él en su habitacion para ver sus muebles, inspeccionar su

cena y oir de su misma boca sus soliloquios dialogados.

No cansaremos mucho nuestra vista en mirar sus muebles. A una rota, vieja esterilla de palmas echada sobre unos follicos de maiz, á un cantarillo desbocado, á un mugriento candil de barro, á un sucio, empolvado banquillo de pino y á una silluela de Benacazon sin costillas y con poco asiento, estaba reducido todo.

Su cena tambien era poco curiosa. Formábanla un pedazo de pan de acemita, otro de cebolla cruda y cuatro buches de agua del cercano Guadalquivir, unidos en triste consorcio.

Pero no sin sus soliloquios dialogados, que eran cosas originales y de mucho mérito en su género. Escuchémoslos con atencion.

III.

—Poco he vendido hoy en el corral del Trompero. La tia Maruja, la lavandera que me dijo ayer le llevara cuatro ristras de ajos, no me ha mercado esta mañana la muy arrastrada sino tres cabezas.

—¡Valiente chasco!

—Pues y la indina de Pepilla la *culebrona* del corral del Conde que no me ha pagado todavía el ochavo de perejil que le fié ahora dos semanas. Y el hambron de D. Bonifacio, el militar de la Cruz de los Polaineros, que por mas que voy y vengo á su casa, siempre se esconde para no pagarme los dos estropajos que me debe.

—¡Malo se va poniendo el mundo?

—¡Parece, por lo que se vé, que todos en España se han propuesto vivir del sudor ajeno!

—¡Qué pícaros! ¡Tras de no pagarle á uno lo que le deben, como me sucedió ayer tarde en la calle de las Águilas con aquél *Juan Paulin*, que no tiene ni una blanca, y la echa de un *D. Cárlos Osorio*, lo insultan y lo amenazan, y si uno chista ó se descuida, hasta le pegan. ¡Pero qué hasta le pegan! Pues menuda fué la zurra que la otra tarde me plantó en las costillas junto á las tapias del convento de Padres Capuchinos aquel sinvergonzon, maestro farolero, porque le pedí los seis cuartos que me debia.

Mas el pícaro no salió de mis uñas muy bien librado, pues le arranqué dos mechones de pelo, que se podia hacer con ellos una soga para ahorcarlo, y le pegué una dentellada en la ternilla de las narices, que cayó al suelo sin sentido.

—El candil se apaga.

—Veré si tiene aceite.

—Menos que un cerrojo de zahurda.

—¡Hasta el tunante montañés de la tienda tambien se ha propuesto vivir con la sangre de sus marchantes!

—¡Bribonazo! Antes despachaba mejor los medios ochos de aceite, pero ahora no da nada, ni para untarse uno los callos, ni la punta de las narices.

—Segun se van poniendo las criaturas. no sé como Dios no manda un castigo grande. Pero qué, ¿nos puede mandar Dios mayor ca·tigo que el que ahora tenemos encima con el *señor don Manuel Godoy* y su pandilla y la guerra con el inglés, que nos vamos á quedar sin naves, hasta sin el lanchon de la Barqueta y el bote de la Algaba?

—Yo le oí decir el otro dia á un vie-

jo muy sabihondo, vecino de la Ballestilla que su mujer me compra limones agrios y yerbabuena, que la España no puede ya mantener tantas y tan gordas sanguijuelas, como están chupando su sangre.

V.

—Mas dejemos ya estas honduras. Vóime á mi cama perrera porque si me descuido ó me entretengo un poco, en estos *dimes* y *direles*, me tengo que acostar á oscuras.

—¡Válgame Dios: tantas luces como hay de mas ó de sobra en algunas casas y el pobre de Policarpo el *Ajero* se vá á tender á tientas por falta de aceite! Pero Dios pagará sus privaciones, dándole la gloria. Esta es la única, dulce esperanza que tiene.

—Buenas noches, Policarpo,

—Hasta mañana si Dios quiere, que comenzarás con la misma faena de siempre. Si esto decia entonces el sabihondo, ¿qué diremos ahora?

VI.

En esto apágase del todo la moribunda luz del candil. Tendido Policarpo á pierna suelta sobre su esterilla, se entrega al blando sueño.

Dejémoslo dormir, pues mientras duerme, igualándose con todos los demás hombres, no sufre las duras angustias de su amarga condicion.

LEONISA.

I.

Eran las dos de la madrugada del dia veinte de Marzo de 1594. Sevilla dormia en profundo sueño. La pálida luna alumbraba tibiamente sus calles y sus plazas, sus templos y sus palacios. Los buhos de la arabesca torre de la parroquia de Santa Marina cantaban endechas funerales. Dos jóvenes elegantísimos, de aire caballeresco, con capotillos de ter-

ciopelo y sombreros de plumas, parados en una de las esquinas de la calle Gargüero, despues de Alcalá y hoy del Cronista, hablaban así:

—¿Qué vá á hacer, Eulalio?

—A visitar, Adolfo, en su sepulcro á Leonisa, á esa jóven ingrata, por la que perdí el amor de mis padres, el cariño de mis hermanos y un puesto brillantísimo en la carrera diplomática, la Embajada de Inglaterra. Despues de su muerte supe..... No, no quiero, que sus frias cenizas conserven un relicário de oro guarnecido de piedras preciosas que ya cadáver, eché yo mismo á su cuello

—Eulalio, quien te diga mal de Leonisa, te engaña traidoramente. Deja, abandona tus intentos. Vente, vente ya.

—No, Adolfo, no jamás. Si eres mi verdadero amigo sígueme, sino márchate á donde quieras.

En esto un hombre que pasaba se acercó á Eulalio y dándole una llave y una linterna encendida, le dijo en voz baja.

—Señor: ya está la perra muerta veneno y el sacristan dormido.

—Muy bien, Basilio, muy bien: y sacando de su bolsillo una moneda de oro se la dió al despedirlo.

II.

Adolfo y Eulalio, atravesando la pequeña plaza, llegan á la puerta principal, situada á los piés de la Iglesia. Este, sacando la llave que acababa de recibir, abre con ella el postigo.

—Entremos, Adolfo, entremos.

—¡Ay, exclamó Adolfo: entrar en la casa de Dios para profanarla: penetrar por sus puertas para manchar su suelo, no es católico, no es cristiano! Si tu pasion, Eulalio, te arrastra locamente á cometer estos desmanes: si te priva de la razon, yo no quiero ser tu cómplice. Mis padres, desde niño, me enseñaron á respetar las Iglesias, y yo les haria temblar en sus tumbas marmóreas, si pisara ese sagrado suelo.

El amor te ha vuelto loco. Estás desatinado. ¿No te horrorizas, Eulalio? Allí (señalando el centro de la Iglesia) yace el historiador, el erudito, el

literato, tu pariente Pero Mexia. ¡Quiéra Dios que su noble sombra no te salga al encuentro para castigar tus prevaricaciones. Adios.

III.

Diciendo esto Adolfo, retiróse, y Eulalio quedó solo. Alumbrado con su linterna, entra en la Iglesia. Recuerdos tristísimos pasan por su acalorada frente. La vista del espacioso templo sobrecoje su ánimo. Un sudor frio, como el de la muerte, inunda su cuerpo, y latiendo su corazon con violencia, lo arrástra á sentarse sobre uno de los escaños de la Nave Mayor.

La oscuridad de la Iglesia, donde solamente ardia la lámpara del Santísimo, el hondo silencio que en su ancho ámbito reinaba, la vista de su coro tenebroso, de sus elevadas columnas, de sus altos techos, en los que las cornejas, anidadas, formaban con sus tristes monótonas xácaras, coros sepulcrales, inflamaron de tal manera la fantasía de

Eulalio, que estuvo á pique de abandonar su empresa.

—¡Qué dirán mis amigos, exclamaba, si saben que por miedo he huido de Santa Marina! Me tendrian, con razon, por un cobarde, y esta negra afrenta me seguiria hasta el sepulcro. No, no mil veces. . .

IV.

Eulalio deja su asiento. Corre á levantar la losa del panteon de Leonisa. Tomando las argollas, haciendo esfuerzos hercúleos, á duras penas, pudo al fin conseguirlo.

La boca del panteon presentaba una vista horripiladora. Escalinata angosta conducia á su pavimento. Bajóla Eulalio. Muchas cajas fúnebres descansaban sobre sus empolvadas graderías. La de Leonisa, que era la más suntuosa, yacía en un rincon. Llega Eulalio á ella. La destapa. Le quita el collar á Leonisa. El viento que hace, al cerrar de golpe, le apaga la linterna, y se queda sumergido en aquella densa tenebrosidad. Atien-

tas, no sin pasar muchos sustos, sale del panteon que deja cerrado.

Al cruzar la Nave Mayor, una asustadora sombra, salida de junto á las gradas del Presbiterio, lo siguió hasta la puerta. Era la de Pero Mexia, su pariente, que le apostrofaba por su bárbaro atrevimiento, por su profonacion sacrílega.

Eulalio al escuchar la voz respetable de su deudo, que conocia bien, ya fuera de la Iglesía, cayó al suelo desmayado,

V.

La aurora asomaba por Oriente, cuando Eulalio, vuelto de su parasismo levantándose del suelo y cerrando el postigo, se dirigió á su casa.

A los cuatro dias supo por una persona fidedigna, la vil calumnia que un amigo de entrambos le habia levantado á la desventurada Leonisa. Para vengarla Eulalio , le dirigió al malvado el billete de desafío siguiente:

Sevilla 23 de Marzo de 1594.

«Felipe infame, traidor amigo: olvi-

dando los gloriosos hechos, las heróicas acciones de tus mayores ultrajustes á Leonisia, intentando marchitar á aquella losana, fresca azucena de los campos, resentido, irritado, furibundo, porque no dió oido á tus palabras, porque á los mios despreció tus amores. Ni su alta clase, ni su virtud, ni su hermosura, ni el mismo sepulcro te contuvo. Tu calumnia es baja, es vergonzosa, es denigrante, digna, á la verdad, de un castigo pronto, de una terrible espiacion.

»Desde ahora te desafio á muerte. Si mañana á las siete no estás con tu padrino en la puerta de la Macarena, para irnos á batir en las cercanias del Monasterio de San Gerónimo de *Buena Vista*. donde quiera que te encuentre te escupe á la cara,—Eulalio.»

VI.

Al dia siguiente, acompañados de sus padrinos se batieron Eulalio y Felipe, en las inmediaciones de San Geróni no, quedando Felipe de una profunda estocada en el pecho, muerto sobre el campo.

Los monges recogieron su cadáver ensangrentado, y lo sepultaron en el campo, junto á las tapias de la huerta del Monasterio.

Entonces Eulalio, volviendo á Sevilla, perseguido de pavorosas memorias, abrumado de remordimientos crueles, tomó el hábito de lego en un convento situado entre las altas breñas de una montaña. En él acabó los dias de su vida, haciendo ayunos austeros é inaguantables penitencias. ¡Legisladores modernos: abrid las ya carcomidas puertas de estos asilos paternales, de estos consoladores refugios de los desventurados, sin los cuales, en ciertas tribulaciones de la vida, no le queda al hombre, como ha dicho el ilustre Chataubriand con tanto acierto, *sino la desesperacion ó la muerte*!

GENARO EL LIBERTINO.

I.

En el año de 1454, vivia en magnífica casa de la parroquia de San Lorenzo, una rica, noble señora, llamada doña Sancha, viuda de uno de los almirantes, que sobre las bravías aguas de los mares, habian puesto mas alto el temible y augusto nombre de la grande España.

Tenia un hijo único, nombrado Genaro, el cual, seducido y arrastrado por las falsas, perniciosas ideas mundanas, era un *escandaloso libertino.*

Las sangrientas desavenencias que en aquella época tuvieron en Sevilla las poderosas casas de los duques de Medina Sidonia y de Arcos de la Frontera, tomó Genaro por esta última un caloroso partido, llevándolo á batallar con notable bizarría y á verter su sangre en los muros de la *Puerta de Córdoba*, en las *Gradas de la Catedral*, en las *Plazas*

del Duque, de la *Paja* y del *Carbon*, en la *Estrella* y en otras muchas terribles refriegas.

La mayor parte de las noches Genaro no venia á dormir á su casa, pasándolas en repugnantes orgías y asquerosos lupanares. La madre, llena de grande amargura por la conducta relajada de su hijo, pasaba en su oratorio horas y horas hincada de rodillas pidiéndole á la *Virgen de los Dolores* por la conversion y por el arrepentimiento del infeliz Genaro. Oyóla, al fin, la señora: porque jamás desaira á los que la ruegan con humildad y con fervor.

II.

Una noche, no lejana, la madre vió subir á Genaro por las marmóreas escaleras de su casa. Salió presurosa á recibirlo; pero él, abatido, lloroso y asustado, mirando á todas partes con vista errante y temblorosa, exclamaba: ¡*muerte*! ¡*juicio*! ¡*infierno*! ¡*eternidad*! ¡*ay de mí*!

—¿Qué tienes, hijo mio? ¿Qué te ha

pasado que vienes de esta manera? le preguntó doña Sancha con acento vehemente.

—Nada, nada, madre mia: ¡*muerte*! ¡*juicio*! ¡*infierno*! ¡*eternidad*! ¡*ay de mí*!

III.

A la mañana siguiente Genaro, saliendo de su casa muy temprano, dirigióse al convento de San Agustin, donde confesando con un santo religioso, preparóse á seguir los dulces caminos del más cumplido arrepentimiento.

Cuando volvió á su casa, doña Sancha llorando de alegría recibiólo entre sus maternales brazos, diciéndole estas hermosas palabras:

—Genaro, hijo mio: ayer eras el veneno de mi existencia, hoy eres el bálsamo de mi espíritu: ayer eras la espina de mi corazon, hoy eres la rosa de mi sentido. Mientras andabas por los peligrosos despeñaderos del pecado, llena de dolores, no podia vivir. Para mí la vida era un eterno martirio. ¡Gloria al buen Pastor que te ha traido al seno de su rebaño!

Genaro, con el más hondo respeto, hincado de rodillas, besó la tierna mano de su madre, ofreciéndole enmendar su vida y no volver á ofender al benigno cielo, que lo habia iluminado con claras, refulgentes luces, para salir de las sombras tenebrosas de la corrupcion y del libertinaje.

IV.

A los pocos meses Genaro, atacado de mortal dolencia ya cercano al sepulcro, llamó á su madre y entre llantos y suspiros, le habló así:

—¡Madre mia; madre de mi alma; madre de mi corazon: cuántos y cuántos dolores os he dado con mis libertinajes: cuántas y cuántas lágrimas os he hecho derramar con mis desenvolturas. Pero ya llegó la hora tremenda de la verdad Veo la sombra de mi ilustre padre. Voy á morir en los brazos de la Vírgen Santísima, bendecido por la inefable Beatísima Trinidad. No lloreis por mí: no lloreis: alegraos.

Jamás quise, madre mia, deciros la

milagrosa causa de mi arrepentimiento, ni esplicaros aquellas fatídicas, asustadoras palabras: *¡Muerte! ¡juicio! ¡infierno! ¡eternidad! ¡ay de mí!* por no daros pesares, ni amarguras. Pero ya que la muerte se me acerca, quiero que, despues de mi fallecimiento, sepais el motivo poderoso de mi conversion.

Cuando yo muera, abrid con esta llave (dándosela) el calaje que está en el salon alto, cuyas ventanas caen al jardin. Allí, en el cajoncito de la izquierda, una carta mia os enterará de toda la rara historia de mis duras penitencias, de mi ódio al pecado y de mi completísima reforma.

V.

Tan luego como Genaro espiró, la madre, corriendo á la sala donde estaba el calaje y abriéndolo, vió una carta, la cual decia de esta manera.

—Madre de mi alma: ya vais á saber la causa de mi conversion. No os la he querido revelar hasta ahora, por libraros de amargos pesares. Cuando leais

esta carta vuestro hijo estará juzgado.

Viniendo yo aquella noche, que usted recordará, de una pecadora correría, por el *Callejon del Judio*, (1) donde tantos duelos y bacanales habia tenido, oí entre la espesura de los cañaverales, una voz clara y melancólica que por dos veces, en distintos sitios, me dirigió estas asustadoras palabras.

—Genaro: varía de vida. Si no quieres condenarte.

Habiendo salido á la Calzada de la Cruz del Campo, por el Arco grande de los Caños de Carmona, (2) para entrar en Sevilla por esta puerta, ví parada

---

(1) Está situado en la collacion de la parroquia de San Bernardo. Comienza cerca del *Arco* grande de los Caños de Carmona, mas alla de la Alcantarilla de las Madejas y vá á salir casi frontero al demolido convento de Santo Domingo de Portaceli, atravesando un gracioso pago de huertas de verduras, en el que se ven varias pintorescas casitas de Campo.

(2) Tambien este *Arco* ha sufrido las lamentables mudanzas de la época. Para dar ensanche á una huerta recien plantada de naranjos hánlo abierto en las mismas paredes de los Caños de Carmona, mas alla de donde estaba.

en medio del arrecife á una hermosa Señora, la cual, tapada con un largo manto negro, despedia de sus vestiduras suavísimas fragancias, y de su rostro claros resplandores.

Sobrecogido con tan raro encuentro, detuve mi marcha para reflexionar lo que debia hacer en aquel caso: si seguir adelante, ó volverme atras. Mi intencion era huir. En esto la Señora, dando algunos pasos magestuosos hacia donde yo estaba, me dijo con tono dulcísimo.

Genaro, hijo mio: no huyas, no. Ven á mí: que soy la madre de los hijos de los hombres. Sígueme.

Un sudor frio bañó mi frente. El corazon queria salírseme del pecho. No sabia donde estaba. Maquinalmente la seguí.

Muy pronto llegamos á las orillas del arroyo Tagarete. Venia muy crecido é impetuoso, por las continuadas lluvias de los dias anteriores. La alcantarilla de las Madejas, por la que yo habia pasado aquella tarde se hundió al anochecer. La Señora, acercándose á la rápida

corriente del arroyo y sacando de debajo del manto su mano derecha, lo bendijo diciéndole.

—Tagarete: ábrenos camino.

Obedientes las aguas se dividieron y pasamos á pié enjuto. A muy poco viniendo, fronteros á las tapias del convento de San Agustin, tomándome la Señora de la mano y abriéndose un poco el manto ví clavados en su pecho siete anchos cuchillos que se lo traspasaban de parte á parte.

Entonces acabé de conocer quien era y arrojándome á sus piés, le dije, llorando á mares:

—¡Vírgen de mi vida: Madre amantísima de los Dolores: cuantos desgarradores cuchillos habré yo clavado en vuestro casto pecho, con mis graves culpas!

—En el mio ninguno. En el de aquel (señalando hácia las tapias) que ves allí clavado en la Cruz. En el de aquel que vino al mundo por tí: que padeció por tí: que murió por tí: que derramó por tu salvacion la última gota de su inocente y preciosa sangre.

Atónito miré á las tapias y ví un

Santo Cristo de tamaño natural, bajo dosel de bayetas negras, alumbrado por cuatro candelas amarillas y oí de los mismos lábios del Redentor del mundo estas aterradoras frases:

—Genaro: no vuelvas más á ofenderme. Sigue los consejos de mi madre y de la tuya. Pues si nó *¡muerte!..... ¡juicio!..... ¡infierno!..... ¡eternidad!..... ¡Ay de tí!*

El Santo Cristo y la Vírgen Santísima, desaparecieron de mi vista como el relámpago, dejándome ahogado en un piélago de lágrimas.

Entonces tomé el camino de nuestra casa. Entré en ella. No ignorais lo demás.

Adios, madre mia. Esta es la historia de mi arrepentimiento, la cual no he querido que la sepais hasta despues de mi muerte para no daros nuevas penas. Rogad á Dios por mí. Vuestro hijo, Genaro.

VI.

Esta tierna carta llenó de angélico gozo el atribulado corazon de la madre

de Genaro, la cual á los pocos dias siguió á su hijo á la dulce mansion de los justos.

El Padre de las Misericordias, suele poner delante de los ojos de los pecadores más endurecidos, visiones ó espectáculos como éste, para que abandonen las vías de la infalible desventura, lloren sus culpas, consigan aborrecerlas, no desperdicien el precio de su sangre purísima y despues de esta vida, vayan á gozar de las eternas delicias de la Gloria.

Á TEODORO DE VILLALPANDO.
SÁBIO ERUDITO,
MIS RECUERDOS.

Sevilla 10 de Julio de 1872.

Mi querido Teodoro: ¿Para qué deseas saber noticias ó algunos pormenores de mis primeros años? ¿Para qué despiertas ahora en mi triste atribulado espíritu los insignificantes adormecidos

recuerdos de mi infancia? Déjalos, sí, déjalos para siempre en el silencio y en el olvido. No intentes sacarlos del amargo fondo de mi corazon. Ellos en el oscuro ámbito donde yacen, alivian mis dolores, alegran mis tristezas, consuelan mis soledades.

Únicamente por el dulce cariño que te tengo, desde que te conocí bajo los silenciosos techos del *Paular*, sobre las angustiosas, casi desaparecidas ruinas de *Britablum*, haciendo un gran sacrificio, voy á pintarte en tosco lienzo arrancándolos de mi memoria fatigada los apacibles pasages de la primavera de mi vida.

No son, á la verdad, como verás los delicados de Salvator Rosa, de Bernardo de Iriarte, de Antolinez ni de Barron, sino pobres bosetos de rudos pinceles, de tintas descoloridas, de débiles tonos, de vistas mortificadoras.

Pero con los recuerdos, aunque sean lastimeros, gozan las almas bien templadas. Muchas veces lo ha puesto en evidencia un escritor gloria de este siglo, de la Francia y del catolicismo, el

ilustre, el eminente Vizconde de Chateaubriand.

Los recuerdos no son otra cosa sino los más preciosos eslabones de la cadena de nuestra frágil vida. ¡Quién no los tiene! ¡Triste de aquel que solo viva en lo presente, sin acordarse de lo pasado!

II.

Cuando estoy mas entretenido y reflexivo en mi prolijas tareas literarias, una chispa eléctrica, desprendida del mismo cielo, viene á despertar en mi memoria los lugares y los sitios misteriosos donde pasé los prósperos alegres dias de mi adolescencia. En ellos ven mis ojos al vivo, á mis padres, á mis hermanos, á mis amigos, á mis criados, los cuales acabaron primero que yo su fatigosa jornada por este valle de lágrimas y me están esperando en la eternidad.

III.

Algunas veces, estando á mis solas, pinto en mi imaginacion un hermoso

cuadro familiar, donde veo retratados, de cuerpo entero, aquellas personas amadas, aquellos pedazos de mi corazon, que en la calle de las *Águilas* número 20 moderno, collacion de San Ildefonso, donde nací el dia 8 de Diciembre de 1805, mecieron mi cuna y me acaloraron en los primeros años de mi vida. Revistólos de la carne mortal que traian, durante su estado en este mundo. Hablo con ellos en amorosa confianza, y veo que, sin embargo de estar en los sepulcros, no parece sino que han resucitado para mí.

Estos dulcísimos placeres no los puede sentir mas que el católico; que sabe por la fé de Jesucristo, que esta vida pasajera no es otra cosa sino un camino corto y áspero para la eterna: que el alma es inmortal y que el fin del hombre no es pulverizarse, como dice el ateo en los cementerios, sino subir glorioso á las mansiones celestiales.

IV.

Muchas veces recuerdo con vehemente entusiasmo las felices temporadas de primavera que ahora cincuenta y tres años pasaba al lado de mis padres (1) en la hacienda-cortijo de *Gambogaz* (2) labrada por los mismos. ¡Ay! todavía parece que á las doce de la noche hieren mis oidos los toques melancólicos y celestiales de la campana de *Espanta arbures,* de aquella campana misteriosa que conmoviendo hondamente mi corazon, arrancaba lágrimas de mis ojos y suspiros de mis lábios. Ya no la volveré á oir jamás. Mientras yo descansaba en

---

(1) Los señores don Juan Lorenzo Gomez del Robledo y doña María de la Luz de Azevos, su legitima mujer, ya difuntos.

(2) Grande heredad rústica, situada en hermosa vega de Triana, cerca del artístico y poderoso monasterio de Cartuja, de quien era propia, por donacion de uno de sus monjes. Su nombre recuerda la larga, dura conquista de los sarracenos, en cuyos tristes siglos fué una opulenta bellísima arquería de un rico moro sevillano.

blando lecho, los cartujos, al escucharlos, levantábanse de los penitentes suyos para encaminarse al Coro á pedir á Dios misericordia. Ni el viento que azotaba los muros del monasterio: ni el granizo que caia sobre sus techos: ni la lluvia que se desgajaba de los cielos: ni la tormenta que discurria por las nubes, los acobardaban. Con obediente resignacion iban á cumplir uno de los mandatos de su austera regla. ¡Ay: todo ha desaparecido ya! El soplo de los años todo lo ha desperdigado! La revolucion aniquiladora arrancó la campana, vendiéndola á vil precio en tierras extranjeras. (1) Los padres Cartujanos, arrojado impíamente de su rústico asilo, murieron unos lejos de otros. (2) El Coro, primor de arte, ha sido trasladado del Museo de Sevilla, donde se hallaba, á la catedral de Cádiz. La Iglesia está sirviendo de almacen á un rico alfarero. Toda mi parentela cayó dentro del ne-

(1) Está en Lóndres en una fábrica de cerveza para señalar las horas de trabajo.

(2) El último vive en la Cartuja de Roma

gro sepulcro, y yo, en fin, único ser que he sobrevivido á tantas ruinas, me veo triste y solitario.

V.

Otras veces, viniendo á tiempos posteriores recuerdo con vehemencia, la hacienda de la Chaparra, término de la villa de Alcalá de Guadaira en la llamada campiña ó banda morisca de los Sarracenos, tambien labrada por mis padres, donde me refugié con toda mi familia el otoño del año de 1819 para librarnos del horrible *vómito negro* que estaba arrazando el Barrio de Santa Cruz de Sevilla. Yo nunca la olvidaré. En ella cumplí los catorce años de edad. Sentado bajo sus frondosas olivas con mi dulce hermano Pepe, abrí (1) por primera vez las páginas de la historia: comencé á estudiar los ritos y las costumbres

(1) El señor don José María Gomez y Azeves, oidor de la Audiencia territorial de Canarias, nació en Sevilla, calle de las Águilas número 20 moderno, collacion de San Ildefonso, el año de 1802. Murió en la misma ciudad el dia 21 de Enero de 1853.

de los pueblos y á sentir en lo mas hondo de mi pecho, el dolor, la amargura y la inconstancia de la vida humana.

VI.

En muchas ocasiones me parece que estoy escuchando el amoroso arrullo de las tórtolas de *Benaxila* (1) ó el melífluo trino de las calandrias de *Matalaxeme.* (2) ¡Vana ilusion! ¡triste engaño! Las tórtolas y las calandrias ya murieron y los árboles y los matorrales donde se anidaban. En otras pienso oir el belicoso relincho de los potros del *Chamorro,* (3) ó el balido melancólico de los corderos de *Vallehermoso.* (4) ¡Nuevo engaño! ¡nueva ilusion! Los potros y los corderos ya no viven, ni los yegüerizos, ni los pastores que los guardaban.

---

(1) Antiguo pago de este nombre.

(2) Cañada árabe donde antes de la Conquista de Sevilla, hubo entre cristianos y moros, muchos sangrientos choques.

(3) Dehesa.

(4) Hacienda de olivar.

VII.

Nunca podré olvidar al Padre Castaños (1) cuando ayudándole yo la Misa, en la Capilla de la *Chaparra*, despues de la consumacion de la Sagrada Hostia, con clara pronunciacion, grave tono y gozoso acento decia aquellas sacramentales palabras: *Quid reiribuan Dómino, pro omnibus que retribuit mihi.* Siempre que estoy oyendo Misa, al escucharlas en las bocas de algunos sacerdotes que como el Padre Castaños, las dicen de recio, una puntiaguda saeta traspasa de parte á parte mi corazon.

VIII.

No se borrará jamás de mi memoria la y cuadrada cómoda sala alta donde habitábamos en la *Chaparra* el

---

(1) El Padre Fray Fernando Castaños, natural de la ciudad de Jerez de los Caballeros en Extremadura superior del convento de San Agustin, extramuros de Sevilla. Ya exclaustrado murió en su patria en 1836.

Padre Castaños, mi dulce hermano Pepe y yo. Situada en el costado izquierdo de la hacienda cerca del ángulo ó esquina del mediodia los huracanes se estrellaban contra sus muros. El aire silbiba en las rejas de las ventanas, crujian sus puertas y estábamos como navegando por los tumultuosos mares. Los laureles, los granados, los lentiscos y los olivos que la rodeaban bamboleados violentamente por los aquilones hacian una rara cadencia. Bien arropado en mi blando lecho, oia los aguaceros de la Providencia, los lamentos de los buhos, los ladridos de nuestra eterna centinela, la perra mastina *Campaña*, los mujidos de las vacas y los cánticos de los pastores Un estraño é incalificable placer discurria entonces por mi espíritu y por mi corazon. No podia reconciliar el sueño. No podia dormirme. El Padre Castaños y mi hermano Pepe conversaban y reian dulcemente. ¡Ay de mí: que yá ni aquellos huracanes de los cielos, ni aquellos aguaceros de la Providencia, ni aquellos lamentos de los buhos, ni aquellos ladridos de *Campaña*, ni aquellos

mujidos de las vacas, ni aquellos cánticos de los pastores, ni aquellas conversaciones, ni aquellas risas de mis compañeros de dormitorio, las volveré á oir jamas! El tiempo con su despedazadora guadaña todo lo ha variado y consumido.

IX.

Mientras viva me acordaré del fresno, extraordinario por su alta corpulencia y espeso follaje, sito en las orillas del *Arroyo de San Juan*, cerca de la *Cañada de Malalaceme*. Muchas mañanas iba á disfrutar, bajo su frondoso ramaje, de la seductora calma y del pacífico ambiente de los desiertos. Allí, echado sobre la menuda grama, riquísima alfombra de la Providencia, comencé á gustar del divino Herrera, del melancólico Rioja y del tierno maestro Leon, dando al olvido, como estos grandes varones, los cetros de los reyes, y las pomposas vanidades del mundo. Bajo la refrigerante sombra de aquel fresno solitario, dormia el tranquilo sueño de los

pastores y mi espíritu melancólico por naturaleza, gozaba de insólitas alegrías. ¡Años bonancibles, cuán pronto habeis pasado! ¡Con qué dolor os recuerdo!

X.

Una tarde, al llegar al pintoresco sitio, donde el solitario fresno crecia lozano, no me pudo dar su deliciosa sombra, porque los enfurecidos huracanes la noche anterior lo habian despedazado por completo. Entonces, acercándome con pasos vacilantes al mismo terreno en que habia sido la gala de aquellos campos, el honar de aquellas praderas, mis lágrimas salpicaron sus fúnebres despojos. Desde aquel mismo instante, concebí el noble pensamiento de hacer algun dia á su grata memoria el débil, pero leal panegirico que ahora le tributo.

XI.

Cincuenta y dos años van á cumplirse dentro de pocos meses de mis paseos con mi familia por la dehesa del *Cha-*

morro á la hacienda de *Seiza*, sobre el camino de la *Armada*. Como lo que me ha sucedido hoy, tengo presente la fatigosa tarde de la repentina aparicion en la dehesa del *Chamorro*, de vuelta á la *Chaparra*, de un toro bravísimo y acometedor, el gran susto que todos pasamos y el laudable arrojo y la ligera destreza del valiente *Cipriano*, nuestro yegüerizo, que con la capa y la garrocha, forzólo á arrojarse en la honda alpechinera de la hacienda de Jesús María, librándonos de una muerte segura. ¡Ay: la alpechinera y los olivos que la rodeaban, viven todavía. Pero no sucede así á los testigos oculares de aquel tan grave é impensado acontecimiento! El teatro permanece fijo en el mismo sitio con las puertas de par en par abiertas y el telon descorrido esperando otros representantes que vengan á trabajar en su escenario, mientras que el toro, el sereno protagonista de aquel comenzado pero no concluido drama y los numerosos espectadores, á no ser yo, desaparecieron para siempre de la haz de la tierra.

XII.

Volviendo á Sevilla en Setiembre de 1845, de un pueblo de la provincia de Cádiz, quise visitar por última vez la hacienda de la *Chaparra*. Llegado á ella, apeándome de mi caballo, entré por sus caidas puertas: recorrí sus habitaciones llenas de telarañas: recé en su capilla solitaria, y al clavar mis ojos llorosos en aquellos sitios augustos de tan punzantes recuerdos, mi alma se ahogó en mortal amargura. Todo estaba silencioso. Todo estaba mudo. El ruido agitado de mis inciertos pasos, vino á romper aquella honda paz, vino á turbar aquella profunda calma. Solamente una pequeña, flaca y desgarrapada viejecilla, con ágria cara y mirar adusto y ponzoñoso que andaba de aquí allá, era el único viviente que habia reemplazado, como inmundo reptil, á mi buena, afable y numerosa familia.

Tapándome la cara con mi pañuelo, entré en el dormitorio de mis padres, en el de mis hermanos y en el mio, el mis-

mo del Padre Castaños y de mi hermano Pepe. ¡Ay! lo que fué, lo presente y lo porvenir se presentaron ante mi vista con todas sus desconsoladoras tintas, con todos sus dolorosos colores! Cansado al fin, de fatigosas sensaciones volviendo á montar en mi caballo y dándole el último *adios* á la *Chaparra*, me retiré de aquellos recintos melancólicos.

XIII.

Caminaba mi caballo á paso largo, cuando de repente se despertó en mi memoria el hermoso *Pino* que como un formidable gigante levantábase en medio de las soledades del pago de Benaxila. Tambien quise visitarlo, para darle el último *adios*. Todas las tardes del otoño de 1819, saliendo de la *Chaparra* de paseo con mi familia iba á sentarme bajo su fresca dilatada sombra, en una risueña praderilla de tomillos, cuajados de olorosas flores. Dulcemente á cubierto de su copuda cima, escuchaba lleno de célico alborozo, los sonantes silbidos del viento que se mecia en sus altísimos

ramajes, ó los poéticos arrullos de la inocente tortolilla que lloraba su amor perdido. La tierna é insinuante voz del Altísimo parecia que me hablaba. Yo en aquellos memerntos entusiastas, los cuales nunca jamas olvidaré mientras viva, creia hallarme dentro de una de esas famosas Catedrales góticas, donde el Señor de las tempestades, el Dios de las florestas tiene sus altares.

XIV.

Algunas tardes al llegar nosotros, las ovejas y los corderillos nos cedian el campo con la amabilidad mas cumplida, con la finura mas esquisita. Los amorosos balidos que esparcian por aquellos tristes contornos, por aquellas comarcas despobladas penetraban hasta el fondo de mi corazon. Aquellos insignes ecos, que ora robustos, ora desmayados se dilataban por todas partes, eran como las vibrantes cuerdas del harpa de David, cantando las glorias del Omnipotente ó con los flojos bordones del laud de Jeremias, llorando las desventuras

de Jerusalem. ¡Dias embelesadores por qué no habeis sido eternos!

XV.

Habiendo, pues, pasado una alturilla, dirigí mi caballo, hacia el lugar donde el hermoso *Pino*, se alzaba galano. Ví, á lo lejos su verde frondosa copa, balanceada por los vientos. El Rey de las soledades me volvió á cubrir con su fastuoso manto.

Apeado á su grata sombra, recostándome contra su grueso envejecido tronco las hirvientes lágrimas saltaron de mis ojos y los ayes agudos se ahogaron en mi garganta. Los años todo lo habian variado. El robusto *Pino*, ya torcido, por el reluchar de los huracanes, toda mi familia en el negro sepulcro y yo, *¡pobre de mí, solo, solo sobre la tierra!* Entonces, lleno de grave angustia, le ofrecí este pálido, pero doloroso recuerdo.

XVI.

Estos son, pues, querido mio todos los unos. Pero no... no... me falta el mas

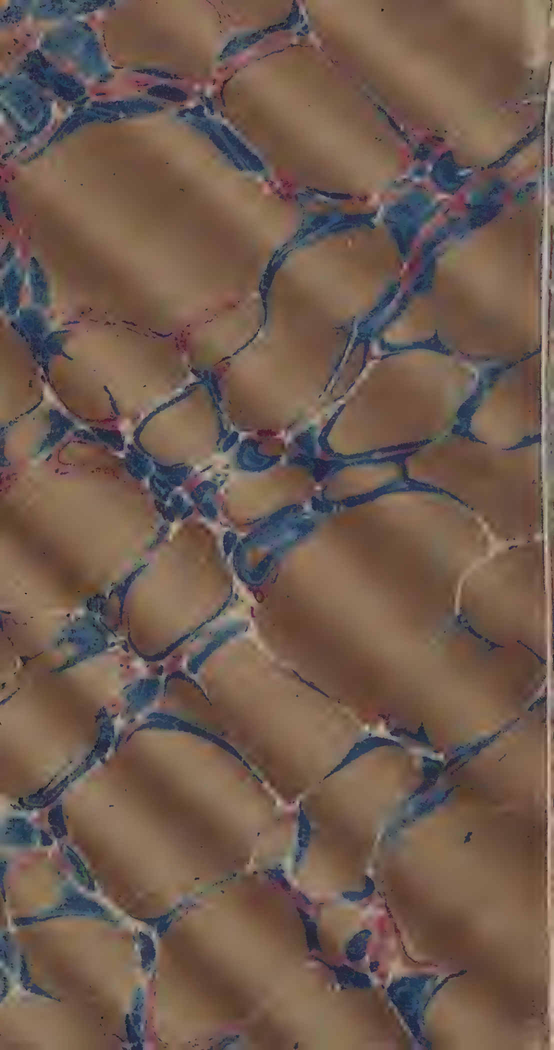
triste, el mas lastimero. Cuando yo muera, tambien muere conmigo mi apellido paterno de *Gomez del Robredo, casa solariega de Merodio* emparentada en Cantabria con muchas antiguas é ilustres familias. Esta idea me fatiga sobre manera. Esta idea me martiriza cruelmente.

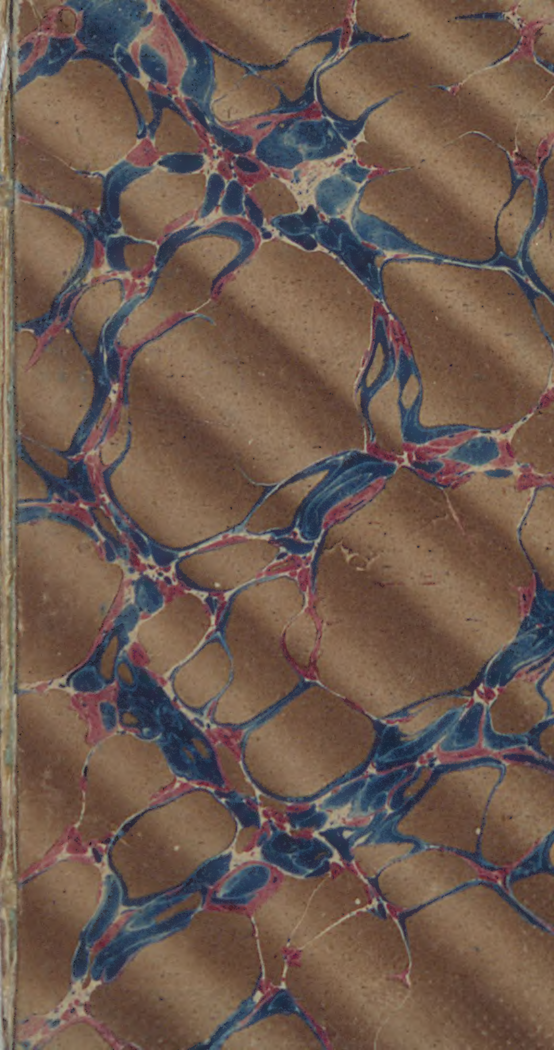
Vine el último. Entré en la hospedería de la vida. Tomé aposento. Los caminentes marcharon antes que yo. Me dejaron solo. La hospedería se desplomará sobre mi cabeza y quedaré sepultado entre sus escombros. Esta será mi triste suerte.

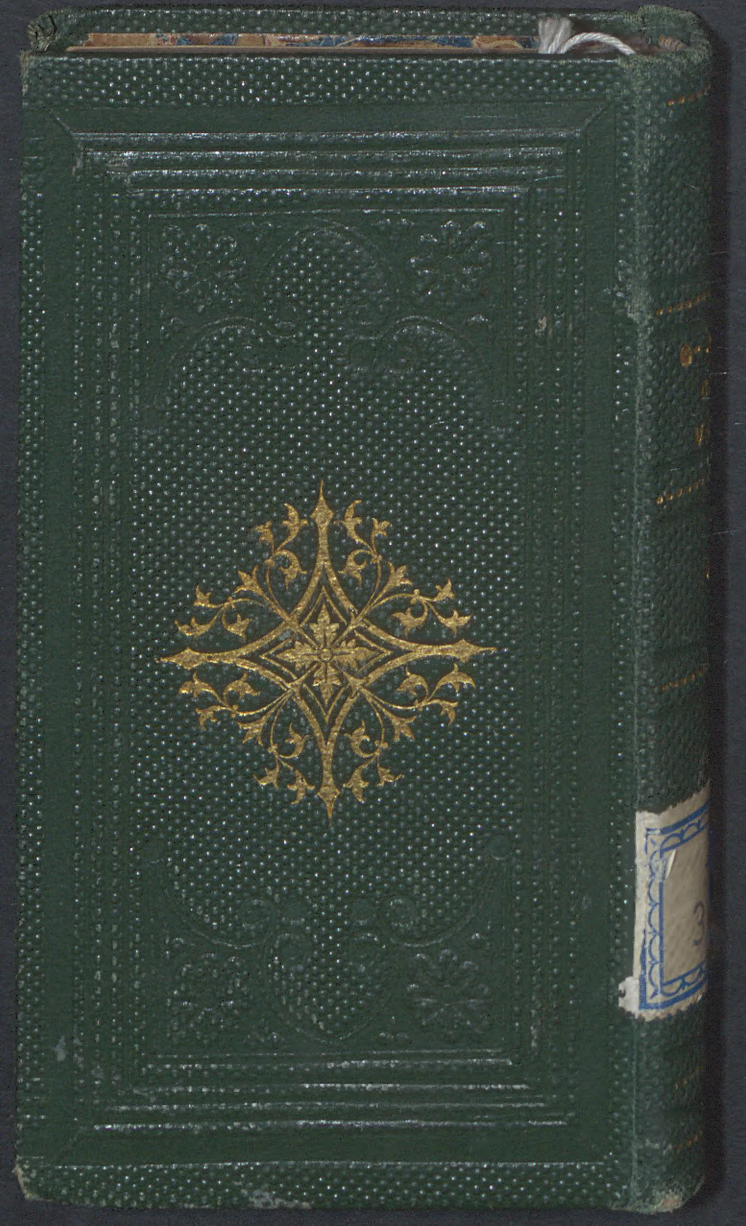
XVII.

Ahí tiene ya mis inútiles é insignificantes recuerdos. Si te desagrada ó te mortifican rómpelos. Pero sino; consérvalos hasta el sepulcro. Dios te guarde muchos años.

FIN.








G. AZEVES
OBRAS
VARIAS
Ha.
3281

colorchecker CLASSIC

calibrite